KALYNN BAYRON

CENICIENTA HA MUERTO

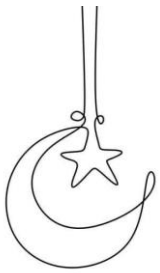
FANDOM BOOKS

Este libro está hecho por y para fans sin ningún animo de lucro por lo que queda totalmente PROHIBIDA su venta en cualquier plataforma.

Las personas involucradas en la elaboración de la presente traducción quedan deslindadas de todo acto malintencionado que se haga con dicho documento. Sin embargo, te instamos a que no subas capturas de pantallas de esta traducción a ninguna red social.

Todos los derechos corresponden al autor de dicha obra.

LETRAS NOCTURNAS TE DESEA UNA FELIZ LECTURA



Para Amaya, Nylah, Elijah and Lyla

CONTENIDO

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y uno
Capítulo Treinta y dos
Capítulo Treinta y tres
Capítulo Treinta y cuatro

Capítulo Treinta y cinco
Capítulo Treinta y seis
Capítulo Treinta y siete
Capítulo Treinta y ocho
Agradecimientos

"El corazón del Príncipe Encantador se encendió,
y debido a que había sido obediente,
fiel en su servicio a la Corona,
Cenicienta se convirtió en la elegida,
la favorecida".

-CENICIENTA
Texto aprobado por el Palacio.

1

Cenicienta lleva muerta doscientos años.

He estado enamorada de Erin durante la mayor parte de tres años.

Y estoy a unos dos minutos de una muerte segura.

Cuando los guardias del palacio me encuentren, y lo harán, moriré en el bosque de la frontera oriental de Lille. Pero no me importa. Lo único en lo que estoy concentrada es en Erin, que está presionada contra un árbol directamente frente a mí. Los guardias del palacio aún no la ven, pero se dirigen hacia ella. Se detienen a unos metros de donde se esconde. Sus ojos se agrandan en los confines sombríos del bosque. Me encuentro con su mirada a través de la amplia franja de camino de carruajes que nos separa.

No te muevas, Erin. No hagas ruido.

—Me quedé dormido en la torre anoche —dice uno de ellos—. Alguien me despertó, pero, aun así. Tuve suerte. Si el rey se enterara, sería mi cabeza en una pica.

—¿Vas al baile? —Pregunta un hombre.

—No —dice otro—. Todo trabajo y nada de diversión para mí, me temo.

—Es una pena. Escuché que las chicas del grupo de este año son las más bonitas de una generación.

—En ese caso, ¿sufrirá tú mujer algún *accidente* imprevisto? Sería una lástima que ese primer peldaño que conduce a tu bodega estuviera súbitamente suelto.

Se ríen desde el estómago, silbando y farfullando, y por el sonido de eso, se caen sobre sí mismos. Sus voces se alejan de nosotros hasta que ya no puedo escucharlas. Me levanto y corro hacia Erin, que todavía está escondida detrás del árbol.

—Se han ido —digo. Tomo su mano y trato de calmarla.

Mira alrededor del árbol, su rostro tenso por la ira, y se aparta de mí. —De todas las cosas imposibles que me has convencido de hacer, venir aquí tiene que ser la peor. Los guardias casi nos vieron.

—Pero no lo hicieron —le recuerdo.

—Me pediste que te encontrara aquí —dice ella, con los ojos entrecerrados y con sospecha—. ¿Por qué? ¿Qué es tan importante?

He ensayado lo que le voy a decir, lo he practicado una y otra vez en mi cabeza, pero mientras me paro frente a ella estoy perdida. Ella está enojada conmigo. Eso no es lo que quiero. —Me preocupo por ti más que nada. Quiero que seas feliz. Quiero que *seamos* felices.

Se queda callada mientras tropiezo con mis palabras, sus manos apretadas a los costados.

—Las cosas se sienten desesperadas la mayor parte del tiempo, pero cuando estoy contigo…

—Detente —dice, su expresión es una máscara de ira—. ¿Es esto por lo que me trajiste aquí? ¿Para decirme lo mismo que me has estado diciendo desde siempre?

—No es lo mismo. El baile está tan cerca ahora. Esta puede ser nuestra última oportunidad para irnos.

La ceja de Erin se eleva de sorpresa. —¿Salir? —Se acerca y me mira fijamente a los ojos—. No hay salida, Sophia. Ni para ti, ni para mí, ni para nadie. Vamos al baile porque es la ley. Es nuestra única esperanza de hacer algún tipo de vida.

—Sin la otra —digo. El pensamiento hace que me duela el pecho.

Erin se endereza, pero lanza su mirada al suelo. —No puede ser de otra manera.

Niego con la cabeza. —No te refieres a eso. Si corremos, si intentamos…

La risa en la distancia interrumpe mi súplica. Los guardias están dando vueltas. Erin se agacha detrás del árbol y yo me sumerjo en la maleza.

—No puedes trabajar en el palacio si no sabes cómo decir que sí y cerrar la boca —dice uno de los guardias mientras se detiene directamente frente a mi escondite—. Si no tienes el estómago para hacer algunas de las cosas que él pide, estás mejor aquí con nosotros.

—Probablemente tengas razón —dice otro hombre.

A través de las ramas, veo el árbol detrás de Erin. El dobladillo de su vestido se ha enganchado en un trozo de corteza áspera y está asomando. El guardia mira en su dirección.

—¿Qué es eso? —Él pregunta. Da un paso hacia ella, con la mano en la empuñadura de su arma.

Pateo contra el arbusto. Todo se agita, provocando que una cascada de hojas de color óxido caiga sobre mí.

—¿Qué fue eso? —Pregunta uno de los hombres.

Devuelven su atención a mí. Cierro los ojos con fuerza. *Estoy muerta*.

Pienso en Erin. Espero que ella corra. Espero que vuelva. Todo esto es mi culpa. Solo quería verla, intentar convencerla por última vez de que deberíamos dejar Lille de una vez por todas. Ahora nunca volveré a ver su rostro.

Miro hacia la línea de árboles. Puedo huir, alejar la atención de los guardias de ella. Podría perderlos en el bosque, pero incluso si no puedo, Erin puede escapar. Mi cuerpo se tensa y me pongo la falda entre las piernas, me la meto en la cintura y me quito los zapatos.

—Hay algo allí —dice un guardia, ahora a sólo un brazo de distancia de mí.

Los guardias se acercan, tan cerca que puedo oírlos respirar. Miro más allá de ellos. Hay un destello de azul bebé entre los árboles. Erin huyó. Un sonido metálico corta el aire, metal contra metal, una espada sacada de su vaina. Sobre el torrente de sangre en mis oídos y el latido de mi propio corazón, un cuerno suena tres notas estridentes.

—Tenemos un fugitivo —dice una voz ronca.

Me congelo. Si me atrapan tan adentro del bosque, los guardias harán de mí un ejemplo. Me imagino a mí misma siendo paseada por las calles

con grilletes, tal vez incluso metida en una jaula en el centro de la ciudad, donde la gente de Lille a menudo tiene que soportar la humillación pública como penitencia por salir del camino trillado.

Las voces y los pasos de los hombres se alejan de mí.

No soy el fugitivo del que están hablando. Ni siquiera he empezado a correr todavía. Mi corazón golpea en mi pecho. Espero que no puedan ganarle a Erin lo suficientemente rápido.

Las voces de los guardias se apagan y cuando están lejos de mí, me meto los zapatos bajo el brazo y corro hacia la sombra del bosque. Agachándome detrás de un árbol, miro alrededor del tronco mientras se reúnen varios guardias más. Tienen a una mujer mayor con ellos, ya atada por las muñecas. Respiro un suspiro de alivio e inmediatamente siento una punzada abrasadora de culpa. Esta mujer ahora está a merced de los hombres del rey.

Me doy la vuelta y hago un descanso. Con mis piernas bombeando y mis pulmones ardiendo, creo que escucho el chasquido y gruñido de los perros, aunque no puedo estar segura. No me atrevo a mirar atrás. Me tropiezo y me rompo la rodilla contra una roca, desgarrando la carne. El dolor es cegador, pero me levanto y sigo adelante hasta que los árboles comienzan a ralear.

En el camino que lleva de regreso al corazón de la ciudad, hago una pausa para recuperar el aliento. Erin no se encuentra por ningún lado. Ella está a salvo.

Pero esto es Lille.

Nadie está realmente a salvo.

2

Mientras camino a casa, todo lo que puedo pensar es en Erin. El bosque es profundo y peligroso y, lo más importante, está prohibido. Sé que no se quedará escondida. Ella regresará a casa, pero necesito saber que está a salvo.

El campanario de la plaza del pueblo da la hora. Cinco ruidos fuertes. Se supone que debo encontrarme con mi madre en la tienda de la costurera para una prueba, y ella específicamente me dijo que fuera allí bañada, con el pelo lavado y la cara fresca. Me miro a mí misma. Mi vestido está manchado de suciedad y sangre, y mis pies descalzos están cubiertos de barro. Me escapé de los hombres del rey, pero cuando mi madre me vea, probablemente ella misma acabará conmigo. Los guardias patrullan las calles. Muchos más de los habituales ahora que el balón está tan cerca. Mantengo la cabeza gacha cuando paso. No están demasiado preocupados por mí. Están en alerta máxima debido a lo que la gente de Lille llama *el incidente*.

Ocurrió hace dos semanas en la ciudad norteña de Chione. Hubo rumores de que una explosión dañó el Coloso, una imagen de seis metros del salvador de Mersailles, el Príncipe Encantador, y que los responsables fueron transportados a Lille al amparo de la noche y llevados al palacio para ser interrogados por el propio rey. Pase lo que pase, los detalles que pudo sacar de ellos lo enviaron a un estado de pánico. Durante la primera semana después del incidente, ordenó que el correo se detuviera, nuestro toque de queda se adelantó dos horas y se distribuyeron panfletos que aseguraban que el incidente no era más que un intento de una banda de merodeadores deshonestos para destrozar la famosa estatua. También afirmó que los perpetradores fueron ejecutados.

Cuando llego a casa, está vacía y en silencio. Mi padre todavía está en el trabajo y mi madre me espera en la tienda de la costurera. Por un momento, me quedo en el centro del piso, mirando los tapices de la pared sobre la puerta.

Uno es un retrato del Rey Esteban, demacrado y gris; lo muestra como era antes de su muerte hace tan sólo unos años. Otro es el del Rey Manford, el actual rey de Mersailles, que no perdió tiempo en sacar su retrato real oficial y exigir que se colgara en todas las casas y espacios públicos de la ciudad. Nuestro nuevo rey es joven, solo unos años mayor que yo, pero su capacidad de crueldad y su ansia de control absoluto compite con su predecesor, y está en plena exhibición en el tercer marco que cuelga sobre nuestra puerta. Los Decretos de Lille.

1. Se mantendrá un mínimo de una copia impecable de *Cenicienta* en cada hogar.
2. El baile anual es un evento obligatorio. Se permiten tres viajes, después de los cuales los asistentes se consideran perdidos.
3. Los participantes en uniones ilegales y no autorizadas se considerarán destituidos.
4. Todos los miembros de las familias de Mersailles deben designar a un hombre, mayor de edad, como cabeza de familia, y su nombre se registrará en el palacio. Todas las actividades realizadas por cualquier miembro del hogar deben ser sancionadas por el jefe de hogar.
5. Para su protección, las mujeres y los niños deben estar en su lugar de residencia permanente antes de las ocho de la noche.
6. Una copia de todas las leyes y decretos aplicables junto con un retrato aprobado de Su Majestad se exhibirá en cada hogar, en todo momento.

Estas son las reglas estrictas y firmes establecidas por nuestro rey, y las sé de memoria.

Voy a mi habitación y enciendo un fuego en la pequeña chimenea del rincón. Considero quedarme hasta que mi madre venga a buscarme, pero me preocupa que ya piense que ha sucedido algo terrible. No estoy donde debería estar. Me vendo la rodilla con una tira limpia de tela y me lavo la cara en la palangana.

Mi copia del cuento de Cenicienta, una versión bellamente ilustrada que me dio mi abuela, se encuentra en un pequeño pedestal de madera en la esquina. Mi madre lo ha abierto en la página donde Cenicienta se prepara para el baile, el hada madrina brindándole todo lo que su corazón deseaba. El hermoso vestido, el caballo y el carruaje y las legendarias zapatillas de

cristal. Los asistentes al baile volverán a leer este pasaje para recordar lo que se espera de ellos.

Cuando era pequeña solía leerlo una y otra vez, esperando que un hada madrina me trajera todo lo que necesitaba cuando fuera mi turno de ir al baile. Pero a medida que crecí, a medida que los rumores de personas visitadas por una hada madrina se volvieron cada vez más escasas, comencé a pensar que el cuento no era más que eso. Una historia. Le dije a mi madre exactamente esto una vez y ella se angustió, diciéndome que ahora ciertamente no me visitarían si expresaba tantas dudas. Nunca volví a decir nada al respecto. No he mirado el libro en años, no lo he leído en voz alta como mis padres quieren que lo haga.

Pero todavía conozco cada línea.

Un sobre color marfil descansa sobre la repisa de la chimenea, mi nombre garabateado en el frente con letras negras onduladas. Lo tomo y saco la carta doblada desde adentro. El papel es grueso, teñido con el ónix más profundo. Leí la carta dentro como lo he hecho un millón de veces desde que llegó la mañana de mi decimosexto cumpleaños.

Sophia Grimmins

El Rey Manford solicita el honor de su presencia en el baile anual.

. . .

Este año se cumple el bicentenario del primer baile, en el que nuestra amada Cenicienta fue elegida por el Príncipe Encantador. Habrá festejos por todo lo alto,aún más especiales gracias a su asistencia.
El baile comenzará a las ocho en punto de la tarde del día 3 de octubre.

. . .

La ceremonia de elección tendrá lugar al filo de la medianoche.

. . .

Por favor, sean puntuales.

Esperamos ansiosos su llegada.

Sinceramente,

Su Alteza Real, el Rey Manford

A primera vista, la invitación es hermosa. Conozco chicas que sueñan con el día en que llegue su invitación, que piensan en poco más. Pero al darle la vuelta en la mano, leo la parte de la carta que muchas de esas ansiosas jóvenes extrañan. A lo largo de su borde exterior, en un patrón que me recuerda a la hiedra serpenteando por las celosías, hay palabras escritas en blanco que dan una advertencia terrible.

> Se requiere su presencia en el baile anual. La no asistencia supondrá pena de prisión y la incautación de todos los bienes pertenecientes a su familia inmediata.

Es el primero de octubre. En dos días, mi destino se decidirá por mí. Por terribles que sean las consecuencias si no soy elegida, el peligro de ser seleccionado podría ser peor. Alejo esos pensamientos y guardo la carta en el sobre.

Salgo de la casa y me dirijo a la tienda de la modista, tomando la ruta larga y esperando encontrarme con Erin. Estoy muy preocupada por ella, pero sé que mi madre también está preocupada por mí.

Las tiendas a lo largo de Market Street están iluminadas y llenas de gente que hace preparativos de última hora para el baile. Una línea sale de la del fabricante de pelucas. Miro por el escaparate de su tienda. Realmente se superó a sí mismo este año. Pelucas elaboradamente estilizadas llenan sus estantes. Me recuerdan a los pasteles de boda, capas y capas de cabello en todos los tonos, las que están en el estante superior con cosas como nidos de pájaros con réplicas de huevos dentro.

Una niña se sienta en la silla del peluquero mientras él coloca una pieza de cuatro niveles sobre su cabeza. Tiene capas de peonías rosas frescas, rematado con un pequeño modelo del carruaje encantado de Cenicienta. Se tambalea precariamente mientras su madre sonríe.

Me apresuro a pasar, atravesando la multitud de gente y agachándome por una calle lateral. Las tiendas aquí no son aquellas en las que mi familia y yo hayamos puesto un pie. Son para personas con dinero suficiente para comprar las chucherías más extravagantes e innecesarias. Realmente no estoy de humor para sentirme mal por lo que puedo y no puedo pagar, pero

esta es la forma más rápida de llegar a la plaza del pueblo, donde puedo cruzar y encontrar a Erin antes de encontrarme con mi madre.

En el escaparate de una zapatería, las zapatillas de cristal de Cenicienta reposan sobre un cojín de terciopelo rojo, iluminadas por la luz de las velas. El pequeño cartel junto a él dice: Réplica aprobada por el Palacio. Sé que, si mi padre tuviera el dinero, los arrebataría de inmediato, con la esperanza de que me distinguieran. Pero si no están encantados con la propia hada madrina, no veo el sentido. Los zapatos hechos de vidrio son un accidente que está por ocurrir.

Más abajo hay otra línea serpenteante que sale de una pequeña tienda con las ventanas cerradas. El cartel sobre la puerta dice Las Maravillas de Helen. Otro letrero enumera los nombres de las tinturas y pociones que Helen puede preparar: encontrar un pretendiente, desterrar a un enemigo, amar a la eternidad. Mi abuela me dijo que Helen era solo una aspirante a hada madrina y que sus pociones probablemente eran vino de cebada aguado. Pero eso no impidió que la gente confiara en ella.

Al pasar, una mujer y su hija, que parece de mi edad, salen corriendo de la tienda. La mujer tiene un frasco de vidrio en forma de corazón en la mano. Ella saca el corcho y lo empuja a los labios de la niña. Bebe todo de un trago largo, echando la cabeza hacia atrás y mirando el cielo del atardecer. Espero que las cosas que dijo mi abuela no fueran ciertas, por el bien de esa pobre niña.

3

Doy una vuelta rápida y me apresuro hacia la plaza del pueblo. La Celebración del Bicentenario ha durado una semana y culminará con el baile anual. Hasta entonces, las fiestas continúan todas las noches. Antes del toque de queda, la gente se agolpa en la plaza para hacer música y beber, y esta noche no es la excepción. Mientras avanzo, tratando de cruzar directamente a través de la plaza, los vendedores venden sus productos a la sombra del campanario, una estructura blanca reluciente con cuatro niveles coronados por una cúpula dorada. Hay joyas y vestidos de la ciudad de Chione en el norte, y guantes de satén, maquillaje y perfume de la ciudad de Kilspire en el sur.

Mientras zigzagueo a través de las cabinas, buscando entre la multitud el rostro de Erin, noto a una mujer joven parada en una plataforma elevada. Ella está recitando pasajes de *Cenicienta*. El volumen editado por el palacio se encuentra en un soporte de libros frente a ella.

—Las hermanastras feas siempre habían estado celosas de Cenicienta, pero al ver lo hermosa que se veía esa noche, se dieron cuenta de que nunca podrían ser tan hermosas como ella y, en un ataque de rabia, rompieron su vestido en pedazos.

Gente que se ha reunido alrededor de abucheos y burlas. Sigo caminando. Todavía no veo a Erin, y un terror que lo consume todo se arrastra. Me digo a mí misma que está en casa, pero tengo que llegar allí para asegurarme.

Una cabina, mucho más concurrida que las otras, se encuentra cerca del centro de la plaza, y una multitud de personas bloquea mi camino. Mientras trato de maniobrar alrededor de ellos, veo que todo el alboroto se debe a un juego que se está jugando en la cabina. Hay zapatos amontonados, y las niñas pagan una moneda de plata para que les vendan los ojos mientras escogen un par de pantuflas y se las prueban. Si encajan, ganan un pequeño premio: un brazalete o collar con cuentas, junto con un trozo de pergamino que dice "Fui elegida en la celebración del

Bicentenario". Una niña con una corona de rizos marrones hinchables se ilumina cuando su pie diminuto se desliza en un zapato de color violeta con un tacón alto. Es muy divertido hasta que otra niña elige el tamaño incorrecto de zapatos y gana un papelito con un pequeño retrato de las legendarias hermanastras de Cenicienta, sus rostros retorcidos en horribles sonrisas.

Ella mira a su madre. —Mamá, no quiero ser como ellas. —Su labio inferior tiembla mientras ahoga un sollozo. Un guardia del palacio se ríe a carcajadas mientras su madre la levanta y se la lleva.

Me deslizo por una abertura y me muevo desde la cabina hacia el centro de la plaza donde se encuentra una fuente, una réplica de tamaño natural del carruaje de Cenicienta. Hecho completamente de vidrio, brilla bajo el sol poniente. El agua brota a su alrededor y en el fondo de la piscina hay cientos de monedas. Es tradición pedir un deseo, al igual que Cenicienta hace tantos años, y arrojar una moneda, preferiblemente de plata, a la fuente. Recuerdo haber arrojado monedas cuando era más joven, pero no lo había hecho en años.

—¡Sophia!

Liv se acerca a mí; su largo cabello castaño está recogido en un moño en la parte superior de su cabeza, y sus mejillas rosadas parecen manzanas confitadas en su piel leonada. Ella me mira.

—¿Qué te ha pasado?

Miro mi vestido, que no me había molestado en cambiar. —No quieres saber.

—¿A dónde vas? —Ella pregunta.

—Estoy buscando… —dudo. Es demasiado peligroso hablar en público sobre lo que sucedió en el bosque—. Voy a mi prueba.

El rostro de Liv se tuerce con una mirada de incredulidad. —Se suponía que debías hacer eso hace semanas. Faltan dos días para el baile.

—Lo sé —digo—. Lo he estado evitando. —Hay una abertura y me muevo para irme, pero Liv coloca su brazo debajo del mío.

Ella niega con la cabeza. —Eres tan terca. Tu madre debe estar tirando de su cabello. —Ella se ríe y sostiene algo envuelto en una tela plateada brillante—. Nunca creerás lo que gané en uno de los puestos. —Desenvuelve el objeto.

Es un palo.

Miro a Liv y luego de nuevo al palo. Ella está radiante y yo estoy completamente confundida.

—¿Te sientes bien? —Puse mi mano en su cabeza para ver si tiene fiebre.

Ella se ríe y aleja mi mano juguetonamente. —Estoy bien. Pero mira. Es una varita. Una réplica del mismo que usó el hada madrina.

Miro el palo de nuevo. —Siento que se aprovecharon de ti.

Ella frunce el ceño. —Es una réplica real. El hombre dijo que venía de un árbol en el Bosque Blanco.

—Nadie entra en el Bosque Blanco. —Erin sale de detrás de Liv y mi corazón casi se detiene. Se necesita todo en mí para no agarrarla y acercarla a mí.

—Cierra la boca antes de que entre un insecto —dice Liv, mirando a su alrededor con nerviosismo.

—Estás a salvo —le digo, aliviada.

Erin asiente. —Y eres un desastre.

Ojalá me hubiera tomado el tiempo para limpiar un poco mejor antes de salir de mi casa.

—Aun así es encantador, por supuesto —dice rápidamente—. No creo que puedas evitar eso.

Yo la miro. —Quizás Liv pueda usar su varita para ayudarme a limpiar.

Liv me apunta con el palo y le da un golpecito. Ella frunce el ceño. —Siempre tuve la esperanza de que algún día desarrollaría algunos poderes mágicos. Creo que hoy no es ese día.

Le doy una palmada en el brazo. —Nadie ha visto ese tipo de magia desde la época de Cenicienta. Dudo que ya exista.

Un silencio cae sobre ellos e intercambian miradas preocupadas.

—Por supuesto que existe —dice Erin en un susurro—. Conoces la historia tan bien como cualquiera. Si somos diligentes, si conocemos los pasajes, si honramos a nuestros padres, se nos podría conceder lo que fue Cenicienta.

—Y si hacemos todas esas cosas y no pasa nada, no aparece ninguna hada madrina, ni vestido, ni zapatos, ni carruaje, ¿entonces qué? ¿Todavía lo creemos?

—No cuestiones la historia, Sophia. —Liv se acerca a mí—. No en público. No en cualquier lugar.

—¿Por qué? —Pregunto.

—Sabes por qué —dice Erin en voz baja—. Debes poner tu fe en la historia. Debes tomarlo por lo que es.

—¿Y qué es eso? —Pregunto.

—La verdad —dice Erin secamente.

No quiero discutir con ella.

—Ella tiene razón —dice Liv—. Las calabazas del jardín real se cultivan en el mismo lugar donde se recogieron los restos de su carruaje. Y escuché que cuando su tumba todavía estaba abierta al público, las pantuflas estaban dentro.

—Otro rumor —digo. Recuerdo conversaciones en voz baja entre mi abuela y sus amigos sobre la tumba. Nadie lo ha visto en persona en generaciones. Solo más historias para engañar a las jóvenes para que obedezcan. Liv y Erin parecen haber tenido suficiente de mí.

—Bueno, todavía espero ganarme el favor de un hada madrina —dice Liv.

El plan de Liv parece arriesgado. Mi madre espera lo mismo, pero ha arreglado mi vestido por si acaso no encuentro una anciana mágica en

mi jardín la noche del baile. Si alguien se presenta con algo menos que un vestido digno de la propia Cenicienta arriesgará su seguridad, y no creo que al rey le importe si proviene de un hada, una tienda de vestidos o algún otro lugar. Lo que importa es que nos *veamos* como que un hada madrina nos bendijo con su magia.

—¿Tus padres tienen un plan en caso de que no funcione? —Pregunto. No quiero que Liv esté en peligro porque esperaron demasiado para conseguirle lo que necesitaba. Este será el segundo viaje de Liv al baile. Se permite un tercero, pero rompería el espíritu de Liv y enviaría a su familia a la ruina.

—¿Alguna vez te cansaste de intentar que te arresten? —Erin pregunta—. Hablar así te encerrará.

—Está bien —dice Liv, poniéndose entre nosotros y negando con la cabeza—. Aquí. —Ella mete la mano en su cartera y saca un puñado de monedas—. No son de plata, pero tendrán que hacerlo. Pidamos deseos en la fuente como solíamos hacer. —Ella toma mi brazo y me lleva a la fuente.

Erin viene a mi lado, su hombro rozando el mío. Creo que la escucho suspirar y menea un poco la cabeza. Detrás de nosotros, la música sigue sonando y la gente se ríe y charla. Los guardias del palacio deambulan por la plaza, sus uniformes azul real pulcramente planchados, sus espadas brillando a la luz de la lámpara. Liv nos entrega una moneda a Erin ya mí.

—Pide un deseo —dice Liv. Cierra los ojos y arroja su moneda.

Miro a Erin. —Desearía que dejaras Lille conmigo. Ahora mismo. Deja Mersailles, deja todo esto atrás y huye conmigo. —Lanzo mi moneda al agua.

Liv jadea. Los ojos de Erin se abren rápidamente, su ceño fruncido, su boca hacia abajo. —Desearía que aceptaras como están las cosas. —Ella lanza su moneda a la fuente—. Desearía poder decidir que nada más importa, pero no soy como tú, Sophia.

—No te estoy pidiendo que seas como yo —le digo.

Los ojos de Erin se empañan y su labio inferior tiembla. —Sí, lo estas. No todo el mundo puede ser tan valiente.

Mi pecho se siente como si fuera a derrumbarse. Me alejo y Erin sale corriendo, desapareciendo entre la multitud. No me siento valiente. Me siento enojada, preocupada y dudo de que algo cambie alguna vez. Me preparo para correr tras ella, pero Liv me agarra del brazo y tira de mí hacia atrás.

—Tienes que dejarla ir, Sophia —dice Liv—. No puede ser.

Me aleja de la fuente y yo alejo las ganas de llorar, de gritar. Nos movemos alrededor de un gran círculo de hierba ennegrecida. Liv lo mira.

—¿Qué es esto? —Pregunto.

—Algo pasó aquí hace unas noches. Se rumorea que alguien creó una explosión, intentó destruir la fuente. Ellos fallaron. —Liv se vuelve hacia mí, la preocupación plasmada en su rostro—. ¿Acaso no lo ves? No hay resistencia. No podemos ir contra el libro o el rey.

Niego con la cabeza. No quiero aceptar que esto es todo lo que hay para mí. Liv mira a su alrededor y luego se acerca. —Un grupo de niños encontró un cuerpo en el bosque junto al Lago Gris.

—¿Otro? —Pregunto—. ¿Cuánto es eso?

—Seis desde que las hojas empezaron a girar. Una niña, como las demás.

Intento contar cuántas mujeres jóvenes han aparecido muertas en Lille en los años transcurridos desde que tuve la edad suficiente para entender esas cosas. El número de muertos en las docenas, pero los desaparecidos son más de los que puedo contar.

—Ve a tu prueba, Sophia —dice Liv, apretando mi mano—. Tal vez alguien en el baile te saque de todo esto.

Hay un tono en su voz. Quizás Liv quiera que se la lleven. No puedo culparla, pero eso no es para mí. No quiero que me salve un caballero de

brillante armadura. Me gustaría ser el de la armadura y me gustaría ser el que salve.

Me dirijo a la tienda de la costurera aturdida y llego con un retraso de dos horas. Mirando por la ventana, veo a mi madre charlando con las otras mujeres en la tienda. Se ríen y sonríen, pero su boca se tensa mientras apoya la barbilla en los dedos en forma de tienda. Odio haberla hecho preocuparse. Respiro hondo y abro la puerta.

Mi madre se pone de pie y exhala, dejando que el aire sisee entre los dientes, con una mirada de alivio en su rostro. —¿Dónde has estado? —Su mirada vaga sobre mí—. ¿Y qué has estado haciendo?

—Yo estaba…

Ella levanta la mano. —No importa. Estás aquí ahora. —Ella mira más allá de mí, hacia la calle—. ¿Caminaste hasta aquí sola?

—No —miento—. Liv y Erin me acompañaron hasta el final de la calle.

—Oh Dios. Estoy seguro de que has oído hablar del incidente del Lago Gris.

Asiento con la cabeza. Ella niega con la cabeza y luego fuerza una rápida sonrisa e instruye a la costurera y sus ayudantes que se pongan a trabajar.

Las piezas de mi vestido están cosidas en su lugar para asegurar un ajuste perfecto. Mi madre se queja del color de los ribetes a lo largo del dobladillo del vestido. Aparentemente, se supone que es de oro rosa, no de oro normal, por lo que hay que quitarlo y volverlo a colocar. Creo que todo el conjunto se vería muy bien en el fondo de una papelera, tal vez rociado con aceite de lámpara y prendido fuego. Nadie me preguntó de qué color me gustaría que fuera o cómo me gustaría que fuera.

Mi madre se retuerce las manos y camina por el suelo frente a mí. Está muy preocupada por cada pequeño detalle, como si mi vida dependiera de estas cosas. Intento silenciar la voz dentro de mí que me dice que muy bien podría hacerlo.

—Es espectacular, Sophia —dice mi madre mientras me mira.

Asiento con la cabeza. No puedo pensar en nada que decir. Todavía no puedo creer que este día haya llegado realmente. Esperaba estar lejos de Lille en este punto, tal vez lejos de Mersailles en conjunto, con Erin a mi lado, dejando al rey y sus reglas detrás de nosotros. En cambio, estoy aquí, preparándome para ceder a esta terrible inevitabilidad.

La costurera me ayuda a quitarme el vestido para que pueda empacarlo y enviarlo a casa con nosotros. Un hematoma de color ciruela colorea el costado de su cuello; ha comenzado a ponerse verde en los bordes.

—¿Qué le pasó a tu cuello? —Susurro, aunque conozco la fuente probable de su dolor. Tantas mujeres en Lille llevan cargas similares.

La costurera me mira con curiosidad y rápidamente se ajusta el cuello.

—No te preocupes por eso. Desaparecerá en una semana. Como si nunca hubiera sucedido.

—Sophia —interrumpe mi madre—. ¿Por qué no sales y tomas un poco de aire? Pero mantente en el camino donde pueda verte. —Miro a la costurera, cuya sonrisa no disimula su dolor.

Recojo mis faldas y camino hacia el sendero que conduce a la tienda. El sol se desvanece cuando los faroleros comienzan sus rondas nocturnas. Incluso en la oscuridad que nos invade, las torres de vigilancia se ciernen en las sombras. Centinelas de piedra, con las ventanas de vigilancia hacia adentro.

Un mural del rey estropea el costado de un edificio al otro lado de la calle. Se le representa en un caballo a la cabeza de un ejército de soldados, con el brazo extendido y sosteniendo una espada. Apuesto a que nunca ha dirigido un ejército a ningún lado excepto a través de los cuadrados de un tablero de ajedrez.

Por mucho que lo intente, no puedo dejar de pensar en cómo será ser elegida. En dos días, podría ser entregada a un hombre del que no sé nada, que no sabe nada de mí. Mis propios deseos y necesidades serán silenciados a favor de lo que él cree que es mejor. ¿Y si no piensa en ponerme un moretón en el cuello? Y si no soy elegida, ¿entonces qué? Y Erin. Mi querida Erin. ¿Qué será de nosotros? Me estremezco cuando un nudo crece en mi garganta. Mi madre sale a la calle y me echa un chal sobre los hombros desnudos.

—No quieres coger un escalofrío tan cerca del baile, Sophia. —Mira a su alrededor con cautela, bajando la voz—. Desearía que no tuviera que ser así, pero…

—Sí, lo sé. Así es como es. —Aprieto los dientes, reprimiendo el impulso de gritar por milésima vez. La miro, y por una fracción de segundo ella deja que la máscara se deslice, y veo el dolor en su rostro. Parece mayor a la pálida luz del cielo nocturno. Su mirada se mueve sobre mi cara y mi vestido por un instante antes de apartar la mirada.

—¿De repente te parece real? —Pregunto.

Aprieta su boca en una línea dura. —Si.

—Deseé que este día nunca llegara —digo.

—Yo también —dice en voz baja—. Pero aquí estamos, y debemos aprovecharlo al máximo.

Mi madre regresa a la tienda, pero me quedo un momento antes de unirme a ella mientras la costurera y sus ayudantes terminan de empacar mi vestido. Miro hacia el cielo estrellado. Las cosas serán diferentes ahora y siempre. No habrá vuelta atrás una vez que haya tenido lugar el baile. Siento una tristeza, casi dolor como en su profundidad, amenazando con consumir. Me aprieto más el chal y me apresuro a entrar.

4

El Sr. Langley, un amigo de mi padre, tiene un hijo que aceptó conducir nuestro carruaje mientras mi padre está trabajando. Nos recibe en la carretera y nos ayuda a cargar el vestido. Me mira a los ojos y sonríe mientras subo al carruaje. Aparto la mirada de él. No estoy de humor para fingir que me halaga.

Mi madre se sube detrás de mí y el carruaje avanza bruscamente por la carretera. Pesadas cortinas cubren las ventanas, pero el aire frío de la noche todavía entra. Aprieto mi capa alrededor de mis hombros y me bajo la capucha, cubriendo la mayor parte de mi rostro, pero esto no es una señal lo suficientemente clara para mi madre de que no quiero hablar.

—Es un joven bastante guapo, ¿no? —Ella preguntó.

Observo a mi madre mientras me mira con atención. —¿Quién?

—El hijo del Sr Langley. Por supuesto, siél te encontrara agradable, tendría que hacer una petición oficial por ti en el baile. Estoy seguro de que no será el único interesado.

Niego con la cabeza. —¿Hay algún momento en el que no estés pensando en la manera de casarme con el primer hombre medio decente que puedas encontrar?

—Medio decente podría ser lo mejor que podemos esperar. —Ella mira hacia su regazo, presionando sus labios juntos.

Abro la cortina y miro por la ventana, más para evitar que mis ojos rueden hacia mi cráneo que para contemplar la vista. No estoy enojada con ella específicamente. Su camino es el de la mayoría de la gente en Lille. Siempre buscando una oportunidad para hacer que la oscuridad parezca más brillante. Ella es buena en eso, pero yo no. No puedo evitar ver el baile por lo que realmente es.

Una trampa.

Atravesamos las tortuosas calles de Lille. A lo lejos, las enormes torretas del palacio sobresalen del paisaje en pendiente. Es extravagante, chillón, un recordatorio para el resto de nosotros de que no importa cuánto lo intentemos, nunca seremos completamente dignos de ese tipo de riqueza, ese privilegio.

Justo fuera de los terrenos del palacio se encuentra la sección cerrada del este de Lille, donde viven los miembros de más alto rango de la aristocracia. Lo suficientemente cerca del rey para sentirse especiales, pero lo suficientemente lejos para que no tuvieran la impresión de que eran iguales a él. La gente de allí acumuló su riqueza, mejorando sus propias vidas mientras el resto de la ciudad caía en decadencia.

A medida que nuestro carruaje llega a la parte occidental de la ciudad, las casas idénticas a lo largo de los callejones empedrados se apoyan entre sí como si pudieran colapsar sobre sí mismas sin el apoyo adicional. Las horas de la tarde traen consigo una mezcla de olores particularmente confusa. Los aromas de pan recién horneado y carne hervida se filtran, pero están teñidos con el olor distintivo de excrementos, humanos y animales por igual.

Ninguna lámpara ilumina mi calle más que las que la gente tiene en sus ventanas. Rodamos hasta detenernos y mi madre se baja. Me paro en el escalón del carruaje por un momento, esperando poner algo de distancia entre nosotros. No me dejará ir a la cama sin hablar. Llega al

escalón del frente y me mira con una expresión de tristeza dibujada en su rostro. El hijo del Sr. Langley coloca la caja del vestido en el umbral y luego se aclara la garganta. Lo miro y me muestra otra amplia sonrisa. Estoy a punto de decirle que se ve ridículo y claramente está haciendo el ridículo cuando mi madre me llama.

—Sophia, entra.

Ella me conoce demasiado bien.

Empuja la puerta para abrirla mientras suenan las campanas, lo que indica el toque de queda para las mujeres y los niños de Lille. Su pie marca el ritmo con los atronadores tambores. En el último golpe de las ocho,

estamos destinados a estar adentro, detrás de nuestras puertas cerradas. A veces me paro en la escalinata del frente mientras doblan las últimas campanas, solo para ver qué pasa. En esas ocasiones, mi madre da vueltas por la casa en un ataque, deseando que me sentara y dejara de intentar que me arresten como una maldita tonta. Cuando era pequeña, mi madre me dijo que, si no estaba adentro al sonar la campana final, los fantasmas de las malvadas hermanastras de Cenicienta entrarían y me llevarían. Ahora que soy mayor, entiendo que no debo temer a los espíritus vengativos. El rey y sus hombres representan la mayor amenaza.

Salgo y me dirijo a la puerta, evitando la mirada de mi madre y pasando junto a ella mientras la cierra y la bloquea detrás de mí. Me dirijo a las escaleras.

—Siéntate —dice mientras saca una silla de la mesa del comedor.

Camina hacia el otro lado y se sienta.

Quiero subir las escaleras y meterme en la cama, pero primero tendremos que tener esta pequeña charla. Me uno a ella en la mesa y la miro.

La mayoría de la gente piensa que mi madre y yo somos hermanas, por lo que nuestras características son similares. Nuestro cabello oscuro y rizado es idéntico, excepto que sus mechones están ligeramente salpicados de gris. Compartimos la misma tez de color marrón oscuro, pero tiene líneas en las comisuras de la boca. La gente las llama líneas de risa, pero estoy seguro de que las de ella son por fruncir el ceño.

—Fui elegida por tu padre en mi primer año en el baile y fue un buen partido —comienza—. Era hijo de un magnate de la tierra, y es un hombre decente, un buen hombre.

—Lo sé. —Me ha dicho esto antes, pero una urgencia matiza su voz ahora, como si estuviera tratando de convencerme de que hay un rayo de esperanza.

—Pero algunos no tienen tanta suerte —dice, con un tono mortalmente serio—. ¿Entiendes cómo debe ser eso? ¿No ser elegida?

¿Cuáles serían las repercusiones de eso?

—Por supuesto que entiendo. —Esa posibilidad la asusta casi más que cualquier otra cosa. Las niñas que no son elegidas por su tercer baile se consideran perdidas y terminan en casas de trabajo o en servidumbre. Pero en los últimos años, varias niñas han desaparecido en el castillo y nunca más se supo de ellas.

Mi madre pasa las manos por los pliegues de su vestido y suspira.

—Dime algo, Sophia. ¿Erin y Liv saben lo difícil que puede ser? ¿Lo obstinado que es?

—Sí, lo digo. Es una verdad a medias. Erin y Liv son mis amigas más cercanas, y puedo ser yo misma con ellas en su mayor parte. Pero incluso en su presencia, siento que tengo que contenerme porque Lille también ha dejado su huella en ellos. Me escuchan hablar de irme, de resistir lo que se espera de nosotros, y me dicen que baje la voz. Esas cosas simplemente no se hacen. Nadie se va. Nadie se resiste si no está cortejando a la muerte.

—Espero que Liv encuentre una pareja este año —dice mi madre, mirando fijamente—. Sus padres están muy preocupados y si no la eligen esta vez, solo tendrá una oportunidad más.

Que una chica sea considerada solterona si no está casada a los dieciocho años está mal, y que los chicos ni siquiera tengan que asistir al baile hasta que quieran es una repugnante doble moral. —No es su culpa que no haya sido elegida.

Liv no había sido seleccionada en el baile del año pasado. Erin y yo lo habíamos discutido, y ninguna de las dos podía entender por qué. Liv casi nunca lo mencionó, pero me di cuenta de que alguien había hecho un reclamo sobre ella y en el último minuto había elegido a otra chica.

Ahora Liv estaba blandiendo una réplica de la varita, esperando conjurar alguna ayuda mágica. Después de todo lo que habían visto y pasado el año anterior, Liv y sus padres aún esperaban que recibiera la visita de un hada madrina. Se habían convencido a sí mismos de que uno

no se presentó el año anterior porque no habían sido lo suficientemente piadosos al seguir el ejemplo de Cenicienta.

—No voy a ser visitada por una vieja bruja mágica —digo, la frustración burbujeando dentro de mí.

—Quizás no —dice mi madre en un susurro—. Pero te verás como si lo fueras, y eso es lo que más les importa a los pretendientes y al rey.

—Uno pensaría que se preocuparían por mí, por lo que siento. —Incluso mientras digo las palabras, sé que van en contra de todo lo que sé que es verdad, y mi madre está de acuerdo.

—¿Por qué, en nombre del Rey Manford, alguna vez pensarían eso? —Ella preguntó. Aprieta sus manos como si estuviera rezando, pero la piel sobre sus nudillos está tensa—. Tú tienes… nosotros tenemos una oportunidad en esto. Debes encontrar una coincidencia. Volver al baile por segunda vez es una vergüenza.

Sus palabras me cortaron como un cuchillo. —¿Liv es una vergüenza?

¿Cómo puedes decir eso de ella? No es su culpa que algún viejo repugnante haya cambiado de opinión.

Ella aparta la mirada. —Ella sabe lo que está en juego. Los deseos tontos y la magia no la salvarán. Ella debe conformarse, conocer su lugar y hacer lo que sea necesario para encontrar una pareja, y tú también. —Ella se inclina hacia mí—. Sé que eres diferente y que esto será difícil para ti, pero no tienes otra opción.

Diferente.

Así me ve, y cada vez que usa esa palabra, la acompaña un aire de desaprobación. Lille también le ha dejado su mancha.

—Quiero estar con Erin.

—Lo sé —dice, mirando a su alrededor como si alguien pudiera escuchar—. Pero te lo guardarás para ti. —Su tono es plano, sin emociones. Así es como se protege de la realidad a la que me enfrento.

Tenía doce años cuando les dije a mis padres que preferiría encontrar una princesa que un príncipe. Habían entrado en un estado de pánico, del que salieron con un renovado sentido de determinación. Me dijeron que para sobrevivir tendría que ocultar cómo me sentía. Nunca fui muy bueno en eso, y el peso de esa máscara se vuelve más pesado con cada año que pasa. No quiero nada más que dejarlo de lado.

—No tienes que resistirte a todo. No te servirá de nada y no te perderé —dice mi madre mientras se agarra al borde de la mesa—. No puedo. Debes asistir. Debes interpretar el papel. —Se sienta como si estuviera exhausta, deja que sus hombros se muevan hacia adelante y exhale lentamente—. Tu padre está trabajando en la intermediación de otra venta mientras hablamos para traer el dinero extra que necesitamos para… —Se detiene. Su voz se atora en su garganta. Sus ojos se vuelven vidriosos cuando pone su mano sobre la mía—. Te quiero muchísimo. Haría cualquier cosa para asegurarme de que seas la chica más hermosa de la habitación cuando hagas tu entrada.

—Toda mi vida ha sido una acumulación de esto. Esto no es una *pequeña cosa*. Todo lo que hago, todo lo que digo, se trata del baile. Mi camino ha sido elegido para mí desde que nací. Mi futuro ya está escrito y no tengo nada que decir en cualquiera de ellos.

—Si. ¿Y? —Me mira sin comprender, como si no pudiera entender.

—¿No quieres que sea feliz? ¿No es eso lo que más importa? —En el breve momento antes de su respuesta, imagino que dirá que sí y me dirá que no tengo que ir. Pienso en cómo se sentiría tenerla de mi lado.

—No. —Mi madre suelta mi mano. Me envuelve una amarga decepción—. Lo que importa es que estás a salvo. Que seguimos las leyes. Están claros como el día. Justo ahí. —Ella hace un gesto hacia la puerta principal—. La felicidad es una ventaja, Sophia. No tienes derecho a ello, y cuanto antes lo aceptes, más fácil será tu vida.

—¿Y si no quiero una vida fácil?

Mi madre me mira fijamente. Ella separa los labios para hablar y luego los aprieta, bajando la mirada hacia la mesa. —Ten mucho cuidado con lo que pides. Porque es posible que lo consigas.

—¿Permiso? —Pregunto.

Ella asiente, empujo mi silla hacia atrás de la mesa y subo las escaleras. Cuando llego al último escalón, escucho a mi madre llorar. Una parte de mí quiere ir con ella, pero una parte de mí no. La amo y sé que ella me ama, pero eso no es suficiente. Ella no romperá las reglas incluso si me exigen que niegue todo sobre mí. Entro en mi habitación y cierro la puerta.

5

A la mañana siguiente, me despierto justo antes del amanecer. Mi padre ya se ha ido por el día y mi madre ha comenzado a preparar el desayuno. La masa se asienta debajo de un paño junto a la estufa de leña, que ella alimenta y pone a hervir. Me uno a ella en la cocina y me ato un delantal a la cintura. Mi madre coloca un plato pequeño con dos galletas y una manzana en rodajas sobre la mesa. Me habla por encima del hombro mientras coloca una bola de masa en la superficie enharinada de la encimera.

—Los pisos tendrán que ser barridos y restregados, como siempre, y es día de lavado para la ropa de arriba. Saca las alfombras y dales una buena paliza. Tu padre dijo que podría llegar temprano a casa, así que debemos hacerlo. Cuando llegue, asegúrate de recitar la historia lo antes posible porque sé que estará cansado y querrá descansar.

—¿Quieres que lo recite en voz alta? —Pregunto. Sé que eso es lo que se supone que debemos hacer. Es más una tradición que una regla, pero no lo había hecho en mucho tiempo.

—Sí —dice mi madre secamente—. Tal vez estás un poco oxidada, y con el baile acercándose querrás saberlo hacia atrás y hacia adelante en caso de que un pretendiente quiera poner a prueba tus conocimientos.

Ni siquiera respondo. Es la cosa más tonta que he oído en mi vida.

¿Los pretendientes me pondrán a prueba? Siento un fuerte impulso de decirle a mi madre que estoy bastante seguro de que los hombres reunidos en el castillo ni siquiera han leído la historia de principio a fin, porque en realidad nada de eso está destinado a ellos. Está destinado al

resto de nosotros. Solo asiento con la cabeza. Me pongo una capa y empiezo a sacar las alfombras afuera.

¿Realmente habría pretendientes que quisieran ponerme a prueba?

¿Y mi padre realmente quiere oírlo, o mi madre está pensando en todas las formas en que alguien podría intentar hacerme tropezar una vez que esté en el baile?

—*La esposa de un hombre rico enfermó y supo que su fin estaba cerca* —digo en voz alta. Todavía está ahí en mi cabeza. Cada palabra.

Estoy golpeando las alfombras cuando mi madre abre la puerta principal, con una mirada de preocupación en su rostro. —Sophia, necesito que vayas a ver a la Sra. Bassett. Me temo que olvidé las cintas que combinan con tu vestido en su tienda, las de tu cabello.

—¿No quieres ir? —Pregunto. La miro claramente por primera vez esa mañana. Tiene círculos oscuros debajo de los ojos como si no hubiera dormido.

—No, no me siento bien. He enviado a Henry para que le diga al hijo del Sr. Langley que esté aquí dentro de una hora para llevarte.

Miro a mi alrededor para ver si Henry, el hijo pequeño de nuestro vecino, ya se ha ido.

—Puedo caminar —digo—. ¿O podría tomar el carruaje yo misma?

Ella niega con la cabeza. —¿Sola? Sophia, por favor. Mis nervios ya están destrozados. No agregue su inclinación por tratar de violar la ley.

—No es una ley.

Ella planta su pie en el porche con un ruido sordo. —Te llevarán al palacio encadenada si te atrapan conduciendo un carruaje, y si vas caminando sola, podrías terminar en una situación mucho peor.

Algo en su tono me llama la atención. Sus emociones, por lo general estrechamente enrolladas, parecen deshilacharse cada vez más con cada día que pasa. No le diré que ayer caminé por el bosque y entré a la ciudad por mi cuenta. Puede que no sobreviva al impacto.

—El hijo de Sr. Langley llegará pronto —dice—. Él te llevará.

Ella entra y yo espero en el patio. Según lo programado, llega caminando a través de la niebla que se disipa. Se apoya en la puerta y me da un pequeño asentimiento.

—Buenos días —dice. Me vuelve a mostrar esa sonrisa traviesa.

Soy bastante buena leyendo a la gente, pero este chico es un rompecabezas. La curva de su labio y su sonrisa de suficiencia me hacen pensar que me estoy perdiendo algo.

—¿Lista? —Él preguntó.

Asiento con la cabeza mientras saca el carrito de madera que llevamos al mercado en lugar del carruaje cubierto que usamos para viajar. Está hecho para transportar sacos de grano y tiene un solo asiento ancho en la parte delantera. Lo engancha a nuestro caballo y sube.

—Hace frío —digo—. Deberíamos tomar el carruaje.

—Pero ya tengo esté listo para funcionar. ¿No quieres sentarte a mi lado?

—Absolutamente no. Y si me hubieras preguntado de antemano, te habría dicho que engancharas el carruaje. Pero no lo hiciste, así que aquí estamos.

Levanta una ceja. —¿Entonces tú diriges el espectáculo por aquí? Eso es… diferente.

—Diferente —digo en voz baja. Diferente nunca significa nada bueno.

La puerta principal se abre con un crujido detrás de mí.

—¿Te está dando problemas? —Mi madre llama desde la puerta. No me doy la vuelta, pero puedo sentir sus ojos clavados en la parte posterior de mi cabeza.

—Ningún problema, Sra. Grimmins. —El hijo del Sr. Langley me lanza un guiño rápido. Si espera un agradecimiento por no decirle a mi madre lo que dije, se sentirá profundamente decepcionado.

Me subo, sentándome tan lejos de él como lo permite el asiento. Tira de las riendas y el carro se tambalea hacia adelante.

La temperatura se mantiene fresca, incluso cuando sale el sol. Me aprieto la capa, pero el aire todavía se filtra. El hijo del Sr. Langley pone las riendas en su regazo y se quita el abrigo.

—Aquí. No es mucho, pero debería ayudar. —Coloca el abrigo sobre mis hombros y me inclino lejos de él, mirando sus manos y sus ojos. No lo conozco lo suficiente como para confiar en él, y la mayoría de las veces cuando un hombre le hace un favor a una mujer es porque quiere algo a cambio—. ¿Soy tan desagradable? —Levanta el brazo y da una bocanada—. ¿Huelo? Me bañé la semana pasada.

Intenta ser gracioso. Yo no respondo.

—Mi nombre es Luke. Por si te lo preguntabas.

—Lo sé —digo rotundamente. Nunca nos han presentado formalmente, pero he escuchado a mis padres hablar de él con demasiada frecuencia.

—Siempre estás con tu madre. Ella no te deja decir ni una palabra.

Lo miro por el rabillo del ojo. —O tal vez no tengo mucho que decir.

—Bueno. —Hace una pequeña mueca—. Me sorprendió tu arrebato allá atrás con el carro. Nunca había visto a una chica rechazar la petición de un hombre tan abiertamente. Eso es algo peligroso de hacer.

—¿Estás bromeando o amenazándome? —Inclino mi cuerpo para poder levantar la pierna y patearlo por el costado del carro si tiene alguna idea. Las niñas son acosadas y maltratadas con regularidad en Lille, y por eso tengo un plan sobre qué hacer si alguien intenta hacerme daño. Si Luke hace un movimiento en falso, le estrellaré la nariz contra su cráneo, tal vez lo patearé donde más lo sienta, y luego corro. También puedo agarrar las riendas, sacar al caballo del camino y voltear el carro. No me importa si me lastimo en el proceso. No me voy en silencio.

—No estaba bromeando, pero tampoco te estaba amenazando. Lo siento. —Me mira y vuelve a sonreír. Su comportamiento es abrasivo, pero no malicioso. No puede tener más de veinte años, alto y larguirucho, piel morena, cabello negro, con un mínimo aire de presunción. Todavía me cuesta leerlo.

Mantengo mi cuerpo en posición de darle la vuelta, pero planteo una pregunta como distracción. —¿También te estás preparando para el baile?

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Me toma tan desprevenido que todo lo que puedo hacer es mirarlo. Se recompone y niega con la cabeza. —No si puedo evitarlo. Las cosas son diferentes para mí.

—¿Por qué? —Pregunto. Ha perdido algo de esa valentía que tenía cuando se acercó a mi puerta principal. Paramos frente a la tienda de la costurera.

—Eres amiga de Erin, ¿no? —No me mira a los ojos.

La pregunta parece fuera de lugar y me erizo. —Sí. Ella es una de mis mejores amigas.

—Hmm —dice, asintiendo—. Entonces entenderás lo que quiero decir cuando digo que las cosas son diferentes.

La mirada de complicidad en sus ojos me aterroriza. Lo he visto antes. Es la misma mirada que me lanza mi madre cada vez que pronuncio el nombre de Erin. Inmediatamente salto del carro y le tiro su abrigo. —Espera aquí, por favor.

—Claro —dice.

Me preocupa que sus modales amistosos sean solo una forma de hacerme sentir lo suficientemente cómoda como para bajar la guardia.

Me apresuro a la puerta de la tienda y entro. Ninguna de las lámparas está encendida todavía, y la luz moteada del sol apenas salido proyecta sombras a través de la habitación, que se siente extrañamente en reposo sin la costurera y su grupo de ayudantes moviéndose alrededor. Una cinta métrica cuelga del borde de la mesa y docenas de cuentas de vidrio

ensucian el piso como si las hubieran derribado sin que nadie se moleste en limpiarlas.

Veo las cintas que dejó mi madre en una mesa en una bolsa de lona y las recojo. En ese momento, un gemido surge de debajo de la mesa. Doy un paso atrás y miro hacia abajo para ver a alguien sentado allí. Un chico joven. Sus rodillas se acercan a su pecho, mientras se balancea hacia adelante y hacia atrás.

—¿Hola? —Digo gentilmente. La cabeza del niño asoma detrás de sus rodillas, sus ojos están llenos de lágrimas. Toma una bocanada de aire y se limpia la nariz con el dorso de la mano. Lleva unos pantalones andrajosos y una camisa descolorida de una talla demasiado pequeña. Las mangas dejan al descubierto sus delicadas y delgadas muñecas. Parece tan frágil. Quiero poner mis brazos alrededor de él y decirle que todo va a estar bien, aunque no tenga idea de lo que está mal. Solloza de nuevo.

—Oh no. Por favor no llores ¿Estás bien? —Extiendo mi mano, pero él se escabulle hacia atrás, golpeando la pata de la mesa y enviando más cuentas al suelo—. No te haré daño, lo juro. —El inquietante silencio de la tienda me pone nervioso.

—No te conozco —dice.

—No, no creo que nos hayamos conocido. Mi nombre es Sophia. La costurera me está ayudando con mi vestido y solo vine a recoger estos. —Me agacho y le ofrezco la bolsa de cintas—. ¿Ves? —Su expresión se suaviza—. ¿Por qué estás llorando?

Abre la boca para hablar, pero duda. Luego se acerca más para estar casi fuera de debajo de la mesa.

—Es demasiado ruidoso —dice, tapándose los oídos con las manos y cerrando los ojos.

—¿Quién es demasiado ruidoso? —Pregunto confundida.

La voz de un hombre, aguda y chirriante, resuena en algún lugar por encima de mi cabeza. Unos pasos pesados resuenan en una habitación de

arriba. Miro hacia arriba mientras toda la estructura de la casa tiembla. El polvo, liberado de las vigas de madera que cruzan el techo,

cae a través de los confines sombríos de la tienda y se deposita como un polvo fino en las mesas y sillas. Lucho contra el impulso de levantar al chico y salir corriendo por la puerta.

El niño baja las manos, los ojos muy abiertos. —Mi padre. Le está gritando a mi madre. Él siempre le grita.

La luz que entra por los escaparates ilumina el rostro del chico. Es casi idéntico a la costurera. Comparten la misma piel morena, ojos oscuros y hoyuelos en las comisuras exteriores de la boca.

Un fuerte estruendo seguido por el grito de una mujer atraviesa el silencio momentáneo. Me levanto y el chico retrocede. Miro por la ventana delantera y veo a Luke todavía encaramado en el carrito.

Lo que hace un hombre en su casa es asunto suyo. Esa es la regla. Debería irme, pero no puedo hacer eso.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? —Yo digo.

—Está bien —responde desde debajo de la mesa.

Me arrastro hasta la parte trasera de la tienda, donde una escalera conduce al segundo piso. Pongo mi mano en la barandilla y escucho. El silencio es casi tan insoportable como los gritos de la mujer. En la parte superior de la escalera hay una puerta, y una luz suave fluye debajo de ella. El hueco de la escalera es oscuro y sombrío, con finos rayos de luz que salen de debajo de la puerta iluminando pedazos de polvo que flotan en el aire. Doy un paso hacia arriba.

No sé qué haré cuando llegue a la cima. ¿Golpear? ¿Gritar? ¿Puedo siquiera detener lo que está sucediendo? La voz del hombre vuelve a sonar, y esta vez escucho las palabras con claridad.

—Me has ocultado el dinero, ¿no? —grita.

Luego viene la voz de una mujer. —¡No! ¡Nunca lo haría!

—Cada centavo que ganes me pertenece. —Se oye un golpe fuerte, como si alguien corriera hacia la puerta en la parte superior de las escaleras y la puerta crujiera al abrirse unos centímetros. Subo al rellano y miro adentro.

—Lo sé, lo juro, trabajo duro. —La costurera se encoge contra la pared de la pequeña habitación de arriba. Las lágrimas manchan su rostro. Su marido está de pie junto a ella, con los puños cerrados.

—¿Entonces que es eso? Hay tan poco dinero en esta bolsa que me pregunto por qué te molestas. O eres una costurera terrible o te estás quedando con el dinero. —Él le arroja la bolsa y esta se abre, enviando una lluvia de monedas tintineando al suelo.

—Todo el mundo lo está pasando mal —dice la mujer—. El rey nos ha subido los impuestos tan elevados que apenas podemos permitirnos el lujo de cereales. Otros también están sufriendo, pero necesitan preparar a sus hijas para el baile. Tomo lo que pueden dar. Eso es cada centavo rojo, lo juro.

—¿Toma lo que pueden darse el lujo de dar? ¿Qué somos? ¿Una organización benéfica?

Levanta el puño y la mujer hace una mueca como si ya la hubiera golpeado. Pongo la mano en la puerta y la tabla del suelo gime bajo mi peso. Me estremezco cuando la cabeza del hombre gira. Es bajo y fornido, pero sus manos son enormes.

—E-estoy buscando a la costurera —le digo, tratando de evitar que mi voz se rompa.

—¿Quién diablos eres tú? —Saca el cuello y me mira.

—Mi madre compró algunas cintas, pero las dejó aquí. ¿Puedes ayudarme a encontrarlos? —Miro directamente a la costurera mientras meto las cintas fuera de vista—. Si pudieras, te lo agradecería. —El hombre se coloca frente a la mujer, bloqueando mi vista. Le frunzo el ceño.

—Tenga cuidado antes de que lo envíe al palacio para que lo confisquen —espeta el hombre.

Él puede hacerlo. Cualquier cabeza de familia podría hacerlo. La única persona que puede estar en desacuerdo es otro jefe de familia. El dinero, el poder, la clase, todas esas cosas entran en juego, pero el principio fundamental de nuestras leyes es que las mujeres, sin importar su posición, están a merced de los caprichos inconstantes de los hombres. Ese es el poco control que tengo sobre mi propia vida. Continúo mirándolo mientras se aleja arrastrando los pies hacia una habitación contigua. La costurera se pone de pie y sale corriendo por la puerta, secándose los ojos.

—Tu hijo… —Me agarra del codo y me lleva a la sala principal del taller antes de que tenga la oportunidad de terminar mi oración.

Ella se inclina, saca al chico de debajo de la mesa y lo rodea con los brazos, mientras mira nerviosamente hacia la escalera trasera. Su hijo se derrite en ella, abrazándola con fuerza y sollozando. Se me llenan los ojos de lágrimas y me cuesta averiguar si es mi ira o mi absoluta angustia por la costurera y su hijo lo que me está ganando. La costurera acaricia suavemente su nariz con su cabello. Ve la bolsa de cintas en mi mano.

—Veo que has encontrado las cintas que te faltan. Me alegra que te acordaras de venir a recogerlos. Te verás preciosa. —Si no hubiera visto lo que acababa de pasar o el verdugón en su mejilla, su tono me habría convencido de que no pasaba nada.

—No quise entrometerme, o tal vez lo hice, pero vi a su hijo y escuché a su esposo arriba. —El cuerpo de la mujer se tensa como si estuviera preparándose para lo que podría decir a continuación.

Se pone de pie, levanta a su hijo con ella y le arregla la ropa. Parece no tener más de siete u ocho años, pero las ojeras bajo sus ojos son las de un niño que ha visto demasiado. Ella lo besa y señala hacia la habitación directamente enfrente del área de trabajo principal.

—Ve a comer algo. El desayuno está en la mesa. —Ella le sonríe y él mira hacia las escaleras y asiente. La abraza de nuevo. Ella mira al chico—. Papá sabe más, mi amor. Crecerás para ser un buen hombre, como él. —El chico no sonríe mientras desaparece en la otra habitación. La costurera se arregla el vestido, evitando mi mirada.

Se me escapa un suspiro y la costurera mira hacia arriba con la boca hacia abajo. —No nos compadezcas. Por favor. Eso no es lo que necesitamos.

—¿Qué necesitas? —Pregunto. Doy un paso hacia ella—. No tienes que... quiero decir... yo podría ...

—¿Qué podrías hacer? —La mujer se ríe ligeramente—. Oh pobre cosa. Eres una de esas chicas que cree que hay una salida, ¿no? Ese algo vendrá y hará que todo sea mejor. —Suspira y niega con la cabeza como si estuviera enojada—. Ojalá las hubiera. Te lo juro. Ojalá pudiera decirte que corrieras, que te escondieras, pero nunca funcionaría. —Su voz es tan baja que tengo que acercarme para entender—. Nada puede hacerse. Ni una maldita cosa.

Quiero creer que podría haber una salida, pero con cada día que pasa, ese sentimiento se desvanece. Me pregunto cuándo esta mujer dejó de tener esperanzas.

—Tienes tus cintas y yo tengo trabajo que hacer. Será mejor que te vayas.

No me atrevo. —Te mereces más que esto. —Todos lo hacemos.

La mujer hace una pausa. Puedo ver un pequeño corte sobre su ojo. Sus labios se abren, a punto de decir algo, pero se detiene.

—Por favor, vete.

6

Salgo lentamente de la tienda para encontrar a Luke de pie junto al carrito. —¿Esta todo bien?

—No —le digo, subiendo y tomando asiento—. Vámonos.

Luke mira hacia la tienda y se une a mí en el carrito. Me duele el estómago cuando el carro comienza a moverse.

—¿Cuántas personas crees que están mal emparejadas en la ceremonia de elección? —Pregunto, entumecida. Intento comprender lo que acabo de presenciar.

—¿Como un choque de personalidades? —Pregunta Luke.

—No. Quiero decir, como un hombre toma una esposa y luego la maltrata. La golpea.

Luke me mira por el rabillo del ojo. —¿No sabías que eso pasa a veces?

—Pasa todo el tiempo —digo—. Ese es mi punto. No puedo pensar en lo terrible que es tener que lidiar con las reglas del rey y luego ir a casa para que tu esposo te golpee.

—Entiendo —dice Luke.

—¿Como pudiste? No te golpean delante de tu propio hijo. No te obligan a ir al palacio para el baile. ¿Tienes qué… veinte? Y dices que nunca has ido a un baile. No tenemos ese lujo.

Luke me mira en silencio. Empuja al caballo a un trote lento y serpenteamos en la dirección general de mi casa.

—¿Hay alguna razón por la que vas tan lento? —Pregunto.

Él sonríe cálidamente. —Solo espero conocerte un poco más antes, bueno…

—¿Antes del baile? —Pregunto—. ¿Antes de que un hombre decida que haría un premio bonito y todo en mi vida cambie para siempre?

Luke parece un poco desconcertado. Sus grandes ojos marrones se mueven como si estuviera ensayando lo que está a punto de decir. —Eres una persona rara, Sophia.

—Ni siquiera sé lo que se supone que significa eso —digo, todavía escéptico de sus intenciones.

Continúa guiando el carro por el camino mientras otros nos pasan. Llegamos a una subida en el camino y Luke detiene el carro por completo.

Mi corazón late. —¿Qué estás haciendo? ¿Por qué nos detenemos?

Luke mira hacia la amplia franja de tierra hacia el este. El sol está muy por encima del horizonte ahora, proyectando un resplandor anaranjado a través de las tenues nubes y a través de los manzanos. Los árboles tienen todos los tonos de rojizo y dorado mientras la tierra se prepara para dormir para el invierno.

Me mira con el ceño fruncido, su boca dibujada en una línea apretada. —Me preguntó si podría compartir algo contigo. —Es tranquilo, de voz suave. Parece muy serio y me pica la curiosidad. Pero mantengo la guardia alta. Por si acaso.

—Está bien. ¿Qué es?

No habla de inmediato. Él mira hacia fuera, mordiéndose el labio inferior.

—He estado calculando mentalmente cómo voy a escapar de ti si intentas algo —digo—. Estoy bastante segura de que no me vas a hacer daño, así que quiero escuchar lo que tienes que decir.

—¿Herirte? —Parece desconcertado—. ¿Por qué querría hacer eso?

Doy una mirada exagerada a mi alrededor. —Porque esto es Lille. Eso es lo que pasa aquí.

—No puedo culparte por sentirte así, pero no todo el mundo es así.

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos por un segundo. Yo sé eso. Mi padre es un buen hombre, el padre de Liv es un buen hombre e incluso el padre de Luke parece un buen hombre. Pero estos buenos hombres no están haciendo las reglas. Estos hombres decentes están haciendo la vista gorda ante actos indecentes. —Si no eres uno de los hombres que aprovecharían la primera oportunidad para poner a una mujer en su lugar, entonces no estoy hablando de ti.

Duda por un momento antes de suspirar. —Eso es justo.

Un silbido agudo suena detrás de mí, y me vuelvo para ver a dos hombres jóvenes pavoneándose hacia nosotros, con el pecho hacia afuera, sonriendo.

—Mierda —dice Luke en voz baja. Se acerca a mí.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo algunas personas de la escuela.

—¡Luke! —grita uno de los jóvenes. Está sonriendo ampliamente, pero Luke no lo está—. ¿Qué estás haciendo en esta hermosa mañana de otoño?

—Sólo salir a dar un paseo. —El tono de Luke es mordaz, enojado.

—¿Saliste a dar un paseo? ¿Con una chica? —Preguntó el hombre más alto. El timbre de su voz me hace hacer una pausa y me mira. Sus brillantes ojos marrones me recuerdan a las canicas de vidrio con las que juegan los niños de mi calle.

—¿Te conozco? —Pregunto.

La cabeza del hombre se levanta. —Todavía no, pero tal vez podamos hacer algo al respecto.

—Cállate, Morris — dice Luke.

—¿Morris? —Pregunto, mirando a Luke—. Que nombre tan bonito. Suena mucho a idiota. —Esta vez Luke sonríe ampliamente.

—Tienes una boca inteligente —dice Morris, mirándome.

—¿No tienes dónde estar? —Luke se acerca más a mí. Su cuerpo se ha vuelto rígido y sus puños están cerrados.

Morris sonríe, pero me incomoda. No tiene nada de amable.

—¿Estás reclamando a este desgraciado en el baile? —Preguntó Morris.

Luke se eriza. —¿Por qué te importa?

Me cruzo de brazos. Odio este tipo de conversación, especialmente cuando estoy sentada aquí.

—Ella no parece ser tu tipo —dice Morris, sonriendo como si hubiera dicho algo gracioso.

Me he perdido algo. El miedo nubla los ojos de Luke.

Morris mira de un lado a otro entre nosotros. —Oh. ¡Oh! —Da una palmada en la espalda del otro hombre y se ríen—. Ella no lo sabe, ¿verdad?

Luke mira las riendas reunidas en su regazo. Morris da un paso adelante y toma mi mano. Intento alejarme, pero me agarra de la muñeca y la aprieta. —Luke tiene todo tipo de secretos. Deberías preguntarle sobre ellos en algún momento. —Mira a Luke—. ¿Cuál era el nombre de ese joven? ¿Fue Lou…?

Antes de que pueda terminar, el puño de Luke se conecta con la mejilla derecha de Morris, enviando saliva y al menos dos dientes volando de su boca. Me suelta y se tambalea hacia atrás, agarrándose la mandíbula. El otro hombre se queda quieto, aturdido. Luke salta del carro mientras Morris se agarra la cara.

—Si alguna vez respiras una sílaba de su nombre en mi presencia, haré que te arrepientas —dice Luke—. Considere esto como su única advertencia.

La cara de Morris está sonrojada, empapada de sudor y tiene la boca ensangrentada. Se tensa, como si fuera a atacar a Luke de nuevo, aunque no puedo entender cómo cree que será una buena idea.

—No lo hagas —le dice su amigo, leyendo su expresión—. Vámonos de aquí. —Toma a Morris del brazo y lo aleja hasta que desaparecen por el camino. Luke vuelve a subir al carrito.

Los dientes rotos de Morris yacen como perlas en las grietas de la calle adoquinada. —¿Deberíamos recogerlos y devolvérselos? —Pregunto—. ¿Quizás ponerlos en una cuerda que pueda usar alrededor de su cuello?

Luke se ríe, masajeando su mano y enderezando su camisa.

—Lamento eso.

—No tienes que disculparte —le digo. Pagaría dinero para ver a hombres despreciables recibir un golpe en la mandíbula—. Morris estaba tratando de meterse bajo tu piel. ¿Por qué no le agradas tanto?

Luke me mira y niega con la cabeza. —Es… complicado.

—Morris dijo que no soy tu tipo. Está bien. No estoy ofendida. Tú tampoco eres mi tipo. —Estoy tratando de animarme, pero Luke frunce el ceño.

—Oh, lo sé.

Mi piel se eriza.

Luke suspira y se recuesta en su asiento. Él lucha con algo y, con cada momento que pasa, le tengo más miedo a lo que es.

Luke parece pensativo mientras mira fijamente. —Todo lo que hacemos se compara con la historia de Cenicienta. Pero ¿qué pasa si... bueno, digamos...? —Se da la vuelta, torpemente con las riendas—. ¿Por qué esa historia es la única forma de hacer las cosas?

—No estoy seguro de lo que quieres decir —digo—. Pero deberíamos irnos. Mi madre…

Luke me mira. —Cuando mi hermana leyó esa historia de niña, yo…

—Luke… —comienzo.

—Recuerdo que pensé que el Príncipe Encantador sería un buen marido, para mí.

—¿Qué? —Respiro tan rápido que pequeños orbes de luz bailan alrededor del borde de mi visión.

—¿Querías casarte con el príncipe? ¿O quizás la princesa? —Él pregunta.

—¿Por qué me estás preguntando esto? —Mi voz es apenas un susurro y mi corazón late con fuerza—. Me tengo que ir.

—No quiero hacerte sentir incómoda, y te juro que nunca diré una palabra de esto a nadie. —Su rostro está tenso, sus ojos bajos. Lucha por encontrar las palabras para continuar—. Es solo que yo… yo sé sobre ti y Erin.

Una sensación de hundimiento se apodera de mí. —¿Qué hay de Erin y yo?

—Escuché a tu madre hablando con mi madre. —Me observa atentamente, leyendo mi expresión.

—¿Qué dijo ella? —No puedo imaginar a mi madre contándole a nadie sobre mis sentimientos. Ni siquiera quiere *oírme* hablar de eso.

—Dijo que tenía miedo de que no pudieras ocultar tus sentimientos por Erin, que a veces era como si ni siquiera quisieras.

De repente, el mundo se ha vuelto anormalmente silencioso. Los carruajes pasan junto a nosotros, pero no escucho sus ruedas en la carretera. No veo nada más que la cara de Luke. Nunca se me ocurrió que mi madre confiaría en nadie más que en mi padre.

—¿Por qué haría eso? —Pregunto—. ¿Por qué hablaría de mí con tu madre?

Inclina su cuerpo hacia mí. —¿Es verdad entonces? —Una mirada casi esperanzada se extiende por su rostro.

No digo nada, pero mi silencio es suficiente confirmación para él.

—Sé lo que es sentir que todos quieren que seas algo que no eres. —Sus ojos se suavizan y suspira—. Cuando tenía diecisiete años, me enamoré de un chico llamado Louis. A eso se refería Morris. Él era una luz en un mundo tan oscuro. Tan oscuro, Sophia. No puedes imaginar…

—Sí, puedo —digo sin pensar. Estar cara a cara con alguien que pueda entender cómo me siento me abruma. Espero a que continúe.

—Me permitió visualizar cómo podría ser la vida para mí. Cuando estaba con él, nada más importaba. Planeamos huir, pero cuando Morris y su hermano, Édouard, se enteraron de nosotros, se lo contaron a nuestros compañeros de clase y, por supuesto, la noticia llegó a los padres de Louis. Le preguntaron si era cierto y él no lo negaría. Lo llevaron al palacio como un decomiso. Nunca lo volví a ver. —Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Lo entregaron? ¿Simplemente así? —Para algunas personas es terriblemente simple perder a sus propios hijos. Lo he visto suceder decenas de veces, pero nunca es más fácil de imaginar. Extiendo la mano y pongo mi mano sobre la suya—. Lo siento mucho.

Parpadea para contener las lágrimas. —Mis padres me habrían hecho lo mismo si mi hermana no los hubiera convencido de que nuestra relación era una fase de la que yo crecería. Ella sabía que era una mentira, y creo que mis padres también, pero prefirieron creerlo en lugar de entregarme al palacio.

Mi corazón se hace añicos en mil pedazos por lo que ha perdido. Lo que todos hemos perdido.

—Las personas que no encajan bien en las casillas que los reyes de Mersailles han definido son simplemente borradas, como si nuestras vidas no importaran. —Luke agacha la cabeza—. ¿Alguna vez has oído hablar de un hombre que se casa con otro hombre? ¿Una mujer enamorada de otra mujer? ¿De las personas que encuentran que su corazón está en algún lugar intermedio o en ninguno?

—Solo como un cuento con moraleja que termina con personas encarceladas o muertas. —Me dejo caer contra el asiento, aplastada por los sentimientos desesperados que siempre parecen encontrarme.

Luke toma las riendas y comenzamos a movernos. —Puedo evitar el baile todo el tiempo que quiera —dice—. Y la gente no lo pensaría dos veces si soy viejo y canoso antes de salir al palacio. —Se mueve como si se sintiera incómodo con lo que dijo—. No tienes ese privilegio, y mi corazón se rompe por ti y Erin y por todos los demás que tenemos que escondernos.

—¿Todos los demás? —Pregunto.

Luke asiente. —A los reyes que han gobernado Mersailles les gustaría que creyeras que estás sola, pero no es cierto. La gente usa máscaras para poder encajar y mantenerse a salvo. ¿Puedes culparlos?

—No, supongo que no —digo. ¿No es eso lo que estoy haciendo? Ocultarme. Fingir. Solo intento estar a salvo.

Al acercarnos a mi casa, el peso de nuestras revelaciones cae sobre nosotros y el sentimiento de absoluta desesperación es palpable. Salgo, sacando la bolsa de cintas de la plataforma del carro.

—¿Qué harás? —Pregunta Luke.

Me encojo de hombros. —No siento que tenga opciones.

—Deberíamos buscar una salida —dice Luke—. Y a la primera oportunidad, deberíamos correr. Lo más lejos posible.

—¿Crees que las cosas son diferentes más allá de las torres? —Pienso en lo que podría haber más allá de la capital, más allá de las fronteras más lejanas de Mersailles.

—Tal vez. Por ahora, intenta mantenerte a salvo. Eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer. —Extiende la mano y presiona algunas monedas de plata en la palma de mi mano—. Tu madre se siente mejor cuando me paga por conducir el carrito, pero le he dicho que no es necesario. Quizás deberías quedártelo. Prepárate para tu gran escape.

Tomo las monedas, aunque no creo que haya escape. No para Erin y para mí. No para Luke o Liv o cualquier otra persona. Todos estamos atrapados aquí, nuestras historias ya están escritas.

7

Mi madre está de pie junto a mí, empujándome fuera de la cama.

—Te preparé un baño —susurra. Sus manos son como hielo cuando me quita las mantas. Parpadeo repetidamente—. Levántate, Sophia. Tenemos trabajo que hacer.

Miro por la ventana de mi habitación para ver el sol en el horizonte. Contra mis más sinceros deseos, ha llegado el día del baile y mi madre ya se está preparando. Me levanto de la cama y planto los pies en el frío suelo de madera. Mi madre niega con la cabeza mientras me mira.

—¿Qué es? —Pregunto.

—Nada. —Su voz se quiebra y rápidamente aparta la mirada—. A la bañera. No tenemos mucho tiempo.

—Es el amanecer —digo—. El baile no comienza en horas. —Quiero volver a meterme en la cama y cubrirme la cabeza con las mantas.

Se detiene en mi puerta, su mano descansa sobre la jamba. Ella no me mira. —Estaremos en esto todo el día. Es mejor empezar ahora mismo. —Ella desaparece por el pasillo.

Camino penosamente a la bañera y me baño, deteniéndome hasta que el agua se enfría y las yemas de mis dedos se arrugan. Me pongo una bata que me ha dejado mi madre. La desesperanza incontrolable se apodera de mí, la sensación de lanzarme por un precipicio y no poder hacer nada al respecto. Podría ser elegida y mi vida sería solo lo que mi esposo dijo que podría ser. O podría no ser elegida en absoluto. Me preguntó si mis padres podrían perderme tan fácilmente, de la misma manera que lo hicieron los padres de Louis.

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. La abro y encuentro a cuatro mujeres esperándome al otro lado. No reconozco a

ninguna de ellas. Me muevo para cerrar la puerta y una mujer la abre de nuevo.

—Ahora, ahora, querida —grazna—. No hay necesidad de estar nerviosa.

Se abalanzan sobre mí instantáneamente, y los aparto mientras tiran de mi bata.

—¡Madre! —Grito.

—Por el amor de Dios, Sophia, son vestidoras —dice mi madre mientras se para en el pasillo.

—¿Es esto realmente necesario? Me he estado vistiendo sola desde que tenía siete años. Estoy segura de que puedo arreglármelas.

—Cállate ahora y déjalas hacer lo que les estoy pagando.

Las mujeres comienzan de nuevo. Dos de ellos me ayudan a ponerme una ropa interior, mientras que los otros dos frotan aceites perfumados en mi piel. Mi madre supervisa cada detalle, como la perfeccionista que es.

—Asegúrese de que las ligas estén bien anudadas —dice—. No podemos dejar que se bajen las medias.

—Oh no. No podemos tener eso. ¿Qué diría la gente si supiera sobre mis medias caídas? —Exagero cada palabra, y una de las vestidoras se ríe. Mi madre tiene cara de piedra. Sé que estoy siendo tonta, no coopero, pero no veo cómo mis medias marcan la menor diferencia en todo esto. Tiran del corsé y dejo escapar un grito cuando alguien tira de los cordones—. ¿Tiene que ser así de apretado?

—Sí —dice mi madre—. Tendremos que movernos hacia abajo para ajustar el verdugado. No hay suficiente espacio aquí.

Las mujeres zumban a mi alrededor mientras bajo las escaleras. Estoy tratando de averiguar qué es un verdugado, mientras me concentro en no respirar demasiado profundo. Las paredes y el techo se colocan justo delante de mis ojos y escucho un zumbido agudo en mis oídos. Alguien me tira ligeramente de la espalda y, de repente, puedo respirar más

profundamente. Trago saliva y miro a la mujer detrás de mí. Ella guiña un ojo. No me voy a desmayar, pero no se descartan por completo los vómitos.

Las cortinas de nuestro salón están corridas y hay un taburete en el medio del salón. Mi madre trae una enagua y una camisola que me pongo. Tan pronto como tropiezo con el taburete, las mujeres me tiran

del pelo. Se me llenan los ojos de lágrimas mientras inclino la cabeza hacia atrás para evitar que me caigan por la cara.

—Aww, no llores —dice la mujer que me había desatado el corsé—. Atraparás a un marido como un pez en un anzuelo con una cara así.

—No, no es eso. —Intento reducir la velocidad de mi respiración y concentrarme en no salir corriendo por la puerta principal. Mi madre me mira con preocupación en sus ojos.

—Deberíamos alisarle el cabello con una plancha —dice una de las mujeres—. Sería más bonito de esa manera. Y he oído que el propio rey lo prefiere.

—O podríamos dejarlo como está —digo con los dientes apretados. Todos se ríen como si les hubiera hecho una broma. No es gracioso. Se siente como si otra parte de mí estuviera siendo cambiada para adaptarse a la visión de lo que es bonito de otra persona. Yo especialmente no quiero hacer nada que el rey prefiera.

—Tira de él y fíjalo —dice mi madre—. Y usa las cintas.

Les toma horas terminar mi cabello. Cuando terminaron, se pusieron a trabajar en mi maquillaje.

—¿Cuál te gusta? —Pregunta una de las mujeres más jóvenes. Sostiene tres latas pequeñas, cada una con diferentes tonos de rosa—. Es para los labios.

Extiendo la mano para tocar el menos ostentoso de los tres cuando mi madre interviene y elige el color más parecido a la sangre real.

Después de que las mujeres terminan de maquillarme, traen algo que parece un aro grande hecho de juncos con trozos de tela conectados al borde y recogidos en el medio. Lo colocan en el suelo, luego me indican que entre en el centro. Mientras me paro en el medio, tiran del aro hacia arriba, uniendo las tiras de tela alrededor de mi cintura como un cinturón. Apenas puedo tocar los bordes de la cosa mientras cuelga a mi alrededor.

—Se ve maravilloso —dice mi madre.

—¿Cómo se supone que debo sentarme?

—No necesitas sentarte. Necesitas mezclarte. Baila, si te lo piden. La forma del verdugado se acentúa cuando estás de pie.

—Por favor, no digas más verdugado —digo secamente—. Suena como un dispositivo de tortura. —Que es exactamente lo que es.

Mi madre va a la habitación contigua y regresa con la parte principal del vestido. Ella y una de las otras mujeres sacan el vestido celeste de su saco de tela. Deslizan la parte superior sobre mi cabeza y la ajustan antes de sujetar la falda al aro. El peso de todo esto me mantiene en mi lugar, como un animal en una trampa.

Cuando mi madre saca mis zapatos, casi me desmayo y no porque apenas pueda respirar. Los talones de las monstruosidades brillantes miden casi cinco pulgadas de alto y los dedos de los pies son tan puntiagudos que un pie humano normal nunca podría llenar sus proporciones.

—¿Se supone que debo usar esos? —Pregunto.

—Obviamente —dice mi madre.

Me recuerda que no se trata de lo que quiero o me gusta. Se trata de lo que todos piensan que es mejor, y no estoy segura de cuánto más de esto puedo soportar.

Mis hombros se sientan expuestos y la mujer a mi lado espolvorea mi escote con un fino polvo nacarado que brilla a la luz de las velas danzantes. Trato de desconectar su charla sobre el rey, el baile, cómo habían conocido

a sus maridos en un evento como éste, y cómo la propia Cenicienta se sentó una vez junto a su príncipe para presidir la reunión.

—Era una belleza, sin duda —dice una mujer—. Y no solo en el exterior. Ella era una persona amable. Corazón de oro. Algo en ella brillaba. Todos se sintieron atraídos por ella.

—Es una tragedia que muriera tan joven —dice otra de las mujeres— Creo que le habría encantado ver a todas las mujeres jóvenes siguiendo sus pasos.

—Elegí el azul para honrarla —dice mi madre.

Miro el vestido. Su color azul pálido coincide con las descripciones del vestido en la historia, pero creo que ahí es donde terminan nuestras similitudes. ¿Cenicienta realmente se habría sentido encantada de ver a tantas chicas infelices, temiendo este momento?

—Es todo lo que podemos hacer ahora, ¿no? —Pregunta una de las ayudantes—. Para honrarla tenemos que hacerlo de estas pequeñas formas sentimentales. Solíamos poder presentar nuestros respetos de una manera más tradicional.

La cara de mi madre se pone tensa, lo que siempre significa que alguien está diciendo algo que no debería.

—¿Qué quieres decir? —Pregunto.

La mujer suspira y mi madre le lanza una mirada mordaz. Ella continúa de todos modos. —Mi bisabuela me dijo que su abuela había visto la tumba de Cenicienta con sus propios ojos, que la gente solía dejarle flores y baratijas.

—¿Por qué? —Pregunto—. ¿Por qué dejarle algo?

Todas las mujeres me miran como si tuviera dos cabezas y dejo de hablar. Parece que mi madre se va a desmayar. La historia de Cenicienta es la razón por la que me veo obligada a ir al baile, la razón por la que mis padres se han endeudado para proporcionarme un vestido y zapatos y todas

las cosas bonitas que podría necesitar. Su historia es la razón por la que ninguna de las cosas que quiero para mí importa.

—¿Hemos terminado? —Pregunta mi madre.

—Terminado —dice la mujer.

Las otras mujeres dan un paso atrás, admirando su obra. Arrastran un espejo de cuerpo entero a la habitación, y jadeo al verme. Mi rostro pintado, el vestido apretándome por la cintura, no soy yo. No puede ser El vestido, aunque hermoso, no es algo que hubiera elegido. Mi cabello y maquillaje están hechos de una manera que no habría elegido. Mis ojos se llenan de lágrimas y mi madre se apresura a recoger mis lágrimas con un pañuelo antes de que rueden por mis mejillas.

—Ahora, ahora. No aceptaremos nada de eso —dice con voz suave.

—Aquí. —Una de las mujeres presiona un pequeño frasco de vidrio en mi mano—. Bebe.

Lo sostengo a contraluz. El líquido del interior es amarillo. —¿Qué es esto?

—Un pequeño detalle de Las Maravillas de Helen —dice la vestidora—. Iba a dárselo a mi sobrina, pero… —Sus ojos se ponen vidriosos y niega con la cabeza—. Bueno, eso no importa. Bébete todo.

—¿Una poción? —Pregunto.

Veo a mi madre morderse el labio por dentro.

—Para la suerte —dice la mujer—. Te ves preciosa. Serás la chica más bonita del baile y estoy segura de que no la necesitarás, pero… por si acaso.

Me vuelvo hacia mi madre. Quiero decirle de nuevo lo mucho que no quiero ir, pero antes de que tenga la oportunidad de hablar, la puerta principal se abre con un crujido detrás de mí y mi padre entra. Las mujeres guardan silencio. Coloco el vial entre mi piel y el corsé mientras mi madre toma su abrigo y su sombrero y él se queda mirándome. No mira mi vestido. Me mira directamente a los ojos.

—¿Podrían disculparnos por un momento? —Las ayudantes se dispersan, pero mi madre ronda cerca—. ¿Qué piensas? —Él preguntó.

Yo no respondo. Lo que pienso no importa. Alisando su chaleco y sus mangas arrugadas, viene a pararse frente a mí. Él es alto. Su cuerpo junto al mío me hace sentir pequeña, pero no como me siento cuando estoy al lado de los hombres en el mercado o en la ciudad. Quiere protegerme, pero él, como mi madre, no tiene una idea real de cómo hacerlo.

Se mete la mano en el bolsillo del pecho y saca un pequeño paquete asegurado con un cordel marrón. Sus ojos, profundos y marrones, se empañan cuando la luz del fuego proyecta sombras sobre su piel cálida y oscura. Presiona el paquete en mi mano.

—Debes sentirte bastante en conflicto —dice.

—Esa es una palabra para eso.

—Enojada. Resentida. Esas son probablemente palabras mucho mejores.

—Probablemente.

—Eres rebelde. Siempre lo has sido. De dónde sacas tu espíritu ardiente, nunca lo sabré. —Me da un pequeño guiño de complicidad y hace un gesto hacia el paquete—. ¿Vas a abrirlo?

Aparto el envoltorio y un collar de cuentas con un zafiro cortado en forma de corazón cae en mi mano.

—Solo una baratija. Palidece en comparación de ti. —Toma el collar y lo abrocha alrededor de mi cuello—. Era de tu abuela. Me pidió que te la diera cuando llegara el día en que pudieras ir al baile.

—¿Es eso realmente lo que dijo? —Pregunto.

Me mira con los ojos entrecerrados. Mi abuela era como una tormenta, salvaje e impredecible y, a veces, un poco demasiado dura para la comodidad de mi padre. Cuando hablaba del baile, nunca hacía que pareciera que era algo inevitable. Siempre usaba la palabra *si* cuando hablaba de eso. *Si* llegara el día en que Sophia fuera al baile. *Si* todavía

estuviéramos haciendo esto cuando la joven Sophia crezca. Fue su espíritu de fuego, su odio por la forma en que se dirigía Lille lo que la mató. Ella le había dicho demasiado a la persona equivocada, y los guardias del palacio vinieron a buscarla en una tarde fría y lluviosa. Pateó a uno de ellos al salir por la puerta.

Una semana después, mi padre recibió una carta que le informaba dónde podía recoger su cuerpo para el entierro.

Mi padre suspira y lanza su mirada al suelo. —Ella dijo *sí,* no *cuando*. La extraño todos los días, pero odio que haya plantado tales tonterías en tu cabeza.

Aprieto mis labios juntos. No me atrevo a decirle que una vez, mientras estaba sentada en su regazo, ella me dijo que, *si* alguna vez iba al baile, debería prender fuego al palacio y bailar sobre las cenizas. Era un pequeño secreto divertido pero peligroso que los dos guardamos. Un nudo crece en mi garganta.

—Espero que comprendas por qué debes reprimir el impulso de resistir esto —continúa mi padre—. Sé que quieres. Lo puedo ver en tus ojos. Se siente mal pedirte que niegues quién eres, pero es necesario.

Doy un paso adelante y miro directamente a su cara. —No quiero ir.

—Me niego a dejar caer las lágrimas—. Me amas, ¿no?

—Por supuesto. Más que nada. —Baja los ojos, sus manos descansando suavemente sobre mis hombros.

—Entonces ponte de pie conmigo. Detrás de mí, a mi lado, algo. Por favor. —Odio lo fuera de control que me siento.

—Sophia, por favor. —Está suplicando, desesperado—. Estoy tratando de salvarte. Sé que no está bien. ¿Crees que quiero que seas infeliz?

—Entonces simplemente para. No me hagas ir. No dejes que esto suceda. —Le ruego que me libere de esto, pero es como si no me hubiera escuchado.

Levanta las manos. —Yo no soy el que está a cargo, Sophia. —Se deja caer en una silla. Mi madre le pone las manos en los hombros—. No es justo, pero prefiero verte infeliz que encarcelada o asesinada.

—¿Por ser quién soy? —Pregunto—. ¿Por no querer un marido? ¿Cómo esta eso mal?

Mi madre sigue mirando a la puerta principal como si los guardias del palacio pudieran derribarla y arrastrarme en cualquier momento. — Baja la voz —dice en un susurro.

—No puedo cambiar cómo te sientes —dice mi padre—. Pero no puedes desobedecer al rey. Tus sentimientos, mis sentimientos, nada de eso le importa. —Su voz se vuelve cada vez más baja mientras me habla, con los ojos bajos.

—No es el único que piensa únicamente en sí mismo. —Las palabras se me escapan como una maldición y mi padre se estremece como si lo hubiera cortado. Eso no es lo que quiero—. Lo siento. No quiero hacerte daño. Yo… lo siento, no puedo ser quien tú quieres que sea.

Un golpe en la puerta nos asusta a ambos. Cuando mi padre se recupera lo suficiente para contestar, un hombre con un traje azul marino finamente confeccionado se para en la puerta.

—Buenas noches, señor. —El hombre se inclina profundamente—. El carruaje está listo.

—Es el momento —dice mi madre.

Intenta tomarme por el codo, pero me libero de su agarre y salgo de la casa a regañadientes y camino por el sendero. El carruaje, decorado con cortinas lavanda y cintas a juego, se sienta allí como una hermosa visión lista para llevarme a una pesadilla. Dos caballos Clydesdales blancos como la nieve están enganchados al frente, cada uno con una banda lavanda a juego con el carruaje. A través de la ventana de vidrio, veo a Erin sentada adentro.

—Dividimos el costo del carruaje con los padres de Erin —dice mi madre—. Te dará la oportunidad de decir adiós, hacer las paces con la situación.

Ella desliza la invitación al baile en mi mano. A medida que la realidad se instala, una tristeza insondable brota dentro de mí. No habrá más momentos robados, no más encuentros en el parque, no más secretos compartidos entre nosotros. Subo al carruaje.

—Te ves impresionante, Sophia —dice Erin. Veo su mirada moverse sobre mí antes de apartar la mirada.

—Gracias —digo. Me inclino hacia ella y extiendo la mano para tocar su mano cuando el rostro de mi padre aparece en la ventana. Me recuesto inmediatamente.

—Intenta divertirte, Sophia —dice a través del cristal.

No puede hablar en serio. Empiezo a hablar, pero Erin se me adelanta.

—Lo intentaremos, señor —dice. Me lanza una mirada mordaz y yo asentí a regañadientes.

Mi padre y mi madre miran desde la puerta mientras el carruaje sale del camino y comienza el corto viaje hacia el castillo.

—No puedo esperar a ver cómo se ve el palacio por dentro —dice Erin, mirando por la ventana del carruaje. Su voz es baja, sus palabras mesuradas—. Escuché que tienen mesas y mesas de comida y vino y pavos reales, simplemente caminan por los jardines. ¿Te lo imaginas? Pavos reales vivos.

Erin usa una peluca marrón que ha sido elaboradamente diseñada y colocada en su cabeza de tal manera que los mechones de su cabello oscuro todavía son visibles alrededor de los bordes. Me acerco y los guardo, dejando que mis dedos permanezcan cerca de su mejilla.

Ella es todo lo que quiero.

De repente, toma mi mano entre las suyas y presiona mi palma contra sus labios. Coloca mis manos en su regazo y se inclina hacia adelante, presionando su frente contra la mía.

—Se nos acaba el tiempo —dice con los ojos cerrados.

—No lo está —le digo, agarrando sus manos, inhalando—. Podemos detenernos ahora mismo. Podemos correr.

—¿Dónde podemos ir? Si pensara que podríamos hacer que esto funcione…

Mi corazón da un salto cuando un rayo de esperanza cobra vida. —Podemos. Solo tienes que decir que es lo que quieres. Eso es todo. Es fácil.

Ella sonríe, y cuando voy a poner mis brazos alrededor de ella, presiona mis manos en su regazo, sosteniéndolas allí. —No lo es. Y sé que no quieres escuchar esto, pero esto no es lo que quiero.

Esa chispa de esperanza se apaga de inmediato, reemplazada por un dolor entumecedor. —Por favor, no digas eso. No lo dices en serio.

Erin fue mi primera amiga, la primera persona que me importaba como más que una amiga, la primera y única persona a la que he besado. Al principio, tenía tanto miedo de decirle lo que sentía por ella que mentí y dije que otra chica sentía algo por ella, solo para ver cómo reaccionaba. Aparentemente, mi habilidad para mentir de manera convincente no era tan buena como pensaba, porque ella vio a través de mí. Ella me dijo que ella también se preocupaba por mí, pero que teníamos que mantenerlo en secreto. No quería mantenerlo en secreto. Pero lo hice. Por ella. Y los momentos que compartimos me sostuvieron, me dieron algo que esperar.

Con el tiempo, a medida que el baile se acercaba, algo comenzó a cambiar. Ella no quería tomar mi mano o incluso escucharme hablar de que estábamos juntas. Me hirió de una manera que ni siquiera sabía que era posible.

Ella se sienta, su rostro es una máscara de dolor y dolor. —Mis padres han dejado en claro que, si pongo un pie fuera de lugar, me llevarán al palacio como perdida. No hay ningún lugar donde el rey no pueda

encontrarme si tratara de escapar. Lille es su capital, pero tiene la misma influencia en todas las demás ciudades de Mersailles. Has visto los convoyes cuando atraviesan la ciudad con regalos y emisarios arrastrándose a sus pies. Todos los reyes que han gobernado Lille desde la época de Cenicienta siguen el mismo camino. ¿Crees que es diferente fuera de nuestras fronteras? No lo es.

—Eso no es cierto —le digo, luchando por encontrar una manera de hacerla cambiar de opinión.

—El baile puede llevarnos a algo maravilloso. —Suena como si estuviera leyendo las palabras de un papel, rígida e insensible.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Pregunto con incredulidad—. ¿Cómo puedes fingir que esto no te está destrozando? —Me niego a creer que todo lo que hemos compartido de repente no signifique nada para ella.

—Me estás destrozando —espeta—. ¿Por qué tienes que cuestionar todo? ¿Por qué tienes que hacer esto tan difícil? —La ira invade su voz, pero no es lo suficientemente fuerte como para ahogar la tristeza. La misma tristeza que tiñe todo lo que hacemos porque sabemos que estos momentos robados nos están precipitando hacia un final catastrófico. Cruza los brazos con fuerza sobre el pecho—. No quiero luchar por nosotras, Sophia. No quiero luchar por algo que solo nos traerá dolor. Esto está mal. Todos lo dicen, y tienen razón.

—No está mal —digo—. Te elijo a ti, Erin. Te quiero y estoy dispuesta a arriesgarlo todo por eso.

Las lágrimas se deslizan por su rostro y se las seca con un pañuelo antes de que tengan la oportunidad de dejar marcas en sus mejillas. —No puedo hacer esto, yo no puede ser un paria. Nuestras familias dependen de nosotros para que se sientan orgullosas, para encontrar pretendientes que nos mantengan. Desobedecer al rey por una situación imposible no hará eso.

—No me importa lo que quiera el rey —digo.

—Porque eres egoísta —dice Erin sin rodeos—. Porque nunca te has parado a pensar que tal vez no quiero ser diferente. No quiero sobresalir. Acéptalo.

Reprimo las lágrimas. Luego me rindo y los dejo caer. Tal vez dejarlos fluir libremente me dará un alivio temporal de la tristeza que viene al saber que Erin no está diciendo que no se preocupa por mí; ella está diciendo que está eligiendo no hacerlo. Pero el alivio nunca llega. El dolor se infiltra en cada parte de mí y permanece allí, ardiente y doloroso. Solo puedo mirarla mientras evita mis ojos y mira por la ventana.

Encuentro el frasquito que me había dado la vestidora y abro la tapa.

Erin me mira. —¿Qué es eso?

—Una poción. Para la suerte.

Los ojos de Erin se agrandan. —¿De Verdad? ¿Dónde lo conseguiste?

—Uno de los aparadores me lo dio. Es de Las Maravillas de Helen.

Bebo la mitad y le ofrezco a Erin la parte restante. Ella duda por un momento, pero luego me quita el frasco y se lo traga. Espero contra toda esperanza que funcione, pero algo me dice que necesitaremos mucho más que suerte para pasar esta noche.

El carruaje rebota sobre una loma. Erin se mueve en su asiento y un jadeo escapa de sus labios. El palacio aparece a la vista por la ventana y parece sacado de un cuadro. En un día cualquiera, el palacio es extravagante, un faro de riqueza, poder y privilegio. La extensa fachada de marfil se puede ver desde kilómetros de distancia, pero cuando se lleva a cabo el baile, parece sacada de un sueño. Me pregunto cómo se las arregla para hacer eso, para hacer que algo tan terrible parezca tan atractivo. Esto no es un sueño; es una pesadilla hecha realidad y no hay despertar.

8

Las lámparas se alinean en la unidad; su luz baja y ondulada le da a toda el área un brillo etéreo. Cada ventana está vestida con fajas rojas y azules. Las luces cuelgan a lo largo de los paseos cubiertos del parapeto, y las murallas están decoradas con gonfalones que muestran el escudo real: el cuerpo de un león con garras de águila y cabeza de halcón. El manto dorado está sobre un fondo carmesí, con el lema real estampado en la parte inferior: *A Deo Rex; Un Rege Lex*, que mi padre me dijo que significa "De Dios, el rey; del rey, ley ".

Los guardias del palacio, vestidos con colores que combinan con la cresta, se alinean a lo largo del sendero justo afuera de la entrada principal, sus espadas relucientes enfundadas a los lados, sus rostros estoicos e inmutables. Una ola de pánico me invade. Me da miedo entrar.

La cola de carruajes se extiende detrás de nosotros casi hasta la carretera principal. Avanzamos poco a poco, esperando nuestro turno para salir.

—Esto es más de lo que podría haber imaginado —dice Erin, mirando al castillo.

—Que algo pueda verse tan hermoso y seguir siendo una pesadilla es aterrador —le digo mientras la miro.

—No sabes lo que será una pesadilla.

—No estaba hablando del palacio.

Me lanza una mirada frustrada mientras se baja del carruaje. La sigo, mi corazón galopa en mi pecho, mis nervios se apoderan de mí con cada momento que pasa. Hay miradas de reojo, susurros silenciosos y más de una risa maliciosa. Nunca me había sentido tan expuesta. Miro a través de la multitud, y por cada rostro crítico que veo, otro se siente tenso por el miedo y la aprensión.

Lucho por mantener el equilibrio sobre mis talones mientras me acerco al guardia y le entrego mi invitación, mis dedos tiemblan. Lo comprueba y tacha mi nombre de una lista. Erin hace lo mismo y nos abrimos paso entre la multitud de mujeres jóvenes que ha entrado en el vestíbulo principal del palacio.

Querubines dorados se alinean en las paredes a ambos lados del largo pasillo. Un retrato de Cenicienta cuelga sobre un conjunto de enormes puertas dobles superpuestas con lirios dorados y el escudo de la familia real. En la pintura, ella está sentada con las manos entrelazadas delicadamente en su regazo. Se ve serena, sonriendo gentilmente. Su cabello dorado cae sobre sus hombros en apretados rizos. Con su icónico vestido azul, nos mira, sus brillantes ojos color avellana reflejan la luz de las velas. Ella nos está mirando.

Un par de guardias abren las puertas dobles con marcos dorados al final de la entrada larga. La avalancha de chicas se derrama en el gran salón de baile, pero Erin permanece a mi lado a pesar de que la tensión entre nosotros permanece.

El salón de baile es tan grande como un campo. Docenas de candelabros de cristal cuelgan sobre el espacio, su luz nos baña con un cálido resplandor. Puedo ver mi reflejo en la superficie de hielo del piso de mármol pulido. El olor a flores recién cortadas impregna la habitación. Una orquesta entera se sienta preparando sus instrumentos y notas aleatorias flotan en el aire mientras se preparan para tocar.

Puedo escuchar a Erin tomando rápidas bocanadas de aire a mi lado. Quiero consolarla a pesar de que casi me arrancó el corazón. —Trata de respirar profundamente —le digo, rápidamente mirándola.

Ella asiente, ralentiza su respiración y se reajusta la peluca. Las chicas se dividen en grupos y busco a Liv en la habitación, pero no la encuentro entre el mar de vestidos con volantes. Espero que haya podido llegar al palacio a tiempo. Más chicas de las que esperaba abarrotan la habitación, y cada una de ellas parece estar asombrada por nuestro lujoso entorno.

En ese momento, alguien me golpea con fuerza en el hombro. Me vuelvo para ver a una chica mirándome. No la reconozco, y por un momento creo que está mirando a otra persona más allá de mí.

—¿Quién te crees que eres, con un vestido así? —Ella sisea.

—¿Perdóneme? —Pregunto, desconcertada por el odio que gotea de su voz.

—¿El vestido de Cenicienta? Más como una imitación barata. Te ves ridícula, pero probablemente no puedas permitirte nada mejor —dice, con la respiración entrecortada y los ojos muy abiertos. El miedo persiste justo debajo de la superficie.

—¿Te conozco? —Me estoy enojando más a cada segundo.

Ella pone los ojos en blanco. —No. Pero eso es porque no corro en los mismos círculos que los campesinos que intentan robar el foco de atención del resto de nosotros. Patético.

Pensé que habría hombres que podrían tener algo grosero que decir y que se me exigiría que me guardara mis respuestas para mí. No pensé que las palabras más duras vendrían de otra chica.

—Sophia —dice Erin mientras toma mi brazo—. Ella no sabe lo que está diciendo.

—Sí, lo hace —le digo, quitando los hombros de la mano de Erin y cuadrándome con la otra chica. — ¿Te hace sentir mejor contigo misma el menospreciarme?

Su rostro se enrojece. —No seas ridícula. No eres competencia.

—Entonces, ¿por qué decir algo en absoluto? —Camino hacia ella y la miro a los ojos—. Tienes tanto miedo como el resto de nosotros, así que no te desquites conmigo.

—Sé que seré elegida —dice con voz temblorosa.

—Ese es exactamente mi punto. ¿Sabes siquiera lo que eso significará para ti?

—Mis padres no son estúpidos. Se han asegurado de que salga adelante.

Ella está insinuando que sus padres pagaron dinero para que alguien específico la eligiera o que un pretendiente ya compró un reclamo sobre ella.

—¿Crees que tu dinero hace la diferencia?

Ella me mira. —Esperaría que alguien como tú dijera que el dinero no importa.

Erin tira de mi brazo de nuevo.

—El dinero no impedirá que tu futuro esposo te use como mejor le parezca. Y su privilegio no lo mantendrá a salvo. Tú y yo somos exactamente iguales a los ojos del rey y los pretendientes.

Su rostro palidece un poco. Independientemente de su frente abrasivo, compartimos los mismos temores. Una pequeña multitud se ha reunido a nuestro alrededor, una mezcla de alarma, esperanza e incertidumbre en todos sus rostros.

Suena una trompeta. Todos miran a su alrededor, inseguros de a dónde ir o qué hacer mientras una multitud de guardias entra, sus botas golpean el piso, enviando un estremecimiento por toda la habitación. Empujan a las niñas en una línea, colocándolas de modo que todas miren al frente de la habitación donde se encuentra una plataforma de tres niveles, el trono vacío del rey en la parte superior. Es un asiento macizo hecho de oro, con incrustaciones de rubíes. Una cabeza de león gigante está tallada en el respaldo, su melena diseñada para dar a su ocupante la apariencia de tener un halo dorado.

Un guardia en cuclillas toma a Erin por el hombro y la pone en fila.

Me interpongo entre ellos y empujo el brazo del hombre hacia abajo.

—No la toques.

—Sophia —dice Erin, sus ojos suplicantes—. No.

—Escucha a tu amiga, pequeña —dice el guardia. Un hombre casi un pie más bajo que yo tiene el descaro de llamarme pequeña.

Me agarra bruscamente por el codo, empujándome en línea junto a Erin. Saco mi brazo de su agarre y le frunzo el ceño. Huele a sudor y humo de cigarro.

—Luchadoras ahora, ¿no es así? —Sonríe, dejando al descubierto cada uno de sus dientes amarillos y podridos.

—Déjame en paz —digo.

El hombre levanta las cejas y la comisura de la boca se levanta. Agarra mi brazo de nuevo, esta vez clavando la punta de sus dedos en mi piel. Si actúo rápido, puedo romperle la nariz y salir corriendo antes de que tenga la oportunidad de atraparme. Levanto el puño y retiro el brazo. Las trompetas suenan de nuevo, y él vacila por un momento antes de soltarme y alejarse enfadado. Alejo las lágrimas, negándome a dejarlas caer.

La atmósfera cambia cuando los guardias dirigen una fila de chicas a través del gran salón de baile. Una sensación palpable de miedo desciende cuando aquellos que estaban emocionados de llegar pronto se dan cuenta de que esta no es una reunión social feliz. Ni siquiera es una trampa bien disfrazada.

Erin está de pie en silencio, una gran sonrisa forzada plasmada en su rostro, sus manos temblando. Frunzo mis labios. Tengo que sacarnos de aquí. Mi brazo late al mismo tiempo que mis frenéticos latidos. Mirando a las otras chicas, finalmente veo a Liv.

Lleva un vestido sencillo de algodón, sin maquillaje más que un poco de colorete en las mejillas. Lleva el cabello sobre el hombro y una corona de aliento de bebé rodea su cabeza. Ella mira al suelo, y veo su pecho subir y bajar al ritmo de alguien que está perdiendo rápidamente su capacidad de fingir que todo está bien. Se ve hermosa, pero cuando mira hacia arriba, solo veo tristeza en sus ojos. Ella niega con la cabeza y sé que algo salió mal. No había sido visitada por un hada madrina y sus padres no podían permitirse hacer otros arreglos. Su mirada se mueve a lo largo de mi vestido y vuelve a subir. Ella sonríe y presiona su mano contra su pecho.

Trago saliva. Sé a lo que se enfrentará Liv si no la seleccionan, y me duele el corazón por ella. El rey podría concederle un pase para trabajar en Hannover o tal vez incluso en Chione, pero eso no es tanto una solución como un castigo. La gente de allí tiene casas de trabajo donde pierde día y noche para una pequeña cantidad de compensación enviada directamente a sus jefes de familia. Intento desesperadamente encontrar lo que Luke había llamado "una salida", pero no puedo pensar en una sola cosa que no termine con nosotras en la cárcel, o algo peor.

Un guardia se pone de pie y se aclara la garganta cuando un conjunto de puertas en el lado de la habitación se abre y entra una procesión de hombres. —Los invitados de honor de Su Majestad —anuncia.

Los pretendientes.

—El Marqués de Lille Oriental —dice el guardia.

El marqués entra. Siempre se viste audazmente y se esfuerza por lucirse siempre que puede, pero esta noche se ha superado a sí mismo. Su traje es del color de las caléndulas recién florecidas y es tan ajustado que parece que lo han pintado. La tela se desliza por todos sus pliegues y veo contornos de cosas que me hacen desear poder sacarme los ojos. En el ala de su sombrero de tres puntas hay un penacho de plumas de colores brillantes. Sus zapatos están hechos de algún tipo de piel de animal, pero han sido teñidos de amarillo para combinar con su traje. Se sube a la grada justo debajo del trono y se queda allí como un pájaro muy torpe. El Marqués de Lille Oriental es el hombre de más alto rango en Mersailles, además del propio Rey Manford.

—Los condes de Hannover y Kilspire, y el vizconde de Chione —dice el guardia.

Estos hombres y su séquito son menos oficiosos que el marqués, pero todavía se creen mejores que el resto de nosotros. Están sonriendo, algunos riendo y todos vestidos con sus mejores atuendos. Entran y toman sus lugares en el segundo nivel de la plataforma de tres niveles.

—Los barones —dice el guardia, su entusiasmo mengua—. Y campesinado. —Dice esa última parte como una maldición.

Llegó el último de los pretendientes. Algunos de ellos tienen la edad suficiente para ser mi abuelo, pero eso no les impide comerse con los ojos descaradamente a las jóvenes. Cruzo los brazos mientras un hombre me mira desde su posición y lo miro sin pestañear. Solo sonríe más ampliamente. La mayoría de ellos son hombres acomodados. No del todo plebeyos, no del todo aristocracia que se encuentran en el nivel inferior de la plataforma. Sus actitudes son más reservadas, pero están aquí, por lo que no pueden estar tan preocupadas por el bienestar de las chicas presentes. Algunos de ellos nos admiran, mientras que otros miran alrededor del gran salón como si ellos también estuvieran asombrados por los lujosos alrededores. Es difícil creer que el rey haya encontrado tantos hombres de ideas afines a poca distancia de Lille, y no me sorprende que incluso los hombres considerados campesinos por el palacio estén por encima de todas las chicas aquí.

Seguramente hay buenos hombres entre los reunidos aquí, pero si los hay, no se pondrán de pie para ser contados. Los hombres del nivel inferior parecen inquietos, retorciéndose las manos o golpeando el mármol con sus brillantes botas. Un hombre se queda quieto, mirando a la multitud. Lo conozco.

Luke.

9

Me aclaro la garganta con fuerza y él mira en mi dirección. Me ve y sonríe. Le devuelvo la sonrisa, pero de inmediato me golpea una sensación de aprensión enfermiza. Dijo que podía evitar el baile todo el tiempo que quisiera. Entonces, ¿por qué está aquí? ¿Me había mentido? Y si es así, ¿había mentido sobre otras cosas? Había sido más abierto con él de lo que debería, y ahora lo lamento. Continúa mirándome fijamente y aprieto los puños a los lados. Trago saliva y me pateo por ser tan confiada. Ahora me preocupa que lo diga, pero atempero mi miedo. También me había contado cosas sobre sí mismo. Su mirada vaga hacia la parte superior de la pared y la sigo.

Los retratos de los reyes de Mersailles cuelgan por todo el salón de baile. Algunos de ellos son tan anchos como la puerta de un granero. El retrato del Príncipe Encantador cuelga de la plataforma escalonada. Su cabello es gris y su piel está arrugada en las esquinas de sus ojos y boca. Tiene una piel envuelta alrededor de sus hombros. Vivió casi cien años y fue el fundador de Mersailles.

También se cuelgan pinturas de sus sucesores: el Rey Eustice, el Rey Stephan y, por supuesto, el Rey Manford.

Desde la época de Cenicienta, el trono ha pasado a un sucesor elegido por el rey. Todos los nuevos reyes son elegidos a mano de una ciudad más allá de las Tierras Prohibidas que no hace más que trabajar para producir un heredero adecuado. El nombre de la ciudad y la ubicación exacta son un secreto muy bien guardado porque los gobernantes de Mersailles temen que alguien pueda interferir en su proceso de poner siempre en el trono a los tontos más detestables. Cenicienta no había tenido hijos y su Príncipe Encantador había gobernado solo durante casi setenta y cinco años, muriendo como un anciano decrépito y pasando el trono a su sucesor, el Rey Eustice.

Tres notas de los trompetistas suenan en la habitación y los guardias se apresuran a formar dos líneas paralelas cerca de la puerta. Todos se vuelven mientras suena el himno real, y el Rey Manford aparece en la puerta. Entra a zancadas, envuelto en una capa de piel de color rojo sangre y todo negro debajo. Se dirige a la plataforma, subiendo los escalones mientras tres sirvientes lo siguen. Cada uno de los hombres que ya están allí se inclina, y cuando llega a la cima, Manford se desabrocha el cuello y arroja la capa a los sirvientes, quienes la recogen y se escabullen.

Hay una respiración audible de la multitud a medida que la música se desvanece. Se para frente a su trono y lo veo bien. La última vez que lo vi en persona fue en su coronación. Entonces solo le había echado un vistazo desde muy lejos, pero ahora lo veo claramente. Tiene el pelo oscuro y ondulado que se riza justo por encima de las orejas. Sus ojos son oscuros y su piel es de un cálido marrón dorado. Es alto, autoritario y absolutamente engreído.

Algunas de las otras chicas en la fila parecen estar completamente enamoradas, incluso antes de que él haya tenido la oportunidad de hablar. Lo miran fijamente, con la boca abierta, sonriendo, como si él y sus predecesores no fueran la única razón por la que la mayoría de sus padres se han arruinado para financiar su viaje al palacio.

—Me siento honrado de tenerlas aquí esta noche —dice el rey con una voz ronca y grave que resuena en las paredes. La chica a mi lado suspira, haciendo todo lo posible por captar su atención batiendo los ojos repetidamente y sacando el pecho. Levanta la mano ligeramente para saludar al rey, pero sin darse cuenta atrae la mirada de otro en la plataforma inferior. Un hombrecillo rechoncho, que se seca furiosamente la frente con un trozo de tela, le lanza un beso. Rápidamente baja la mano y mira al suelo.

—Los hombres que ven ante ustedes son algunos de los miembros más honrados de nuestra comunidad —dice el rey.

—Lo dudo mucho —digo en voz baja.

—Han viajado de cerca y de lejos para ver lo que las jóvenes de Lille tienen para ofrecer, y debo admitir que aquí reunidas esta noche se encuentran algunas de las caras más hermosas que he visto. —Hace una pausa e inclina la cabeza hacia un lado—. Excepto tu. —El rey entrecierra los ojos y levanta un dedo largo y delgado, apuntando directamente a alguien. La ira cruza su rostro y por un momento parece demacrado, dolorido. Parpadeo varias veces y miro a las chicas a ambos lados de mí. Seguramente ellos también lo habían visto, pero sus expresiones permanecen sin cambios.

—Tú allí. Da un paso adelante —ordena el rey.

Un guardia pasa detrás de nuestra línea y empuja a una de las chicas hacia adelante. Ella tropieza con el espacio abierto en la parte inferior de la plataforma.

Liv.

—Su… Su Majestad —balbucea. Ella hace una reverencia y luego se pone de pie, envolviendo sus brazos firmemente alrededor de su cintura.

La respiración de Erin se vuelve frenética y doy medio paso hacia adelante.

—Veo tantos vestidos hermosos, rostros hermosos. Y luego te veo.

—El rey la mira—. ¿No sabías que este es un evento formal?

Los hombres en la plataforma se ríen, al igual que muchas de las otras chicas. Luke está en silencio, mirando al frente. Mi corazón se acelera mientras doy otro paso adelante. Los labios del rey se curvan en una horrible sonrisa.

—Mis… mis padres, no podían permitirse… —comienza Liv.

—Las excusas son para los débiles —dice el rey—. El baile obviamente no era una prioridad. —Él hace un balance de ella de nuevo, su rostro se torció en una máscara de disgusto—. ¿A tus padres les importa que ahora, luciendo como tú, no serás elegido por uno de estos buenos caballeros?

Liv solloza. —Lo siento mucho, Su Alteza. Esperaba que un hada madrina quisiera visitarme.

El rey baja los escalones para pararse frente a ella. Justo detrás de mi hombro, un guardia descomunal se cierne sobre mí.

—Vuelve a tu lugar —dice, en un susurro. No me atrevo. No me mira mientras habla y parece mucho más preocupado por lo que está haciendo el rey. Poco a poco vuelvo a ponerme en fila.

—De hecho, lo lamentas —dice el rey—. No te ganaste la visita de un hada madrina. ¿No consultaste el libro? ¿No hiciste lo que habría hecho Cenicienta? —Su tono es burlón, sarcástico, cruel.

Nadie emite un sonido. Incluso los hombres de la plataforma se callan.

—Lo hice, Su Alteza —dice Liv, su voz ahogada con lo que sólo puedo imaginar es una combinación de miedo y pavor—. Estudio el libro todos los días. He trabajado mis dedos hasta los huesos al servicio de mi padre, de mi rey…

—Y aquí estas —dice el Rey Manford—. Deshonrándonos a los dos. —Camina alrededor de Liv como un animal dando vueltas a su presa. Mi estómago se revuelve. Toca la tela de su vestido, pasando su mano por las costuras de su manga. Se para frente a ella de nuevo—. ¿Hiciste este vestido tú misma o lo encontraste en alguna parte de la cuneta?

Risas nerviosas brotan de los hombres en la plataforma. Ninguna de las chicas se río esta vez. Fácilmente podría haber sido cualquiera de nosotros parado allí.

—Yo lo hice —dice Liv—. Yo… yo no tenía otra opción.

—Siempre hay opciones. Puede que no sean los que te gusten, pero siempre hay opciones. Podrías haber trabajado más duro, ¿no? Tus padres podrían haber vendido algo. Podrías haber salido a trabajar a Hannover. Siempre están buscando mujeres jóvenes *talentosas* como usted.

Las niñas que van voluntariamente a Hannover en lugar de asistir a un segundo o tercer baile deben obtener un pase del propio rey, y muchas de ellas nunca regresan.

—¡Ay! —Suspira el rey—. Elegiste llevar esta abominación a mi baile. Una elección terrible. Pero… —Se inclina de modo que su rostro casi toca el de Liv—. Ahora que miro un poco más de cerca, puedo ver que eres bastante adorable. —Él extiende su mano para tirar de su cabello entre sus dedos, suspira y mira más allá de ella—. Si bien tu belleza supera a algunas de las otras caras aquí, simplemente no puedo permitir que vengas vestida así. ¿Qué dirá la gente? Pensarán que he bajado mis estándares, y eso, querida, simplemente no funcionará. —El rey asiente con la cabeza a un guardia cercano, que da un paso adelante y coloca su brazo debajo del de Liv.

—¡Espere! —Grita mientras el guardia la arrastra hacia la puerta lateral—. Por favor, ¡lo siento!

El rey aplaude dos veces mientras asciende a su trono. Entra una avalancha de hombres con batas blancas y toques blancos a juego, empujando carros con bandejas de plata llenas de suculentos entremeses. La banda comienza a tocar una melodía alegre.

—¡Que empiecen las festividades! —Dice el rey.

La multitud se dispersa mientras los hombres descienden de su plataforma para mezclarse con las chicas. Estoy congelada. No puedo respirar. Tiro del corsé, pero no se mueve. Mirando al otro lado de la habitación, mido la distancia hasta la puerta para ver si puedo huir, pero hay demasiados guardias.

Observo al rey inspeccionando la habitación mientras se sienta en su silla dorada. Pasa sus dedos largos y delgados por su barbilla. De repente se pone de pie y sus sirvientes se apresuran detrás de él mientras desciende por la plataforma y desaparece por la puerta donde los guardias habían llevado a Liv.

Agarro a Erin por la muñeca y me agacho, abriéndome paso entre la multitud hasta que terminamos junto a una mesa elaboradamente decorada

con un tazón de vidrio reluciente lleno hasta el borde con un líquido rojo sangre.

—¿Qué harán con ella? —Erin pregunta.

—No lo sé. No sé a dónde la llevaron. —Miro hacia la puerta de nuevo. Probablemente la sacaron.

—Oh, Sophia, esto es terrible. ¿Qué hará ella ahora? Este ya es su segundo baile. No conozco a nadie que haya ido a un tercero. Ella será una pérdida.

—No digas eso. Tal vez podamos encontrar una manera de llegar a ella y luego irnos.

—No podemos. Ni siquiera han comenzado la ceremonia de selección todavía. —Erin se seca los ojos.

—No. Quiero decir, quiero irme de Lille. Quiero irme de Mersailles. Quiero alejarme de aquí lo más posible. —Tenemos que correr. El miedo me envuelve mientras tomo a Erin del brazo.

—¡Shh! —Erin mira a su alrededor para ver si alguien me escuchó—. No se pueden decir cosas así. La gente está escuchando.

—No me importa. —Algunas personas miran en mi dirección. Me inclino hacia Erin—. Tenemos que salir de aquí.

—No puedo irme —dice con los dientes apretados y una sonrisa falsa—. Mis padres han invertido mucho y los tuyos también.

—No pueden mantenernos a salvo. Mira a tu alrededor, Erin. ¿Quiénes son nuestros padres para hacer algo? No desafiarán al rey. Y no me importa lo que hayan invertido.

Sin previo aviso, una mano agarra mi hombro y me doy la vuelta, esperando ver a algún idiota torpe listo para reclamarme.

—Lo siento —dice Luke con las manos en alto—. No quise asustarte.

Exhalo lentamente, aliviada, pero luego recuerdo sus palabras del otro día. —¿Me estabas mintiendo? Dijiste que no planeabas venir aquí.

—No, sabía que estarías aquí y quería verte.

—¿Sophia? —Erin mira a Luke con ojos de halcón.

—Señorita Erin. —Luke hace una pequeña reverencia.

—¿Nos conocemos? —Erin pregunta, con un toque de ira en su voz.

—Si. Bueno no. Lo que quiero decir es que conoces a mi hermana. Mila.

—¿Tu hermana? No sabía que los Langley siquiera tuvieran un hijo.

—Uh, ¿sorpresa? —Luke extiende los dedos y sacude las manos con torpeza. Se vuelve hacia mí—. Sabía que estarías aquí y estaba preocupado.

—¿Estás preocupado por mí? —Pregunto, un poco sorprendido. Nos acabábamos de conocer, y aunque nuestra conversación había sido intensa, no esperaba que él sintiera ninguna obligación conmigo—. ¿Qué planeabas hacer una vez que me encontraras?

—Iba a elegirte. Si está bien, quiero decir.

—¿Qué? —Erin pregunta, sacándome la palabra de la boca. Su comportamiento cambia por completo. Su cuerpo se pone rígido mientras mira de un lado a otro entre Luke y yo.

—¿Quieres que estemos… juntos? —Pregunto, completamente confundida.

—Pensé que, si tú y yo pudiéramos ser emparejados, te evitarías tener que estar con uno de estos idiotas. Sería una artimaña, por supuesto, pero podría ganarnos algo de tiempo.

Él está dispuesto a fingir de una manera que podría beneficiarnos a ambos, y un rayo de esperanza cobra vida dentro de mí. —Esto podría funcionar.

—Nada ha cambiado. Quise decir cada palabra que te dije el otro día. —Baja la voz—. Podríamos salir de aquí, y luego podríamos hacer un plan para dejar Lille para siempre.

Erin hace un ruido como si se ahogara con un poco de comida. Tiene la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados. —Nunca pasarás de las torres.

—Podemos intentarlo —le digo, haciéndome eco de lo que le había dicho en el carruaje. Tenemos que intentar. Tenemos que hacer algo—. Ven con nosotros. Ella puede venir con nosotros, ¿verdad? —Miro a Luke.

—No sé cómo, pero estoy seguro de que podemos pensar en algo. —Puedo ver que él no está del todo convencido de eso.

—No quiero ir contigo —dice Erin enojada—. Ve a que te maten si eso es lo que quieres, pero yo me quedaré aquí y haré lo que mis padres y el rey esperan que haga.

—Erin, por favor, yo…

Entre la multitud aparece un joven, aproximadamente de la misma edad que Luke, que se interpone entre nosotros.

—Te ves absolutamente deslumbrante —me dice, tomando mi mano y besándome con rudeza. Le guiña un ojo a Erin—. Y eres bastante bonita también. Creo que esta puede ser mi noche de suerte.

10

El hombre mueve sus labios hacia el interior de mi antebrazo. Retiro mi brazo y me coloco al lado de Luke.

—Disculpe —le digo bruscamente—. Pero ya estoy tomada. —Decir que no, no es lo suficientemente bueno, pero podría respetar el reclamo de otro hombre sobre mí.

El joven me mira y luego a Luke. Miro a su alrededor y veo la parte posterior de la cabeza de Erin mientras desaparece entre la multitud.

—Luke Langley —dice el hombre.

—Édouard. —Luke dice el nombre del hombre como si le dejara un mal sabor de boca.

—Escuché que has tenido un encuentro con mi hermano —dice Édouard. Detrás de él camina un Morris magullado y con dientes huecos.

—Mierda —dice Luke.

Morris frunce el ceño.

—Apuesto a que piensa que su nombre es Mierda —le digo a Luke— Es lo primero que dices cada vez que lo ves.

Luke se muerde una sonrisa.

—¿Qué dijiste? —Pregunta Morris. Parece estupefacto de que pueda formar palabras reales.

—Oh, no te preocupes —digo—. El nombre te queda bien. Solo abrázalo.

Morris está furioso, pero Édouard parece divertido. —Tranquilízate, Morris. —Mira a Luke—. Debo admitir que me sorprende que estés aquí. Después de todo, ninguno de los prospectos son niños.

—Y no me sorprende verte aquí —dice Luke—. ¿Y buscando más de una chica? Eso parece correcto. —Luke cuadra los hombros y se inclina hacia Édouard.

—Parece que has llegado a lo tuyo, Luke. ¿Dónde está ese pequeño paria asustado y patético que solía conocer? —Édouard se tambalea hacia Luke y lo obliga a retroceder un paso—. Ah. Ahí está.

Édouard se ríe y luego extiende la mano, deslizando su mano debajo de mi barbilla. Me muevo para alejarlo, pero Luke se me adelanta. Coge a Édouard por la muñeca y le tira el brazo hacia abajo. Agarro una taza pequeña de la mesa a mi izquierda, la meto en el tazón de ponche y le tiro la bebida a Édouard.

El líquido rojo cae en cascada por el costado de su chaqueta de marfil. El rostro de Édouard se convierte en una máscara de rabia mientras mira su ropa arruinada. Luke pone su brazo debajo del mío y salimos corriendo, dejando a Édouard en un ataque de siseos y chisporroteo.

Busco frenéticamente a Erin mientras atravesamos el corazón de la multitud y terminamos en el lado opuesto cerca de la entrada del tocador. La veo por un momento justo cuando la banda toca un vals y las mujeres jóvenes se emparejan con hombres diferentes. Todos se mueven en un círculo vertiginoso al compás de la música, y la pierdo de vista de nuevo.

Mi corazón late con fuerza en mis oídos. Me inclino y pongo las manos en las rodillas. —¿Cómo terminó una familia con dos completos tontos en la misma generación?

—Lo obtienen de su padre —dice Luke—. Él entregó a su madre como perdida cuando estábamos en la escuela para poder tomar una nueva esposa. Fue cruel con ella, y, aun así, Morris y Édouard no quieren nada más que ser exactamente como él. Su familia se ha ganado el favor del palacio. Apoyan todo lo que hace el rey, sin lugar a dudas.

—¿Por qué? —Pregunto.

—La familia de Morris y Édouard tiene vínculos con comerciantes externos en ciudades más allá de las Tierras Prohibidas en el oeste. Apoyan

al rey, comparten sus ganancias y, a cambio, el rey les permite hacer lo que quieran. A veces invitan a mensajeros para que traigan sus mercancías al comercio y luego las roban en el camino a Mersailles.

—¿Cómo sabes todo esto? —Pregunto—. Parece algo que querrías mantener en secreto.

—Es Morris. Le encanta hablar de sus privilegios especiales y cree que nunca tendrá que afrontar consecuencias. Probablemente tenga razón.

Luke extiende la mano y yo la tomo. Me empuja hacia la masa arremolinada de parejas, y giramos al ritmo del vals. Miro hacia el trono del rey. Todavía está vacío.

—Necesitamos alejarnos lo más posible de aquí —digo.

—Exactamente. —Luke levanta su brazo mientras me agacho debajo de él, retrocediendo para tomar su mano nuevamente.

—¿Y cómo pasamos las torres de vigilancia? Incluso si estuviéramos casados, el rey nunca permitiría que nos alejáramos.

—Creo que podríamos escabullirnos. Podríamos encontrar una forma. Estoy seguro de ello.

Recuerdo cómo los guardias llamaron al verdugo cuando un fugitivo intentó cruzar la frontera. —Nunca he oído que nadie se vaya sin el consentimiento del rey.

—Yo tampoco, pero eso no significa que no haya sucedido. También rara vez hemos oído hablar de personas como nosotros y, sin embargo, aquí estamos. El hecho de que nos nieguen no significa que dejamos de existir.

Es muy posible que alguien haya intentado escapar y el palacio lo haya silenciado. ¿Pero podría alguien escapar realmente? ¿Alguien lo ha hecho alguna vez? Ese sería un secreto que valdría la pena guardar. Pienso en el círculo de hierba ennegrecida junto a la fuente. Quizás haya algo en lo que dice Luke.

—La frontera está vigilada en todo Lille —digo.

Luke baja su boca a mi oído. —Menos en el borde occidental.

—No —digo—. El borde occidental de la ciudad llega hasta el Bosque Blanco y no podemos atravesarlo. Es muy peligroso. Nadie es tan estúpido como para intentar escapar de esa manera.

—No *deberíamos* pasar por allí —dice Luke—. Pero *nosotros* podemos. Tenemos que decidir si estamos dispuestos a correr ese riesgo.

La alternativa es quedarse aquí, alinearse, estar a merced del rey y sus reglas. No es una forma de vivir. Estoy dispuesta a arriesgarme a marcharme por cualquier camino necesario.

—Necesito un minuto —digo. Mi cabeza da vueltas. Vamos a hacer esto. Vamos a hacer nuestro escape.

Luke hace un gesto hacia la puerta del tocador y yo asiento.

—Cuando regrese, le haré saber al registrador que voy a hacer un reclamo sobre ti. —El niega con la cabeza—. Lamento mucho tener que decirlo de esa manera, y lamento que no puedas estar con Erin.

Le sonrío y me besa suavemente en la mejilla antes de que me agache. El tocador es más grande que algunas de las casas de la ciudad. En el centro se encuentra un sofá circular tapizado en tela decorado con rosas rosadas. Eso huele a lavanda y flores frescas, y las chicas están holgazaneando, hablando entre ellas.

—Nadie me ha mirado siquiera —dice una chica—. ¿Es mi vestido? ¿Mi pelo? Hice todo lo que mi padre me dijo que hiciera.

—Te ves hermosa —dice su amiga, mirándola tímidamente. Se dan la mano y salen del brazo.

Me acerco al espejo y miro mi reflejo. Dejaré que Luke me elija y juntos encontraremos una salida del reino. Convenceré a Erin de que venga conmigo y tendremos que encontrar a Liv primero, pero ¿qué pasa con los demás? Todas las muchachas que quedan quedarán a merced del rey y sus deplorables cohortes.

Mi rostro pintado me devuelve la mirada como un extraño. Sumerjo las manos en la palangana y me mojo con agua. El colorete corre por mis mejillas en finos riachuelos, y saco mi cabello de sus rizos, dejándolo caer alrededor de mi cara. Otras chicas entran en la habitación y me miran como si hubiera perdido la cabeza.

Un fuerte golpe, como si alguien dejara caer una pila de platos, proviene del salón de baile. Los gritos resuenan cuando las otras chicas salen corriendo de la habitación, y yo las sigo.

Una multitud se reúne en el gran salón de baile, todos apretujados, mirando algo de conmoción. Mientras me abro paso entre la multitud, miro hacia la puerta donde habían llevado a Liv. La puerta está abierta. A través del bosque de personas, veo al rey caminar rápidamente desde la habitación, y vislumbro a una anciana con el cabello tan blanco como la nieve que está apoyada por un guardia de palacio. La puerta se cierra y me muevo al frente de la multitud para ver de qué se trata la conmoción.

Dos guardias están de pie sosteniendo a otro hombre entre ellos. Lucha contra ellos, y el guardia de la izquierda le da un puñetazo rápido a las costillas del hombre. Se dobla. Siento que me voy a enfermar.

Luke.

Édouard, con su chaqueta manchada, su hermano Morris a su lado, se para frente a Luke. —¡Este hombre cree que puede burlarse de esta tradición consagrada y yo no lo toleraré!

El rey aparece al otro lado de la multitud, flanqueado por sus guardias. Él sonríe mientras observa la pelea, y me sorprende lo feliz que se ve. Sus ojos parecen más claros que cuando estaba sentado en lo alto de su trono, su rostro parece menos severo y su comportamiento ha cambiado por completo.

—Luke sabe muy bien que mi hermano tenía la intención de reclamar… —Busca entre la multitud hasta que su mirada se posa en mí— A ella.

Reprimo las ganas de vomitar. Morris sonríe y pienso en lo que podría haberlo hecho suponer que estaba remotamente interesado. Ni siquiera sabe mi nombre. Pero me doy cuenta de que tiene menos que ver conmigo y más con poner en ridículo a Luke.

—Las reglas son claras —continúa Édouard—. Morris proviene de una familia de clase superior, mejor cría, por lo que la afirmación de Luke es nula. Pero admiro sus esfuerzos. Verdaderamente.

Luke desliza el agarre del guardia y aterriza un golpe limpio en la barbilla de Édouard, enviándolo a tropezar hacia atrás. Édouard se apresura a entrar con el puño levantado. Grito de terror y la cabeza del rey se levanta. Me mira directamente.

—Suficiente —ordena el rey.

Édouard se detiene en seco y baja la mano. El rey hace una señal a sus guardias, y ellos levantan a Luke y lo arrastran por la misma puerta donde habían llevado a Liv. Mientras la multitud se dispersa, algunos de los guardias se ríen con Édouard y Morris.

Mi corazón se hunde. Luke era mi única oportunidad de salir de aquí, pero más allá de eso, ahora me preocupa que algo terrible le suceda. Escaneando la habitación en busca de Erin, no la veo, pero los pretendientes me están mirando. Escucho a algunos de ellos susurrar. Tropezando con mis propios pies cuando la multitud se apresura, veo a Édouard susurrándole algo a Morris, quien luego se dirige directamente hacia mí.

—Hola de nuevo —dice—. Lamento mucho que tuvieras que ver eso. —El aire entra y sale silbando entre sus dientes rotos mientras me miente en la cara—. Creo que tú y yo deberíamos conocernos un poco mejor ahora que he dejado claras mis intenciones. —Pasa la punta de sus dedos sobre la piel expuesta de mis hombros.

—¿A dónde se han llevado a Luke? —Pregunto.

—Te pediré, porque soy un caballero, no mencionar su nombre —dice Morris, presionándome—. Pero estoy seguro de que lo tratarán de la manera que el rey considere apropiada.

Las lágrimas brotan. —No mencionaste ningún reclamo. Estabas mintiendo.

Morris frunce el ceño. —No me digas que en realidad estabas feliz con el reclamo de Luke sobre ti.

—Lo estaba.

Suspira profundamente y toma mi mano entre las suyas, apretándola con fuerza. —No me avergüences delante de toda esta gente. Necesitaré que sonrías, e incluso si no estás feliz, tendrás que hacer el papel. —Se inclina y presiona sus labios contra los míos. Intento alejarme, pero él me abraza. Huele a vino y sudor, y todo lo que quiero hacer es alejarme de él.

Doy un paso atrás y levanto mi rodilla lo más fuerte que puedo, justo entre sus piernas. Su aullido contundente hace que la gente que nos rodea se detenga y mire. La expresión del rostro de Morris cambia de ira a desconcierto y finalmente a agonía. Antes de que tenga la oportunidad de recuperarse del susto, me agacho y corro al tocador vacío. Cierro la puerta de golpe y busco frenéticamente una salida.

La única puerta es por la que acabo de entrar, y solo hay una ventana estrecha. Sin armario, sin guardarropa, en ningún lugar donde pueda esconderme. Mi corazón late dentro de mi pecho. Miro de nuevo a la ventana.

Me meto la mano debajo de la falda y arranco el verdugado, lo desengancho y lo dejo caer alrededor de mis tobillos. Me quito las capas inferiores de las enaguas, dejando solo el caparazón del vestido. Alcanzando detrás de mí, lucho por desatar el nudo en la parte de atrás del corsé. No puedo manejarlo. Después de quitarme los zapatos, abro la pequeña ventana y me levanto. Estoy a mitad de camino cuando alguien me agarra el tobillo.

11

—¡Tenemos una fugitiva! —Grita el guardia.

Imágenes de la mujer que habían captado en la frontera destellan en mi cabeza. Levanto la pierna y pateo al guardia tan fuerte como puedo, rompiendo su agarre. Me abro paso el resto del camino, cayendo sobre el techo de otra estructura justo debajo de la ventana.

El aire es frío y puedo ver la parte trasera de los terrenos del castillo. El viento agarra el dobladillo de mi vestido y lo azota alrededor de mis tobillos. Lucho por mantenerme erguida mientras avanzo lentamente por el techo. El guardia grita, tratando de salir por la ventana detrás de mí, pero no encaja. Sigo moviéndome y miro por encima del borde. El suelo no está demasiado lejos. Puedo hacerlo si salto.

Me recompongo y me preparo para saltar cuando el techo en el que me balanceo cede con un crujido repugnante. Agarrando el aire, caigo, aterrizando sobre mi espalda, sin aliento.

Ruedo sobre mi costado, jadeando, el dolor recorre mi pierna en espiral. Me pongo de pie y miro a mi alrededor. Frío y húmedo, el estrecho pasillo huele a polvo y agua rancia. Está apagado, excepto por la luz de la luna que brilla a través de una fila de pequeñas ventanas en la parte superior de la pared exterior y a través del agujero en el techo por el que me había caído. Varias puertas se alinean en la pared interior, todas cerradas desde el exterior con grandes cerraduras de latón. El sonido del agua goteando resuena por el pasillo, y la música del gran salón llega como un susurro.

Camino por el pasillo estrecho, mirando hacia atrás, medio esperando que los guardias de palacio entren en cualquier momento. Cuando llego al final del pasillo, una puerta sobresale de la pared exterior.

Esta tiene que ser una salida.

Al girar la manija, escucho un leve sonido. Tan débil que casi lo pierdo en la lejana melodía del vals de la banda. Me detengo a escuchar. El sonido viene otra vez. Solo podría haber estado emanando de la puerta directamente enfrente de mí. Presiono mi oreja contra los listones de madera. Una luz tenue y parpadeante proviene de la grieta cerca del piso. Alguien solloza silenciosamente detrás de la puerta cerrada con llave.

—¿Hola? —Grito.

Los sollozos cesan y escucho un crujido. Presiono mi oreja con más fuerza contra la puerta. —¿Hola? —Llamo de nuevo. Hay un pequeño cambio en la puerta, como si alguien estuviera apoyado contra ella desde adentro.

—¿Hola? —Dice una voz justo por encima de un susurro—. ¿Hay alguien?

Miro hacia el pasillo, temerosa de perder la oportunidad de escapar. —Si. Estoy aquí.

—¿Por qué estás aquí?

Qué pregunta tan extraña viniendo de alguien detrás de una puerta cerrada.

—Hay un baile —digo. El llanto se reanuda—. ¿Quién eres tú? ¿Por qué estás encerrada?

—Huye. No vuelvas jamás. Sálvate.

—¿A dónde se fue ella? —La voz de un hombre atraviesa la oscuridad y resuena por el pasillo, y un chillido se escapa de mi garganta.

Salgo corriendo por la puerta en la pared exterior, a través de los cuidados jardines, hasta que encuentro refugio en la línea de árboles arbolados. Agachándome, miro hacia afuera para ver lámparas moviéndose como luciérnagas en la distancia. Quiero encontrar a Luke, Liv y Erin, pero no puedo volver. Si los hombres del rey me apresan, me ejecutarán. Me doy la vuelta y corro directamente hacia el bosque.

Tropezando con la espesa maleza y las raíces de los árboles expuestos, estoy segura de que me alejo del palacio porque los árboles se vuelven más espesos y la oscuridad más completa. Pero no tengo ni idea de si estoy en camino a la carretera principal o simplemente camino en círculo. El dosel borra la poca luz de la luna que todavía se ve en el cielo nocturno.

La voz detrás de la puerta se queda en mi mente. Me avergüenza dejar a quienquiera que estuviera allí, pero tengo que concentrarme en escapar.

Sigo adelante durante lo que parecen horas. El frío me muerde y el pinchazo en mis brazos y en mis calcetines me deja entumecida. No me he encontrado con un camino o sendero ni con ninguna de las vallas que corren a lo largo del borde exterior de los terrenos del palacio. La finca es vasta y temo estar demasiado perdida para encontrar la salida. ¿En qué me he metido?

Mis dientes castañetean y tiemblo incontrolablemente. Luchando por ver en la oscuridad, noto que los árboles están empezando a ralear.

Espero que sea el borde del bosque, pero es sólo un claro. Del otro lado hay más árboles y más oscuridad.

Entro en el espacio abierto donde se encuentra una gran estructura rectangular. Tan alta como mi propia casa y casi tan ancha, la estructura brilla bajo la luz plateada de la luna. Vetas de color gris carbón atraviesan las paredes de mármol blanco. A medida que mis ojos se adaptan, me doy cuenta de que es un mausoleo, y el nombre grabado en una escritura fluida en su edificio me resulta tan familiar como el mío.

Cenicienta

12

Hiedra se arrastra por toda la fachada, cubriendo la estructura con una maraña de zarcillos. La hierba circundante es tan alta como mis rodillas, y toda está muerta y marrón. La tumba se cierne en la oscuridad, y mientras estoy frente a ella, en la oscuridad de la noche, rompiendo las reglas del rey por enésima vez, siento que estoy viendo algo que no está destinado a que nadie lo vea. Se supone que este lugar no existe.

Camino a través de la maleza y llego a tres anchos escalones de mármol que conducen a las puertas del mausoleo. Fanegas de flores marchitas y desmoronadas abarrotan las escaleras. Pequeños juguetes y cientos de pedazos de papel doblados en diferentes etapas de descomposición ensucian el monumento. Algunos de ellos solo están amarillentos un poco en los bordes, mientras que otros no son más que pequeños montones de polvo. Cojo uno que parece lo suficientemente resistente como para manejarlo. Al desplegarlo, leí las palabras garabateadas en su interior.

> Por favor permita que mi hija sea elegida. Por favor haz que destaque entre las demás.

Cogiendo una nota tras otra, leo tantas como puedo encontrar que todavía son legibles.

> *Por favor ayúdanos a encontrar una manera de pagar su vestido.*

> Encuéntrame en el lugar donde el hombre llevó a nuestra hermana el último día de cultivo. Trae solo lo que puedas llevar.

Todos son esencialmente iguales. Súplicas de ayuda o buena fortuna, suerte o protección. El último suena como si alguien estuviera tratando de planear un escape. Claramente, quienquiera que esté destinado nunca lo consiguió, porque se está pudriendo aquí a la sombra de la tumba de Cenicienta.

Eran más que chucherías, como habían dicho los ayudantes de mi madre. Eran peticiones, oraciones. Al mirar la tumba, me pregunto si Cenicienta habrá escuchado sus gritos. O si a ella incluso le importa. Lo más probable es que se esté riendo de lo miserablemente que hemos sido al no cumplir con sus expectativas.

Subo las escaleras hasta el par de puertas dobles que protegen la entrada. Grabado en las vidrieras de los paneles de las puertas hay una representación del carruaje de Cenicienta tirado por cuatro caballos blancos.

Un destello de luz atraviesa las puertas de vidrio y me congelo. Un destello azul-blanco ilumina el santuario interior del mausoleo y persiste un momento antes de morir de nuevo. Intento ver a través del cristal de colores, pero sólo queda un tenue resplandor hacia la parte trasera de la cámara.

Debería estar corriendo a casa. Necesito alejarme de aquí antes de que los guardias me encuentren y me arrastren de regreso al palacio.

Una rama se rompe a lo lejos. Alguien está ahí fuera. Arriesgándome con la luz parpadeante, empujo las puertas para abrirlas y entro, cerrándolas detrás de mí. No escucho nada, pero me quedo quieta, conteniendo la respiración.

Directamente frente a mí, Cenicienta yace sobre una losa en medio de la cripta.

Salto hacia atrás, el corazón me late con fuerza en el pecho. Doscientos años en una cripta deberían haber convertido su cuerpo en polvo y huesos. Entrecierro los ojos en las sombras y veo que la figura de la losa es sólo una representación de mármol de Cenicienta. Suspirando profundamente, me apoyo contra la pared interior de la tumba.

Al final de la historia de Cenicienta, ella y el Príncipe Encantador se abrazan, se besan y ella se va a vivir una vida de lujo en el palacio. No dice nada sobre cómo se escondió en el castillo mientras su gente sufría, la prolongada enfermedad que le quitó la vida o por qué ahora yace en una tumba abandonada en medio del bosque.

Los muros de la tumba se extienden por encima de mi cabeza. El aire frío y mohoso llena el espacio y me froto los brazos, tratando de calentar mis extremidades heladas. Camino a lo largo de la pared interior, estudiando el tallado realista de Cenicienta. La escultura se parece mucho a los retratos que he visto de ella. Ella se acuesta boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho sosteniendo un ramo de flores de mármol. La caja rectangular que se extiende hasta el suelo también está hecha de mármol blanco reluciente.

Esa extraña luz parpadea de nuevo en la parte trasera de la cripta, iluminando la oscuridad en breves ráfagas. En una alcoba, una pequeña carcasa de vidrio cuadrada se asienta sobre un pedestal con molduras de metal envueltas alrededor como una jaula. Los cristales de la caja de cristal están empañados y las hojas rotas abarrotan el espacio. Limpio los escombros y limpio una mancha en el vidrio con mis dedos para poder ver el interior. El resplandor blanco azulado ilumina la caja. Un par de zapatos, pequeños y casi completamente traslúcidos, descansan dentro. Estas son las legendarias zapatillas de cristal.

—Creo que las leyendas eran ciertas —digo en voz alta.

—No completamente.

Me doy la vuelta, golpeando mi rodilla contra la base del pedestal. Aparece una figura en la cripta. La persona usa una capa larga con una capucha que cubre su rostro.

—No quise hacer ningún daño, lo juro —le digo, agarrando mi rodilla.

La figura está en silencio. ¿Han venido a llevarme de regreso al palacio? Me apresuro a pensar en qué hacer.

—Cenicienta ha muerto —dice la figura, la voz ligera, aireada—. Dudo que le importe que estés al acecho alrededor de su tumba.

—No estoy al acecho —digo, buscando algo al alcance de la mano que pueda usar como arma—. Y si pones una mano sobre mí…

—¿Poner una mano sobre ti? No me atrevería. —La persona levanta la mano y se quita la capucha. Un golpe de rizos rojizos exuberantes enmarca su rostro. Es una mujer joven. Ella inclina la cabeza hacia un lado, mirándome—. No, a menos que tú quieras que lo haga.

Me quedo en silencio.

—Entonces…, ¿no estás trabajando para el rey? —Me cuesta averiguar quién es y por qué está aquí.

—Yo elegiría la muerte antes que servirle. —Su tono es repentinamente serio.

Mantengo el sarcófago de Cenicienta entre nosotros mientras me dirijo hacia la puerta. —Me estaba yendo.

—¿Y adónde vas? —Ella pregunta. En su mano, sostiene una pequeña linterna, iluminada lo suficientemente brillante como para que pueda ver su rostro. Somos iguales en altura y constitución y probablemente también tengamos una edad similar. Su piel beige, húmeda y suave, parece brillar desde dentro.

Una oleada de culpa me recorre. No debería estar admirando la belleza de un extraño en un momento como este. —Estoy tratando de llegar a casa.

—¿En una noche como esta? Una chica bonita como tú debería estar en el palacio buscando un pretendiente. —Me observa atentamente mientras habla.

—Acabo de llegar de allí —digo. La forma en que dijo la palabra "bonita" me da una pausa. Es un cumplido, pero hay algo más en su voz. Evito sus ojos—. No voy a volver. No me importa cuántos guardias envíe el rey detrás de mí.

—¿No quieres encontrar un marido y establecerte en tu papel adecuado? —La sutileza no es el punto fuerte de esta chica. El sarcasmo impregna cada palabra.

—No quiero tener nada que ver con un marido o cualquier tipo de papel adecuado.

—¿Y por qué es eso? —Ella pregunta.

—Porque esa no es mi elección. Eso no es lo que quiero. —Probablemente sea un error contarle mis secretos, pero siento que tengo cada vez menos que perder con cada momento que pasa.

Ella me sonríe y mi cara se enrojece.

—Entonces, ¿viniste aquí para rendir homenaje a Cenicienta? —Ella pregunta. Coloca su lámpara en el suelo y saca un pequeño ramo de flores de los pliegues de su manto. Me estremezco cuando ella se acerca para colocarlos en el ataúd de Cenicienta, pasando su mano sobre el suave mármol.

—No —digo secamente—. Pero por lo que parece, muchas otras personas lo han hecho. No pensé que este lugar todavía existiera. —Mis dientes chocan entre sí mientras trato de contener el frío.

Camina hacia mí, se quita la capa y la coloca alrededor de mis hombros. —¿Mejor?

—Si. Gracias. —Casi me desmayo en el calor de la capa. Respiro su aroma, una mezcla de flores silvestres y lavanda. Tengo que recordarme a mí misma que debo concentrarme.

Lleva un par de pantalones ajustados y una túnica. Un cinturón grueso rodea su cintura y de él cuelga una daga reluciente. Va hacia las puertas y mira por una pequeña astilla en el cristal. Su rostro se relaja cuando se vuelve hacia mí.

—¿Por qué estás vestida así? —Pregunto. Se ve preciosa, pero nunca antes había visto a una mujer con pantalones y túnica.

—Los bolsillos —dice ella. Ella pone sus manos en ellos y les da un pequeño giro—. Me encantan los bolsillos.

Sonrío, a pesar del frío, a pesar de la terrible circunstancia. —Dijiste antes que estaba equivocada acerca de que las leyendas eran ciertas. ¿Qué querías decir?

Su mirada se desplaza hacia las zapatillas de cristal. —Todos los cuentos de hadas tienen algo de verdad. Sin embargo, separar la verdad de las mentiras puede ser complicado.

—Cuestionar la historia está en contra de la ley.

Ella se pone rígida.

—Lo siento. No te estoy amenazando —digo rápidamente—. Es solo que rara vez escuché a alguien decir que incluso partes de la historia son ficción. La mayoría de la gente cree cada palabra.

—¿Y tú no?

—Ya no sé lo que creo. —El peso de todo lo que ha pasado recae sobre mí de una vez—. Tengo que irme. Si los guardias me encuentran…

—No lo harán si te quedas aquí —dice ella.

—¿Como sabes eso? —Pregunto frenéticamente. Una ola de pánico se apodera de mí—. No sé qué se supone que debo hacer ahora, pero tengo que hacer algo.

La chica me mira fijamente por un momento. —Al oeste del centro de la ciudad, a unas cinco millas, la carretera se bifurca en dos bifurcaciones. El de la derecha serpentea unos kilómetros más y conduce a una puerta. Encuéntrame allí mañana.

—Probablemente no estaré viva mañana —digo. Para entonces, me estaré pudriendo en algún calabozo por orden del rey.

Sus cejas se fruncieron como si esto la preocupara. Se agacha detrás del ataúd y toma una pequeña bolsa. Después de buscar en el interior, saca

un conjunto de ropa, un par de pantalones y otra túnica, un par de botas, y me las arroja. —Ponte esto.

Dejo su capa a un lado y me pongo los pantalones, dejando a un lado la capa de mi vestido. Deslizo la túnica sobre mi cabeza mientras la chica se acerca a mí, una pequeña daga brillando a la luz de la linterna. Mi corazón da un vuelco. Me doy cuenta de lo tonto que he sido al confiar tan ciegamente en una extraña. Me vuelvo para correr, pero con un movimiento rápido ella corta los hilos de mi corsé y, por primera vez en todo el día, puedo respirar. Mi corazón late de miedo, pero también de algo más. ¿Regocijo? ¿Pánico? Se siente como si estuviera libre de algo mucho más que tela y cuerdas.

—Quédate aquí —dice mientras la miro—. Permanece oculta. Y mañana, ven a encontrarme, si puedes, porque creo que probablemente tengas razón sobre los hombres del rey. No dejarán de buscarte. —Ella se endereza—. ¿Cuál es tu nombre?

—Sophia —le digo.

—Soy Constance —dice—. Alejaré a los guardias de ti. Cuando salgas con las primeras luces, mantente fuera de la carretera principal.

—Ni siquiera sé qué camino tomar —digo, sintiéndome más desesperada con cada momento que pasa.

—El centro de la ciudad está en la dirección del sol naciente —dice— Recuerda, vete al amanecer.

Se mueve hacia la puerta y le ofrezco su capa.

—Guárdalo —dice ella—. Puedes devolverla cuando vengas a verme.

13

No duermo, y en cuanto la luz del día toca el cielo, salgo de la tumba de Cenicienta. Siguiendo el sol naciente, corté por el bosque, tropezando con botas que son dos tallas más grandes. El camino principal es visible a través de los árboles después de un tiempo, pero no lo tomo. Me quedo en los confines sombríos de la línea de árboles hasta que la carretera está despejada en el cruce que conduce al corazón de Lille.

Dudo al pensar en la chica. Constance. Si voy ahora a encontrarme con ella, mis padres se quedarán preguntándose qué pasó. El rey enviará a sus hombres a la casa, estoy segura, pero ¿qué dirán? ¿Admitirán que me escapé entre sus dedos? No puedo dejar a mis padres preguntándose si estoy viva o muerta. Mantengo la capucha de la capa levantada mientras cruzo la carretera principal y me dirijo a casa.

Cuando llego a mi calle, un trío de guardias de palacio está saliendo de mi casa. Montan sus caballos mientras yo me hundo, presionando mi espalda contra la pared del jardín. Pasan a caballo, lloviendo trozos de tierra y guijarros sobre mí. Mientras los sonidos de los caballos se desvanecen, me pongo de pie y me lanzo hacia nuestra entrada trasera. La puerta está cerrada. Golpeo suavemente el cristal hasta que aparece el rostro empapado de lágrimas de mi madre. La abre y me empuja hacia adentro, ahuecando su mano sobre mi boca. Mi padre aparece en la puerta y sus ojos se agrandan. Mira hacia atrás por encima del hombro.

—Date prisa con ese té, mujer —dice una voz ronca desde el salón.

Mi madre va a la estufa donde hay una tetera humeante. Mi padre me hace señas para que me aleje de la puerta. Camina hacia la habitación del frente.

—Voy al jardín delantero para tirar la basura —dijo mi padre.

—Eso es trabajo de mujeres —dice el otro hombre.

—Lo es —responde mi padre—. Pero mi esposa está preparando su té.

El hombre resopla. Se abre la puerta principal y, un momento después, mi padre grita.

—¡Sophia!

El hombre de la sala se pone de pie y sale por la puerta. —¿Dónde está ella? —Él ladra.

—¡La vi! ¡Allí!

Las botas del hombre golpean el suelo mientras corre en cualquier dirección que haya señalado mi padre.

Mi madre me rodea con sus brazos mientras mi padre se acerca con una rabia silenciosa.

—Vinieron a buscarte —dice con los dientes apretados—. Tienen guardias apostados al final de nuestra calle.

Mi madre se hace a un lado. Nunca lo había visto tan enojado.

—¿Es cierto que agrediste a uno de los pretendientes y huiste a pie? —Pregunta mi madre.

—No tuve elección —digo.

—¿Cómo pudiste ponernos en esta posición? —Pregunta mi padre.

—¿Qué pasa con la posición en la que me has puesto? —No puedo creer que estén haciendo parecer que esto es culpa mía.

—Te ponemos en condiciones de conseguir un buen partido. Podrías haber cortejado al propio rey. Habrías sido elegida por alguien. —Mi padre se frota la frente y cierra los ojos con fuerza.

—¡Ni siquiera sabes lo que pasó ahí arriba! Fue peor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Algunos de esos hombres eran mayores que el abuelo y algunos buscaban a dos mujeres a la vez.

Parece que mi madre se va a poner enferma. —Es repugnante, Morgan —le dice mi madre a mi padre. Me quedo en silencio. Rara vez expresa dudas sobre las leyes del rey o del baile en sí.

—Has violado la ley —dice mi padre—. ¿No te preocupas por nada excepto por tus propios deseos egoístas?

Las palabras me golpean como una mano abierta. Me tambaleo hacia atrás en una silla en la mesa de la cocina; Un torrente vertiginoso de absoluta desesperación me invade. Mi padre ni siquiera se ha molestado en preguntarme si estoy bien.

—Nos has puesto en una situación terrible, Sophia. No podemos defenderte. El palacio puede pensar que somos cómplices. —Mira a mi madre y luego vuelve a mí—. No puedes estar aquí cuando regresen los guardias.

—¿A dónde se supone que debo ir? —Pregunto, desconcertada. Miro a mi madre, que baja la cabeza.

—No me has dado otra opción. —Los ojos de mi padre son salvajes y penetrantes. Se desploma y mi madre le rodea la cintura con el brazo—. Tus amigas probablemente encontraron pretendientes. Llegas a casa sucia, despeinada y buscada por los guardias del palacio.

—El rey humilló a Liv delante de todos, la tiró a un lado como un pedazo de basura ¿y estás preocupado por mi ropa sucia?

—Su familia no tiene recursos, Sophia —dice mi padre—. Hicieron todo lo posible para asegurarse de que estaba preparada, pero le fallaron. No quería eso para ti. He trabajado duro para asegurarme de que estuvieras lista y ahora… ahora estarás perdida.

Mi madre tiembla incontrolablemente. Ella corre hacia mí y me abraza. —¡No! ¡No lo permitiré! —Se aferra a mí, clavando sus dedos en mi espalda.

—No hay otras opciones, Eve.

—No voy a volver al palacio —digo—. Me iré si eso es lo que quieres, pero no seré una prisionera del rey.

Mi padre se mantiene firme y lo observo. Este hombre al que adoro tanto se ha convertido en alguien que no quiero conocer. Sus palabras me aplastan. Camino hacia la puerta trasera en una bruma.

—Espera —dice mi madre, apresurándose a bloquear la puerta—. Por favor, podemos esconderla. Podemos hacer que se disculpe con el rey. Podemos…

—Ella tiene que irse, Eve.

El dolor de esto es demasiado. Empiezo a llorar cuando mi madre le grita a mi padre. —¡Morgan, detén esto! ¡Detente en este instante! Este es nuestra hija. Ella nos necesita para…

—¿Para qué? —Mi padre estalla—. ¿Seguir infringiendo la ley? ¿Seguir desafiando al rey? Su mejor oportunidad es escapar. —Abre de par en par la puerta trasera. Una ráfaga de aire frío me pica en la cara—. Vamos. Aléjate de aquí lo más que puedas.

Lo miro a los ojos. Las lágrimas corren por mi rostro, pero reprimo el impulso de gritar y sollozar.

—No puedo protegerte aquí —dice—. Tampoco tu madre. Tienes que irte o estaremos todos muertos.

—¿Y si me voy, seré yo quien termine muerta? —Él no responde y de nuevo me desconcierto. Él sabe esto. Está dispuesto a dejar que esto suceda—. No puedes mantenerme a salvo porque tienes demasiado miedo de enfrentarte al rey.

Mis palabras lo lastiman. Sus ojos están llenos de lágrimas. Él parpadea para eliminarlos. —Por favor, vete mientras puedas, antes de que regresen los guardias. Esta es la mejor oportunidad para todos nosotros. Tu madre y yo podemos evitar sospechas si les digo a los guardias que nunca llegaste a casa.

Quiero gritar, sacudirlos y decirles que abran los ojos, para ver lo mal que está esto. Salgo al porche. La puerta se cierra y se bloquea detrás de mí. Los gritos de mi madre resuenan dentro de la casa y la voz apagada de mi padre trata de calmarla mientras grita mi nombre.

Camino hacia la calle, las lágrimas corren por mi rostro y una ira creciendo en la boca de mi estómago, tan caliente que me recorre como un fuego furioso.

Me quedo cerca de los edificios para evitar las patrullas y los faroleros. A puerta cerrada, imagino que algunas chicas sienten el agudo aguijón del rechazo, mientras que otras celebran sus parejas, sin que ninguna de ellas sepa lo que les deparará el futuro.

Incluso mientras mi cabeza nada con las palabras de mi padre, solo puedo pensar en mis amigos. Liv y yo seremos marginadas, y aunque no sé qué ha sido de Luke, lo que sea que haya pasado es culpa mía. No habría estado allí si no fuera por mí.

Pongo la capa a mi alrededor y el aroma de lavanda me envuelve, recordándome a la chica de la cripta. Cinco millas al oeste. Ahí es donde tengo que ir. Es el único lugar en el que puedo pensar.

Solo hay una carretera que conduce al oeste que se extiende hasta el límite de la ciudad. Mientras me dirijo hacia allí, el estruendo de carruajes y caballos me pone nerviosa. Los hombres del rey me están buscando, pero ¿cuántos de ellos podrían elegirme entre la multitud?

Cuanto más me alejo de la ciudad, menos gente hay. Después de un tiempo estoy sola, y solo puedo pensar en mis padres, en Erin, en lo que pasó.

En el camino detrás de mí, escucho el parloteo de las voces de los hombres, y rápidamente me cubro en un pequeño bosquecillo junto a la carretera, presionándome contra un árbol y tratando de no respirar.

Sus voces se escuchan cuando se detienen al borde de un terraplén empinado frente a mí.

—¿Estamos seguros de que estuvo en el baile? —Pregunta uno de ellos.

—Sus padres dijeron que sí, pero que es demasiado mayor —dice otro.

—Mira su cabello. Es blanco como una sábana.

Miro alrededor del árbol. Guardias. Todos miran hacia el terraplén.

—Tiene diecisiete años. Eso es lo que dijo su madre. Describió su ropa y todo. Es una pena, enviarla al baile vestida así.

Uno de ellos asiente. —Bueno, necesitaremos un carro. Y uno de nosotros debería volver a la casa para asegurarse de que su padre no venga aquí.

Todos giran y vuelven a subir por la carretera. Me quedo quieto hasta que se pierden de vista y ya no puedo escuchar sus bromas tontas. Mi corazón golpea salvajemente en mi pecho mientras camino hacia el terraplén. Algo en el fondo me obliga a mirar.

La pendiente empinada conduce a una zanja donde se han acumulado unos centímetros de agua. Acostado hay una persona. Se me corta el aliento. Reconozco su vestido. Los ojos que alguna vez brillaron de risa y una boca que alguna vez susurró chistes tontos están bien abiertos, atrapados en un grito. Pongo mi mano sobre mi boca para sofocar las náuseas. Mi querida Liv.

Nunca he visto un cadáver. No sé cómo debería verse, pero lo que veo parece extraño. El cabello de Liv, una vez castaño, ahora es blanco como la nieve. Su piel está arrugada y gris cenicienta. Tiene los brazos estirados frente a ella, las manos rígidas y los dedos curvados en garras.

Me tambaleo hacia atrás y mi estómago da un vuelco. Colapsando en el camino, siento que los músculos debajo de mi lengua se agarrotan mientras vomito. Nada más que una falta de olor líquido sale. Me rehúso a creerlo. Ella no puede estar muerta. No es mi Liv.

Las voces de los hombres suenan de nuevo en la distancia, y me limpio la boca con el dorso de la mano, tropezando con los árboles, donde me deslizo hasta el suelo y lloro. Silenciosa y dolorida, me doblo

y me aferro a la capa, presionando mi cara contra ella mientras el ruido de las ruedas suena en el camino detrás de mí.

Observo cómo los guardias regresan a pie, tirando de un pequeño carro con la parte superior abierta. Se sitúan a lo largo de la carretera y, juntos, tiran del cuerpo de Liv por el terraplén y la colocan encima de la cama del carro. Voy a vomitar de nuevo.

—¿Tenemos una manta? —Pregunta uno de ellos.

—Oh, ¿estás preocupado por su decencia? —Otro pregunta.

—No, simplemente no quiero ver su fea cara. Es aterrador. —Finge temblar de miedo y todos se ríen—. Yo también me habría pegado a mí mismo con una cara así.

Uno de los guardias, un hombre mayor, da un paso al frente. —Cúbrela y cierra la boca. Esta es la hija de alguien.

El guardia más joven no parece conmovido, pero se calla y cubre el cuerpo de Liv con una manta. Se alejan y regresan a la ciudad.

Me siento en la sombra de los robles, pongo la cabeza entre las manos y lloro. No puedo ver a través del torrente de lágrimas. Jadeo por aire y grito. Tumbada en el suelo, presiono la cara contra el suelo. Quiero arrastrarme hacia la tierra, desaparecer, cualquier cosa que me haga olvidar lo que he visto.

14

La fuerte refracción del sol a través de las ramas sobre mí pica mis ojos parpadeantes. Me quedé dormida mientras visiones de Liv pasaban por mi cabeza. La fría humedad del suelo empapó mi ropa y me heló hasta los huesos. Las lágrimas vuelven a subir y las aparto con rabia. Me duele el cuerpo cuando una pesadez se instala en mi pecho. Salgo a trompicones de los árboles, mis piernas como plomo trabajan contra mí.

El sol está bajo en el cielo y la oscuridad desciende. Ni siquiera estoy a medio camino del lugar donde Constance dijo que debería encontrarme con ella. Espero que ella todavía esté ahí. Espero que no sea demasiado tarde para encontrarla, ahora que no hay ningún otro lugar al que pueda ir. Empujo hacia adelante aturdida. Por encima del hombro, el sonido de los caballos y la gente hablando me asusta. Me apresuro a bajar por el terraplén y me aprieto en el suelo para evitar que me vean cuando pasan los carros. Cuando el sonido se apaga, me paro con cuidado y miro hacia el camino. Un carro lleno de guardias de palacio fuertemente armados desaparece en la distancia.

La cara de Liv permanece en mi mente mientras camino. No puedo evitar sentir que le he fallado. Cuando Luke me dijo que me reclamaría para que nos diera una salida, pensé que podía llevar a Liv y Erin. Pensé que podríamos salvarnos el uno al otro. Su ausencia resuena en cada respiro que tomo. El peso de su pérdida me aplasta.

Sus padres deben estar sufriendo. El pensamiento trae un nuevo tipo de dolor.

A medida que el sol se pone cada vez más bajo, estoy exhausta y no puedo hacer un seguimiento de los minutos a medida que pasan; el tañido de la campana distante es mi única pista de cuánto tiempo ha pasado. El camino desde la ciudad está pavimentado con piedras durante gran parte del camino antes de que se convierta en tierra. Cuanto más lejos camino,

menos puedo ver. Los árboles se extienden en todas direcciones, sus hojas amarillean. Incluso ellos saben que se acerca el invierno.

Cuando el sol se esconde bajo el horizonte, llego a un lugar donde la carretera se divide en dos bifurcaciones distintas. El camino de la izquierda está cubierto de tierra y grava, aplastado por el tráfico de carruajes. Parece que el camino correcto no se ha recorrido en años. Las malas hierbas crecen por todos lados y el suelo está cubierto de piedras grandes casi tan altas como mi cintura.

—Decisiones, decisiones —dice una voz.

Me tambaleo hacia atrás, tropezando con mis propios pies y cayendo con fuerza de costado. Desde el terraplén del lado opuesto de la carretera emerge una cara familiar.

Constance.

—¡Me asustaste muchísimo! —Grito, tropezando con mis pies y tratando de evitar que mi corazón se salga de mi pecho—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperándote —dice sonriendo.

—¿Cómo supiste que vendría?

—No lo hice. Pero esperaba que lo hicieras. —Su cabello rojo, que lleva en una larga trenza por la espalda, parece llamas retorcidas en la neblina naranja del sol poniente. Al acercarme, veo una constelación de pecas en el puente de su nariz y planos de sus mejillas que no había notado antes. Su sonrisa se desvanece rápidamente cuando me mira—. ¿Estás bien?

Busco a tientas mis palabras mientras relato el horror de los eventos de esa mañana. Apenas me atrevo a pronunciar el nombre de Liv en voz alta.

Constance suspira y sus hombros caen. —Lo siento mucho. De verdad lo siento. —Camina hacia mí y desliza su brazo alrededor de mi cintura, sosteniéndome mientras mis piernas amenazan con ceder.

—La forma en que se veía —digo, secándome las lágrimas—. Algo estaba mal.

El cuerpo de Constance se pone rígido. —¿Cómo se veía?

Lucho por encontrar las palabras para describir lo que vi. —Su cabello era blanco, como la nieve, donde antes había sido castaño. Todo su color se desvaneció y su piel estaba arrugada y gris.

—Ven conmigo —dice.

Miro a mi alrededor. El camino está vacío. Sin casas, sin edificios. Las torres de vigilancia se vislumbran en la distancia, y más allá de ellas, la gran extensión de bosque conocida como el Bosque Blanco. —¿Ir contigo a dónde?

—¿Siempre eres tan curiosa? —Ella pregunta.

—¿Eres siempre tan vaga y misteriosa? —Pregunto a cambio.

—Trato de serlo —dice, sonriendo suavemente. Permito que me lleve hacia el comienzo del camino que está completamente invadido. Nos abrimos paso entre los árboles y la maleza, antes de llegar a una imponente puerta de hierro forjado. Sus barrotes de diez pies están adornados con enredaderas y buganvillas, cuyas incandescentes flores rosas se marchitan y se hacen pedazos con el aire de finales de otoño.

Atravesamos la puerta y subimos por un camino largo y tortuoso bordeado de viejos robles cubiertos de maleza, cada una de sus ramas cubiertas con cortinas de musgo, sus troncos nudosos tan anchos como el lado ancho de un carruaje. El sol poniente ilumina los contornos nebulosos de los pétalos rojos y anaranjados aterciopelados de las amapolas que crecen silvestres y abundantes, sus centros negros y cutres salpican el paisaje como un millón de pinchazos.

—¿No deberían estar muertas ahora? —Pregunto, mirando las flores que tiñen el paisaje, por lo demás marrón y moribundo.

Constance mira las amapolas. —Realmente no había pensado en eso, pero creo que tienes razón.

Doblamos una curva y aparece una casa grande. Un ala se ha derrumbado y las enredaderas se han apoderado de casi todo el resto de los lados visibles. Las ventanas tapiadas se alinean en el piso inferior, mientras que las de arriba están abiertas a los elementos. La pintura, que podría haber sido blanca en un momento, está agrietada y pelada, y la puerta de entrada está a la mitad de sus bisagras.

—¿Sabes qué es este lugar? —Pregunta Constance.

—¿Debería? —Miro hacia la casa. Estamos a millas de la ciudad y, a diferencia de la frontera oriental, que es la más fortificada porque más allá están las Tierras Prohibidas, el extremo occidental de Lille está en gran parte abandonado. No se trata de chocar contra una gran extensión de territorio que conduce directamente al lugar donde nacen y se crían los posibles nuevos reyes de Lille.

—Cenicienta vivía aquí con su familia. Aquí es donde todo comenzó.

Miro la casa de nuevo. Es idéntica a las ilustraciones de mi copia de la historia de Cenicienta. —Pensé que estaba al otro lado del Lago Gris ¿en el sur de Lille? ¿Y no se quemó en un incendio?

Constance niega con la cabeza. —Mentiras. Siempre ha estado aquí. Me temo que ya no hay mucho que mirar —dice, con un tono de tristeza en su voz.

Me ayuda a subir los escalones de la entrada y entramos. Mientras nos encontramos en el camino de entrada, me importa menos cómo se ve y más si es apropiado estar de pie. Hay un gran agujero directamente sobre el vestíbulo. Hojas y escombros ensucian el piso de mármol agrietado, y una amplia escalera con escalones rotos y faltantes conduce al segundo nivel. La barandilla se ha caído y está hecha pedazos en el suelo.

Constance me ve mirando las escaleras. —No te preocupes. No tenemos que subir allí.

Sigo a Constance a una habitación junto al pasillo principal, mis piernas aún chocan. Es una pequeña sala con un fuego que ya arde en el hogar. Algunos muebles andrajosos están esparcidos, pero están secos y

cálidos, y en un rincón hay una pila de mantas cuidadosamente dobladas. Parece que Constance ha acampado aquí durante varias noches.

Me da una canasta grande con un asa alta. Abro la tapa y casi me desmayo de pura emoción. Dentro hay uvas, una pequeña rueda de queso, una barra de pan y una pequeña jarra de leche cerrada con un tapón de corcho.

—Toma todo lo que quieras.

Una media barra de pan desaparece antes de detenerme. —¿Estás segura de que no quieres ninguno?

—No. Termínalo.

No tiene que decírmelo dos veces. Sigo comiendo y la pesadez que viene con el estómago lleno se apodera de mí.

—No puedo agradecerte lo suficiente.

—No es ningún problema —dice Constance. Ella sonríe y me siento cautivada por ella de nuevo. Pero la culpa se apresura y ahuyenta esos sentimientos.

—No tenía un plan cuando salí del palacio. Solo corrí. —La tristeza se apodera de mí de nuevo—. Realmente no sé lo que estoy haciendo aquí.

—Estás aquí conmigo —dice.

—¿Y quién eres exactamente? —Pregunto—. Sé tu nombre, pero… ¿eres de Lille? ¿Qué hacías en la tumba de Cenicienta?

Ella empuja su cabello detrás de su hombro y se aclara la garganta. Habla de una manera que me recuerda a alguien que lee un cuento en voz alta.

—*Las hermanas no eran mejores que su madre* —dice—. *Común y singularmente cruel, se burlaban de Cenicienta sin fin. La hermanastra mayor, Gabrielle, tenía el pelo como las llamas ardientes del infierno y una cara que solo el diablo podía amar*.

Levanto la mano. —Conozco la historia. Y no quiero ser grosera, pero no quiero volver a escucharla. Mira a dónde me ha llevado.

—Sí —dice Constance—. Mira a dónde te ha llevado. —La luz del fuego parpadea a través de sus rasgos, y el cabello en la parte de atrás de mi cuello se eriza. Constance saca la barbilla e inclina la cabeza hacia un lado—. Siempre me he sentido ofendida con ese retrato de Gabrielle. Hay muchas generaciones entre nosotros, pero su sangre es fuerte. Siempre me han dicho que me parezco a ella.

Estoy estupefacta. —¿Tú… eres pariente de Gabrielle? ¿La malvada hermanastra?

—¿Malvada? No. Hermanastra, sí.

Doy un paso atrás y corro directo a la pared. Mi cabeza nada con fragmentos de la historia. Se dice que las hermanastras fueron extremadamente crueles con Cenicienta, y sus descripciones las convierten en aberraciones monstruosas. Ninguna de las historias menciona que ninguno de ellos tenga hijos o familias propias.

—Eso te hace pariente de Cenicienta —le digo, tratando de armar su árbol genealógico en mi cabeza.

—Una sexta sobrina nieta —dice Constance.

Ni siquiera puedo pensar con claridad. —Si lo dices en serio…

—Lo estoy —dice Constance.

Me siento lentamente. Mis pensamientos vuelven al tema más inmediato de los hombres del rey. —Los guardias me están buscando y no quiero ponerte en una mala situación. Te matarían solo por ayudarme.

—Lo intentarían —dice ella, pensativa. Se vuelve levemente y me muestra la daga que cuelga de su cinturón—. ¿Y dónde puedes ir para que el Rey Manford no te encuentre?

No lo he pensado bien. Todo lo que sé es que necesito alejarme lo más posible de Lille. —Planeaba caminar hasta que mis piernas cedieran. No estoy muy segura de dónde.

—Esa es una idea terrible. —Constance se cruza de brazos.

—Es bueno que no necesite tu permiso entonces, ¿no?

Parpadea repetidamente, sonriendo un poco y asintiendo. —No tengo una sugerencia mejor. No creo que estés a salvo en ninguna ciudad de Mersailles. Él nunca podría permitir que lo desafiaras y te salgas con la tuya.

—Si me mantengo alejado, tal vez lo deje pasar —digo.

—No lo hará.

—¿Cómo sabes tanto sobre lo que haría y lo que no haría? —Pregunto.

Suspira y sus hombros se hunden. —Porque guardo las historias que nadie más puede escuchar, las cosas que Manford y sus predecesores no quieren que nadie sepa, la verdadera historia de mi familia.

—¿La verdadera historia? —Pregunto.

Arrastra una silla y se sienta directamente frente a mí.

—¿Alguna vez has pensado en qué tipo de persona tendría un hijo y lo llamaría Encantador?

—Nunca lo había pensado realmente —digo. Y ahora que lo pienso, parece un poco ridículo—. ¿Estás diciendo que ese no era su nombre real?

—Nadie sabe cuál era su verdadero nombre —dice.

Me río, pero ella no. Ella habla muy en serio, y yo sigo siendo yo misma, permitiéndole continuar.

—¿Sabías que el padre de Cenicienta era el consejero de más alto rango, la persona más cercana al viejo rey que gobernó Mersailles antes de que el Príncipe Encantador asumiera el cargo?

—No —digo en estado de shock—. Nunca escuché eso.

—Lo era. Pero el Príncipe Encantador llegó a Mersailles en una época de sequía y hambruna tan devastadora que no se parecía a nada que la gente hubiera visto antes. Estaban desesperados y Encantador les dijo que

podía salvarlos si lo nombraban rey. Al principio se negaron, poniendo su confianza en su rey. Encantador esperó el momento oportuno y, cuando las cosas empeoraron, volvió a ofrecer su ayuda. Esta vez la gente estuvo de acuerdo y depuso al viejo rey, haciendo de Encantador su gobernante.

—E hizo lo que dijo que haría —digo. Yo también conozco esta historia. La fundación de nuestro reino por el benevolente Príncipe Encantador.

—Las cosechas volvieron a florecer; los ríos atravesaban tierras asoladas por la sequía. Hubo retumbos de magia, de maldiciones que de alguna manera se rompieron, pero la gente de Mersailles se arrodilló a sus pies. —Constance niega con la cabeza—. Tan pronto como Encantador tuvo a la gente en la palma de su mano, las cosas empezaron a cambiar. Los padres de Cenicienta hablaron abiertamente de cómo las leyes que estaba implementando Encantador eran injustas y peligrosas. Mientras el padre de Cenicienta trataba de obtener apoyo político para derrocar a Encantador, su madre trató de reunir a la gente local para que se organizaran y protestaran. Cuando Encantador se enteró de sus esfuerzos, envió a sus guardias para arrestarla. Ella no quiso ir en silencio y la ejecutaron en el camino de entrada.

Miro hacia el frente de la casa. ¿Había caminado sobre el lugar donde había muerto la madre de Cenicienta?

Me vuelvo hacia Constance. —Mi abuela se pronunció contra el Rey Stephan, el predecesor de Manford —digo, midiendo mis palabras, tratando de no llorar—. La tomaron, arrestaron. Ejecutaron.

Constance duda por un momento. Sus ojos se llenan de lágrimas y aparto la mirada.

—Entonces puedes entender todo esto —dice.

Asiento con la cabeza.

—El padre de Cenicienta se volvió a casar, y su nueva esposa, Lady Davis, estaba tan disgustada con Encantador como lo había estado la madre de Cenicienta —continúa Constance—. Pero pensó que la mejor

manera de luchar contra él sería entrenar, aprender a luchar, planificar cuidadosamente su caída. Transmitió mensajes a otros que estaban dispuestos a luchar, una especie de red clandestina de resistencia.

—Nunca escuché a nadie hablar de Lady Davis como una buena persona —digo, cuestionando todo lo que alguna vez pensé que era cierto sobre la historia—. Ella es la villana de la historia.

Constance niega con la cabeza. —Ella juró mantener a sus niñas a salvo sin importar el costo, pero no creo que tuviera idea de cuál sería ese costo. El Príncipe Encantador ordenó al padre de Cenicienta que fuera al palacio para interrogarlo y nunca más se lo volvió a ver.

—El Príncipe Encantador la mató —digo. No es tanto una pregunta como una dura realización. Por supuesto que lo mató.

—No había pruebas, pero el padre de Cenicienta amaba a su familia. Lady Davis creía que habría vuelto a casa si hubiera sido posible. En ese momento, Cenicienta tenía dieciocho años. El Príncipe Encantador celebró su primer baile y todos debían ir y bueno… ya sabes esa parte de la historia.

—Pero la historia, la historia de Cenicienta no dice nada sobre eso. No es así.

—Es una mentira —dice Constance.

Nos sentamos en silencio durante varios momentos.

—¿Quieres que continúe? —Ella pregunta—. La verdad es engañosa. La gente quiere saberlo, pero cuando lo hacen, a veces desearían no saberlo.

Pienso detenidamente en esto. Todo lo que pasó en el palacio juega en mi cabeza. —Si quiero saber. Cuéntamelo todo.

Ella toma una respiración profunda y continúa. —Poco después de que el Príncipe Encantador se casara con Cenicienta, las leyes que rigen el baile y el trato a mujeres y niñas en Lille se volvieron mucho peores de lo

que habían sido nunca. Algunas personas se rebelaron, pero él reprimió todas y cada una de las resistencias.

Se inclina hacia atrás y tira de la trenza hacia adelante por encima del hombro. Gira el extremo, que llega hasta su regazo, entre sus dedos. La luz del fuego brilla en sus ojos marrones mientras me mira. Me sorprende mirándome fijamente, y aunque estoy un poco avergonzada, no aparto la mirada. Las comisuras de su boca se arrastran divertidas.

—Cuando murió el Príncipe Encantador, creo que la gente de Mersailles realmente pensó que podrían lograr algún cambio, pero eso nunca sucedió porque su sucesor, el Rey Eustice, era peor que él —dice Constance—. Tengo una carta de mi bisabuela a su hija contándole las cosas horribles que hizo el Rey Eustice.

—Los reyes de Mersailles han seguido todos los mismos principios que propuso el Príncipe Encantador —digo—. La gente tiene tanto miedo que prefiere quedarse callada antes que decir o hacer cualquier cosa. —Mientras trato de asimilar todo lo que he aprendido, una cosa se queda en mi mente—. Cenicienta subió al castillo de buena gana. ¿Incluso después de todo lo que había hecho el Príncipe Encantador? ¿Por qué?

Constance junta las manos frente a ella. —Esa es la pregunta, ¿no? —Ella baja el tono. La ira y la frustración colorean su voz—. Es algo que ha perseguido a mi familia durante todas las generaciones entre Gabrielle y yo. Ellas no podían entenderlo, y yo tampoco. ¿Subiste al castillo para ver al hombre que destruyó a tu familia? ¿Quién hace eso?

—¿Qué piensa tu familia? —Pregunto.

Constance deja escapar un suave suspiro. —Mi madre sospechaba que el hada madrina pudo haber tenido algo que ver.

—El hada madrina era amiga de Cenicienta —digo—. Ella la ayudo.

Constance niega con la cabeza. —Tienes que dejar de lado la historia que conoces, Sophia.

Mi nombre de sus labios suena como una canción. Miro hacia abajo. Cuando reúno el valor para mirarla, ella está luchando contra las lágrimas, una máscara de dolor se extiende por su rostro.

—No tienes que continuar —le digo—. Puedo ver que te está lastimando.

—Quiero decirte. Necesito decírselo a alguien. —Suspira profundamente y la pena brota de ella—. El príncipe las encadenó a estacas de madera justo más allá de las torres, Lady Davis, Gabrielle y su hermana menor, y las dejó allí para que murieran. Gabrielle pudo liberarse a sí misma y a las demás después de tres días. Estaban hambrientas, medio congeladas, pero escaparon. Príncipe Encantador dijo que fueron exiliados para salvar la cara. Me imagino que se puso furioso cuando se marcharon.

—¿A dónde fueron? —Pregunto.

—En el campo, más allá del Bosque Blanco. Se movían constantemente, temiendo ser perseguidas.

—¿Qué fue de ellas?

—Lady Davis murió veinte años después de su fuga. —Constance tira de nuevo de las puntas de su cabello—. Gabrielle y su hermana se ganaron la vida lejos de aquí, pero nunca se rindieron con Lille. A través de los años, sus descendientes se han entrenado, luchado y muerto tratando de arreglar lo que está roto aquí, continuando con el legado de la madre de Cenicienta y de Lady Davis, pero todo ha quedado en nada. Traté de sacar esa estatua en la plaza hace unas noches, pero la carga no fue lo suficientemente poderosa.

Recuerdo el círculo de hierba quemada. —¿Ese eras tú?

Ella asiente. Entonces, de repente, su rostro cae y se inclina hacia mí. —Soy la última. La última que sabe la verdad.

—Lo siento mucho, Constance. No sé qué más decir.

—Él estará detrás de ti ahora. —Su rodilla presiona la mía a propósito. Probando un poco sus límites. No me alejo—. No se detendrá.

—No, probablemente no lo hará —le digo—. Pero yo tampoco.

Aprieta los labios y levanta un poco la barbilla. —¿Te quedarás huyendo para siempre?

—No es exactamente lo que tenía en mente —digo. Un pensamiento salvaje toma forma en mi cabeza—. Tal vez llegue a él antes que él a mí.

15

El fuego se apaga cuando las horas de la tarde se nos acercan. Había esperado que Constance se riera en mi cara cuando le dije que tal vez iría tras el rey antes de que pudiera llegar a mí, pero ella se sienta en silencio, estudiándome. Después de unos minutos se inclina hacia adelante, cruzando los brazos desnudos sobre el plano de sus piernas. Intento reenfocarme.

—Mi madre me dijo que Gabrielle recibió una carta de Cenicienta poco antes de su muerte, pidiéndole que se reuniera aquí, en esta misma casa, al amparo de la oscuridad, pero cuando Gabrielle apareció, los guardias del rey se estaban llevando a Cenicienta.

—¿Para qué quería conocerla? —Pregunto.

—Gabrielle la oyó gritar sobre… —Ella se calla.

—¿Gritando sobre qué?

—Ella dijo que el príncipe era la maldición sobre Mersailles y que, para salvarnos, había que detenerlo.

—Pero ahora está muerto —digo—. Y nada ha cambiado.

Constance suspira y empuja su cabello, que ahora está completamente suelto, sobre su hombro. —No puedes ir a casa. No creo que valga la pena viajar de regreso a la cabaña de mi familia, pero no estoy segura de a dónde vamos desde aquí. —Se pone de pie y se dirige a la pequeña chimenea, pinchando la leña hasta que el fuego vuelve a arder brillante y caliente.

Su cuerpo, iluminado a contraluz por las llamas, es como una visión. Ella es alta y fuerte. Tiene las mangas remangadas; una cicatriz ancha e irregular recorre los músculos de la parte superior de su brazo. Se flexionan mientras aviva las llamas. Me imagino cómo se sentirán envueltos a mi alrededor, y me pregunto si ella puede darse cuenta de lo cautivada que estoy con ella.

—¿Puedo preguntarte algo? —Digo, tratando de poner mi mente en otra parte.

—Por supuesto. —Ella mira hacia el fuego y solo puedo ver su rostro de perfil; la manzana de su mejilla se levanta, sonriendo. Ella me ha visto mirándola.

—¿Crees en las maldiciones?

—No lo sé. ¿Y qué significa eso de todos modos? ¿Quién podría hacer eso?

—Alguien poderoso —digo mientras una idea se apodera de mí por completo—. Tal vez alguien que pueda convertir una calabaza en un carruaje, alguien que pueda encantar un par de zapatillas de cristal.

—¿El hada madrina? —Constance exagera cada sílaba—. ¿Estás diciendo que ella podría haber sabido más sobre la maldición de la que Cenicienta advirtió a Gabrielle? —Parece dudosa.

—Quizás —digo—. Y piénsalo. Todo ese asunto de la hada madrina probablemente fue solo otra mentira. ¿Qué clase de mujer tiene el poder de transformar objetos y hacer que un vestido se materialice de la nada?

Constance mira fijamente el fuego. —Una bruja.

Un escalofrío me recorre y me levanto. —¿Una bruja?

En Mersailles, casi se nos inculca la fe en la magia. Entretejidos en la historia de Cenicienta están las habilidades fantásticas del hada madrina. Pero no conozco a nadie que haya visto magia alguna vez. Pienso en Liv y su premio en la celebración del bicentenario, su réplica de la varita. Creía incondicionalmente, como la mayoría de la gente, incluso en las partes más increíbles de la historia.

La brujería es algo diferente. Nunca escuché a nadie sugerir que el hada madrina podría haber sido una bruja.

—¿Sabes lo que le pasó? —Pregunto.

Constance se encoge de hombros. —Cuando murió Cenicienta, la madrina desapareció. Hubo rumores de que fue al corazón del Bosque Blanco para vivir sus días.

El plan de Luke para nuestra fuga había incluido aventurarnos en el Bosque Blanco. Pienso en su rostro cuando los guardias se lo llevaron. Mi corazón se rompe de nuevo. —Quiero intentar encontrar a alguien que la conozca —le digo—. Ella estuvo allí, y después de todo lo que pasó, especialmente si pasó de la forma en que dices, tiene que haber algún tipo de registro. ¿Quizás conocía gente en el área?

—Estamos hablando de una mujer que vivió hace casi doscientos años —dice Constance—. Cualquiera que la conociera estaría muerto.

—Has guardado la historia de tu familia todo este tiempo. Quizás le pasó algo similar. Creo que tenemos que ir al último lugar donde se sabía que estaba.

—¿El Bosque Blanco? ¿Quieres ir a buscar respuestas allí? —Constance pregunta, su voz subiendo lentamente.

—Tenemos que intentar. O supongo que tengo que intentarlo. No tienes que venir conmigo, pero me gustaría tu compañía. Si hay otras personas como tú y tu familia, personas que han mantenido un historial, tal vez podamos encontrarlas y nos puedan ayudar a comprender esta maldición.

—¿Te gustaría mi compañía? —Pregunta Constance.

Asiento con la cabeza.

—No puedo decir que no a eso —dice en voz baja—. No creo que tengamos éxito, pero ¿quién no querría estar sola en un bosque espeluznante contigo? —Constance se pavonea y se para frente a mí—. He tenido gente de mi lado antes, pero ninguna tan testaruda como tú.

—¿Eso es algo bueno? —Pregunto.

Suavemente empuja mi hombro con el suyo mientras pasa a mi lado y habla en voz baja, muy cerca de mi oído. —Supongo que lo averiguaremos.

Una ráfaga de calidez se extiende sobre mí. En mi mente, veo la cara de Erin y nuevamente me siento culpable. Me alejo de Constance, avergonzada de cómo me he comportado. Constance se retuerce las manos frente a ella y niega con la cabeza como si hubiera hecho algo mal.

—Saldremos mañana —dice.

Asiento con la cabeza. —Si ella estaba en el corazón del Bosque Blanco, yo digo que simplemente vayamos al centro y veamos qué encontramos.

—¿Entonces no tenemos un plan real? No hay mapa. Nada.

—No es cierto —digo—. Conozco la dirección general, y mi plan es llegar viva al centro del Bosque Blanco, contigo a mi lado.

—¿Todo en una búsqueda para derribar al rey y poner de rodillas a todo su reino? —Pregunta Constance.

—Más o menos —digo, riendo.

Sonríe tanto que puedo ver una astilla en su diente frontal inferior, sus ojos arrugados en las esquinas. Quiero pasar el resto de la noche hablando con ella, descubriendo cada pequeño detalle sobre ella.

—Bueno, en ese caso, necesitaremos descansar un poco. —Se quita los pantalones y yo me quejo con las mantas para evitar mirarla.

Constance ocupa un lugar en una pila de mantas junto al fuego, y escucho que su respiración se vuelve lenta y constante mientras lucho por calmar mi mente. Mientras permanezco despierto, la luna con su rostro triste me ilumina con su luz etérea a través de la ventana de la sala de estar. Liv nunca volverá a ver algo tan perfecto y hermoso.

Intento dormir. Me duele el cuerpo y mi mente está cansada, pero cada vez que cierro los ojos, veo a Liv tirada en esa zanja.

El sueño es algo de lo que puedo prescindir por un tiempo.

Me siento ansiosamente en el borde de mi asiento, mirando a Constance dormir. Quiero ponerme en movimiento, pero no tengo el corazón para despertarla. Ella se mueve y se da la vuelta, los ojos aún cerrados, los labios separados, su cabello es una maraña de tirabuzones apretados extendidos bajo su cabeza como un cojín carmesí. Sus ojos se abren rápidamente.

—Buenos días —digo.

—Buenos días. —Ella se frota los ojos, sentándose. Sus piernas desnudas sobresalen de debajo de la manta. Ella me echa un vistazo—. No has dormido nada, ¿verdad?

Niego con la cabeza. —Estoy ansiosa por empezar.

Ella se pone de pie y se estira. —Deberíamos ir a la ciudad por suministros. —Constance deja que su mirada pase por encima de mí de pies a cabeza. Todavía estoy usando los pantalones y la túnica que me dio en la tumba de Cenicienta. Ella sonríe. Un pequeño estremecimiento de excitación me recorre—. Ya estás vestida. Solo necesito un minuto.

Constance rebusca en un gran saco de arpillera que hay en la esquina y produce una bola de ropa arrugada que arroja sobre una silla. Vuelve a su bolso y recupera un par de botas para agregar a los chalecos y túnicas.

—¿De dónde sacaste todo esto? —Pregunto.

—Sabes cómo puede ser la gente. Van a nadar, quieren lucirse un poco, así que se desnudan y se zambullen. Casi nunca ponen su ropa en un lugar seguro, y más de una vez, me he encontrado con un par de pantalones perfectamente buenos.

Enarco una ceja y me río. Por el aspecto de su arsenal, hay al menos seis o siete personas desnudas en algún lugar del bosque. Ella escoge un par de pantalones color canela muy similares a los míos, excepto que el suyo solo puede mantenerse levantado con la ayuda de un par de tirantes de cuero.

—Pues, ¿qué piensas? —Ella pregunta.

No puedo evitar sonreír. —Te ves preciosa. —Su ceño fruncido inmediatamente me preocupa por haberla ofendido—. No, es sólo… quise decir que te ves bien. Te ves muy bien.

—No es realmente lo que estaba buscando. Dos mujeres que viajan solas llamarían demasiado la atención —dice, poniéndose un par de botas de montar negras y brillantes. Me arroja un abrigo forrado de lana—. Esta ropa es nuestra mejor oportunidad para salir de la ciudad sin que nadie se dé cuenta —dice.

Miro mi pecho. —No voy a engañar a nadie vestida así.

No trata de ocultar la pequeña sonrisa que se arrastra por sus labios. —Solo mantén la camisa suelta en la parte delantera y no la metas por dentro.

Mis mejillas se ruborizan.

—Te trenzaremos el cabello hacia atrás, y si te pones el sombrero y la cabeza baja, deberíamos estar bien.

Constance me empuja hacia la silla frente al fuego. Ella se para detrás de mí y pasa sus dedos por mi cabello, lo separa y trenza los mechones sueltos para que queden planos contra mi cabeza. Mi madre a veces me trenzaba el cabello de esta manera cuando era pequeña, decorando los extremos con pequeñas cuentas de vidrio, cantando canciones para sí misma mientras trabajaba y tirando de mi cuero cabelludo con demasiada fuerza cuando cabeceaba o intentaba alejarme. La memoria pica.

Constance repite el proceso de oreja a oreja, juntando las colas en un moño apretado en la parte posterior de mi cabeza. Cuando termina, sus dedos rozan la piel sensible de la nuca y me hacen temblar la espalda.

El toque final es un gorro de lana de gran tamaño, ajustado cómodamente sobre mi cabeza. Constance saca un pequeño espejo de su bolso y me lo arroja mientras mira, orgullosa de su obra. Entiendo por qué tiene tanta confianza en este disfraz. Cualquiera que se cruce conmigo en la calle podría pensar que soy solo un joven más.

—Es posible que necesite tu ayuda para arreglar mi cabello —dice. Se sienta y separa un trozo—. Si pudieras retener el resto mientras trenzo esta parte. —Me pongo de pie y recojo su cabello, casi un pie más largo que el mío, detrás de su hombro. Es suave y espeso, huele a agua de rosas, y dejo que mis manos se detengan en la maraña de rizos. Me atrae y sigo esperando que me diga las mismas cosas que Erin tenía: que estoy deseando algo imposible, pero ella no lo hace, y estoy mareada por la emoción y desgarrado por la culpa que siento.

Cuando termina de trenzar su cabello, no puede caber las puntas de la cola debajo de una gorra, así que decidimos meterlas por la parte de atrás de su camisa. Luego se enrolla una bufanda gruesa alrededor de su cuello.

—Míranos. —Ella da una vuelta completa—. Me gusta este atuendo más que cualquier vestido. —Se mete la mano en el bolsillo y sonríe.

—Me gustan los vestidos —digo—. Pero a mí también me gustaría usar esto a veces.

Constance sonríe y no puedo dejar de ver lo impresionante que se ve. Niego con la cabeza. Necesito controlarme.

—Nos dirigiremos al mercado —dice Constance—. Tengo un carrito pequeño. El caballo debería poder manejarlo por nosotros.

La sigo por el exterior de la casa donde está atado su caballo. Mientras carga sus pertenencias en el carrito, me doy cuenta de que la casa está construida en forma cuadrada, en cuyo medio se abre a un patio. Un árbol enorme, de un tipo que nunca he visto, se encuentra en el centro, sus ramas descansando sobre el techo de la casa. Su enorme tronco es tan ancho como los que bordean el camino, pero este árbol tiene un color claramente diferente. En lugar de los tonos marrones descoloridos que marcan los troncos de los demás, este es de un gris plateado con manchas de oro

amarillento a lo largo de la parte inferior de sus ramas. Musgo cuelga de él como una cortina. El canto de los gorriones que se han instalado en su amplio dosel se filtra hacia abajo.

—Ahí es donde está enterrada la madre de Cenicienta —dice Constance, señalando el árbol—. En la historia, ella ni siquiera tiene un nombre.

Como si tuviera una orden, el viento sopla, barriendo el musgo para revelar una pequeña lápida de mármol en la base del árbol. Constance camina hacia el costado de la casa y saca un puñado de lirios silvestres. Los arregla en un ramo mientras la sigo hasta la lápida que dice: Alexandra Hochadel, amada madre, esposa y amiga.

—Ojalá supiera más sobre ella —dice Constance, dejando el ramo.

—¿Por qué crees que se quedó fuera de la historia? —Pregunto.

—¿Porque era decidida? ¿Inteligente? ¿Deseando morir por su familia? Elige tu opción. Cualquiera de esas razones es lo suficientemente buena como para justificar la supresión. —Constance se pone de pie y mira hacia el árbol—. Es hermoso, ¿no

—Lo es —digo.

—Al parecer, brotó la noche que Cenicienta se escapó al baile.

Me abruma la noción de que el árbol está mirando, escuchando, como algo vivo que respira.

—Extraño —digo.

—Ciertamente extraño —dice Constance.

Una fuerte ráfaga me hace ponerme el abrigo alrededor del cuello. Mis dedos rozan el collar que mi padre me había dado, y sus insensibles palabras se repiten en mi cabeza. Me lo quito y lo coloco en la lápida. Si recordar a la madre de Cenicienta se considera un acto de desafío, estoy feliz de hacerlo.

16

Estamos a una milla del centro de la ciudad, acomodados una al lado de la otra. Con cada bache que pasa en el camino, mi aprensión crece.

¿Qué pasará si los guardias del pueblo descubren que soy la chica que han estado buscando? Seguro que me arrestarían, pero tal vez mi castigo sea peor. ¿Y qué pasará con Constance? He tomado la decisión de que cualquier existencia es mejor que la que he estado viviendo, pero no quiero que Constance tenga que sufrir por ello.

—Parece que tienes muchas cosas en la cabeza —dice Constance, mirándome por debajo de su sombrero mientras conduce el caballo hacia la ciudad.

—Las tengo. Todo se siente diferente para mí ahora. No tenía la intención de que todo esto sucediera, ya sabes. Cuando dejé el baile, solo quería alejarme de la locura.

—Así es como suceden las cosas a veces —dice Constance pensativa—. Algo pequeño. Una elección que tomamos porque, en el momento, teníamos que tomarla. Pero eso no significa que sea menos importante. Creo que las cosas pasan por una razón, Sophia. Si no hubieras dejado el baile cuando lo hiciste, nunca nos hubiéramos conocido.

—Debe ser el destino —digo. Ella asiente. Es reconfortante saber que ella está de mi lado—. Desde que estoy aquí contigo, he podido vislumbrar lo que es no tener que mirar lo que digo o fingir ser algo que no soy. —Quiero ser abierta, pero me siento terriblemente expuesta, como si le estuviera mostrando las partes más delicadas y cautelosas de mí.

Se acerca y aprieta mi mano, haciendo que esa pequeña chispa familiar me atraviese de nuevo.

—Mi madre me enseñó que soy una persona completa con o sin esposo —dice enfáticamente—. Quién soy por dentro y cómo trato a los demás

son las únicas cosas que importan. Lo mismo va para ti. No dejes que nadie te diga lo contrario.

—Sí, señora —le digo, sonriendo. Otra pregunta se abre camino hacia el frente de mi mente mientras el carro rebota por el camino hacia la ciudad—. Entonces, ¿te gustaría un marido? ¿O al menos lo considerarías una opción? —Trato de parecer curiosa para ocultar lo increíblemente nerviosa que estoy al escuchar su respuesta.

Constance hace una pausa por un momento. —No. Eso no es para mí.

No la presiono, aunque mi mente se acelera con una docena de preguntas.

—¿Puedo ser honesta contigo? —Ella pregunta.

—Pensé que eso era lo que estábamos haciendo aquí —digo.

—No solo quiero igualdad de condiciones en Lille. Quiero mucho más que eso.

La miro confundida. —La igualdad de condiciones me suena bastante bien.

—Es un comienzo —dice ella—. ¿Pero sabes lo que pasará? Tendremos que obligar a la gente a que nos dé lo que pedimos.

—Cuando dices nosotros, ¿te refieres a ti y a mí? —Pregunto.

—Sí, pero hay otros —dice Constance—. Al menos, las hubo.

Me siento derecho. —¿Otros?

—No muchos, pero sí. Otros. Personas que se han escapado de los dedos del rey, en su mayoría mujeres que sienten que no tienen nada que perder. ¿Has oído hablar del incidente de Chione?

—¿También eras tú? —Pregunto con total incredulidad.

—No. Fue Émile, una aliada mío. Pero ella se ha ido ahora.

Los volantes que el rey había repartido dejaban claro que los responsables fueron ejecutados. Puedo decir por la expresión del rostro de Constance que ella también los vio.

—Las torres de vigilancia vigilan todas las fronteras —digo—. Nadie entra o sale sin la palabra del rey.

—No todas las fronteras de Lille están tan vigiladas. El borde occidental que empalma con el Bosque Blanco tiene solo dos torres y los guardias son complacientes. Creen que el miedo al bosque es suficiente para evitar que la gente cruce hacia él. —Constance bufa con fuerza—. El palacio subestima el ingenio de las mujeres obligadas a ir a un lugar oscuro y peligroso.

Recuerdo al marido de la costurera y cómo se sintió tan ofendido por la idea de que ella se hubiera quedado con un centavo del dinero que había ganado. Pienso en su hijo aterrorizado y en el moretón en su cuello. Esas cosas pueden ser suficientes para hacer que alguien se arriesgue a cruzar ilegalmente.

—¿Qué crees que debe suceder en Lille? —Pregunto.

Me mira fijamente, sus ojos marrones brillan, una mirada mortalmente seria en su rostro. —Creo que tenemos que quemar todo y empezar de nuevo. Todo el sistema, los ideales que se han tejido en esta sociedad. Todo tiene que irse.

—Eso se siente como algo imposible de hacer —digo.

—Si te hubiera dicho hace una semana que huirías del baile a pie y descubrirías la tumba de Cenicienta, ¿qué hubieras dicho?

—Yo hubiera dicho que era imposible. —Me vuelvo hacia ella—. Pero hace una semana no te conocía. Si no fuera por ti, es posible que ni siquiera hubiera salido de la tumba.

—Y si no fuera por ti, quizás no iría al Bosque Blanco para encontrar algún resto de la única mujer que sabía toda la verdad sobre por qué Cenicienta subió al palacio esa noche, o sobre qué maldición afligió al Príncipe Encantador y lo que eso ha significado para nosotros durante

todos estos años. —Ella sonríe—. Somos tú y yo juntas los que marcaremos la diferencia.

Nunca he sido muy buena para hacerme pequeña, y con Constance tal vez no tenga que hacerlo. Quiero derribar a nuestro rey de su trono y ella me ayudará a hacerlo.

17

Entramos en la ciudad y serpenteamos por las calles, manteniendo la cabeza gacha. La gente se ocupa de sus asuntos como si no hubiera sido arrebatada hace un día a sus hijas, como si Liv no hubiera muerto. Me molesta estar de vuelta aquí.

El mercado está lleno de gente como de costumbre. Los gritos de la subasta de ganado se mezclan con la cháchara mundana de los demás asistentes al mercado, y me irrita. Incluso con la multitud de personas dando vueltas y casi ninguna mirando en mi dirección, me temo que mi disfraz no será lo suficientemente bueno. Que alguien me reconozca. Constance retrocede el carro hacia un callejón entre dos tiendas y sale.

—Necesitaremos un saco de arroz y tubérculos, cosas que se mantendrán bien durante unos días o más. —Pone un puñado de monedas de plata en mi palma y levanta la mano para ajustar mi sombrero, dejando que sus dedos rocen mi oreja y me bajen por el costado del cuello. Una oleada de placer me recorre—. Reúnete conmigo en el carrito en treinta minutos. No pares. No hables con nadie si puedes evitarlo. Intenta mezclarte. —Constance me aprieta el hombro y sale corriendo.

El mercado se instala en la plaza del pueblo, donde se han eliminado todos los restos de las celebraciones del bicentenario. Los puestos más grandes rodean el borde exterior del área, y los puestos y tiendas de campaña más pequeños abarrotan el interior. El olor a excremento de animales flota en el aire, y esta mañana más cálida de lo habitual lo hace particularmente acre.

Los comerciantes gritan, anunciando sus productos, ninguno de ellos prestando atención a su entorno. Observo a un niño que guarda una cuchara de plata en una mesa mientras el hombre que lo atiende negocia con uno de sus clientes. Mi primer pensamiento es alertar al comerciante, pero cuando hace un comentario sobre la longitud de la falda de una niña

y cómo sus piernas son simplemente demasiado atractivas para resistirse, me detengo en seco. Se merece que le roben sus cosas.

Me abro paso entre la multitud y capto fragmentos de las conversaciones de la gente.

—… subió con el vestido de su madre. La encontraron en una zanja. Se suicidó, ella lo hizo. —El hombre que habla se ríe entre dientes con tanto entusiasmo que sus mejillas están enrojecidas y una fina capa de sudor cubre su frente. Yo aparto la mirada. La ira familiar se arrastra y me calienta la cara.

—... eran hermosas, el mejor lote en años. Escuché que un barón de Chione tomó dos novias.

—¿Eso está permitido? ¿Dos a la vez? —Escucho a una mujer preguntar. Reduciendo el paso, miro hacia arriba de nuevo. Su marido le lanza una daga de mirada y le da la espalda.

—Habría tomado dos si lo hubiera pensado en ese momento, pero ahora solo tengo que lidiar contigo. —Su esposo y sus amigos ríen mientras la mujer sonríe con una de esas sonrisas falsas, toda boca y sin ojos. Conozco la sonrisa y una pequeña parte de mí muere cada vez que tengo que usarla.

Me giro bruscamente para alejarme de ellos. Constance tiene razón. Incluso si podemos encontrar una manera de terminar con el reinado de Manford, los hombres no comenzarán de repente a mantener las manos quietas ni a permitir a las mujeres los mismos derechos que tienen. Tendremos que luchar por ello, y no puedo evitar preguntarme cuál será el costo.

Avanzo y encuentro el puesto de venta de cereales. Sacos y barriles de todo, desde centeno y trigo sarraceno hasta harina molida y arroz, se apilan uno encima del otro. Un niño pequeño golpea a los ratones lejos de los sacos mientras un hombre mayor se sienta en una mesa de madera cerca del frente del establo. No mira hacia arriba cuando me acerco.

—Disculpe —digo, antes de detenerme en seco. Mi voz seguramente me delatará. Finjo toser, tapándome la boca con la mano y utilizándola para amortiguar mi voz—. Necesito un saco de arroz.

—¿Cinco o diez libras? —Pregunta el hombre, mirando hacia arriba.

—Diez —digo. Necesitaremos todo lo que podamos llevar. Sigo fingiendo toser.

—¿Estás bien? —Él pregunta.

Me pateo. Estoy tratando de evitar las sospechas y solo he logrado despertar las suyas. Me aclaro la garganta. —Si, estoy bien.

El hombre se pone de pie y se inclina sobre la mesa. Doy un paso atrás. —Tu voz, es todo como un cantar. ¿Siempre suenas así?

Ahora solo está siendo entrometido. El niño acaricia el saco de arroz mientras tiro cuatro monedas sobre la mesa. Cojo el saco por las asas de tela, le doy al hombre un rápido asentimiento y me alejo rápidamente. Miro hacia atrás para verlo rascándose la parte superior de la cabeza y estirando el cuello en mi dirección. Sabe que algo anda mal.

Arrastro el saco hasta la cama del carro y me apoyo contra la pared, esperando ansiosamente a que regrese Constance. Si el hombre me ha seguido, no puedo distinguirlo entre las muchas caras. La multitud fluye y refluye, mujeres cargando a sus hijos, hombres charlando con sus amigos. Mi madre podría estar aquí en alguna parte. Examino la multitud y aparece un rostro familiar.

Erin.

Ni siquiera he considerado que ella podría estar aquí.

Me sorprendo en el acto de llamarla, un hábito que ya no tengo el lujo de permitirme. La miro a través de la red de rostros desconocidos, y ella se vuelve hacia mí como si respondiera a mi señal silenciosa. Cuando me mira a los ojos, parece confundida, pero yo estoy horrorizada.

El ojo izquierdo de Erin está hinchado, su labio inferior está hinchado y tiene un hematoma púrpura en el lado derecho de su cuello.

Doy un paso adelante, tratando de ver mejor. La confusión se convierte en reconocimiento y ella sonríe. Incluso con este disfraz, ella me conoce. Ella le susurra algo al hombre que está a su lado y rápidamente zigzaguea entre la multitud hacia mí, colocándose en la esquina de la pared. Se pone la capucha de la capa alrededor de su cuello y mira hacia abajo mientras habla.

—Pensé que estabas muerta —susurra—. Estaba muy preocupada.

No puedo decirte lo feliz que estoy de verte.

—Erin, ¿qué te pasó en la cara?

—Ahora estoy prometida, Sophia. ¿No es maravilloso? —Ella ahoga las lágrimas.

—¿Fuiste elegida? —Pregunto. Por supuesto que lo estaba. Ella es todo lo que siempre he querido. Que alguien más la vea de esta manera no me sorprende. Simplemente no quiero creer que alguien que la eligió la lastimaría.

—Sí, primera ronda. Mi padre está extasiado.

¿Cómo podía ser feliz su padre? ¿Ha visto su rostro? —¿Que te hizo?

—No te preocupes por mí —dice, buscando a tientas su bolso.

—Has estado comprometida por poco más de un día y ya tu cara está…

—¡Shh! —Erin pone su espalda en la esquina de la pared, su hombro casi tocando el mío—. Vete de aquí. —Ella me mira y mi corazón se abre—Incluso con esa ropa eres hermosa, Sophia. —Ella está tratando de cambiar de tema.

Las lágrimas me pican los ojos. —Ven conmigo. Nos vamos. Puedes venir con nosotros.

—No puedo. Mi padre me repudiaría. ¿Escuchaste sobre Liv?

Asiento con la cabeza.

—Ella está en un lugar mucho mejor que tú o yo, o tal vez solo yo. —Erin fuerza una sonrisa a través de un torrente de lágrimas. Entierra la cara entre las manos y yo extiendo la mano para tocar su brazo.

—Desearía que las cosas fueran diferentes, pero sé que no pueden ser. Pagó un alto precio por mí.

—¿Qué? ¿Quién?

—Mi prometido. Pagó el salario de medio año para asegurarse de poder reclamarme.

—Erin, yo… —No puedo hablar.

—Si no me quedo con él, estoy seguro de que se quejará con el rey y mi familia será considerada responsable. No puedo hacer eso.

—¿Sabes lo que le pasó a Luke? —Pregunto—. ¿Dónde podrían haberlo llevado?

—Probablemente al bloque de ejecución —dice Erin, mirando fijamente. Me erizo y su rostro se suaviza un poco—. Lo siento.

Lágrimas silenciosas caen por mi rostro, y luego, de repente, esa tristeza se convierte en una rabia candente en la boca de mi vientre. Me acerco a ella y le tomo la mano; ella se libera de mi agarre y retrocede. No me importa si su familia se arruina. No me importa que su prometido se queje. Lo busco entre la multitud y me pregunto si podría atropellarlo con el carro y escapar antes de que alguien notifique a la guardia del palacio.

Erin niega con la cabeza. —Este lugar te romperá si te quedas. Si puedes escapar, deberías. Por favor, Sophia, vete.

Ella desaparece entre la multitud, reapareciendo un momento después junto a su prometido. Él desliza su brazo alrededor de su cintura, y en este momento me doy cuenta de que también lo conozco. Es Édouard. Y los hombres apartaron la cara de Erin, como si no pudieran soportar mirarla, son Morris y su amigo. Me siento enferma.

Constance aparece a mi lado. Ella consiguió una daga corta y varios otros artículos, todos guardados en una pequeña bolsa de cuero. Lo arroja

en su mano y se mete los artículos en los bolsillos con alegría. Ella sigue mi mirada hacia Erin.

—¿La conoces? —Ella pregunta. Rápidamente me limpio la cara.

Asiento, y Constance pone su mano en mi hombro, estudiándome con atención. —Estás enojada. Entiendo, pero no podemos hacer una escena aquí. Nos arrestarán en el acto.

—Él le hizo eso. —Señalo a Édouard, que ahora acaricia el cuello de Erin de forma depredadora. Quiero romper su rostro puntiagudo y arrogante.

De repente, un estruendo de trompetas atraviesa el estruendo de voces. Constance me empuja contra la pared mientras una fila de guardias reales entra en el mercado, empujando a la gente a un lado y volcando las mesas para dejar espacio para la procesión. Detrás de la falange de guardias, el Rey Manford cabalga sobre un corcel blanco como la nieve. Se sienta encima de él, con la barbilla en alto. Todo el mundo se inclina. Constance me tira hacia abajo y los cuernos suenan de nuevo. ¿Él está aquí por mí? No, eso no puede ser. Miro hacia atrás al carrito. Podemos huir, pero Constance se agarra con fuerza a mi brazo, negando con la cabeza.

—Si corremos, moriremos —susurra—. No te muevas. No hagas ningún sonido.

Mantengo la cabeza gacha mientras el rey desmonta y camina delante de la multitud.

—Estoy muy decepcionado —dice—. El baile es una tradición sagrada. Pero, como estoy seguro de que ya habrán oído, las festividades de la noche no salieron del todo de acuerdo con el plan.

Mi corazón golpea en mi pecho.

—Hay consecuencias por el desafío. Pensé que todos lo sabías muy bien. —Pone la mano en la empuñadura de su espada y mira a la multitud—. Parece que necesitan un recordatorio.

18

Un silencio desciende sobre la multitud, y cuando se vuelve en mi dirección, rápidamente inclino la cabeza y miro al suelo.

—¿No respeta las reglas que le han sido establecidas? —Pregunta el rey. Claramente no está buscando una respuesta honesta, pero alguien en la multitud se detiene.

—¡Lo hacemos! —Una mujer se coloca al frente de la multitud y se inclina ante el rey—. Su Majestad. —Mientras se pone de pie, veo al rey sonreír de una manera que me pilla completamente desprevenida. Parece feliz de verla.

—Lady Hollins. —Él toma su mano entre las suyas y la besa.

—Estamos agradecidos por su benevolencia —dice la mujer—. Estamos indignados de que alguien entre nosotros te haya desafiado tan descaradamente. No lo toleraremos.

No sé por qué siente la necesidad de hacer una exhibición tan pública, pero ella se está volviendo loca para prometerle su lealtad, y él la absorbe. Mientras la miro, queda claro que ella cree absolutamente lo que está diciendo.

—Nuestras tradiciones son sagradas —dice el rey. Con un movimiento de muñeca, despide a Lady Hollins y ella ocupa su lugar entre la multitud—. Nuestras formas son absolutas —continúa—. El Príncipe Encantador salvó a Mersailles de la devastación, salvó a tu amada Cenicienta de una existencia sin sentido, y lo honramos al continuar siguiendo el ejemplo que dio. Mis predecesores y yo hemos establecido reglas para su propio bien, y ¿cómo paga esta bondad? Desafiándome. —Su voz adquiere una áspera oscuridad que me hace estremecer—. Uno de los suyos dejó el baile sin permiso. Ella ha sido localizada y devuelta.

Constance me mira.

Mentiroso.

—Sin embargo, me ha llamado la atención que una de ustedes, buenas personas, puede haber ayudado a esta chica a escapar. Y eso, mis humildes súbditos, simplemente no servirá.

Detrás de él, aparece un carro. En la parte de atrás hay una mujer con un vestido hecho jirones, atada en las muñecas con una capucha sobre la cabeza. Los guardias sacan a la prisionera a la fuerza y la hacen arrodillarse ante el rey. Extiende la mano y le quita la capucha, revelando el rostro manchado de lágrimas de la costurera debajo. Doy un paso, y Constance casi me rompe el brazo tratando de sujetarme. ¿Qué es esto?

—El esposo de esta mujer me informó que la niña que dejó el baile vino a su tienda a buscar los servicios de esta costurera —dice enojado— Y él, siendo el súbdito diligente y leal que es, notó que los fondos recaudados por su esposa eran escasos. En mi opinión, tenía la intención de ayudar a los fugitivos dándole dinero para financiar sus viajes.

La costurera niega con la cabeza frenéticamente. —¡No es verdad! — ella solloza. Sus ojos están enrojecidos; ella tiembla violentamente.

—¿Me estás llamando mentiroso? —Demanda el rey.

La mujer agacha la cabeza, derrotada. —No, Su Majestad. Nunca haría eso.

Pero él lo es. Él es un mentiroso.

—¿Había una niña en la tienda o no? —Pregunta el rey.

—Había muchas chicas jóvenes en mi tienda, Alteza.

—¿*Tu* tienda? —El rey parece perplejo—. Su marido es el dueño de la tienda, ¿no es así?

La costurera asiente.

—Aquellos que ayudarían a un fugitivo son tan culpables como la propia fugitiva —grita el rey, mirando a la multitud mientras la gente de

Lille se encoge de miedo—. ¿Cómo puedo hacerte ver que simplemente no vale la pena intentar desafiarme? Tú no puedes ganar.

Camina hacia una joven que está al frente de la multitud, tal vez de diez u once años, y le desliza la mano por debajo de la barbilla. —Sonríe. Eres mucho más bonita cuando sonríes. —No puedo ver su rostro, pero ella debe aceptar porque él le sonríe de una manera que hace que mi piel se erice.

Un hombre corpulento con capucha negra se coloca detrás de la costurera. Él sostiene un hacha brillante, su hoja es tan ancha como la rueda de un carro, y aunque el cielo está nublado, brilla con la luz.

—Mantén la vista ahí —le dice el Rey Manford a la niña, señalando el hombre.

Rememoro un recuerdo, tan desvanecido que apenas puedo verlo en mi mente. Mi madre, yo de niña, una multitud se reunió en la plaza. Mi madre se quedó de pie estoicamente mientras un hombre con capucha negra caminaba entre la multitud. Su mano se deslizó hacia abajo para cubrir mis ojos mientras los jadeos estallaban a nuestro alrededor.

Esta es una ejecución.

—No… —La palabra es casi silenciosa cuando me abandona, como si supiera que no debe hacerse oír.

Un murmullo recorre la multitud y el rostro de Constance se congela en una máscara de horror y disgusto. Un guardia hace rodar un muñón frente a la costurera y empuja su cabeza contra el bloque de cortar improvisado.

El rey la mira. —Dime mujer. ¿Valió la vida ayudar a un estúpido campesino a escapar de su destino?

No puedo recuperar el aliento. Ella no hizo de lo que él la acusa, pero ¿qué puede decir?

—Si mi vida pudiera servir para algo —comienza la mujer, levantando un poco la cabeza y mirando directamente al rey— entonces que esto sea así. Moriría por darle a una sola persona la oportunidad de liberarse de ti.

Hay gritos entre la multitud. La gente se mira de un lado a otro.

El rostro del rey se tuerce en un horrible ceño fruncido. —Y así lo harás —dice. Da un movimiento rápido de muñeca y el hombre de la capucha levanta el hacha. Se balancea en el vértice de su arco, vacila y luego se balancea hacia abajo con un movimiento limpio. La cabeza de la costurera rueda por el suelo.

Un grito ahogado se escapa de mi garganta, pero el sonido sube y muere en el mismo aliento. Hay más jadeos de la multitud, los sonidos de alguien enfermo, sollozando. El rey monta en su caballo y mira a la gente reunida. —Recuerden lo que han visto aquí. Su vida no tenía sentido y murió por su propia imprudencia. Sus vidas son un regalo mío. Y les permitiré guardarlas siempre que se obedezcan las reglas. —Clava sus talones en los costados de su caballo y sale corriendo con sus guardias a remolque.

Caigo de rodillas y miro al cielo.

Esto es mi culpa. Fui a la tienda de la mujer a buscar las cintas, y dejé que mi terquedad, mi odio a las leyes del rey se interpusieran en el camino de esa simple tarea. Solo quería ayudarla a ella y a su hijo. Su hijo. ¿Su padre volverá ahora sus pesadas manos hacia el niño, si es que aún no lo ha hecho?

Constance envuelve su mano alrededor de mi cintura y me levanta. Ni siquiera puedo sentir el suelo bajo mis pies. Me limito a mirarla con horror silencioso y abyecto.

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —dice.

Esta es la razón por la que nadie habla. Manford no tiene reparos en matar a alguien por capricho. Podría haber sido cualquiera de nosotros. Estamos demasiado ocupados tratando de sobrevivir para preocuparnos por cualquier otra cosa. Corremos hacia el carro y empiezo a subir.

—Sólo un maldito minuto —gruñe una voz. Me tiran hacia atrás y aterrizo con fuerza en el suelo. Un dolor punzante me recorre el costado. Mi sombrero se cae y las trenzas en la parte de atrás de mi cabeza se sueltan.

—Sabía que eras una mujer. —El hombre del puesto de grano se para a mi lado, ceñudo. Me levanta por la pechera de mi abrigo y me golpea contra la pared del callejón. Mi cabeza golpea el ladrillo y mi visión se vuelve borrosa.

—Eres una cosa bonita, ¿no? —El hombre silba, soplando su aliento rancio en mi cara—. ¿Por qué estás vestida como un hombre?

Los transeúntes nos miran, pero nadie se detiene. Mi cabeza palpita con cada latido.

—Suéltame —digo. Clavo mis dedos en sus brazos, pero él no se mueve.

—Las mujeres no pueden quedarse con dinero. ¿De dónde sacaste esas monedas? Las robaste, ¿no? ¿No acabas de ver lo que pasó? Tengo que ser una especie de tonto para…

De repente, su cuerpo se pone rígido. Una hoja reluciente presionando contra su cuello lo convence de soltarme. Mientras Constance procede a apoyarlo contra la pared del callejón, me pongo mi gorra, metiendo los cabos sueltos de mis trenzas debajo. Estoy mareada por el dolor punzante en mi costado. Los ojos del hombre se mueven entre Constance y yo.

—¿A qué están jugando ustedes dos? —Él pregunta. Un pequeño hilo de sangre le corre por el cuello.

—¿Qué te hace pensar que puedes poner tus manos sobre ella? —La voz de Constance se oscurece, cada sílaba toma su propio ritmo. Su mano no vacila.

—¿Me vas a matar, mujer? —Pregunta el hombre con incredulidad. Él no cree que ella lo haga, pero estoy segura de que lo hará.

—Yo podría hacerlo —susurra, su boca cerca de su oído. —Ni siquiera pestañees. Te abriré como un pez y dejare que tus tripas se derramen por el suelo. Sospecho que incluso los perros dejarían tus entrañas en paz, hombrecito repugnante.

Cuando ella se inclina para alejarse de él, el hombre nota algo en sus ojos que lo hace tomarla en serio por primera vez.

—Vamos —dice—. Realmente no quieres lastimarme. Una hermosa dama como tú no haría eso.

La comisura de la boca de Constance se contrae. —Que intentes halagarme cuando tengo una espada en tu cuello me hace querer degollarme y evitarle al mundo tu ignorancia.

Escucho un sonido como agua goteando sobre los adoquines y miro hacia abajo para ver que se ha orinado en los pantalones. Constance ejerce su poder como una espada, un poder que ni siquiera sabía que podíamos tener. Estoy asombrada por ella.

—Vamos —le susurro. Estoy segura de que alguien nos detectará si nos quedamos mucho más tiempo.

Constance saca su cuchillo. —No quisiera ensuciar mi espada. —Ella da un paso atrás y el hombre respira hondo.

—Bien por usted, señorita. Me atrevería a decir que cuando el alguacil se entere de esto, te ahorcará, pero…

Constance levanta su cuchillo y baja la empuñadura sobre la cabeza del hombre, ¡enviando un fuerte *crack*! resonando por el callejón. Cae de bruces al suelo, murmurando algo incoherente. Subimos al carro y empujamos al caballo hacia la carretera principal.

—¿Crees que está muerto? —Pregunto, tratando de averiguar si me importa.

—No. —Constance parece muy decepcionada por eso.

Nunca había visto a nadie tan hábil con un cuchillo, y si tuvo miedo mientras amenazaba al hombre, no lo demostró.

—Espero que nunca desaparezca el dolor de cabeza que tiene cuando se despierta —dice—. ¿Y quién era esa mujer de la multitud? ¿Lady Hollins?

—Nunca la había visto antes —digo.

—Ella nos habría traicionado a cualquiera de nosotros en un santiamén —dice Constance—. Las personas como ella son una amenaza mayor que casi cualquier otra persona.

Nos detenemos a un cuarto de milla del borde occidental de los límites de la ciudad. Las torres de vigilancia nos esperan. Esta es la primera vez que me acerco a ellos con la intención de escabullirme.

—¿Cómo pasaremos? —Pregunto.

Constance mete la mano en la alforja y saca un recipiente pequeño y bulboso de arcilla. La parte superior se estrecha hasta un punto desafilado con un trozo de tela, enrollado como una cuerda, metido dentro de la abertura.

—Necesitaremos una distracción —dice Constance, sonriendo de una manera que sería divertida si no hubiera estado tan nerviosa por pasar a los guardias.

Llegamos a una pequeña elevación en el camino. Los árboles a ambos lados crean un corredor que conduce directamente al borde y a la oscuridad casi impenetrable del Bosque Blanco. Dos guardias del palacio patrullan el terreno llano entre las dos torres. No hay cobertura, no hay lugar para esconderse.

—Encenderé esto en la base de esa torre —susurra Constance mientras señala la que está más lejos a nuestra izquierda—. Tan pronto como se apague, guiaremos el carro directamente.

—¿Tan pronto como se apague? —Miro de nuevo el pequeño recipiente de arcilla.

—La bomba. —Sostiene el recipiente, agitándolo un poco como si supiera qué es.

—¿Hiciste eso? —Pregunto.

—Por supuesto —dice con ligereza—. Mi madre me enseñó.

—Mi madre me enseñó a hacer pan.

La comisura de su boca se vuelve hacia arriba. —Bueno, eso también tiene sus usos.

—Nos seguirán —digo, mi corazón galopa en mi pecho.

—No, no lo harán —dice Constance—. Ni siquiera nos verán, e incluso si lo hacen, tienen miedo de lo que hay ahí fuera, así que no nos seguirán.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Quédate en el carro —dice Constance—. Prepárate para moverte. La mecha se quemará durante cinco minutos, lo que debería darme tiempo suficiente para volver aquí y cruzar contigo.

Me imaginé escapar de Lille un millón de veces en mi cabeza. En ningún momento me imaginé el miedo que tendría si alguna vez tuviera la oportunidad de hacerlo.

—Es arriesgado —dice Constance, leyendo mi expresión—. Pero a veces esa es la única forma de hacer las cosas. Arriésgate, enciende la mecha. Adelante. —Su optimismo moderado se ha desvanecido un poco, y veo un lado de ella que es tan decidido y feroz que estaría asustada si no estuviera tan inspirada. Salta y desaparece entre los árboles junto al camino.

Agarro las riendas mientras estudio el camino frente a mí. Es un tiro directo al Bosque Blanco. Miro detrás de mí. No hay nada ahí atrás para mí más que una larga lista de razones por las que necesito encontrar una manera de acabar con Manford.

Adelante.

19

—Estoy harto y cansado de estas patrullas —dice la voz de un hombre—. Nadie viene por aquí.

Me congelo. La voz se acerca. Puedo ver las figuras de dos hombres que pasan por el comienzo del sendero. Rápidamente bajo a la cuneta poco profunda al costado de la carretera y me aprieto contra la tierra húmeda, tratando de no respirar.

—Estamos aquí porque el rey no cree que seamos lo suficientemente buenos en los otros puestos —dice otro hombre.

—¿Qué es esto? —Oigo preguntar al primer hombre.

—Un carro —responde el hombre—. No hay pasajeros. ¿Dejaste pasar a alguien?

—No —dice el otro hombre.

Me encojo más cerca del suelo para evitar que mi cuerpo tiemble cuando los pasos se acercan. El olor a humedad de la tierra me llena la nariz y la boca.

—Por aquí —dice una voz que suena como si estuviera directamente encima de mí. Me preparo, levanto las manos y me preparo para pelear.

Un ruido como el disparo de un cañón estalla en la distancia. Un estruendo recorre el suelo y los hombres que están junto al carro gritan mientras corren hacia el sonido. De repente, un par de brazos me sacan del suelo. Lucho por poner mis manos alrededor del cuello de la persona.

—¡Soy yo! —Constance grita—. ¡Muévete!

Saltamos al carro y agarro las riendas, dándoles un chasquido rápido y fuerte. El caballo sale disparado hacia adelante. Constance mira hacia atrás mientras los guardias están en la base de la torre, gritando y

tropezando con ellos mismos. Se agarra al borde del carrito para evitar caerse mientras desaparecemos en el Bosque Blanco.

El suelo se vuelve irregular y el caballo se ralentiza un poco.

—Tenemos que seguir moviéndonos —dice Constance.

Una sensación de aprensión impregna el bosque a medida que la luz del cielo se desvanece, dando paso a una oscuridad sombría a nuestro alrededor. Constance mira detrás de nosotros mientras descendemos más hacia los árboles. Cuando está segura de que no nos están siguiendo, gira la cabeza.

—¿Estabas tratando de estrangularme? —Ella pregunta.

—Pensé que eras uno de los guardias —le digo, el calor aumenta en mi rostro—. Lo siento mucho.

—No se puede estrangular a un hombre adulto. Tienes que apuñalarlo o atropellarlo con tu carro. Vamos, Sophia. —Se endereza la chaqueta y se recuesta en el asiento, sonriendo.

Algo sale volando de los árboles, se abalanza sobre el carro y aterriza en una rama justo al lado de la carretera. Es el cuervo más grande que he visto en mi vida. Sus alas negras como la medianoche se extienden casi tan anchas como yo soy de alta. Sus pequeños ojos negros brillan en la oscuridad. Me estremezco. —Ni siquiera quiero saber qué otros tipos de criaturas hay en estos bosques.

—Yo tampoco —dice Constance—. Desafortunadamente para nosotras, nuestro destino es un viaje de al menos otros cuatro días hacia el corazón del bosque.

Eso no es lo que quiero escuchar. —¿Cuatro días? ¿Podemos viajar tan lejos y no salir por el otro lado?

—Parece imposible, lo sé. Pero ahí es donde se encuentra el corazón del bosque. El último lugar donde se pensaba que estaba el hada madrina. Si ahí es donde fue, eligió un lugar perfecto. Nadie en su sano juicio la habría molestado allí. Excepto los muy desesperados.

—Y ahora nos dirigimos hacia allá —digo—. Entonces, ¿qué nos hace eso?

—Yo diría que estamos bastante desesperados.

Un escalofrío me recorre mientras una ráfaga de viento divide el aire. Los árboles a lo largo del sendero se estremecen, enviando una lluvia de hojas al suelo, rojas, doradas y marrones, los tonos familiares del otoño cubriendo el suelo del bosque. Pero un poco más adelante, los troncos de los árboles se vuelven negros y sus ramas carecen de hojas. Constance toma una respiración corta y rápida mientras pasamos la demarcación en los árboles.

—Perdí la paciencia allá en el callejón. Lo siento. —Está tratando de distraerse de cualquier sentimiento que se haya apoderado de ella.

—No tienes que disculparte —le digo—. ¿Tu madre también te enseñó a usar un cuchillo?

Ella asiente. —Quería que estuviera preparada para cualquier cosa. Puedo enseñarte si quieres.

Siempre quise saber cómo usar una espada, una daga, cualquier cosa que pudiera ayudarme a protegerme. Mi madre podría haberse desmayado si yo estuviera enamorado de una chica y pensando en aprender a usar una espada. —¿Entonces me enseñarás después de que sobrevivamos a esta pequeña excursión por el lugar más aterrador de la tierra? Parece que debería aprender más temprano que tarde.

Un ulular viene de los árboles y Constance abre los ojos como platos.

—Probablemente tengas razón. Pero has estado dentro del palacio. Este lugar no puede ser tan malo.

Ella tiene razón.

Un susurro en el camino casi me hace saltar fuera de mi piel. Miro hacia la oscuridad delante de nosotros. —Cuando tengamos que volver, ¿cómo llegaremos a Lille? —Pregunto, tratando de mantener mi mente ocupada—. Supongo que no tienes otra bomba por ahí.

—Lo hago, de hecho. —Constance sonríe con picardía—. Pero no creo que sea prudente provocar una explosión cada vez que cruzamos la frontera. Permaneceremos ocultas, pero la próxima vez estará a la vista.

Constance mete la mano en la cama del carro y rebusca en su saco de arpillera, sacando un pequeño sobre. Me lo da.

—¿Es esto lo que creo que es? —Nunca he tenido, ni siquiera he visto, un pase oficial del rey. Una parte de mí pensó que eran solo un mito, algo que los padres les dicen a sus hijos para darles la esperanza de que hay algo más allá de las fronteras de Mersailles, lejos del dominio opresivo del rey. Constance toma las riendas mientras doy la vuelta a la carta en mi mano como si estuviera hecha de vidrio. El sobre es similar al que tenía mi invitación al baile. Lo abro y saco el papel doblado. Las palabras están escritas en la misma letra negra ondulada y enumeran dos nombres: Martin y Thomas Kennowith. A continuación, se muestran los detalles de su curso aprobado. Salieron de Lille para recoger un carro nuevo y regresarán en una fecha posterior no especificada. En la parte inferior, una oración en letra muy pequeña dice: "*El incumplimiento de los parámetros de este pase resultará en prisión y una multa*". Dos cajas están al lado, el sello de cera roja del escudo real en una y nada en la otra.

—Podemos usar esto para volver a entrar. Guarde nuestras bombas para otro momento —dice Constance.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo robé —dice Constance con cierta ligereza.

—Tienes todo cubierto —le digo.

—Bueno, no todo —dice—. No he descubierto cómo hacer que me mires de la forma en que lo hiciste cuando estaba junto al fuego en la casa. No sé si alguien me ha mirado de esa manera. —Se muerde el labio inferior como si hubiera dicho demasiado.

Mi corazón se acelera. Supongo que he sido más obvia de lo que pensaba. Evito su mirada. —Dudo que nadie te haya mirado nunca de esa manera. Debes saber cómo te ven otras personas.

—No me importa cómo me veo a otras personas —dice, inclinándose muy cerca de mí—. Pero me gustaría mucho saber cómo me *ves*.

Ella es directa. No siento que esté arriesgando nada siendo honesta. El calor de su cuerpo tan cerca del mío me hace olvidar dónde estamos,

lo que hemos presenciado. —Eres inteligente. Graciosa. Noqueaste a un hombre de un golpe...

—Un ejemplo brillante de lo que realmente soy —dice en un tono medio serio.

—Creo que eres la persona más interesante que he conocido.

—¿Interesante? —Ella se sienta, una pequeña sonrisa dibujada en sus labios—. ¿Cuidado para elaborar?

Ahora se siente como un juego. Un pequeño empujón y tirón entre nosotros. —Siento que miró los decretos de Lille y decidí hacer exactamente lo contrario.

—Eso no es del todo cierto, pero tampoco falso. ¿Qué hay sobre ti ¿Es eso lo que hiciste?

Niego con la cabeza, tomando las riendas. —No. Traté de estar de acuerdo con lo que todos querían. Supongo que no era muy buena siguiendo las reglas.

—Parece que somos iguales en ese sentido —dice Constance—. Quizás de otras formas también. —Casi llevo al caballo a la zanja.

A medida que nos adentramos en el bosque, es como si hubiéramos entrado en una habitación sin ventanas. Los árboles se apiñan tanto que la única forma de atravesarlos es seguir un camino que apenas se adapta al ancho de nuestro carro. Las ruedas suben hasta el terraplén y casi nos volcamos varias veces, lo que nos obliga a retroceder y alinearnos con la

carretera. Mis dientes castañetean, y miro al frente, temiendo que, si miro a ambos lados, podría ver alguna criatura de pesadilla. Constance me entrega una lámpara y una pequeña caja de cerillas. La luz ilumina solo la zona del carro donde estamos sentadas y no hace nada por traspasar la cortina de negrura delante del caballo.

—Al menos si algo nos ataca, no lo veremos venir —Constance dice.

Me vuelvo para mirarla, pero ella solo se encoge de hombros.

Avanzamos a un ritmo constante durante horas hasta que los gruñidos, no de una criatura sedienta de sangre en la oscuridad, sino de nuestros propios estómagos, nos obligan a detenernos. Hacemos el campamento la primera noche justo en medio del camino. Constance está segura de que nadie vendrá por aquí y yo me niego a ir al bosque. Ella enciende un pequeño fuego mientras yo preparo una papilla terrible en la pequeña olla de hierro fundido que hemos traído. Constance se las arregla para echarse cucharadas en la boca sin arcadas. Ella me sonríe.

—Estamos acampando en una carretera en medio del Bosque Blanco. La menor de mis preocupaciones son tus habilidades culinarias.

Mientras nos sentamos junto al fuego, pienso en Constance y su familia, viviendo al margen de la sociedad, fuera del alcance del rey, y cómo han preservado la verdad, esperando tener la oportunidad de ayudar a la gente de Mersailles. No puedo evitar preguntarme si siquiera merezco estar aquí con ella.

—Ahí vas de nuevo —dice Constance—. Perdida en tus pensamientos.

—Me preguntaba si crees que soy una tonta —digo con una punzada de vergüenza—. Crecí en Lille y nunca he conocido otra forma de vida que no sea según las reglas del rey. Y luego aquí estás, con todas estas revelaciones y todas tus habilidades, y siento que he estado viviendo en la oscuridad.

Constance me mira a través del fuego, removiendo algo extraño dentro de mí. Un fuego, pero no uno hecho de ira. Es algo completamente diferente.

—No creo que seas una tonta —dice—. Venimos de diferentes lugares. Crecí sabiendo todo esto. Tú estás empezando a entenderlo. Pero está bien.

—¿Cómo? —No estoy convencida. Debería haber confiado en mi instinto sobre la historia de Cenicienta. Debería haber sabido que no es toda la verdad.

—Porque valoro tu perspectiva. Creciste en la ciudad, justo en el centro de la crueldad y el caos. Eso podría ser importante cuando estamos descubriendo una manera de detener a Manford. —Constance se mueve en el suelo y se recuesta contra su saco de arpillera, cierra los ojos y cruza las piernas—. Date un poco más de crédito. Eres hermosa, valiente y sabías que algo andaba mal en Lille antes de que alguien te lo confirmara.

Una vez más, su conversación sincera me consuela e intimida al mismo tiempo. Tampoco me he perdido que ella me llamó hermosa.

Espero a ver si va a decir algo más, pero el lento ascenso y descenso de su pecho me dice que se ha quedado dormida. El fuego comienza a apagarse, pero no puedo calmar mi cabeza lo suficiente para dormir, así que repito las palabras de Constance en mi mente, esperando que mantengan las imágenes del mercado alejadas. Mientras espero que llegue la mañana, el cuervo regresa y se sienta encaramado en un árbol junto al sendero. Mientras está ahí, no duermo.

20

Constance es mucho más hábil para saber cuándo termina el día, así que sigo su ejemplo durante tres días. El sueño se me había escapado la primera noche, pero en las noches siguientes, estoy perdida en un sueño profundo, a veces incapaz de despertarme sola. Por las mañanas, Constance me empuja suavemente para despertarme, y han pasado horas en las que se siente como solo unos segundos.

El cuarto día, el camino que hemos estado recorriendo termina abruptamente, su continuación no es más que un sendero estrecho que desaparece en una pared retorcida de árboles.

—El carro no puede ir más lejos —dice Constance—. Tendremos que caminar desde aquí.

—¿Y el caballo?

—Lo traeremos con nosotras. Si lo dejamos solo, los lobos estarán sobre él en poco tiempo. Puede atravesar el terreno mejor que nosotras.

Los árboles están más densamente compactos que los que he visto hasta ese momento. Puedo pasar si me paro de lado, pero no puedo imaginarme haciendo el resto del viaje de esa manera, y por mucho que quiera llevar el caballo, no creo que encaje.

Constance se baja del carro para transferir los suministros de un día, un libro grande y varios montones de papel encuadernados con cordel en dos carteras de cuero. Desengancho el caballo, preparándome para atravesar la enorme pared de árboles frente a nosotros, a pesar de que todo en mí me dice que me dé la vuelta y corra. Agarro las riendas con fuerza y doy un paso adelante. El caballo no se mueve.

—Está bien —le digo, frotándole la nariz, tratando de consolarlo con una mentira. En ese momento, mi oído interno suena como lo hace cuando las nubes de tormenta se precipitan sobre las montañas. La presión en el aire a mi alrededor cambia amortiguando todo sonido. Me pica la piel

cuando el caballo se encabrita, resoplando y amortiguando. Intento tirar de él hacia abajo, pero las riendas se aprietan dolorosamente alrededor de mi mano.

El caballo rastrilla el suelo con los cascos y relincha, los ojos muy abiertos, bocanadas de aire húmedo brotando de sus fosas nasales. Él aparta la cabeza de un tirón y mi mano se dobla dentro de la cuerda enredada. Grito. Constance agarra su daga y corta la cuerda. Una vez cortado, el caballo se libera.

—¿Estás bien? —Constance pregunta mientras toma mi mano entre las suyas y la examina a la luz de la lámpara. Una franja de piel irregular se ha desprendido del borde exterior de mi palma y la sangre corre por mi brazo. Constance rasga un trozo de tela de la parte inferior de su túnica y rápidamente venda la herida. La sangre empapa el vendaje improvisado. Me apoyo contra el tronco de un árbol y respiro hondo. Constance agarra mi brazo, con una mirada de genuina preocupación en su rostro.

El caballo da vueltas frente a nosotros, resoplando y relinchando.

—¿Qué está mal con él? —Pregunto.

—Algo lo asustó —dice Constance, con un tono incómodo en su voz— Tendremos que dejarlo si no viene de buena gana.

Cuando recojo la cartera, un aullido largo, bajo, casi de dolor atraviesa el aire y me envía un escalofrío. Inclino mi cabeza hacia un lado mientras otra llamada, esta vez desde una dirección diferente, se hace eco de la que vino antes.

La mano de Constance se mueve hacia su daga, y me pateo por no insistir en tener un arma antes de entrar en el bosque.

—Han captado su olor —dice Constance. Se vuelve hacia mí, sus ojos marrones brillando en la oscuridad—. Los lobos.

Una vez vi un lobo en la ciudad. Entró con una pierna rota y fue arrojado a la calle. Al verlo allí, estaba seguro de que su pata era del tamaño de mi cabeza, tal vez más grande. Si los lobos en esta parte del

bosque son incluso la mitad del tamaño de ese, el caballo no tiene ninguna posibilidad, y nosotros tampoco si nos encontramos con uno.

Las ramas se rompen justo al lado del camino. Constance blande su daga. Busco algo para usar como arma y veo una rama grande que se ha roto al final, creando una punta irregular.

Una figura descomunal emerge de la línea de árboles a nuestra derecha. Gruñendo, se desliza por el suelo. Es un lobo, dos veces más grande que el que había visto en la ciudad. La parte superior de su cabeza está a la altura del pecho, e incluso en la oscuridad puedo veo su boca abierta lo suficiente para mostrar sus dientes amarillos. Mi respiración se queda atrapada en mi garganta. Sostengo la rama hacia arriba, agarrándola con ambas manos.

Desde la izquierda, otro lobo emerge de los árboles. Éste es más pequeño y de color gris. Gruñe fuertemente y el caballo se encabrita. Los lobos lo rodean, chasqueando y gruñendo. El lobo más pequeño golpea la pierna del caballo, abriendo un corte. Él resopla. Nubes de vapor blanco salen de él; sus ojos se agrandan. Levanto la rama y la tiro con fuerza sobre el lomo del lobo más pequeño, y grita como un perro herido. Da vueltas y golpea mi pie. Constance me empuja hacia atrás y caemos entre los árboles apiñados. Patea al lobo en el hocico cuando se abalanza sobre nosotros.

El lobo más grande ha abierto un corte en el costado del caballo y la sangre se derrama por el suelo. El lobo gris se vuelve y se une al otro para derribar al caballo en un coro de aullidos y gruñidos.

—¡Muévete! —Constance grita.

Se echa el bolso al hombro y agarra la lámpara mientras me pongo de pie. Nos apresuramos hacia adelante. Los árboles casi se tocan en

todas direcciones. Sus ramas se entrelazan unas con otras como dedos entrelazados. La maleza espinosa y baja raspa mis tobillos y rasga mis pantalones. El gruñido de los lobos se desvanece, pero aún me arriesgo a mirar atrás cada pocos minutos para asegurarme de que nada nos ha seguido.

Constance sostiene la lámpara, pero constantemente la apagan las fuertes ráfagas de viento que vienen de la nada. El aire huele a hojas podridas y suciedad. Trato de ignorar los nuevos sonidos que escucho, no de animales o insectos, sino susurros, tan débiles que creo que tal vez los estoy imaginando.

—Constance, ¿qué tan lejos crees que tenemos que ir? —Digo, tratando de sofocar mi creciente sensación de pavor—. Creí haber oído…

—No lo sé. Deberíamos estar acercándonos al corazón del bosque, pero… —Constance se detiene y levanta la mano para pedir silencio. El viento pasa a mi lado y, en el, un leve ruido. Una melodía. Miro a Constance, que se lleva el dedo a los labios. El sonido vuelve, y esta vez, escucho algo como palabras.

—¿Quién podría estar cantando aquí? —Yo susurro. Los sonidos de las criaturas nocturnas han cesado por completo, dejando solo la melodía inquietante en el viento. Los árboles se mueven por encima de nuestras cabezas, sus ramas desnudas se retuercen entre sí para formar un dosel impenetrable. Me aferro con fuerza a la chaqueta de Constance por temor a que, si nos separamos, no podamos encontrarnos de nuevo. La canción entra y sale a medida que avanzamos. Nuevamente, pierdo la noción del tiempo. Me duelen las piernas y me palpita la mano.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos caminando? —Pregunto.

—Yo… no lo sé. Quizás horas, quizás… —La incertidumbre de Constance me inquieta aún más.

La melodía de repente resuena y se vuelve más fuerte, construyendo un crescendo antes de cesar por completo. El movimiento en las sombras me llama la atención. Los gruñidos nos rodean por todos lados.

—Los lobos —susurro.

Constance toma mi mano y nos marchamos. No podemos correr, pero avanzamos lo más rápido que podemos. Algo tira de mi hombro y un grito ensordecedor brota de mi garganta. Constance corta la oscuridad justo detrás de mí con su daga, luego me empuja hacia adelante a través de un

grueso grupo de árboles donde mi pie se engancha en una raíz, lo que hace que ambas caigamos. Me pongo de pie, pongo a Constance a mi lado y tropezamos con un gran claro donde el cielo nocturno es visible. Alguien ha talado los árboles en un círculo perfecto. En el centro hay una casita. Respiro hondo. El alivio se apodera de mí. Estamos fuera de peligro, pero el miedo se apresura de nuevo cuando me doy cuenta de que no estamos solas.

21

Una mujer emerge de las sombras del porche cubierto. Ella se para en la escalinata como un fantasma, fundiéndose con la oscuridad. El cuervo enorme que nos ha estado siguiendo se sienta en la barandilla rota del porche junto a ella. Ella pasa su mano por su espalda, y despega, volando sobre las copas de los árboles. Constance se pone delante de mí con la mano en la daga. La anciana tararea la inquietante melodía. Sus ojos, negros como el carbón, se mueven sobre nosotros. Su piel marchita se arruga mientras sonríe ampliamente.

—Están muy lejos de casa —dice, su voz ronca y baja—. Siempre puedo saber cuándo alguien está cerca. Los lobos comienzan a aullar. Tienen mucha hambre en esta época del año.

Ninguno de los dos se mueve. La mujer camina hasta el borde del porche. Ella mantiene sus ojos en mí. Algo susurra en los árboles detrás de nosotros. En cualquier momento, los lobos podrían salir disparados de la línea de árboles y hacernos pedazos. Los gruñidos y chasquidos en la distancia se acercan.

—¿Vienen o no? —Pregunta la mujer—. Son más que bienvenidas a quedarse aquí, por supuesto. —Ella mira más allá de nosotros hacia el bosque. Sus dedos se contraen cuando susurra algo en voz baja. Los gruñidos se alejan de nosotros. Ella se da vuelta y desaparece por la puerta. Constance me indica que la siga mientras el aullido de los lobos se desvanece. Subimos rápidamente los escalones y entramos.

La cabaña se encuentra en un estado precario. El techo se inclina hacia abajo en un ángulo pronunciado, y cuando el viento pasa, toda la estructura se estremece. Docenas de hierbas cuelgan en fanegas de las

vigas debajo del techo, y la pared trasera está cubierta, del piso al techo, con estantes de frascos llenos de todo tipo de cosas extrañas: hierbas secas,

líquidos e incluso diferentes partes de pequeños animales suspendidos en un líquido viscoso.

Un caldero negro se cierne sobre el fuego rugiente, burbujeando con un brebaje de delicioso olor. Las velas cubren todas las superficies disponibles, algunas encendidas, otras fundidas en nada más que pequeños montículos de cera. El aire es brumoso y espeso. En el momento en que cruzo el umbral, una extraña sensación de calma me envuelve. Mi miedo a los lobos, la inquietud del Bosque Blanco, todo se desvanece.

—Han recorrido un largo camino —dice la mujer—. Aventurarse tan lejos en el Bosque Blanco significa solo una cosa: o son muy estúpidas o muy desesperadas.

—Estamos buscando información sobre el hada madrina —digo.

La mujer se eriza y da un bufido molesto. —Siéntense. —Hace un gesto hacia una mesa de madera en el área de la cocina con un juego de sillas desiguales apiñadas a su alrededor.

—Perdónanos si dudamos —dice Constance. Su mano nunca deja de flotar sobre su daga.

—Tienes miedo —dice la mujer—. Y no te culpo, pero si sacas esa daga será lo último que hagas. —Se acomoda en un asiento junto al fuego, su mirada dura—. Cuando dices que estás buscando información sobre el hada madrina, lo que realmente quieres decir es que estás buscando su magia. ¿Qué es lo que necesitas? ¿Un filtro para persuadir a un amante?

¿Un elixir para hacerte bella? ¿Necesitas a alguien muerto?

Un escalofrío recorre mi espalda. —¿Haces eso?

¿Qué hemos encontrado en estos bosques abandonados?

—Hago muchas cosas —dice la anciana.

—¿Y quién eres exactamente? —Pregunta Constance.

—Oh, vamos —dice la mujer en un tono mucho más serio—. Actúas como si no supieras que me encontrarías aquí. —Golpea el suelo con el pie y tararea una pequeña melodía.

Miro a Constance, que está de pie con la cara de piedra, con los labios entreabiertos.

—Ha habido un error —digo—. Estamos buscando información sobre el hada madrina.

—Mi querida niña, no sé quién en este bosque maldito me conocería mejor que yo misma, y si tienes preguntas, te sugiero que empieces a preguntar antes de que te arroje a la oscuridad.

—No puede ser —susurra Constance.

Doy la vuelta al costado de la silla de la mujer. Ella me estudia en silencio. Su cabello, un lavado de gris que se funde en un negro medianoche cerca de las puntas, es reunidos en docenas de manojos apretados, todos los cuales se colocan detrás de ella y se retuercen en una sola trenza. Su cuerpo es sólido, redondo, su piel del color del sepia más profundo y rico. Lleva un vestido de algodón liso con un chal largo gris.

—La historia de Cenicienta tiene doscientos años —digo. Mi mente se acelera cuando la mujer asiente.

—Ciertamente así es —dice.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Constance pregunta, con un toque de ira en su voz.

—Muchas cosas, aparentemente —dice la mujer.

Constance pisa fuerte alrededor de la silla de la mujer y la mira fijamente a los ojos. —No pasamos por el Bosque Blanco para que se burlen de nosotras. Vinimos aquí en busca de respuestas sobre Cenicienta, sobre por qué traicionó a su familia al casarse con el Príncipe Encantador, sobre cómo los reyes de Lille han mantenido un control tan estricto sobre esta tierra.

La mujer mira lentamente a Constance. —¿Por qué te importa algo de eso?

—Porque la familia de Cenicienta es *mi familia* —dice Constance. Su mano todavía descansa sobre la empuñadura de su daga.

La mujer mira a Constance como si la viera por primera vez. Sus ojos se agrandan y las comisuras de su boca se vuelven hacia abajo. Ella presiona sus brazos sobre su pecho. —Te pareces mucho a Gabrielle. —Mira un pequeño retrato que cuelga junto a la chimenea. Un niño de ojos oscuros, tal vez de seis o siete años, la mira fijamente—. Supongo que eso significa que pudo ganarse la vida en algún lugar del mundo.

Constance aprieta los puños. —Si usted llama vida a mendigar comida, vivir con miedo constante y ser una de las mujeres más odiadas del país.

La mujer vuelve a mirar a Constance. —Nunca pensé que vería el día en que los parientes de las hermanastras malvadas estarían aquí en mi humilde morada.

Constance aprieta la mandíbula y me muevo a su lado.

—Gabrielle era muchas cosas, pero no era malvada ni cruel, como estoy segura de que nunca has sido un hada que concede deseos, hada madrina o cualquier otra cosa. —Constance y la mujer intercambian miradas enojadas.

—Cualquiera con ojos puede ver que ese no es el caso, pero ¿tienes alguna idea de lo que realmente soy? —Pregunta la mujer.

—Eres una bruja —dice Constance. Es acusatorio, casi mezquino.

—No me gustan mucho las etiquetas, pero esa me gusta. No suena tan bien como hada madrina, pero supongo que servirá. —Ella inclina la cabeza y me mira fijamente.

Nunca hubiera adivinado que esta era la legendaria hada madrina. La mujer de la historia es una criatura parecida a una ninfa, con alas y una varita que arroja polvo mágico. El rostro de esta mujer está surcado de líneas, los pliegues alrededor de la boca y los ojos son profundos.

—Necesitamos información, no hechizos —digo.

Junta sus manos en su regazo y se balancea hacia adelante y hacia atrás en su silla. —Es una petición extraña. La mayoría de la gente me busca para algo más material.

—¿La gente todavía te busca? ¿Saben que todavía existes? —Nunca escuché ni un susurro de ella.

—Lo hacen —dice ella—. A veces los ayudo, a veces no, pero cuando regresan a casa, tienden a olvidar dónde han estado y por qué.

—¿Con qué les ayudas? —Pregunto—. ¿Vestidos? ¿Carruajes? ¿Zapatillas de cristal?

—Esa historia te ha pasado factura, ¿no es así? —Ella pregunta. Me mira como si se compadeciera de mí—. Cualquier cosa que crean les dará una ventaja en el baile. —La mujer mira fijamente al fuego, recostándose en su silla. Mide sus palabras y movimientos, como si fuera experta en controlar algo que acecha justo debajo de la superficie de su exterior tranquilo.

—¿Sabes que el cuento de Cenicienta es una mentira? —Pregunto.

La anciana se eriza y luego sonríe. —¿Qué parte?

—Quiero saber qué papel desempeñaste para llevar a Cenicienta al baile esa noche —dice Constance—. Sé que la historia no es cierta.

—¿Qué sabes de la verdad? —La mujer suena divertida—. ¿Crees que por ser pariente de Gabrielle se te debe algo? —Ella frunce el ceño a Constance.

—Conozco la historia de mi familia —dice Constance enojada—. Sabemos que trabajabas para la familia real cuando Cenicienta estaba viva.

—¿Ves eso? —dice la mujer—. Ya estás equivocada. No estoy ahora, ni nunca he estado, al servicio de nadie en el palacio. —Ella levanta la nariz y se burla—. Estuve allí por mi propia voluntad, pero no veo cómo eso es asunto tuyo.

—El rey me persigue —digo—. Me escapé del baile. Puse en riesgo a toda mi familia y a todos los que me importan, y quiero destruirlo antes de que tenga la oportunidad de lastimarme a mí o a cualquier otra persona.

La postura de Constance cambia, se pone un poco más alta y presiona su hombro contra el mío.

La mujer niega con la cabeza. —Grandes ambiciones, querida. —Se gira y me mira a los ojos con tanta intensidad que doy un paso atrás, mi corazón se acelera. Es como si pudiera ver dentro de mí.

—¿Sabes cómo es en Lille? —Pregunta Constance—. ¿Entiendes el daño que el cuento de hadas de Cenicienta ha causado a las mujeres y niñas que viven en la ciudad?

Me recompongo. —Mi amigo murió después de asistir al baile del rey. —Constance y la mujer me miran—. Y mi otra amiga, Erin, está sufriendo un destino peor que la muerte. Acabamos de ver cómo ejecutaban a una mujer porque el rey pensó que ella me ayudó a escapar.

—La gente toma sus propias decisiones —dice la mujer—. No puedes culpar al rey por todos tus problemas.

Me acerco. Constance me advierte con un pequeño movimiento de su mano que ignoro. Miro a la mujer. Una energía palpable emana de ella, pero me endurezco. —Cuando el líder de este reino trata a las mujeres como una propiedad, sienta un precedente terrible. La gente piensa que está bien hacer lo mismo.

—Nunca he entendido por qué la gente sigue tan ciegamente —murmura—. Incluso cuando saben que algo anda mal, lo hacen de todos modos. Quizás todos deberían empezar a pensar por ustedes mismas.

Constance se dirige hacia la puerta. —Esto fue un error, venir aquí. Ella no puede ayudarnos.

—Espera —digo. Me arrodillo al lado de la mujer—. ¿Cuál es tu nombre? Tu nombre real. Ninguna de esas tonterías del hada madrina. No me han devorado casi los lobos para irme sin nada.

Ella aparta la mirada de mí. —No importa.

—Me importa —digo—. Por mucho que el rey trate de hacernos anónimas, no lo somos.

Una leve sonrisa cruza sus labios. —Mi madre me llamó Amina, pero no he escuchado ese nombre en voz alta en muchos, muchos años. —Algo se ablanda en ella. Su actitud desafiante es solo una máscara. Incluso aquí, en la parte más oscura del Bosque Blanco, esta mujer tiene miedo.

—Por favor, Amina, necesitamos saber cualquier cosa que puedas contarnos sobre la verdadera historia de Cenicienta, los reyes que han gobernado Mersailles, especialmente el Príncipe Encantador, su pasado, de dónde vino, cualquier cosa.

—¿Y qué harías con esta información? —Ella pregunta.

—Lo usaríamos para acabar con el reinado de hombres como Manford —dice Constance, cuyo tono se mantiene firme—. Para siempre.

Amina suspira pesadamente, sus hombros caen. Se pasa la mano por la frente y deja que las yemas de los dedos descansen sobre sus labios. —Incluso si te dijera la verdad, no me creerías. A veces me cuesta creerme. ¿De verdad crees que se puede detener a hombres como él? —Su tono sugiere que ha pensado mucho sobre esta misma pregunta.

—Sí —digo. No sé si eso es cierto, pero quiero que lo sea—. Quizás si nos dice lo que sabe, pueda ayudarnos. —Mientras Amina está fría con Constance, veo una suavidad en sus ojos, una voluntad de abrirse a mí.

—Nunca me liberaré de esta carga, no importa lo honesta que elija ser —dice Amina, mirándome directamente a la cara—. Lo llevaré conmigo a la próxima vida como penitencia por lo que he hecho.

—Sea lo que sea, no puede ser peor que lo que han hecho los reyes de Mersailles.

—No puedes estar segura —dice Amina. Sus ojos se clavan en mí, y una oleada de miedo primigenio me invade. Esta mujer, por delicada que parezca, es poderosa, pero se cuida mucho de enmascararla ante nuestra

presencia—. He hecho cosas que no puedes imaginar. He sido más malvada de lo que puedes imaginar. —Ésta no es una advertencia. Esto no es una amenaza. Es una admisión.

—Cuéntanos lo que sabes —insta Constance de nuevo. Se mueve hacia una silla y se sienta.

Amina se inclina hacia adelante y suspira, resignándose a algo. —Muy bien. Pero no seré responsable de la desesperanza, del vacío que sentirás cuando termine.

Su advertencia se hace eco en Constance. Y si las revelaciones de Amina están tan cerca de cambiar la vida como las que Constance compartió conmigo, no habrá vuelta atrás. Me siento en el suelo y espero a que continúe.

Ella se ríe ligeramente. —Niña tonta.

22

—El rey que hoy se sienta en el trono no es un hombre normal —Amina se arropa con su chal y camina hacia los estantes en la parte trasera de la habitación. Coge un frasco de vidrio corto con tapón de corcho del estante, vuelve a su silla y se sienta. Se inclina hacia adelante y toma mi mano entre las suyas, desenvolviendo el vendaje. Hago una mueca de dolor cuando ella quita el paño de la herida y descorcha el frasco. Sale un olor dulce.

—Miel y consuelda —digo, reconociendo el aroma de la miel y las hojas fibrosas de la planta de consuelda.

Ella sonríe. Sumerge sus dedos, que noto que están marcados con tinta en un patrón triangular, en la mezcla y unta mi mano con el ungüento picante. Puse mi mano de nuevo en mi regazo después de que ella la envolviera. El dolor ya está empezando a remitir.

—Es difícil para mí decir qué es y qué no es el rey —dice Amina—. Un hombre, un monstruo o una combinación terrible de los dos.

—¿Y eso que significa? —Constance pregunta tensa. Le lanzo una mirada, instándola a que sea paciente, y junta las manos con fuerza en su regazo. No quiero que se quede callada. Solo quiero que ella trate de mantener la calma. Necesitamos saber qué tiene que decir Amina.

Amina continúa, imperturbable por la impaciencia de Constance.

—¿Preferirías la versión larga o la corta? —Pregunta secamente.

Constance se recuesta en su silla, todavía furiosa. Espero que pueda decidirse a escuchar la historia completa antes de perderla por completo.

—La versión larga —digo.

Amina me sonríe y luego le frunce el ceño a propósito a Constance, que pone los ojos en blanco. Busca debajo de su silla y saca una pequeña caja rectangular. Saca de ella una pipa larga de celador. La recamara está

elaboradamente tallada con figuras de flores y hojas, y el tallo es casi tan largo como mi antebrazo. Llena la recamara formando una pequeña bolsa de algodón y se pone a encenderla. Toma una larga calada, exhalando lentamente. —Toda mi vida he practicado magia. Mi madre me crio en el oficio, me enseñó desde que era joven. Escucharás a la gente hablar de la luz y la oscuridad, pero en mi experiencia debes estar bien versado en ambos para encontrar un equilibrio. Cuando crecí, me había ganado una gran reputación. La gente vino de cerca y de lejos para buscar mis servicios.

Ella mira hacia el estante. Sigo su mirada hacia un libro que es más grueso que todos los demás, más gastado y encuadernado en una especie de cuero. Por alguna extraña razón, quiero sacarlo del estante, pero me vuelvo hacia Amina mientras continúa su historia.

—También vinieron con acusaciones y rumores. Cuando nacía un bebé con una marca extraña, cuando los huevos de las aves estaban empapados de sangre, cuando la luna parecía demasiado brillante, me culpaban. Y un día vinieron golpeando mi puerta y encendieron una pira y me sacaron de mi casa, completamente preparado para enviarme con mi creador.

—¿Qué los detuvo? —Pregunto.

—Un hombre —dice Amina—. Expulsó a la gente del pueblo de mi puerta y me salvó la vida. Vino a mí buscando lo que todos los hombres buscan, el poder, cuando se topó con esa terrible escena. Me pidió que lo ayudara en sus esfuerzos por persuadir a un reino floreciente para que lo convirtiera en su gobernante. Me pidió que hiciera secar los ríos, que muriera el trigo en los campos, que dejara de llover.

Me atraviesa una terrible conmoción de reconocimiento. Conozco esta historia. —¿Quién era él? —Pregunta Constance. Hay miedo en su voz, una vacilación en su tono—. ¿Quién era este hombre que llamó a tu puerta?

Amina apoya su pipa en el brazo de su silla y mira fijamente al fuego. —El mismo hombre que ahora se sienta en el trono.

Escucho a Constance inhalar con fuerza. —No —digo—. ¿Cómo es eso posible?

—Lille ha tenido cuatro gobernantes desde la época de Cenicienta —dice Amina—. El Príncipe Encantador, el Rey Eustice, el Rey Stephan y su actual gobernante Manford. Encantador vivió hasta los casi cien años, al igual que su sucesor, Eustice. Pero díganme, queridas mías, ¿le pasan su reino a un hijo? ¿Un pariente vivo?

—Todos los sucesores son escogidos a mano de una ciudad anexada en las Tierras Prohibidas. —Incluso mientras lo digo en voz alta, me doy cuenta de lo ridículo que suena, lo conveniente.

Amina gruñe.

—El rey siempre elige a su sucesor —digo—. Lo hacen para evitar las luchas internas.

—¿Y, cómo funciona? —Pregunta Amina—. Los reyes de esta tierra sobreviven a todos los que los rodean. Nadie que viva recuerda cómo era el rey en su juventud. ¿Y entonces que? El rey entra en reclusión para marchitarse y morir y es enterrado sin pompa ni circunstancia justo antes de que un joven, elegido por el rey moribundo, llegue de las Tierras Prohibidas y llegue al poder y parezca conocer todas las leyes, todas las reglas como si ¿Lo ha escrito él mismo?

Me tiemblan las manos y el miedo me invade de nuevo, pero esta vez me sacude hasta la médula. Siento que estoy viendo la estructura misma de mi vida, aquello sobre lo que está construida, desmoronarse en pedazos. —Así es como siempre se ha hecho.

—Mersailles solo ha tenido un gobernante desde la época de Cenicienta —dice Amina—. No hay ciudad en las Tierras Prohibidas que produzca herederos potenciales al trono. Encantador es Manford. Manford es Encantador.

No puedo comprender lo que está diciendo. Constance tiene la boca abierta y los ojos sin parpadear.

—¿Cómo… cómo es posible que eso sea cierto? —Pregunto mientras lucho por comprender lo que esto significa.

—Tiene un poder —dice Amina—. Algo que lo sostiene. No sé cómo, pero lo cierto es que el príncipe del cuento de Cenicienta, sus sucesores y el hombre al que llamas Rey Manford son uno mismo.

Constance niega con la cabeza y Amina la mira.

—Estoy sentada frente a ti —dice Amina—. Un testigo de los hechos que acabo de revelar, y aún dudas. Este es el tipo de ignorancia en el que confía el rey para mantener su artimaña. El hecho de que no lo crea no significa que no pueda ser verdad.

Constance abre la boca para hablar, pero intervengo. —¿Hiciste lo que te pidió? ¿Fuiste tú la responsable de la hambruna que devastó Mersailles hace tantos años?

Amina se mueve incómoda en su silla. —Lo soy.

—Mi abuela me contó historias que le fueron transmitidas desde ese momento —digo—. La gente se moría de hambre, agonizaba. ¿Tu hiciste eso?

Amina niega con la cabeza y mira al suelo. —Dije que era una bruja. Nunca dije que fuera una buena bruja. Te dije que había hecho cosas malas. ¿No me creíste? —Apaga su pipa y la vuelve a meter en la caja—. Cuando la devastación se volvió excesiva, la gente se desesperó. La gente desesperada hace tonterías. Pusieron a Encantador en el trono y yo proporcioné la magia que trajo de vuelta las cosechas, los ríos que fluían, todo. Se humillaron a sus pies y le suplicaron que los mantuviera alimentados, y así lo hizo. Se convirtió en su líder benevolente.

—¿Y qué sacaste de todo esto? —Pregunta Constance—. Dudo que lo hayas ayudado sin recibir nada a cambio.

—Me nombró una de sus asesoras más cercanas —dice Amina de una manera que suena casi decepcionada—. Continuó su reinado maldito y, a su vez, se aseguró de que nunca tuviera que preocuparme por quién podría decidir que una bruja podría hacer una buena hoguera.

—Maldita sea —digo en voz baja—. Esto tiene que ser lo que Cenicienta quiso decir cuando dijo que estaba maldito.

Constance asiente. —Necesitamos descubrir cómo se sostiene. Tal vez sí podemos resolver esa parte, podemos detenerlo.

—No puedo ayudarte —dice Amina—. No sé cómo lo hace. Nadie lo sabe. Es lo que se guarda solo para sí mismo.

—¿Entiendes lo que esto significa? —Constance pregunta, luciendo como si hubiera tenido una terrible revelación—. Al hacer esto, puede seguir lastimando a la gente. Y puede hacerlo para siempre si encuentra una manera de engañar a la muerte. —Constance mira a Amina—. ¿Cómo lo haces? Sigues viva. Quizás él esté haciendo lo mismo que tú.

—No —dice Amina con severidad—. Yo envejezco. No me vuelvo joven de repente cuando me conviene. Uso hierbas, hechizos. Es un esfuerzo constante, pero no puedo continuar indefinidamente.

—No puedes hacerte joven, pero si eres tan mayor como dices que eres… —No sé cómo decirlo sin que suene como un insulto.

—¿Por qué no parezco un cadáver en descomposición? —Pregunta Amina.

Asiento con la cabeza.

—Es un glamour, una ilusión. Lo he perfeccionado a lo largo de los años y lo uso ahora para no asustar a tu amiga. —Ella le guiña un ojo a Constance, que cruza los brazos con fuerza sobre el pecho, mirándola.

—¿Por qué has decidido quedarte todo este tiempo? —Pregunto.

Amina se queda quieta y silenciosa. —Porque debo.

Pienso en Manford gobernando Lille por el resto del tiempo, encontrando nuevas y terribles formas de lastimarnos. No puedo dejar que eso suceda.

—Una vez que un hombre ha probado el tipo de poder que ahora ejerce, nunca lo abandonará voluntariamente —dice Amina.

—Lo despojaremos de ese poder por la fuerza —digo. Me siento en silencio por un momento antes de hacer una pregunta que sé que

Constance quiere respuesta—. ¿Por qué le llevaste a Cenicienta? ¿Por qué la ayudaste a llegar al baile si sabías lo que era?

El exterior enojado de Constance se desvanece y una mirada de desesperación toma su lugar. Necesita respuestas.

Amina agacha la cabeza. —Los padres de Cenicienta avivaron las llamas de la rebelión después de que Encantador comenzó a implementar leyes y reglas que eran tan restrictivas y dañinas para la gente de Lille que comenzaron a cuestionar su capacidad para ser un gobernante justo y equitativo.

—Los decretos —digo.

Amina niega con la cabeza. —Si dejas caer una rana en una olla con agua hirviendo, saltará. Pero si aviva el fuego lentamente, se dejará hervir hasta morir. Los cambios al principio fueron sutiles. Se impuso un toque de queda por la seguridad de las mujeres. Se requería que las mujeres usaran vestidos largos para proteger su modestia. Los hombres fueron elevados a posiciones de poder porque sabían más. —Amina da un suspiro exagerado—. Todo se enmarcó con el mejor interés para la gente.

—¿Y la gente simplemente le permitió hacerlo? —Pregunto.

—Por supuesto —dice Amina—. ¿Por qué no lo harían? Él era su salvador, su protector.

—No parecías tan preocupada por el bienestar de la gente cuando estabas provocando una hambruna y dejándolos morir de hambre —dice Constance.

—Él salvó *mí* vida. Estaba en deuda con él —dice Amina. Por primera vez, veo algo parecido al arrepentimiento en sus ojos—. Después de que mataron a los padres de Cenicienta, celebró el primer baile anual. Envió invitaciones que instruían a las jóvenes a presentarse para ser elegidas. Hizo que la muerte fuera la pena por no asistir. Me di cuenta de que tenía que hacer algo para detenerlo, y que tendría que tomar medidas extremas para hacerlo.

—¿Intentaste matarlo? —Pregunta Constance.

—No. —Ella duda—. No pude, no después de lo que había hecho por mí.

—¿Entonces que hiciste? —Pregunto.

—Encontré a alguien que quería que se fuera tanto como yo. Alguien que pudiera apelar a su lujuria por mujeres jóvenes hermosas, tal vez alguien a quien ya le había robado todo.

Miro a Constance y su rostro se pone en blanco.

—Sabía lo que les hizo a los padres de Cenicienta —dice Amina—. Estaban muertos por su culpa. Fui a Cenicienta, esperando encontrar una niña sin padre, afligida por la muerte de su familia, dispuesta a hacer lo imposible por pura desesperación. En cambio, encontré a una madrastra, Lady Davis, fiera como un fuego furioso, que casi me degüella al verme. Encontré a tres mujeres jóvenes, Cenicienta siendo la más joven, que estaban listas para aplastar a Manford bajo sus botas. Estaban preparadas para actuar contra él. Le di a Cenicienta todo lo que necesitaba y la acompañé al baile disfrazada.

—¿Ella fue allí para matarlo? —Constance pregunta, asombrada.

Amina asiente.

Repaso la historia que Constance me había contado. Es el único misterio que parecía perseguirla más: ¿por qué Cenicienta se habría casado con el Príncipe Encantador después de todo lo que le hizo a su familia?

—Todavía está vivo —le digo—. ¿Por qué no lo hizo? ¿Qué pasó?

Amina baja la mirada. —Cuando la vio por primera vez, la mirada en sus ojos, la deseaba más que nada y me dijo que si podía tenerla, si yo podía ayudarlo en esto, sería un mejor hombre, un mejor rey. Pensé que tal vez, si él pudiera amar y ser amado a cambio, podría expiar las cosas que había hecho.

—Eso no tiene sentido —dice Constance—. No es capaz de amar a nadie más que a sí mismo.

—¿No es eso lo que hace el amor? —Pregunta Amina—. Cambia a la gente. Les hace querer ser mejores.

Constance se inclina. —¿Ella va allí para matarlo y termina siendo su novia ruborizada? Haz que tenga sentido, Amina.

Amina cierra los ojos como si tuviera dolor, frunce el ceño y respira profundamente. —Soy una bruja. Usé una poción, se la deslicé en un vaso de ponche antes de que tuviera la oportunidad de asesinarlo. Ella se enamoró de él tan pronto como sus ojos se encontraron, y nada de lo que había hecho en el pasado ya importaba.

Mi boca se abre en estado de shock. Constance no habla.

—Lady Davis y Gabrielle intentaron arrastrarla de regreso a la casa, perdiendo su zapatilla en el proceso. La llevaron a su casa y la encerraron, pero no hubo forma de esconderse de él. Llegó a llamar, zapato en mano, e hizo un espectáculo. Hizo que los artistas del palacio registraran el evento, inmortalizándolo en lo que se convertiría en la primera versión sancionada por el palacio de la historia de Cenicienta. La tomó por esposa, y por un tiempo muy breve, sintió como si las tensiones en Mersailles se calmaran.

Constance se pone de pie y aprieta los puños. —Todo estaba basado en una mentira. Tú… tú la engañaste.

—La ley de los tres dice que todo lo que saques volverá a ti tres veces —dice Amina—. Estoy segura de que recibiré lo que me viene. Solo espera.

—Y te lo mereces todo —dice Constance con los dientes apretados.

No puedo entender la enormidad de sus mentiras, la profundidad de su engaño. La historia de Cenicienta es mucho más complicada de lo que imaginaba. Nunca hubiera pensado que esta es la verdad real. Pero lo que sospechaba, que Manford era el monstruo del cuento de hadas, resultó ser cierto de la manera más terrible.

—¿Cómo lo detenemos? —Pregunto. Es la única pregunta que importa ahora.

—No puedes —dice Amina—. No eres rival para él. Nada puede hacerse.

—No lo creo —digo.

—No tienes idea de lo poderoso que se ha vuelto —espeta Amina—. No hay forma de derrotarlo. Mi mejor consejo sería que corran, se escondan y se salven si pueden.

—No puedes ser tan cobarde —dice Constance.

Amina se vuelve lentamente, y una oleada de rabia silenciosa sale de ella. Me levanto y me muevo entre ellos.

—Por favor —le digo tanto a Amina como a Constance—. Necesitamos tu ayuda.

Constance habla con Amina sin mirarla. —No podemos regresar. Necesitas ayudarnos.

Amina me mira, su rostro se suaviza de nuevo. Mira alrededor de la pequeña habitación, murmurando algo para sí misma. Ella asiente hacia mí. —Puedes dormir junto al fuego. Tú —mira a Constance— puedes dormir afuera por lo que a mí respecta no tengo mucho espacio extra, como puede ver, pero quédense, y hablaremos de esto por la mañana cuando tenga la oportunidad de aclarar mi mente.

Amina se aleja arrastrando los pies y yo me dejo caer en el suelo, aliviada de que ella y Constance no hayan llegado a los golpes. Las cosas que nos dijo Amina se sienten demasiado grandes, demasiado imposibles. ¿Se supone que debo tomarle la palabra? ¿Creer que la magia es real y mucho más peligrosa de lo que creía posible?

Constance considera brevemente seguir el consejo de Amina de dormir afuera, pero cambia de opinión cuando el aullido de los lobos, junto con un viento tempestuoso, se reanuda. Amina me arroja un montón de mantas antes de sentarse en un colchón relleno de paja en el rincón más alejado de la habitación. La casa tiene alacenas y armarios, pero no hay otras habitaciones que yo sepa.

Constance y yo nos turnamos para avivar el fuego y mantener caliente la pequeña cabaña con corrientes de aire durante toda la noche. Mientras entramos y salimos del sueño, mantengo cierta distancia entre nosotros, aunque me despierto varias veces para encontrar su rostro muy cerca del mío, sus ojos cerrados, su respiración suave y cálida. Me temo que estoy soñando, que podría extender la mano y ella se habrá ido. Pero me permito pensar en cómo sería pasar mis días con ella libremente, en un futuro que creamos.

23

Constance se mueve ante Amina. Se sienta y se frota los ojos. Su cuerpo de repente se pone rígido.

—¿Estás bien? —Pregunto.

Ella gime y se frota el hombro, gira la cabeza de un lado a otro y estira el cuello. —El suelo no es muy indulgente. ¿Dormiste bien?

—Realmente no. —Me desabrocho la mano para encontrar la herida casi completamente curada.

—Mira eso —dice Constance—. Supongo que la bruja sirve para algo.

Miro hacia donde duerme Amina. —Si ella nos ayudará o no es otra cuestión.

Tengo la sensación de que Amina quiere ayudarnos. No habría compartido su historia si no lo hubiera hecho. Pero claramente ella no es una persona que haga nada por la bondad de su corazón, así que entiendo el escepticismo de Constance.

Constance se mueve sobre la pila de mantas. Su túnica, que es demasiado grande para ella, se le cae del hombro. Mi corazón se acelera un poco y aparto la mirada. Cuando me doy la vuelta, ella me sonríe, lo que hace que mi corazón lata más rápido. Frunce los labios, luego los deja separarse, aspirando una rápida bocanada de aire. Vuelve a sonreír y noto un profundo hoyuelo en su mejilla derecha. Si hubiera estado de pie, podría haber tenido que sentarme.

—Una cosa —digo, cambiando mi línea de pensamiento.

—Está bien. —Constance enarca una ceja enrojecida.

—Sé que tienes mucho de qué estar enojada. Y no te culpo, pero no tenemos mejores ideas. —Miro hacia Amina—. Necesitamos que nos diga

lo que sabe, y me gustaría que no usara el poder que tiene para destruirnos primero.

—Ni siquiera sabemos si está diciendo la verdad.

Había pensado lo mismo, pero miro hacia mi herida casi completamente curada. Sus libros y brebajes se alinean en las paredes, y estoy segura de que hay algo en juego aquí que todavía no entiendo.

—Yo tampoco sé exactamente qué es ella —digo—. Pero prométeme que no la provocarás antes de que averigüemos más.

—Lo intentaré —dice—. Por ti. No porque le tenga miedo.

—Por supuesto que no —digo, sonriendo.

Amina se da la vuelta y se sienta. Trozos de heno sobresalen de su cabello revuelto, y por un momento parece confundida.

—¿Te despertaste ya, abuela? —Constance pregunta, un borde de molestia aun coloreando su voz. Le lanzo una mirada, y frunce el ceño dramáticamente, pronunciando la palabra "lo siento" para mí.

—Desafortunadamente. Ha pasado bastante tiempo desde que me levanté con el sol. Las tengo a ustedes dos charlando para agradecer eso. —Se baja del colchón y se pone de pie—. Pon la tetera y la olla. Necesitaremos algo de comer. ¿Qué será, ojo de tritón, lengua de perro? —Amina se ríe.

—Eso es repugnante —se queja Constance.

Empujo la olla sobre el fuego y muevo las brasas antes de arrojar otro tronco.

—Estábamos a punto de repasar algunas cosas —digo.

—Necesitaré café, mi pipa y un momento para despertarme antes de empezar de nuevo con esto —dice Amina. Coge una taza de arcilla y su cajita de cedro y se deja caer en la silla junto al fuego. Da una bocanada a su pipa, luego extiende su mano frente a ella—. Continúa entonces.

—Cenicienta le envió un mensaje a Gabrielle, pidiéndole que se reuniera en secreto —dice Constance.

—¿Es eso así? —Amina parece intrigada.

Constance va a su bolso y saca sus pertenencias. Desarma un paquete de notas escritas a mano. Algunos de ellos están descoloridos y parecen demasiado delicados para siquiera tocarlos. Se los entrega a Amina. — Una de las ideas más brillantes de Lady Davis fue establecer una red de personas dispuestas a transmitir mensajes para organizar sus esfuerzos. Con el tiempo, la red se redujo, sobre todo porque el rey estaba aumentando su dominio sobre las mujeres de Mersailles. Estas son algunas de las comunicaciones.

Miro por encima del hombro de Amina.

Dile a M. que lo hice.

Encuéntranos en la arboleada a medianoche.

Trae los suministros del barón.

Mi piel se eriza. —Vi una nota como esta en la tumba de Cenicienta la noche en que escapé del baile.

Constance baja la cabeza. —No me sorprende. La tumba habría sido un lugar perfecto para dejar un mensaje. Mucha gente solía dejar pequeñas notas allí, un mensaje como este no se habría notado.

Amina baraja los mensajes restantes y mira un trozo de papel particularmente amarillento y ondulado.

> Encuéntrame en el lugar donde crecimos, el día que murió mi madre, cuando la luna se fue del cielo.

—Ese es de Cenicienta a Gabrielle cinco años antes de la muerte de Cenicienta —dice Constance—. Gabrielle se reunió con ella y Cenicienta intentó decirle algo, pero los guardias la encontraron y se la llevaron. Arriesgó su vida para entregar un mensaje.

—No es como si la tuviera en una celda —dice Amina en voz baja—. Ella tenía su propia habitación en el palacio. De hecho, era bastante bonita.

—Una prisión sigue siendo una prisión, no importa lo bonita que sea la decoración —dice Constance. Su paciencia ya es fina como el papel.

Amina permanece en silencio.

—¿Te hace sentir mejor pensar en ella como una princesa mimada?

Constance no puede controlar sus emociones y está mal pedirle que lo haga. Tiene derecho a todo lo que siente. Solo espero que Amina todavía esté dispuesta a ayudarnos.

—¿Por qué crees que he pasado estos últimos años de mi vida en estos bosques olvidados? —Pregunta Amina—. No es por el paisaje. Sé lo que he hecho y podrías dejarme aquí pudriéndome como merezco, pero no. Te arrastraste aquí para molestarme.

Constance me mira y le fuerzo una sonrisa rápida solo para mostrarle que no voy a interponerme en su camino.

—¿Qué pasó cuando el hechizo desapareció? —Ella pregunta—. Le diste una poción de amor. Supongo que no duró para siempre, entonces, ¿qué pasó después de que desapareció?

Amina suspira. —Lo que le di duró un ciclo completo de luna. El hechizo perdió su potencia justo después de que se casaron y ella comenzó a sentir algo diferente hacia él.

—Ser responsable de la muerte de sus padres parece una buena razón para odiar a alguien —dice Constance.

Amina asiente. —Él la deseaba más que a nada. Y lo que es más importante, quería que ella sintiera lo mismo por él. Cuando la poción desapareció, quedó claro que ella nunca lo amaría de la manera que él quería, pero no podía dejarlo pasar. Su orgullo era demasiado grande para dejarla irse. La mantuvo en el palacio hasta que murió.

—La gente decía que estaba enferma, postrada en cama en los últimos años de su vida —digo.

—Estuvo encerrada en el palacio durante los años restantes de su vida. —Amina se abre de nuevo—. A nadie se le permitió verla o hablar con ella excepto un sirviente, una anciana que murió justo después de Cenicienta. Y el propio Manford, por supuesto. —Amina se vuelve hacia Constance y le habla directamente—. No sé qué pretendía decirle a tu Gabrielle. Lo que sea que Cenicienta supiera, se lo llevó a la tumba.

Constance se pasa la mano por la frente y se hunde en su asiento.

—Quizás deberías dejarlo pasar —dice Amina—. Cenicienta vivió y murió hace mucho tiempo, y lo que está pasando en Mersailles, especialmente en Lille, es trágico, pero ¿qué puedes hacer? Nada ha cambiado en doscientos años. Quizás nunca lo hará.

Constance niega con la cabeza. —Cobarde.

Amina levanta una ceja y luego vuelve a mirar hacia la chimenea. —Todos los insultos en el mundo no cambian el hecho de que no puedes hacer nada para detenerlo. —Ella va al estante, toma el extraño libro que

había visto antes y lo abre sobre la mesa de la cocina. Después de pasar el dedo por las palabras escritas allí, agrega los ingredientes de los frascos en la pared trasera al caldero.

La miro con atención. —¿Qué estás haciendo?

—Hacerme invisible para que tu amiga no pueda seguir mirándome como si quisiera matarme. —Ella le lanza a Constance una mirada furiosa.

—¿En serio? —Pregunto.

Amina se ríe. —No, pero es algo que tengo que hacer, a menos que quieras verme como realmente soy.

Constance se pone rígida. —¿Quieres decir que no eres solo una abuelita mala? —Amina hace una pausa, sus ingredientes burbujean en su caldero. De repente, su rostro se contrae, adquiriendo un tono amarillo pálido, con la boca vuelta hacia abajo. Su piel se cae a medida que cambia su apariencia. Ella se transforma en un cadáver de aspecto antiguo, demacrado y podrido. Me tapo la boca para sofocar una mordaza, y Constance retrocede, derribando un montón de ollas y platos de barro. Amina de repente vuelve a su apariencia anterior y sonríe.

—No dejes que esta fachada te engañe. No soy tu abuela. No puedes jugar conmigo. ¿Lo entiendes?

—¡Todo bien! —Constance grita.

Mi corazón se siente como si estuviera tratando de escapar de mi pecho mientras Amina llena una taza del caldero y bebe la mezcla, con una ligera mirada de disgusto en su rostro. Ella llena su pipa y fuma como una chimenea hasta que sus ojos se cierran en rendijas.

Me retiro a la cocina. Amina refunfuña para sí misma mientras Constance me sigue y se desliza hacia abajo para sentarse en el suelo. Mi corazón todavía está acelerado cuando mi atención se dirige al libro que está abierto sobre el mostrador.

Me inclino hacia él. Huele a papel quemado y carne podrida. Pongo mi mano sobre mi boca mientras leo las palabras. Parece una receta, pero los ingredientes son cosas de las que nunca había oído hablar: la coronación de un gallo, Alto John el Conquistador, piel de serpiente recién mudada. Miro a Amina y luego extiendo la mano para pasar la página. Cada uno está lleno de recetas y hechizos, todos escritos a mano con notas rayadas en los márgenes. Hay papeles y notas metidos entre las páginas.

Cerca de la parte posterior del libro hay un capítulo completo que está encuadernado con cintas rojas atadas en una serie de intrincados nudos y rematado con un sello de cera. El título dice *Nigromancia*.

—¿Qué es la nigromancia? —Pregunto.

Amina gira la cabeza y me mira por el rabillo del ojo, pero no dice nada. Constance mira el libro por encima del hombro.

—Es cuando te comunicas con los muertos —dice.

Amina se ríe. —Lo sabes todo ahora, ¿no?

—¿Eso no es lo que es? —Pregunta Constance.

—No —dice Amina—. No lo es. No puedes comunicarte con los muertos. Están muertos.

Constance empuja su mano hacia su cadera. —No. He oído hablar de esto. Es para comunicarse con los muertos. Estoy segura de ello. Ella está mintiendo.

Amina se pone de pie y marcha hacia nosotros, y por una fracción de segundo creo que va a sacar una varita y maldecirnos ella misma. Incluso Constance parece que se arrepiente de haber dicho algo.

—No tienes idea de lo que estás hablando —espeta Amina—. Tienes que llamar al espíritu para que se comunique con ellos.

Al borde de mis pensamientos, surge una idea. Lo dejo a un lado, pero ya ha echado raíces. Florece y se para en el ojo de mi mente, completamente formado.

Y aterrador.

—¿Podemos… podemos hacer eso con Cenicienta? ¿Podemos comunicarnos con ella para averiguar qué estaba tratando de decirle a Gabrielle?

Constance me mira sin comprender.

Amina frunce el ceño. —Cenicienta lleva muerta casi doscientos años. Un hechizo de nigromancia para ella requeriría… —Se detiene y me mira directamente, y me preocupa que de alguna manera haya sentido la idea que inunda mi mente. Tan horrible e inimaginable que no quiero hablarlo en voz alta.

—¿Requerir qué? —Pregunto. Espero para ver si lo que se requiere es tan espantoso como creo que podría ser.

—Un cadáver. —Amina da una larga calada a su pipa; el humo rodea su cabeza—. *Su* cadáver. —Miro de nuevo a Amina. Quiero pedirle que explique, pero su expresión me detiene. Sus rasgos se endurecen hasta convertirse en una máscara de piedra mientras niega con la cabeza y murmura algo para sí misma. Constance está perdida en sus pensamientos. Ella levanta la cabeza para mirarme, pero no habla. Espero que no me considere un monstruo por lo que voy a decir.

—Cenicienta es la única que podría saber cómo detenerlo —digo, midiendo mis palabras—. La única que podría haber sabido cuál era su debilidad.

—No te ayudaré —interrumpe Amina. Me mira mientras habla con los dientes apretados—. ¿Cómo te atreves a pedirme que haga tal cosa?

—Espera —dice Constance, mirando entre Amina y yo—. ¿Estás sugiriendo que resucitemos a Cenicienta de entre los muertos?

—No lo entiendes —dice Amina—. No regresan como las personas que eran. Son cadáveres vivientes, cambiados. No lo haré.

—Tenemos que hablar con ella —le digo—. Todos los demás que pudieron haber sido útiles están muertos. Cenicienta estaba allí con el Príncipe Encantador en el castillo. Así es como averiguamos lo que quería decirle a Gabrielle. Nos lo debes.

—No te debo nada. —Los dedos de Amina tiemblan mientras agarra su taza y vuelve a su silla arrastrando los pies.

Constance se acerca a ella y se inclina para mirarla directamente a los ojos. —Ayudaste a poner a Manford en el trono. ¿Has visto lo que ha hecho, en lo que se ha convertido y ahora tienes algún tipo de conciencia? ¿Dónde estaba cuando ayudabas a Cenicienta a enamorarse de él en contra de su voluntad?

—¡Cometí un error! —Amina grita, con la voz quebrada—. Un error que no se puede corregir porque no puedo… —Se detiene y se recupera— No puedo hacerlo bien.

—Ni siquiera lo has intentado —dice Constance enfadada.

—Detente. —Cojo el libro y se lo llevo a Amina. La miro directamente a la cara. Ella está dolorida—. Todos tomamos decisiones que desearíamos poder retirar. Pero no podemos cambiar lo que ya pasó. Lo único que podemos hacer es intentar mejorar las cosas ahora. La gente todavía está sufriendo. —Le entrego el libro—. Puedes ayudarlos a ellos y a nosotros.

Un silencio se apodera de nosotros. Amina mira fijamente el fuego durante mucho tiempo antes de levantarse y cerrar el libro, colocándolo en el estante. Ella inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos, respirando profundamente como si se hubiera resignado a algo.

—Necesitaremos reunir y preparar los suministros. El ritual es complicado.

—¿Nos ayudarás entonces? —Pregunto.

Amina asiente y mi corazón da un salto.

—La nigromancia puede ser muy peligrosa, más de lo que te imaginas —dice en voz baja—. Nos abrimos a otro reino donde habitan espíritus y otros seres inhumanos. Deben tomarse todas las precauciones. Cuando abres la puerta entre esta vida y lo que viene, bueno, estoy segura de que puedes imaginar los horrores que podrían surgir. Y algunos espíritus no se despiden tan fácilmente. Debemos ser cautelosas.

—¿Por qué cambiaste de opinión? —Pregunto.

—Tú, Sophia —dice Amina—. Eres una espada muy afilada. Un incendio forestal.

Eso me pilla por sorpresa. No me veo así en absoluto. En todo caso, esas palabras describen a Constance mejor que yo.

—Ella no se equivoca —dice Constance, asintiendo con la cabeza como si también viera esas cosas en mí.

—Así que ustedes dos están de acuerdo en al menos una cosa —digo.

—No pongas demasiado peso en eso, cariño —dice Amina—. No me preocupo demasiado por ella. —Ella agita su mano hacia Constance.

—El sentimiento es mutuo, abuela —dice Constance.

24

Nuestra preparación para el ritual comienza esa misma noche. Amina nos lleva a Constance y a mí a su jardín. Tal vez estas plantas prosperen con la sombra o la luz de la luna, porque incluso a fines del otoño hay flores y hojas verdes. Se pasea contando lo que necesita y haciendo una lista de las cosas que no tiene.

—¿Reconoces esto? —Pregunta Amina, señalando una planta que le llega a la cintura con docenas de flores en forma de dedal de color amatista, todas agrupadas como el panal de una colmena.

Niego con la cabeza y me siento en los pequeños escalones que conducen a su jardín. Constance se sienta a mi lado.

—Dedalera —dice Amina—. Útil para resucitar a los muertos o, en el caso contrario, para detener el corazón. Mortalmente venenoso. ¿Qué hay de este? —Señala un arbusto corto con pequeñas hojas de trébol y flores amarillas soleadas.

—Eso es ruda —digo, emocionada de que conozco al menos una de las plantas—. Mi abuela preparaba un té con él sí tenía tos o malestar estomacal.

Amina parece muy divertida con mi respuesta. —Tu abuela era una mujer sabia. También se usa para protección y adivinación. —Ella parece pensativa—. Cosecharemos lo que necesitemos la primera noche de luna llena. Hay algunas cosas que necesitaremos recopilar de otros lugares, pero debo advertirles que no será una tarea agradable.

La miro con curiosidad. —No estoy segura de que me guste el sonido de eso.

—El hechizo requiere un corazón aun latiendo. Puede ser de algo pequeño. Quizás un conejo. Tendremos que abrir su cofre mientras aún está vivo. —Amina hace un movimiento de corte con la mano y mi estómago da un vuelco.

—Con esa nota alegre, voy a volver adentro —dice Constance. Pasa su mano por la parte baja de mi espalda mientras se levanta. Un escalofrío cálido me recorre. La miro mientras camina hacia el frente de la cabaña. La sensación permanece conmigo en el aire frío de la noche.

—No me gusta nada —dice Amina.

—A mí me gusta mucho —le digo. Muerdo mi lengua, sintiendo esa familiar punzada de vergüenza. Odio sentirme así incluso tan lejos de Lille.

—Obviamente. —Se inclina hacia un arbusto y reajusta un zarcillo de pequeños brotes serpenteando por una celosía—. Ella es molesta. Tú, por otro lado, pareces una chica dulce. ¿Cómo llegaron ustedes dos a ser aliadas en todo esto?

—Ella me ayudó después de que mis padres me echaran. De hecho, fue hace solo unos días, la noche del baile. Todavía no se siente real. Es difícil de explicar.

—Bueno, no tienes que explicármelo. —Su forma de hablar es áspera, sin disculpas. Ella y Constance son parecidas en ese sentido, y aprecio cada detalle. Demasiada gente me ha mentido, soltando las mismas líneas ensayadas una y otra vez—. Y no tiene sentido sentir lástima por ti misma.

—No la tengo. Lo siento por ellos. Mis padres, eso es. Solo saben cómo seguir al rey. Han perdido el rumbo cuando se trata de saber cómo ayudarme.

—¿Y no estás perdida?

Pienso por un momento. —Tal vez lo estoy. Pero la diferencia es que quiero que me encuentren. No soy feliz pretendiendo que todo está bien cuando sé que no lo está.

—¿Y quién es el que supones que te encontrará? —Pregunta Amina.

—Seré yo —digo—. Me encontraré a mí misma.

Ella cierra la brecha entre nosotros y se sienta a mi lado. Ella me estudia, mirándome, como si pudiera ver cada uno de mis defectos, mis debilidades, y tengo miedo.

—Es mucho más fácil olvidar el mundo cuando estás sola en el bosque. Hay menos opiniones, menos para considerar.

—Eso suena como algo a lo que podría acostumbrarme —digo—. Pero realmente no quiero olvidar lo que está pasando en Lille. No puedo dar la espalda a todas las personas que todavía están allí, luchando por sobrevivir.

Hay un susurro en los árboles. Salto y miro a mi alrededor frenéticamente. Amina se ríe.

—Está bien —dice ella. Extiende su mano, y de la línea de árboles emerge el cuervo, bajando en picado y aterrizando en su hombro—. Es un amigo mío. —El pájaro la acaricia y luego vuela y se posa en el techo— Es lo que llamamos un familiar. Mantiene un ojo en el camino que lleva aquí, me avisa si algo anda mal. —Un poco de su exterior áspero se suaviza. Me da una palmada en el hombro—. Ven. Vayamos adentro.

Alrededor del frente de la cabaña, encuentro a Constance sentada en el estrecho escalón del frente. Amina pasa directamente a su lado sin siquiera mirar hacia abajo. Me siento a su lado.

—Esto debe ser difícil para ti —digo—. Estar aquí, sabiendo que ella jugó un papel en lo que le sucedió a tu familia.

—Lo es —dice Constance. Suspira profundamente y presiona su pierna contra la mía—. Sabía que ella estaba involucrada, pero fue muy engañoso. Llevó un cordero al matadero. Siempre supe que Cenicienta nunca se habría quedado con Encantador, con Manford, si no hubiera sido por el hada madrina.

—No cambia lo que pasó, pero ahora está dispuesta a ayudarnos, y creo que sabe exactamente cuánto dolor y sufrimiento ha causado. Por eso está aquí.

—Esconderse es la razón por la que ella está aquí. —Constance no se conmueve.

—¿Si, pero por qué? —Pregunto—. Ella se exilió a sí misma como una forma de castigo. Quizás ella no sabía qué más hacer. La escuchó decir que no cree que pueda detenerlo. Quizás se ha rendido.

—Creo que una parte de mí también se había rendido. —Constance lanza un suspiro exagerado y se vuelve hacia mí, sonriendo—. No voy a perdonarla por lo que hizo, pero no la mataré.

—Supongo que eso es suficiente por ahora.

Ella me mira de esa manera de nuevo y no quiero que se detenga nunca. Ella me hace sentir vista. Viva. Esperanzada.

—Sabes, si podemos detener a Manford, podrías volver a Lille. No tendrías que mantenerte alejada. —Imaginar todas estas nuevas posibilidades me ayuda a alejar los pensamientos de lo que tendrá que suceder primero.

—Me gustaría eso —dice Constance—. Sería bueno quedarse en un lugar después de tanto tiempo.

Bajo la luna reluciente, su cabello es como una brasa humeante, su rostro se parece tanto al esplendor de las estrellas en el cielo sobre nosotros que me pregunto cómo ella puede ser real.

—Pero si podemos encontrar una manera de terminar con su reinado —dice Constance— no significa que todos cambiarán de repente. La gente de Lille no conoce nada más que las leyes y reglas de Manford. Será difícil hacerles ver un nuevo camino.

Nos sentamos en silencio por un momento, una oleada de tristeza me invade, y Constance parece sentirlo. Apoya su cabeza suavemente en mi hombro y su cabello roza mi mejilla. Respiro el aroma floral que siempre se adhiere a ella.

—Si esto no funciona —dice— podemos escapar juntas. Tal vez tengamos nuestra propia pequeña choza decrépita en el bosque.

Está bromeando, pero no parece una mala idea. Siento que mi cara se calienta. —Puede que te canses de mí.

—Puede que me canse de tu cocina —dice sonriendo—. Esa papilla fue…

—¿Terrible? ¡Lo sabía!

Ella se agacha y pasa sus dedos por el dorso de mi mano. Por un momento, creo que ella podría girar la cara hacia arriba y presionar sus labios contra los míos, y aunque quiero eso más que nada, no puedo obligarme a deslizar mi mano debajo de su barbilla y acercar su boca. Mis sentimientos por Constance crecen con cada segundo que pasa, pero mis sentimientos por Erin pesan en mi corazón. Me siento fatal por preocuparme tanto por Constance mientras Erin sufre.

Ella no debería estar sufriendo, y yo tampoco. Es este sentimiento el que fortalece mi resolución de hacer lo que sea necesario para asegurar que el reinado de Manford llegue a su fin, incluso si eso implica resucitar a Cenicienta de entre los muertos.

25

La noche siguiente, la luna es solo una astilla de plata en el cielo negro, y Constance, Amina y yo nos hemos reunido junto al fuego como un viento maligno que atraviesa el Bosque Blanco.

Constance afila su daga en una piedra plana mientras Amina aspira su pipa.

—Hay algo que me gustaría pedirte —dice Amina.

Constance frunce el ceño y le doy un codazo con el hombro.

—¿Qué es? —Pregunto.

—Nos dirigimos a un futuro desconocido. Me gustaría ver si, quizás, podríamos iluminar nuestro camino.

Constance está exasperada. —Claramente tienes algo específico en mente, así que ¿por qué no sigues adelante?

Amina pone los ojos en blanco y se pone de pie, poniendo un trozo de pergamino en la mano de Constance. Me inclino y lo leo. Es una lista de las hierbas que necesitamos del jardín, y debajo hay un programa con pequeños dibujos de las fases de la luna y la palabra "adivinación".

—¿Adivinación? —Pregunta Constance—. ¿Te gusta la adivinación?

—Es una herramienta —dice Amina—. Para mirar hacia adelante.

—¿Puedes ver el futuro? —Pregunto.

Amina vuelve a sentarse y toma su pipa. —En cierto modo, sí. ¿No crees que echar un vistazo a los eventos por venir podría ser útil?

—¿Como hacemos eso? —Pregunto intrigada.

Amina se acomoda en su silla y cruza las piernas. —Después de la cosecha, en luna llena, veremos qué se puede ver.

—¿Podrás dar una respuesta directa? —Constance pregunta, echando la cabeza hacia atrás y mirando al techo—. Estoy exhausta tratando de descifrar tus acertijos. ¿Ver lo que se puede ver? ¿Qué significa eso?

—Significa cállate y deja de hacer tantas preguntas —espeta Amina.

Constance se sienta hacia adelante y abre la boca para hablar, o más probablemente para compartir algunas palabras selectas con Amina, cuando los vientos azotan en una fuerte bravuconería.

El techo traquetea y las tablas del suelo crujen bajo la mecedora de Amina. Una corriente de aire se mueve a través de la habitación, y las llamas del fuego rugiente lamen los ladrillos ennegrecidos de la chimenea. El viento transporta un ruido.

—Este lugar se va a volar con la próxima ráfaga —dice Constance.

—Y con suerte tú con el —dice Amina sin siquiera mirar hacia arriba.
Constance enarca una ceja. —Escucha…

—¡Shh! —Digo, poniéndome de pie—. ¿Escucharon eso?

—El viento, Sophia —dice Constance.

—No. No, hay algo más.

Hay otro sonido en el viento. El relincho de un caballo. Cuando el viento vuelve a soplar, todos lo escuchamos. Amina salta de su silla y se queda escuchando en medio de la habitación. Se acerca a la alfombra raída que ocupa la mayor parte del suelo, la agarra por el borde y deja

al descubierto una pequeña puerta debajo. Cuando levanta la trampilla, veo el inconfundible destello de miedo en sus ojos. —Entren. Ahora. No digas una palabra. Ni siquiera respires si puedes evitarlo.

Constance se acerca a mi lado y entramos en la pequeña abertura, que conduce a un sótano. Con su techo bajo y piso de tierra, no es más que un agujero en el suelo. Nos agachamos mientras Amina deja caer la escotilla y la cubre con la alfombra, arrojándonos una lluvia de polvo.

—¿Qué es? —Pregunta Constance. Su voz se magnifica en el pequeño espacio, y Amina pisa fuerte en el piso de arriba.

—Shh —digo—. Alguien viene.

Mantengo mi respiración y trato de escuchar por encima del torrente en mis oídos. Caballos, voces de hombres y luego un golpe en la puerta. Las botas de Amina golpean contra las tablas del suelo mientras se dirige al frente de la casa. El gemido de las bisagras oxidadas resuena cuando abre la puerta. Un conjunto de pasos más pesado entra en la cabaña y se detiene justo encima de nuestras cabezas.

—Veo que sigues viviendo en la miseria —dice la voz de un hombre. Es familiar.

—Me queda bien —dice Amina.

—De hecho, lo hace —dice el hombre—. ¿Y dime de nuevo por qué has elegido esta vida? Ciertamente no estás aquí fuera por mis órdenes.

—Lo prefiero a la ciudad o al palacio. —El tono de Amina es condescendiente y el hombre pasa de un pie al otro justo por encima de nosotros—. ¿Por qué estás aquí?

—Sabes por qué estoy aquí.

De repente reconozco la voz y el miedo se apodera de mí. Mi corazón chisporrotea y aguanto la respiración. Rey Manford.

—No has puesto un pie en mi puerta en años, y ahora apareces porque quieres algo.

—Estoy herido —dice.

—Oh, por favor —dice Amina—. Ambos sabemos que se necesitaría más que eso para herir tus sentimientos.

—Me conoces demasiado bien —dice. Lo escucho reír. Es la cosa más irritante y antinatural que he oído en mi vida.

Busco la mano de Constance en la oscuridad y la encuentro apretada a su lado. Da un paso más cerca de mí.

—Eres el hada madrina legendaria —dice el rey en tono burlón—. Haciendo carruajes con calabazas y zapatos con vidrio. Perteneces al palacio. Después de todo, eres tú quien siempre ha estado conmigo en este viaje.

—Nuestro viaje terminó hace mucho tiempo —dice Amina.

—¿Es eso lo que te dices a ti misma? —Él suspira.

—Suficiente —dice Amina—. Tienes que irte y dejarme continuar como lo he hecho todos estos años, sin tu interferencia.

Constance me da un golpecito en el hombro y señala su otra mano. La he estado apretando demasiado. Lo dejo ir inmediatamente. Mientras se reajusta, presiona su pecho tan cerca del mío que puedo sentir los latidos de su corazón. Es una carrera.

—Quiero a la chica, y la quiero ahora. ¿Dónde está ella?

—¿No la *invitaste* al baile? Eso implica que tenía derecho a irse si quería.

El rey se ríe de buena gana mientras más polvo cae sobre mi cabeza.

—Tú sabes más que esto —dice.

Constance presiona sus labios contra mi frente y cierro los ojos con fuerza. Espero a que Amina abra la escotilla y nos haga pasar. Se oye un susurro sobre nosotros cuando Amina da un paso hacia el rey.

—Vete —dice Amina—. Y no vuelvas.

—Esperaba que ese tiempo fuera te hubiera traído algo de concentración que tanto necesitas, pero aún eres completamente inútil. Tu magia es defectuosa, débil. ¿Estás segura de que todavía puedes llamarte bruja?

Amina toma una respiración larga y profunda. Cuanto más tiempo se quede, más podrá meterse bajo su piel, tal vez incluso hacer que adivine su decisión de ayudarnos.

—Eres tan inútil como siempre —gruñe el rey. Se mueve hacia la puerta, luego se detiene—. Tus hechizos y pociones siempre han faltado. Tuve que tomar las cosas en mis propias manos debido a tu ineptitud.

Amina no responde.

—Espero que me mantengas informado si escuchas algo —dice el rey.

Se abre la puerta principal y relincha un caballo. No se emite ningún sonido durante varios momentos y luego se abre la trampilla. Amina nos mira, su rostro cabizbajo, su boca dibujada en una línea apretada. Subimos y nos quedamos en silencio, esperando, asegurarnos de que el rey se haya ido.

—¿Qué fue todo eso? —Constance pregunta enojada—. De repente, cuando estamos aquí, ¿simplemente decide pasar a visitarnos?

—No tiene sentido esconder cómo te sientes. Sácalos —dice Amina, que parece absolutamente agotada.

—¡Le dijiste que estábamos aquí! —Constance corre hacia la ventana y se asoma con la daga desenvainada. Amina parece no escucharla mientras se desploma en una silla.

—Espera un minuto —digo, levantando mis manos, mi corazón todavía late con fuerza—. Amina podría haber abierto esa escotilla y entregarnos de inmediato, pero no lo hizo.

Constance se retira a la cocina.

—¿Crees que volverá? —Pregunto.

—No si sabe lo que es bueno para él. —Amina suspira—. Mi querida Sophia, quizás algún día te encuentres en el tema de tu propio cuento de hadas. Ya puedo verlo convirtiendo tu escape en una advertencia.

—No le daré la oportunidad de usarme así —le digo—. Yo moriría primero.

Amina se vuelve hacia mí con tristeza en sus ojos. —Por favor, no digas eso. Porque muy bien podrías.

26

Pasamos los días siguientes preparándonos para la cosecha. Cada crujido de los árboles o el crujir de las tablas en la vieja cabaña me hace saltar, temiendo que el rey haya regresado. Constance sospecha tanto de Amina que se ajusta al horario de Amina, duerme cuando duerme, se despierta cuando se despierta y la sigue, lo que empuja a Amina al extremo de su ingenio.

Cuando sale la luna llena apenas hablan, pero ha llegado el momento de que recojamos las hierbas para el ritual de nigromancia y realicemos el trabajo que Amina llama adivinación.

Amina recoge fanegas de hierbas de su jardín: ajenjo, artemisa, laurel, verbena, milenrama. Usando un mortero, los muele en diferentes combinaciones. Hace bolsitas de lino blanco y las rellena con las hierbas, cosiendo los bordes para cerrarlos. La mirada de concentración en su rostro es tan severa que no me atrevo a interrumpir, a pesar de que siento curiosidad por los pasos del ritual.

Consulta su libro, sale y mira el cielo, y cuando termina, prepara una infusión de ruda y la sirve en tres tazas.

Trago un bocado y tengo que reprimir una mordaza, mis ojos llorosos. —Es tan amargo.

—Asegúrate de terminarlo todo —dice Amina. Ella bebe el suyo como si nada. Constance toma un sorbo de té y, cuando terminamos, Amina nos pide que la sigamos afuera.

—Es la muerte de la noche —dice Constance.

Amina parpadea. —¿Y?

—¿Crees que es seguro? —Pregunto.

Amina se ríe. —No. No es seguro, pero es necesario.

Constance se aprieta el cinturón y pasa la mano por la empuñadura de su daga.

Una pequeña sonrisa insidiosa se extiende por los labios de Amina. —No te servirá de mucho. No es a los lobos ni a los osos a los que debas temer. Las criaturas nocturnas, las que no tienen nombre y que cobran vida a la luz de la luna, esas son las cosas por las que debes preocuparte.

Constance hace una pausa a medio paso, levantando la barbilla en el aire. —Estoy segura de que no hay nada tan aterrador como tú.

—Esperemos que tengas razón en eso —dice Amina.

—¿Podemos seguir con esto? —Pregunta Constance.

—Creo que deberías ser más consciente de tu tono —dice Amina, todavía sonriendo—. No sea que te encuentres en el lado equivocado de un hechizo de transformación. Sería una lástima que acabaras siendo una criatura anfibia y viscosa. —Ella sale por la puerta principal.

—¿Me está amenazando? —Constance me mira—. Porque sonaba como una amenaza.

Escucho a Amina riendo desde algún lugar afuera y me encojo de hombros, pero Constance permanece impasible.

—No creo que lo diga en serio —le digo.

—No quiero pasar el resto de mi vida como un sapo, Sophia.

—Pero serías tan linda —le digo—. Una hermosa rana toro.

Constance niega con la cabeza y me da un apretón rápido en la mano.

Caminamos en procesión detrás de la cabaña y a través de un matorral bajo la brillante luz de la luna llena. Cuando salimos a un segundo claro, más pequeño, nos encontramos con un charco de agua. El espacio sobre él, abierto al cielo nocturno, deja entrar la luz de la luna. Desprovisto de vida vegetal, animales o incluso ondulaciones, el estanque plano, ancho como la propia cabaña, parece fuera de lugar. Parece un gran espejo redondo.

Mi cabeza da vueltas. Siento que estoy flotando. Miro a Constance, que se ha sentado en el suelo.

—¿Qué había en ese té? —Pregunto.

Amina se balancea hacia adelante y hacia atrás con los ojos cerrados. —La ruda es rápida. Especialmente a la luz de la luna. —Ella mira hacia el agua—. Entra tú.

—¿Tenemos que ir hasta el final? —Pregunto. La luna parece más brillante que nunca.

—Absolutamente. —El tono de Amina se vuelve mortalmente serio— Hace mucho tiempo, cuando la gente quería vislumbrar lo que podría deparar el futuro, podían mirar dentro de un cuerpo de agua como este, en una noche cuando la luna estaba llena, cuando el agua estaba en calma. He aprendido que meterse en la piscina durante la adivinación aclara las visiones. Cuando entres al agua, vacíe su mente y ve lo que se revelará.

—Ahí tienes de nuevo —dice Constance—. Tú y tus acertijos.

De repente, el aire es bastante frío y se me ocurre un pensamiento. —¿Tengo que desnudarme por completo?

La mirada de Constance me recorre, enviando una sacudida por mi espalda. —La desnudez es opcional —dice Amina—. Pero por lo que puedo decir, todos tenemos las mismas partes y piezas. E incluso si no lo hace, no hay nada de qué avergonzarse, querida. Yo también he visto una buena cantidad de pajaritos.

Constance frunce la nariz. —Haz que se detenga.

Reprimo una risa. Me siento casi eufórica a la luz de la luna.

—Yo iré primero —dice Amina.

Amina se desnuda sin pensarlo dos veces y se mete en el agua. Constance se vuelve lentamente hacia mí, tapándose los ojos con las manos.

—Tenía razón, Amina —dice Constance—. No hay nada en este bosque más aterrador que tú.

No puedo aguantarlo en este momento. Mi risa resuena como una campana en la quietud.

—Silencio —croa Amina.

Se balancea en el agua con los ojos cerrados. La luz de la luna la ilumina. Las gotas de agua en su cabello. El estanque no se ondula mientras se balancea suavemente en el agua. A nuestro alrededor, las luciérnagas se juntan en las ramas de los árboles, sus pequeñas luces amarillas parpadeando. Constance y yo miramos en silencio. De repente, los ojos de Amina se abren de golpe y mira a Constance. —Así que ese será el camino.

—¿El camino de qué? —Pregunta Constance.

Amina vadea hasta la orilla y se envuelve en su chal. —Tú eres la siguiente —le dice a Constance.

Constance me da la espalda y se quita los brazos de la túnica, se la pone por la cabeza y la arroja al suelo. No puedo apartar los ojos de ella. Se quita los pantalones y los arroja a un lado. Mientras gira hacia mí, tengo que hacer un esfuerzo concertado para evitar que mi boca se abra. Una manta de pecas cubre su pecho y hombros y se escurre por sus brazos como una pizca de polvo de estrellas. Su cabello, una masa de rizos rojos y luminiscentes, enmarca su rostro como un halo. No aparta la mirada ni intenta cubrirse. Una ola de anhelo amenaza con consumirme. Con una sonrisa, entra hasta que el agua descansa justo debajo de sus hombros.

—Cierra los ojos —ordena Amina.

Constance me mira una vez más antes de hacer lo que le dicen. Mi cabeza todavía está dando vueltas, pero ahora de algo más que la ruda. Constance inclina la cabeza hacia arriba, como si estuviera escuchando algo. Golpea el agua con la mano. Sus ojos se abren lentamente. Están llenas de lágrimas.

—¿Qué es? —Pregunto.

Constance no responde. Vuelve a cerrar los ojos. Su respiración viene en ráfagas rápidas; un quejido se le escapa. Abre los ojos y sale del agua, colapsando en el suelo. Me apresuro a su lado.

—Estoy bien —dice ella. No le creo. Está temblando, sujetándose por la cintura. Le pongo la túnica sobre los hombros y ella sonríe, pero hay tristeza allí.

—Tu turno, Sophia —dice Amina.

No llevo camisa debajo de la túnica y el chaleco, y pienso en ir completamente vestida. Me acerco al borde del agua, pero me detengo. Hui del baile, viajé al Bosque Blanco para encontrar una bruja y me estoy preparando para resucitar a Cenicienta de entre los muertos. Comparado con esas cosas, estar desnuda bajo un cielo estrellado no parece una tarea tan monumental.

Desabrocho mi chaleco y lo dejo a un lado. Amina se da vuelta por completo, pero Constance alza los ojos al cielo. Me quito la túnica y los pantalones y me meto en la piscina. Me preparo para el frío del agua, pero es como entrar en un baño tibio. Constance me mira a los ojos y algo cambia en ella. Su boca se abre y luego se cierra, como si quisiera hablar, pero no pudiera. Y mientras ella me mira, tomando cada centímetro de mí, su mirada permanece más tiempo en mis ojos.

—Trata de aclarar tu mente —dice Amina—. Si eso es posible. —Ella me lanza una mirada de complicidad. Mi cara se enrojece de vergüenza.

Cierro mis ojos. En el agua soy ingrávida. Inclino la cabeza hacia atrás y de repente siento que me estoy cayendo. Mis ojos se abren de golpe. Me apresuro a mantener los pies debajo de mí. El agua chapotea, lamiendo mi pecho.

—¿Estás bien? —Constance pregunta desde la orilla.

—Si. Yo… yo solo… estoy bien. —Cierro los ojos y de nuevo siento que me estoy cayendo. El rostro del rey aparece en el ojo de mi mente, burlándose, una máscara de odio e ira. Sus ojos son negros y huecos, y Cenicienta está detrás de él, hablándome, sus palabras ahogadas. El rey

me alcanza, me agarra por los hombros y me acerca a él. Su rostro se transforma en algo horrible y podrido, algo muerto. Una bola de luz candente entra en erupción entre nosotros, tirando del centro de mi pecho. Grito.

—¡Sophia!

La voz de Constance atraviesa mis propios gritos. Ella está en el agua conmigo, su brazo alrededor de mi cintura, tirándome hacia la orilla. Toso y jadeo, y de mi boca sale agua fétida. Me hundí y ni siquiera me había dado cuenta.

Amina se queda muy quieta, mirando. Asechando. Me apoyo en Constance mientras salimos de la piscina. Caigo de rodillas en la tierra y el aire frío me pica la piel húmeda. Estoy completamente agotada, como si no hubiera dormido en días.

Constance apoya su mano en mi espalda. —¿Qué pasó?

—No lo sé. Vi algo —lucho por explicar, mirando hacia la piscina—. El rey… vi su rostro. Había una luz…

Constance mira nerviosamente hacia la piscina mientras me levanta y me cubre con la ropa. El suelo parece moverse bajo mis pies y el cielo se inclina. Ella levanta mi brazo y lo pone alrededor de su cuello.

—Venga. Vamos a secarte.

Una vez dentro, me ayuda a sentarme en una silla y me envuelve en una manta mientras mi cabeza se aclara. Amina nos sigue y cierra la puerta con llave, con una expresión de preocupación en su rostro. Constance se arrodilla a mi lado, trazando círculos en el dorso de mi mano.

—Me asustaste —dice en voz baja.

Estoy luchando por procesar lo que acaba de pasar. Vi algo en el agua. Era como un sueño, pero estaba completamente despierta. ¿Una visión? ¿Una alucinación?

—¿Qué viste? —Amina pregunta mientras se mueve hacia una silla junto al fuego.

No puedo pensar con claridad. Constance responde primero.

—Estaba sentada, leyendo un libro —dice.

—¿Qué libro? —Pregunta Amina.

—La historia de Cenicienta —dice.

—¿Es todo? —Pregunta Amina.

—No —dice Constance, en voz baja—. Había un pasillo. Estaba oscuro y lleno de humo. Vi a alguien tirado allí.

—¿Quién? —Pregunto.

Constance se encoge de hombros. —No lo sé. —Se vuelve hacia Amina—. ¿Qué viste, abuela? ¿Una visión de usted y Manford saltando a través del Bosque Blanco, tomados de la mano? —Constance está conmocionada y parece estar tratando desesperadamente de dejar de pensar en lo que sea que vio.

Amina se vuelve hacia mí. —Vi mi propia muerte.

Mi corazón late. —¿Vas a morir?

Amina niega con la cabeza y mira su regazo. —La muerte viene para todos nosotros, ¿no es así?

—No a Manford —dice Constance en voz baja.

—¿Qué viste, Sophia? —Pregunta Amina.

Respiro hondo y trato de pensar con claridad. —Sentí que me estaba cayendo. Vi al rey y vi a Cenicienta, y hubo un tirón en el centro de mi pecho y una gota en la boca del estómago al mismo tiempo. Su rostro estaba terso pero borroso en los bordes, y estaba parado allí. Él… él me sonrió. Y luego se transformó en un cadáver en descomposición, y luego una luz me envolvió. —Me agarro a la cintura para no temblar—. Se sentía como… como morir.

Las comisuras de la boca de Amina se vuelven hacia abajo y sus labios se abren. Vi esta expresión en su rostro la noche en que Manford vino aquí. Es terror.

—¿Qué significa eso? —Pregunta Constance.

Amina mira fijamente al fuego, recomponiéndose antes de hablar. —No lo puedo decir. Sé que el significado se te aclarará con el tiempo.

Las imágenes se repiten en mi mente una y otra vez. —Estoy asustada.

—Serias un tonto si no lo estuvieras —dice. Ella fuma su pipa, una corona de humo con olor a tierra le rodea la cabeza.

La ira y el miedo burbujean dentro de mí. —Quiero detener a Manford. No quiero que lastime a nadie más, pero ¿cómo puedo hacer eso si él es el monstruo que dices que es? ¿Quién soy yo para detenerlo?

—Siempre hay miedo, siempre duda —dice Amina—. Lo único que importa es que sigas adelante. Y dado que eso es exactamente lo que estás haciendo, te pido que reconozcas que eres digna de esta tarea.

—No sé si lo soy —digo—. Constance ha estado luchando por lo que es correcto toda su vida. Y tú eres *el* hada madrina.

—¿Te parezco un hada? —Amina sonríe con una sonrisa maliciosa. Deja su pipa, toma mi mano y la aprieta entre sus palmas—. ¿Sabes cuántas viejas brujas corren por estos bosques?

Me encojo de hombros. No sé la respuesta a esa pregunta, pero me pregunto si hay otras brujas y hadas madrinas por ahí, ¿qué están haciendo con sus poderes? ¿Se están escondiendo? ¿Están preocupados por lo que está sucediendo en Mersailles?

—Hay una mujer en Lille que dirige una tienda llamada Las Maravillas de Helen. Ella dice tener todas tus recetas, todas tus pociones y polvos. Dice que es lo más cercano a un hada madrina que la mayoría de nosotros alguna vez tendremos.

—Helen es una mentirosa y una tramposa y vende orina de vaca en elegantes botellas de vidrio a personas inconscientes, a menudo

desesperadas —dice Amina con desaprobación—. La única razón por la que se le permite continuar es porque Manford sabe que es falsa.

Trago saliva. Bebí medio frasco de orina de vaca y le di a Erin el resto. Ese es un secreto que me llevaré a la tumba.

—Aparte de los pretendientes, hay más de unas pocas mujeres conjuras en esta tierra. No soy especial. Cometí errores y usé mi poder para lastimar a la gente, para hacer cosas indescriptibles. No soy un santo.

—Pero eres especial —le digo—. Usted tiene un don.

—Por favor. —Ella pone los ojos en blanco—. No tienes que ser especial, ni tener un don, ni nada por el estilo. Algunas personas piensan que son elegidas, destinadas a ser grandes, y ¿sabes lo que sucede mientras disfrutan de la posibilidad de su propia grandeza?

—No lo sé —digo.

Ella me mira con los ojos entrecerrados. —Lo que sucede es que alguien sin un propósito predeterminado en particular baja la cabeza, trabaja duro y hace que algo suceda por pura voluntad. Ahí es donde caemos.

—¿Y tú? Has tenido tus dudas. Ni siquiera estaba segura de poder convencerte de que nos ayudaras.

—Es verdad. Pero las cosas cambian. Incluso si no lo… bueno, no te preocupes por eso. —Amina parece nerviosa.

Todas estamos conmovidas por lo que hemos visto: las vagas nociones de un futuro fuera de nuestro control a pesar de nuestros mejores esfuerzos por cambiar el presente. Constance se acerca a las pilas de mantas junto al fuego y mira hacia el techo.

—Intenta descansar un poco —dice Amina solemnemente. Guarda su pipa y se dirige a su estera de paja en la esquina.

Me acurruco en una manta gruesa junto a Constance. Nos arropamos junto al calor del fuego crepitante. Constance se queda dormida fácilmente

mientras veo morir el fuego. Espero nerviosamente a que el sueño me encuentre, temiendo que el rey esté acechando en mi cabeza.

Cuando finalmente me quedo dormida, caigo en un sueño profundo y sin sueños, pero incluso entonces, estoy agradecida de ver salir el sol a la mañana siguiente.

27

La sensación de presentimiento que me persigue se hace más fuerte a medida que llega el día de comenzar nuestro viaje hacia el lugar de descanso final de Cenicienta. El carro más grande todavía está estacionado en la entrada del sendero, pero como nuestro caballo fue asesinado por los lobos, no podremos usarlo. Empacamos todo lo que necesitamos para el viaje, incluido un conejo vivo que Constance atrapó en una trampa justo detrás de la cabaña. Lo pone en una jaula de madera y lo coloca en la parte trasera de un carro dibujado a mano. Evito mirarlo. Conozco su destino.

Amina camina alrededor del carro con una pila de libros. Miro el libro de hechizos. La portada está entrecruzada con líneas finas que se parecen casi exactamente a las de mi palma. No es cuero en absoluto. Es piel humana.

El miedo se agita profundamente dentro de mí, recordándome que Amina no es un hada madrina. Me estudia por un momento y luego me tiende el libro. No quiero tocarlo, pero lo pone en mis manos. Un olor flota en mi rostro, el olor de la muerte. —Amina, ¿cómo hiciste esto?

—Te lo diría, pero luego tendría que matarte —dice Amina.

Constance gira la cabeza y doy un paso atrás.

Amina sonríe. —Solo divirtiéndome un poco. —Toma el libro y lo mete en el carrito—. Esa historia es para otro día.

Constance carga el resto de nuestras cosas y partimos a pie. Amina nos lleva por un camino estrecho pero transitable que se esconde detrás de la cabaña y serpentea hasta el lugar donde tuvimos que dejar el carro grande.

—Ojalá hubiéramos sabido sobre este camino cuando aparecimos — Constance dice.

—Apuesto a que sí —dice Amina.

Un olor rancio, como el que emana del libro de hechizos, golpea la parte posterior de mi garganta cuando salimos al sendero principal. Nuestro caballo yace sobre su lado. Los buitres y otros animales salvajes han arrancado casi toda la carne de sus huesos. Yo aparto la mirada.

Amina nos lleva a través del Bosque Blanco, su cuervo familiar entra en picada de vez en cuando y luego vuelve a despegar. No nos detenemos a acampar durante más de una hora o dos. Solo el tiempo suficiente para comer y descansar. El ritual debe realizarse en la próxima noche sin luna, lo que nos da solo tres días para hacer un viaje que normalmente habría llevado al menos cuatro a caballo.

De alguna manera, cuando salimos del Bosque Blanco, tenemos tiempo de sobra, y me pregunto si la confusión somnolienta que Constance y yo sentimos cuando entramos por primera vez fue una especie de encantamiento. Amina se queda callada cuando le pregunto, pero su pequeña sonrisa torcida es reveladora.

Tres guardias patrullan el espacio abierto entre las torres mientras nos agachamos en el suelo, observándolos. Me pregunto si Constance necesitará sacar una de sus bombas, pero no tengo tiempo para preguntar. Amina camina en línea recta hacia el claro.

—¿Qué está haciendo? —Constance pregunta, su daga desenvainada.

Nos ponemos en cuclillas en la tierra, permaneciendo calladas mientras Amina se acerca al grupo de guardias. Uno de ellos desenvaina su espada y yo empiezo a correr tras ella cuando su mano sobresale frente a ella. El guardia deja caer su arma. Parece que les está hablando. Se lleva la mano a la cara y da una bocanada rápida y fuerte. Una nube de polvo plateado reluciente los envuelve y se hunden hasta el suelo.

Constance se vuelve hacia mí. —¿Qué demonios acaba de pasar?

Amina hace un gesto para que nos unamos a ella.

—¿Ella los mató? —Constance tartamudea.

Salgo al claro con Constance pisándome los talones. Los guardias están desplomados uno encima del otro, con los ojos cerrados, respirando con dificultad.

—¿Qué hiciste? —Pregunto mientras nos acercamos a Amina, que está sonriendo al pie de la torre de vigilancia.

—Un poco de polvo para dormir para enviarlos a la tierra de los sueños. —Ella sostiene una pequeña bolsa de cuero.

—Me ha costado mucho dormir —digo—. Podría haber usado algo de eso.

Uno de los hombres chilla y rueda de costado, gimiendo.

—Trae pesadillas —dice Amina—. Del tipo que nunca olvidas. El tipo que te persigue incluso en tus horas de vigilia.

Constance y yo intercambiamos miradas.

—Está bien, no importa —digo.

—Deberías haberlos convertido en ratones —dice Constance.

—Quizás la próxima vez —dice Amina.

Hemos vuelto a entrar en las fronteras de la capital y pasar entre las torres de vigilancia trae consigo una nueva y terrible sensación de pavor. Evitamos la carretera principal y, en cambio, tomamos un camino de carretas que recorre las afueras de la ciudad. Mientras caminamos por la carretera, las ruedas de los carros suenan en la grava justo antes de que un carro tirado por caballos se detenga junto a nosotros.

—¿Buscas un paseo? —Pregunta el conductor.

—No —dice Constance, sonando molesta. Ni siquiera mira hacia arriba.

Inclino la cabeza, tratando de ver al conductor debajo de mi gorra. Su rostro se convierte en una máscara de confusión cuando nuestras miradas se encuentran.

—Es realmente peligroso para ti estar caminando por aquí, vestida así. —Toma un trago de algo de un frasco en su cadera.

No puedo decir si nos está amenazando o no.

—Déjanos en paz —dice Constance. Ella lo mira con los ojos entrecerrados y se inclina entre nosotros. Busco a Amina, pero ha desaparecido.

El hombre levanta las manos. —Ahora, espere un minuto. No digo nada excepto que es peligroso. Puedo darle un paseo. Solo súbete.

La mano de Constance se mueve hacia su daga y el hombre la mira.

Se rasca la parte superior de la cabeza. Está completamente confundido. —¿Sabes siquiera cómo usar una espada? A las mujeres no se les permite…

—El extremo puntiagudo se te mete en el cuello —espeta Constance.

Atrapo a Amina en la parte trasera del carrito, tirando algo en el pequeño frasco que el hombre tenía en la cadera un momento antes. Ella desaparece de nuevo.

—Odio ser yo quien te diga esto, pero si los hombres del rey te ven con una espada, vestida así, te arrestarán en cuanto te vean. —Él sonríe, pero una mirada de preocupación se apodera de él. Coge su petaca y yo me tenso, preocupado de que sepa que falta, pero ha reaparecido en su cinturón. Toma un largo trago—. Solo estoy tratando de… tratando de ayudar.

Está tropezando con sus palabras mientras su cuerpo se balancea como un árbol en una tormenta. Se agarra el cuello, aclarándose la garganta repetidamente, el sudor gotea de su frente. Se inclina sobre el borde del carro mientras las pupilas de sus ojos se expanden en vacíos negros como la tinta. Tiro de Constance hacia atrás justo cuando sus ojos se ponen en blanco y cae de cabeza al suelo. Él gime, rueda de costado y farfulla antes de empezar a roncar. Amina aparece al costado del carro, sosteniendo la petaca del hombre.

—Belladona. —Agita un poco el frasco y se lo arroja al hombre, golpeándolo entre los ojos. No se mueve.

—¿Morirá? —Pregunto—. No creo que haya querido hacernos daño.

—No. Usé jugo de las bayas, no de la raíz —dice Amina—. ¿Escuchas ese ronquido? Tendrá dolor de cabeza, pero vivirá. No podemos correr el riesgo de que le diga a alguien que nos vio. Cuando se despierte, no recordará nada.

—¿Estás segura? —Pregunto, sintiendo una leve punzada de lástima por el hombre.

Amina parece pensativa. —Si tuviera una piedra para ver, te lo podría decir con seguridad, ya que pareces muy preocupada. —Suspira mientras comienza a transferir nuestras pertenencias al carrito del hombre—. Pero no me he encontrado con una de esas en años.

—¿Qué es una piedra para ver? —Pregunto.

—Una alternativa al tipo de adivinación que usamos en el estanque —dice Amina—. Una piedra encantada, pulida como un espejo. Se puede usar para ver todo tipo de cosas, el futuro, el presente, pero son extremadamente raras.

—Escuché una historia cuando era pequeña sobre una reina en otro reino que tenía una piedra que ve —dice Constance—. Un espejo mágico, pero creo que la volvió loca. Se obsesionó con su reflejo y las visiones que veía en él.

—Conozco bien esa historia —dice Amina—. Y al igual que nuestro propio cuento, no es exactamente lo que parece. El poder reflectante del vidrio es algo seductor. Puede mostrarle cosas que necesitan interpretación o puede revelar la verdad tal como es. Puede ser enloquecedor intentar descifrar lo que ves, pero es importante entender que es solo un reflejo. Las cosas que se muestran en él no siempre están escritas en piedra.

—La historia de esa reina dice que intentó matar a su propia hija. Ella dijo que el espejo le dijo que lo hiciera —dice Constance.

—Pero el espejo no le habría dicho que lo hiciera si no estuviera ya en su corazón —dice Amina—. Fue un giro vergonzoso de los acontecimientos. ¿Cómo aprendiste eso?

—¿La historia del espejo mágico? —Pregunta Constance.

—Sí —dice Amina—. Es una historia muy antigua.

—Lo tengo —dice Constance. Ella va a su bolso y saca el libro que había estado cargando todo este tiempo. Las páginas están amarillentas alrededor de los bordes, y algunos de ellos se desprenden de la columna vertebral y simplemente se atascan entre los demás. Constance le entrega el libro a Amina, y ella hojea las páginas mientras subimos al carrito, Constance a las riendas.

—¿De dónde diablos sacaste esto? —Pregunta Amina. No he visto nada que la haya conmovido tanto como esto. Ella está temblando mientras mira a través de él.

—Ha estado en mi familia desde siempre —dice Constance—. Transmitido por la propia Gabrielle.

De repente me siento como si estuviera viendo una reliquia, un objeto mágico no muy diferente a las zapatillas encantadas o incluso a los restos de la propia Cenicienta.

—Es una colección de historias peculiares —dice Constance—. Elaborado por dos hermanas que pasaron la totalidad de sus vidas viajando por el mundo en busca de historias extrañas. La historia de la reina con el espejo mágico está ahí, tan vanidosa que no podía permitir que nadie fuera más guapa que ella. "La Serpiente Blanca", "Los dos hermanos", están todos aquí en estas páginas. Por supuesto, la historia de Cenicienta también está ahí. —Señala un trozo de pergamino pegado entre las páginas en la parte posterior. Amina vuelve a la historia.

No he leído la historia desde antes del baile, pero cuando miro el libro, algo me llama la atención.

—Los dibujos —digo—. Son tan diferentes de la versión de la historia aprobada por el palacio.

—En efecto —dice Amina. Ella estudia las imágenes y luego mira hacia arriba mientras el carro rebota en el camino de tierra desigual. Ella inhala bruscamente y sigo su mirada. El palacio aparece a la vista sobre una colina inclinada. Por mucho que deteste mirar hacia atrás en Lille, ver el castillo de enfrente es peor. El temor se cierne sobre mí a medida que nos acercamos.

Amina mete el libro en la cama del carro mientras Constance nos detiene cerca de donde salí del bosque la noche en que escapé del baile. Constance desata el caballo y empujamos el carro hacia la maleza al lado de la carretera donde nadie lo verá. Atamos el caballo a un árbol un poco más adentro.

—Lo atravesaremos de esta manera —dice Constance, agachándose en la línea de árboles.

Amina la sigue adentro, llevando sus suministros, pero me quedo atrás un momento. El sol se posa en el horizonte, proyectando un resplandor amarillo anaranjado a través del cielo. Ese movimiento familiar del sol poniente es lo único predecible que todavía me sorprende. Todo lo demás en mi vida que estaba destinado a ser predecible ha cambiado irrevocablemente. Una decisión y un giro de acontecimientos milagrosos han puesto mi vida en un camino nuevo e incierto.

Por el rabillo del ojo, veo a Amina de pie tan quieta que un transeúnte podría haberla confundido con una sombra. Ella no habla, no se mueve. Simplemente observa atentamente mientras yo honro el sentimiento dentro de mí que me dijo que esperara, que mirara la puesta de sol y que me diera cuenta de que algo estaba cambiando.

Navegamos por el bosque a la luz moribunda; largas sombras proyectadas en los confines del bosque hacen fantasmas de los árboles, y llegamos a la tumba, envueltos en completa oscuridad. Constance nos guía hasta aquí con apenas una mirada hacia arriba, lo que me hace preguntarme cuántas veces ha hecho este peligroso viaje.

La gran estructura de mármol se destaca en la oscuridad. Mi vida había cambiado para siempre la última vez que estuve aquí, y espero que suceda

lo mismo esta noche. Trato de calmar los latidos de mi corazón mientras nos deslizamos dentro.

Amina camina hacia la parte trasera de la tumba, hacia la pequeña alcoba donde están las zapatillas de cristal. —Ha pasado tanto tiempo —dice en un susurro.

El resplandor de los zapatos encantados baila a través de las paredes de la tumba como la luz del sol reflejándose en la superficie de un estanque. Todo el recinto está bañado por una suave luz azul-blanca, mucho más brillante que cuando estuve aquí la primera vez.

Amina saca los sobres de su bolso, junto con varios frascos pequeños, y me los entrega. Ocre rojo, mirra quemada, jugo de ajenjo y hojas perennes en polvo. Los saco con una cuchara en las proporciones adecuadas y los mezclo en un frasco de vidrio. Constance busca a tientas un trozo de pergamino que se ha doblado en un sobre improvisado donde se almacena una sola hoja de lino. Suavemente tomo el papel de sus manos.

—Lo siento —dice ella—. Estoy conmocionada de repente.

Puse mi mano en su brazo. —Va a estar bien.

Amina se acerca al ataúd de mármol y nos reunimos a su alrededor.

—Necesitaremos empujar la tapa hacia atrás —dice Amina, mirándome inquisitivamente.

Pongo mis manos sobre la tapa. Constance pone sus manos aún temblorosas junto a las mías y las tres empujamos. No se mueve.

—De nuevo —dice Amina.

—No va a funcionar —dice Constance—. Es demasiado pesado.

—Tenemos que abrirlo —dice Amina, y una sensación de urgencia llena su voz. Una pequeña punzada de pánico. Tenemos prohibido estar aquí. No sé si el rey tiene sus guardias cerca, pero si nos encuentran aquí, estamos muertas.

—Tenemos que hacer palanca —digo. Corro afuera para buscar una rama grande y resistente. Encuentro uno más grueso que mi brazo y lo llevo adentro—. Tendremos que romper un trozo de mármol y meterlo dentro, y luego podemos deslizarlo para abrirlo.

Constance se apresura y regresa con una piedra del tamaño de un melón pequeño. Lo sostiene y lo baja con fuerza en la esquina de la tapa. Se rompe, enviando una lluvia de piezas astilladas al suelo. Pongo el palo en el agujero dentado y todos nos apoyamos en él. Gruñendo, la tapa se desliza completamente lejos de la cabeza de Cenicienta, por lo que se asienta en un ángulo a través del ataúd. En la tenue luz que emana de las zapatillas de cristal, las partículas de polvo flotan a nuestro alrededor y el olor a lavanda y jazmín impregna el aire.

Constance se inclina para mirar lo que queda, jadeando bruscamente. Me asomo, temerosa de lo que pueda ver. Una masa de rizos, plateados hasta el punto de brillar, se asoma por debajo de un sudario de seda, que se ha descompuesto en los bordes. El contorno de

un cuerpo se encuentra debajo. Esto es todo lo que queda de la legendaria princesa.

—Quita el sudario del entierro —dice Amina, mirando a Constance.

Constance vacila, sus manos temblando en el borde del ataúd abierto. Lentamente mete la mano y retira la tela. Aprieto mi mano sobre mi boca. Los ojos de Amina se agrandan y su boca se abre en una pequeña O.

Constance niega con la cabeza. —Esto no puede ser correcto. ¿Qué es esto?

28

Cenicienta tenía treinta y ocho años cuando murió, y ha estado en este ataúd durante casi doscientos años. Debería ser huesos y polvo, pero Cenicienta yace con las manos cruzadas sobre el pecho, como si estuviera durmiendo. La decadencia no la ha tocado, pero algo más sí.

Su cabello es tan blanco que es casi transparente. Su rostro está entrecruzado con un mapa de carreteras de líneas y sus párpados caen en pliegues delgados como el papel. Tiene las manos marchitas, las uñas amarillentas y agrietadas, y cada centímetro de su piel es de un pálido color gris. Su apariencia es casi idéntica a la de Liv la mañana en que los guardias del palacio la sacaron de la zanja.

—No está bien —dice Constance, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué se ve así? Así no es como debería verse un cuerpo en absoluto.

Cubro la mano de Constance con la mía. No sé qué decir.

Amina mete la mano en los pliegues de su capa y saca un manojo de artemisa unida con un cordel. Enciende el extremo y un humo espeso y con olor a tierra nubla los confines de la tumba. Luego coloca sus bolsitas alrededor del cuerpo de Cenicienta. —Sophia, prepara la tinta.

Dándole un último apretón a la mano de Constance, agrego un frasco de agua de lluvia al frasco donde había mezclado los polvos. Después de revolver el contenido, se lo entrego a Amina, junto con la hoja de lino. Constance se agarra al costado del ataúd. Ella no aparta la mirada de Cenicienta. Amina escribe cuidadosamente en la hoja con una pluma y la tinta recién preparada.

Levántate y habla

Metiendo la mano en el ataúd, Amina abre suavemente la boca de Cenicienta y coloca la hoja dentro. Girándose y arrodillándose al pie del

sarcófago, nos hace señas para que nos unamos a ella. Tomo a Constance del brazo y la llevo lejos. Parece estar en una especie de trance.

—Ven —dice Amina—. Siéntate aquí. Todo saldrá bien. —Es lo más reconfortante que le ha dicho a Constance en mi presencia, y aun así es un poco brusco. Nos arrodillamos al lado de Amina.

Saca el grimorio y, usando un par de tijeras de plata, sujeta las cintas que unen las páginas cerca del final del libro. El libro se abre por una grieta en el sello de cera. Pasa los dedos por las páginas y se detiene cuando llega a lo que busca.

Garabateados en las dos páginas abiertas están los ingredientes, las fases de la luna y las instrucciones del hechizo. Hay bocetos de una tumba recién abierta, una flor, con los pétalos aplastados por las páginas, desmoronados y podridos. Al final de la página hay palabras escritas en tinta roja.

El conjugador está atado al cadáver levantado hasta la muerte.

Las manos de Amina tiemblan al borde de la página. Esta magia la asusta.

En la pequeña jaula de madera, el conejo corre en círculos. Amina mete la mano y lo toma por la nuca. En su mano opuesta hay un cuchillo pequeño. Su hoja brilla a la luz de las zapatillas de cristal.

—No puedo mirar —digo. Todo lo que puedo pensar es la cabeza de la costurera rodando por el suelo.

Amina suspira. —Entonces no lo hagas.

Cierro los ojos y escucho a Constance gemir. Cuando los abro de nuevo, Amina sostiene el pequeño corazón que aún palpita en la palma de su mano.

—Rápido, cada una de nosotras debe pronunciar su nombre una vez. Claro y con la intención de que ella se reencuentre con los vivos. —Amina hace una pausa y cierra los ojos.

—Cenicienta.

Una descarga de energía me atraviesa y miro a mi alrededor salvajemente, con el corazón acelerado. El vello de mis brazos y de la nuca se eriza.

—Di su nombre —dice Amina.

—Cenicienta —digo. Otro pulso de energía y un coro de susurros, como si la gente estuviera discutiendo en algún lugar cercano.

El aire se vuelve pesado y un zumbido bajo y resonante se eleva desde el suelo. Mi piel se eriza cuando miro a Constance. Tiene los ojos cerrados. Ella toma una respiración profunda.

—Cenicienta.

Un ruido sordo proviene del interior del ataúd. Mi corazón se acelera, al igual que el que Amina tiene en la mano. Cerré los ojos con fuerza, temeroso de mirar. Hay un ruido como el susurro de las hojas y luego una larga y lenta exhalación.

—Por favor —dice una voz desconocida—. Por favor, ayúdame.

Abro los ojos, no mirando hacia adelante, sino directamente al suelo, mi corazón todavía late con fuerza. Constance se pone de pie y también Amina. Me levanto lentamente y nivel mi mirada con el ataúd, donde una figura está sentada erguida. En la luz parpadeante, sus párpados se abren, revelando los orbes de color blanco lechoso debajo.

—¿Quién está ahí? —Pregunta Cenicienta, su voz ronca y crepitante como el sonido de papel quemado.

Constance permanece en una bruma sin parpadear al lado del ataúd. Amina sostiene el corazón del conejo. Se seca y se arruga en una bola de polvo ante mis ojos.

—No estoy destinada a estar aquí —susurra Cenicienta.

—Te he convocado —dice Amina—. No lo habría hecho si no fuera absolutamente necesario.

El cabello blanco como la nieve de Cenicienta le cae por la espalda, y mira de mí a Amina y luego a Constance. Una lluvia de polvo se libera de ella mientras inclina la cabeza hacia un lado. —¿Gabrielle?

Un fantasma literal nos está hablando, y se necesita todo lo que tengo para no ceder a la vocecita en mi cabeza que me grita que corra.

—No —dice Constance, acercándose al ataúd—. Gabrielle se ha ido.

Ellos… se han ido todos.

—¿Quién eres tú? —Pregunta Cenicienta, estudiando a Constance con atención.

—Mi nombre es Constance. Han pasado generaciones desde que Gabrielle estaba viva. Ella fue mi abuela muchas veces.

—Tú… te pareces a ella. —A Cenicienta se le escapa el aliento—. Mi Gabrielle.

Se forma un nudo en mi garganta. El nombre de Gabrielle de los labios de Cenicienta suena como si nada más que amor quedara en su memoria, desvanecido como debe estar. —Algo está mal. Muy, muy mal —dice Cenicienta.

Constance se acerca. —Necesito preguntarte algo. Necesito saber qué intentabas decirle a Gabrielle la noche que fuiste a verla.

—La noche que fui… a… ver… —Cenicienta mira hacia fuera—. No puedo… recordar. Todo está descolorido.

—Dale un momento —dice Amina.

Y tú… yo te conozco. —Cenicienta mira a Amina—. Te conozco.

—Sí —dice Amina, sacudiendo la cabeza como si no quisiera que se lo recordara—. Te ayudé a llegar al baile hace tantos años.

—¿El baile? —Pregunta Cenicienta—. Oh… yo… lo recuerdo. Sí. El baile.

—Por favor —dice Constance—. Trata de recordar. Fuiste a ver a Gabrielle, pero te llevaron antes de que ella pudiera hablar contigo. ¿Estabas tratando de decirle algo sobre el rey? Ella te escuchó decir que estaba maldito. ¿Qué querías decir? —Constance mete la mano en el ataúd y toma suavemente la mano de Cenicienta. Estoy, por centésima vez, asombrada por su valentía.

—No tenemos mucho tiempo. ¿Cómo lo detenemos? —Constance presiona.

—¿Detenerlo? —Cenicienta se mueve en su ataúd—. ¡Detenlo… detenlo… DETENLO! —Ella grita tan fuerte que toda la tumba reverbera, y el reconocimiento destella en sus ojos. De repente está alerta, concentrada y asustada. Se estira y toma la cara de Constance entre sus manos—. Mírame. Él me hizo esto.

Me acerco al ataúd. —¿Qué hizo él? —Cenicienta abraza a Constance con fuerza.

—Él… toma —tartamudea Cenicienta—. Él toma, él siempre toma. Y la tristeza, yo estaba tan sola.

Constance apoya las manos en los brazos extendidos de Cenicienta. —¿Qué quieres decir? ¿Qué tipo de magia hace esto?

—¿Qué toma? —Pregunto.

—No lo sé —dice Cenicienta—. No lo recuerdo. Solo estaba él, y la luz, y luego no había nada.

La luz. Mi visión. Están conectados.

—Vi algo en una visión —le digo a Cenicienta—. Vi al rey, y tuve una sensación en mi pecho como si estuviera siendo arrastrada hacia un vacío.

—No puedo recordar. —Cenicienta suspira y se desploma contra el costado del ataúd. Nos estamos quedando sin tiempo.

—¿Hay algo más que puedas decirnos? —Pregunta Constance. Cenicienta echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

Mis pensamientos van en círculos. ¿Qué les está haciendo Manford a estas chicas? ¿Qué tipo de magia oscura ejerce? Tengo que volver al palacio. —Voy a encontrar una manera de acabar con él. Te prometo.

—Ella se está desvaneciendo —dice Amina—. Ella no tiene mucho tiempo. —Rápidamente saca un largo trozo de cuerda que tiene dos nudos. Sostiene sus tijeras y las corta por la mitad.

Cenicienta comienza a hundirse de nuevo en su ataúd y Constance lucha por mantenerla erguida.

—¿Para qué era eso? —Pregunta Constance—. ¿Qué hiciste?

—Ella no pertenece aquí —dice Amina en voz baja—. Tenemos que dejarla descansar, y no estaré atada a un cadáver viviente por el resto de mis días. Corté la conexión entre nosotros. Tienes que dejarla ir.

Constance asiente, bajando los ojos. —Lo detendremos. Lo juro. —Suena lo suficientemente decidida como para marchar directamente hacia el rey e intentar matarlo ella misma.

—No dejes que lastime a nadie más —dice Cenicienta, su voz no es más que un susurro. Le llevé el librito, el diario, a Gabrielle. Yo… yo no podía dárselo antes, antes de que me llevaran. Encuéntralo. —Cierra los ojos y Constance la acuesta dentro del ataúd.

El pecho de Cenicienta sube y baja por última vez antes de quedarse quieta como la estatua de mármol. Constance coloca el sudario funerario sobre ella y coloca las manos sobre su pecho. Permanecemos en completo silencio durante mucho tiempo. Espero a que una de ellas se mueva o hable.

—Ayúdame a volver a poner la tapa —dice Constance.

Después de colocar la tapa en su lugar, salimos de la tumba y Constance y Amina se sientan en el escalón. Camino por la hierba cubierta de maleza.

—¿Qué hacemos ahora? —Pregunta Constance—. Todavía no sabemos cómo detenerlo.

—No, pero sabemos que Cenicienta estaba tratando de darle a Gabrielle algún tipo de diario —digo—. Lo que sea que haya dentro era importante para Cenicienta. Y la luz, ¿de qué luz estaba hablando Cenicienta?

—Ella dijo que eran solo él y ella y la luz —dice Constance. Y luego nada. Él estaba allí cuando ella murió y ella dijo que él le hizo eso.

Asiento con la cabeza. Todavía no sé dónde nos deja esto, y me siento a los pies de Constance.

—Tienes que permanecer escondida —dice Constance—. El rey te está buscando, y creo que puede tener alguna idea de dónde estás. Dijiste que sus guardias vinieron a tu casa y no creo que sea una coincidencia que acaba de aparecer en el Bosque Blanco. —Ella le lanza a Amina una mirada enojada—. Nos está siguiendo.

—A pesar de toda su crueldad, es un hombre muy inteligente —dice Amina—. Creo que a veces cometemos el error de pensar que los monstruos son aberraciones aberrantes, acechando en los rincones más oscuros, cuando la verdad es mucho más inquietante. Los hombres más monstruosos son los que se sientan a la vista, desafiándote a desafiarlos. Es calculador y manipulador, y créeme cuando digo que no se detendrá hasta que te encuentre.

Su tono ominoso envía un escalofrío directamente a mi espalda. —¿A dónde iremos?

—Deberíamos volver a la casa de la infancia de Cenicienta —dice Constance—. Solo por el momento. Hasta que podamos hacer un mejor plan.

—¿Ese lugar todavía está en pie? —Pregunta Amina.

Asiento, pero no me gusta la idea. —¿Entonces corremos y nos escondemos?

—Creo que tenemos que hacer un plan sólido —dice Constance. Vayamos a un lugar seguro y luego sentémonos y averigüemos todo esto.

—Tenemos tiempo para planificar, ¿pero ellos? Las mujeres de Lille, quiero decir —digo. Miro en dirección al palacio—. ¿A cuántas chicas lastimará antes de que tengamos la oportunidad de detenerlo?

¿Cuántas mujeres están siendo lastimadas en este momento en Mersailles debido a las reglas que él hizo? —Miro hacia atrás—. ¿Y qué hay de los muchachos que nunca tendrán la oportunidad de ser personas decentes porque se les enseña desde la cuna a ser despreciables? ¿Y nos vamos a esconder? Lo quiero muerto. Ahora mismo. —Digo esas palabras y me pregunto si es demasiado, si he ido demasiado lejos. No. Eso es exactamente lo que se necesita para detenerlo. Nada que no sea la muerte servirá.

—Necesitamos un plan, Sophia —dice Amina—. No podemos dar un solo paso en falso.

El peso de todo lo que hemos aprendido me presiona. ¿Pero no es esto lo que pedí? ¿Para encontrar una forma de marcar la diferencia?

—Toda mi familia ha sido sacrificada por esta idea de detener al rey —dice Constance—. Nos hemos escondido, vivido en la oscuridad, nos hemos convertido en fantasmas. Esperando, entrenando, esperando que algún día llegara el momento de acabar con él, y había perdido toda esperanza real de que se pudiera hacer un cambio. Pero ahora tenemos una oportunidad real. —Ella me mira—. Estoy contigo. Hasta el final, si eso es lo que se necesita.

—Una vida de correr, esconderse y tener miedo todos los días no es vida en absoluto —digo. Miro a Constance a los ojos—. Pondremos las piezas juntas y luego lo destruiremos.

29

Recogemos nuestro carro y caballo y recorremos el largo camino alrededor de las afueras de Lille. Tomamos el camino bifurcado hacia la casa en ruinas donde Constance y yo nos refugiamos hace unas pocas semanas. El camino todavía está cubierto de maleza y es imposible recorrerlo con el carro, por lo que lo dejamos en la cuneta, cubierto de ramas.

Amina reduce la velocidad cuando nos acercamos a la casa. Observo sus ojos moverse sobre la fachada, deteniéndose en la puerta principal rota y el techo parcialmente derrumbado.

—Ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí —dice Amina, su tono suave. Se vuelve y mira las amapolas que aún tiñen el paisaje de naranja—. Veo que un poco de mi magia aún persiste aquí.

—¿Tu magia? —Pregunto—. ¿Hace que las flores florezcan así, incluso en invierno?

—No a propósito, pero se hizo tanta magia aquí, en estos mismos terrenos, creo que la tierra no puede evitar ser cambiada.

—No estaremos aquí por mucho tiempo —digo—. Unos días, una semana como máximo. Solo hasta que sepamos qué hacer a continuación.

Subimos los escalones de la entrada y nos paramos fuera de la puerta. Amina toma una respiración larga y profunda y la deja escapar en un siseo entre sus labios fruncidos. Entramos en la sala del pasillo principal y Amina se pone a trabajar encendiendo un fuego mientras yo ayudo a Constance a traer nuestros suministros del carrito. Dejé el caballo en el pequeño establo cerca del patio trasero, mirando la tumba debajo del árbol gigante.

Una vez que terminamos, Constance y yo nos reunimos con Amina en el salón. Se está haciendo un pequeño nido de mantas junto al fuego.

—¿Estás cómoda? —Constance pregunta, disparándole a Amina una mirada de desaprobación.

—Bastante —dice Amina secamente.

—¿No puedes bibbidi-bobbidi-boo el lugar de nuevo? —Pregunto mientras una ráfaga de viento azota la habitación, sacudiendo los huesos de la casa.

Constance se ríe e incluso Amina esboza una pequeña sonrisa. —No funciona de esa manera. —Saca su pipa y fuma—. Voy a dar un paseo. Aclarar mi mente.

—¿No quieres empezar con un plan ahora? —Pregunto.

—¿Esta misma noche? —Pregunta Amina—. Admiro tu tenacidad, querida, pero no podemos apresurarnos en esto. Empezaremos a primera hora de la mañana.

Amina se levanta y sale arrastrando los pies de la habitación. Siento que no estamos haciendo lo suficiente, como si no nos moviéramos lo suficientemente rápido. Me vuelvo hacia Constance para quejarme y ella sonríe.

—Ella volverá —dice—. No estaría triste si no lo hiciera, pero estoy seguro de que lo hará.

—Lo sé, pero siento que no estamos haciendo lo suficiente.

—Acabamos de resucitar un cadáver de entre los muertos, Sophia.

—Aun así —digo.

Constance empuja la tetera sobre el fuego y nos sentamos. De repente me doy cuenta de que ella y yo estamos solas, juntas por primera vez desde antes de que encontráramos a Amina en el Bosque Blanco.

Constance inclina su cuerpo hacia mí, enrollando un mechón de cabello alrededor de su dedo. —¿Piensas a menudo en tu amiga Erin?

La pregunta me toma desprevenida, aunque sé que es algo de lo que tendremos que hablar eventualmente. Lo he estado evitando porque no sé

qué decir. Decido ser completamente honesta. —Lo hago. Pienso en ella todo el tiempo.

Constance mira hacia abajo como si esa no fuera la respuesta que quería.

—Nunca pensé que podría sentir lo que siento por Erin hacia nadie más —digo—. Pero cuando te conocí, eso cambió.

Constance estudia mi rostro con el ceño fruncido. —Pero todavía te preocupas por ella.

—Creo que siempre me preocuparé por ella. Quiero que ella esté a salvo. Quiero que ella esté bien, incluso si ella y yo no podemos estar juntas. —Duele decir eso en voz alta. Durante tanto tiempo, solo estuvo Erin. Pero con Constance, veo otro camino, uno en el que no estoy luchando constantemente por su afecto o luchando por convencerla de que está bien que se preocupe por mí.

Cuando la luz del fuego baila en el rostro de Constance, todo lo que quiero es decirle cuánto la adoro, cómo me hace sentir, que no tengo que tener miedo, pero Erin siempre está ahí en el fondo de mi mente.

—Nunca trataría de interponerme entre tú y ella —dice Constance—. Solo quiero que sepas que me preocupo por ti y que no importa lo que digan o piensen los demás.

Me acerco más a ella, inclinándome hacia ella. —Con Erin, soy principalmente yo persiguiéndola, tratando de obligarla a entender que… —Me apago. No es justo decir nada malo de Erin. Sé lo que le ha hecho vivir en Lille y no es culpa suya.

—¿Entender qué? —Constance pregunta con tono suave.

—¿Entender que lo valgo? Que *ella* lo vale. No lo sé. —Lucho por encontrar las palabras adecuadas—. Por un tiempo, me convencí de que podíamos hacer que las cosas funcionen. Si pudiéramos aguantar, si estuviéramos dispuestas a luchar por ello.

—¿Y ustedes dos pelearon por eso? —Constance mira hacia abajo.

—Ella no quería. —Las palabras se me quedan en la garganta. Me enojan, me entristecen y me duelen al mismo tiempo—. Ella quería que siguiéramos la ley, que obedeciéramos a nuestros padres. Y creo que, más que nada, ella creía que lo que sentíamos la una por la otra estaba mal. —Hago una pausa, eligiendo mis palabras con cuidado—. Ahora me doy cuenta de que ella no estaba dispuesta a arriesgarlo todo para estar conmigo y que no debería haber presionado tanto.

—Te preocupabas por ella, así que empujaste. Yo hubiera hecho lo mismo por ti. —Ella me mira, sus profundos ojos castaños son suaves, interrogantes.

Mi corazón se acelera. No sé qué decir o hacer. Todo lo que sé es que quiero estar cerca de ella. Me inclino y ella levanta la mano, pasando sus dedos por el costado de mi cuello, trazando mi clavícula. Mi estómago se hace un nudo. Antes de que tenga la oportunidad de pensarlo demasiado, presiono mis labios contra los de ella. Sus manos se mueven hacia mi cuello y mi cara. Una oleada de calidez se apodera de mí mientras se presiona contra mí. Hay una urgencia en su beso, como si estuviera tratando de demostrarme cuánto le importa, y me entrego a ella incondicionalmente.

El fuego en mí, que ha ardido por ella, cobra vida de una manera que nunca pensé que fuera posible. Estoy perdida en la marea de su respiración, el dulce olor de su piel, el empuje y tirón de nuestros cuerpos una contra la otra. Cada toque envía un escalofrío directamente a través de mí. En este momento, nada más importa, solo la entrega a los sentimientos que compartimos.

A última hora de la noche, Amina regresa de su paseo.

—A dónde te escapaste —Constance pregunta, alisando su túnica y peinando su cabello en un moño rizado en la parte superior de su cabeza.

Amina se sienta en la silla y prepara su pipa. —Di un paseo. Y tengo algo interesante que compartir.

—¿Algo sobre el rey? —Pregunto.

—En cierto modo, sí. Parece que no tendremos que esperar demasiado para tener la oportunidad de enfrentarnos a él. —Amina mete la mano en su capa, saca un papel doblado y me lo da. Se lo muestro a Constance.

—Ha pegado estos volantes por toda la ciudad. Clavado uno en cada puerta —dice Amina—. Todas las chicas del reino deberán asistir a un cotillón en el solsticio de invierno.

—Tu caminata te llevó más lejos de lo que esperabas —dice Constance, mirando a Amina con recelo.

—Me está buscando —digo—. No quiere esperar hasta el próximo baile. Él cree que esto me sacará de quicio.

—Y tiene razón —dice Amina, resoplando y mirando fijamente—. Tenemos menos tiempo para prepararnos ahora, pero esta es nuestra oportunidad. —Su tono es tenso, casi triste. Me pregunto si ha cambiado de opinión acerca de querer ayudarnos.

—Entonces deberíamos empezar —digo, mirando a Constance, que solo asiente—. Creo que deberíamos empezar tratando de encontrar el librito del que habló Cenicienta.

Constance asiente. —Dijo que era un diario, y si arriesgó su vida para intentar dárselo a Gabrielle, entonces debe ser importante.

—Y si todavía existe, si ella lo llevó de regreso al castillo, no se sabe qué fue de él —dice Amina—. Pero estamos hablando de un objeto que existió hace doscientos años. Podría ser polvo por lo que sabemos.

Niego con la cabeza. —Tenemos que intentar. El cotillón es nuestra entrada.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —Pregunta Amina. Hay de nuevo un tono solemne en su voz. Me preocupa que haya algo que no nos esté diciendo.

Constance se endereza. —Lo mataremos. Eso es lo que haremos. Amina se sienta, suspira profundamente, pero no dice nada.

30

Pasamos cada noche conduciendo al cotillón en el salón con una olla de estofado y una tetera con té negro fuerte, repasando todos los aspectos de lo que sabemos hasta ahora sobre el rey, sobre el palacio. Hacemos planes, tachando los detalles en un pergamino, pero cada uno de estos planos se enciende en el fondo de la chimenea cuando se nota un defecto. Habrá poco margen de error y nada de lo que se nos ocurra parece suficientemente bueno.

Amina ha realizado varios viajes más a la ciudad y escuchó el rumor de que el rey ha aumentado la seguridad en la frontera debido a un aumento en los incidentes perturbadores. Constance pensó que podrían haber sido organizados por los otros fugitivos de los que había hablado, pero tenía pocas esperanzas de que quedaran suficientes para llevar a cabo un levantamiento. Amina pensó que podrían ser personas que todavía estaban atrapadas bajo el pulgar del rey, resistiéndose por mi escape. No puedo imaginar lo enojado que debe haberlo hecho.

Además de hacer que el cotillón sea obligatorio, el Rey Manford ha dejado en claro que cualquier persona que desobedezca intencionalmente sus órdenes será considerada una confiscación, su propiedad confiscada y sus familiares ejecutados. Son las palabras de un hombre desesperado.

Nuestra planificación se detiene cuando tratamos de averiguar qué pasará una vez que estemos dentro del palacio.

—Hemos llegado a la parte más importante y todavía nada —digo una noche mientras nos devanamos los sesos. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Sabemos que podemos entrar —dice Constance—. Pero una vez que se dé cuenta de quién eres, que eres la que escapó, serás un objetivo.

Las visiones que tuve en el estanque no se han detenido desde que llegamos a nuestra nueva residencia. Todavía sueño casi todas las noches con el rey y la luz. —Necesito encontrar el diario de Cenicienta. Esa es la clave. Simplemente lo sé.

Amina revisa sus pertenencias y saca un libro que reconozco de inmediato. Es la versión aprobada por el palacio de la historia de Cenicienta.

—Ni siquiera quiero mirar eso ahora —digo.

Hojea las páginas y luego se detiene abruptamente, mirando hacia arriba. —Constance, me gustaría echar otro vistazo a ese libro de cuentos de hadas, el que dijiste que te lo transmitieron.

Constance pone los ojos en blanco y va a buscar el libro y se lo entrega a Amina.

—Empecemos por el principio, ¿de acuerdo? —Pregunta Amina.

—No tenemos tiempo para esto —digo.

Amina ignora mis protestas y abre el libro de Constance, pasando la mano por la primera página, una escena de Cenicienta cuando era una niña pequeña, parada en el escalón de la entrada de su casa y sosteniendo la mano de su padre. Amina mira de un lado a otro entre las dos versiones del cuento de Cenicienta.

—Exactamente como la versión aprobada por el palacio —digo.

Amina niega con la cabeza. —Mira de nuevo.

Me inclino. Ella tiene razón. El dibujo más grande es el mismo, pero en el fondo hay algo en el suelo, un montón que casi sangra en la intrincada representación del follaje que marca el camino hacia la casa.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿No dijiste que la madre de Cenicienta fue ejecutada en el camino de entrada? —Le pregunto a Constance.

Ella solo asiente. El pequeño montón de tinta parece una persona caída en el suelo.

Tomo el libro de Amina y lo dejo en el suelo, colocando la versión aprobada por el palacio justo al lado. —El siguiente dibujo debería ser uno de una Cenicienta mayor inclinándose frente a su nueva madrastra.

Lo es, pero en la versión de Constance, Lady Davis se inclina hacia adelante, su mano extendida, su rostro gentil, sus ojos llenos de dolor, y Cenicienta no se inclina tanto como se arrodilla, como si acabara de colapsar, sus dedos rígidos contra el piso.

—El encarcelamiento y ejecución de su padre —dice Constance. Ella me mira—. ¿Qué está pasando aquí?

—Creo que este libro puede estar más cerca de la verdad que cualquier cosa que haya visto —dice Amina—. Quien lo haya grabado de esta manera, con los dibujos contando la historia real, se habría arriesgado mucho al hacerlo.

Lo hojeamos y veo otra diferencia. —En la versión de palacio, dice que después de la boda de Cenicienta, Gabrielle y su hermana menor, Isla, le sacaron los ojos mientras su madre se veía obligada a mirar, y luego los enviaron al bosque para permanecer en el exilio hasta que murieran. En el libro de Constance, están exiliados sin todos los detalles sangrientos.

—Los dejaron ahí afuera para que se pudrieran, pero no fue así —dice Constance—. Se escaparon.

Leo sobre las palabras. —El color del vestido es diferente en tu versión, Constance. Además, dice que las hermanastras simplemente intentaron colocarse el zapato de cristal, pero en el texto del palacio dice que se cortaron los dedos de los pies para tratar de que les quedara. —Miro a Constance—. La gente los odia. Vi a una niña en la celebración del bicentenario llorar al pensar en ser como ellas.

Constance dibuja su boca en una línea dura. —Las hizo monstruos para distraer la atención de él. Él es el verdadero monstruo.

—Y ahora mira —digo—. Todos estos años después, la gente lo toma como un hecho. Es como si repetir la mentira una y otra vez la hiciera realidad.

Me agacho y me dirijo a la última imagen. Muestra a Cenicienta y el Príncipe Encantador compartiendo un beso apasionado en el contexto del palacio real.

—El último dibujo en la historia aprobada por el palacio es de Cenicienta sentada en su trono junto a su príncipe —digo—. Su trono es de oro con rubíes, y el de ella es sencillo. Y su trono se encuentra en una plataforma casi dos cabezas por encima de Cenicienta.

Estudiamos la última imagen del libro de Constance. El cabello rizado de Cenicienta se lleva en una trenza que le cuelga por la espalda. Ella se encuentra cara a cara con Encantador, sus brazos envueltos alrededor de ella.

Paso mi mano sobre la imagen. —Los brazos del príncipe, uno alrededor de su cintura, otro alrededor de su cuello. —Los brazos de Cenicienta cuelgan a los lados, sus dedos se encrespan en puños—. Se supone que este es el comienzo de sus felices para siempre. ¿Y ella no lo abraza? Tiene las manos apretadas. —Oigo la respiración de Amina en rápida sucesión mientras mira el libro de Constance. Me tiemblan los dedos en el borde de la página.

Constance se inclina. —Se están besando.

—No —digo—. No lo están.

Cojo el libro y me quedo con él en medio de la habitación. Una luz brillante, como una nube pequeña y luminosa, cuelga alrededor de sus cabezas en el espacio donde sus rostros se unen. Sus labios se separaron, pero no se tocaron. La nube de luz parece como si estuviera pasando entre ellos. Los ojos de cenicienta están abiertos y en blanco, mirando al frente. Empujo el libro lejos de mí, temiendo que el rey salga del cuadro justo delante de mis ojos. Mi visión de la piscina y esta imagen son casi idénticas. El rey, la bola de luz. —Esto es lo que vi en mi visión.

Constance se pasa las manos por la cara y deja que los brazos caigan pesadamente a los costados. —Estás muy callada —le dice a Amina.

—¿Lo estoy? —Pregunta Amina, poniendo los ojos en blanco.

—Debes saber más… Es tu culpa que Cenicienta se enamorara de Manford disfrazado de Príncipe Encantador. —El tono de Constance es agudo, enojado—. ¿Qué le pasó realmente a Cenicienta?

Amina niega con la cabeza. —Hay muchas cosas que debería haber hecho de manera diferente.

Constance está furiosa. —Estabas escondido ahí fuera para no tener que enfrentarte a lo que has hecho. Pasaste años siguiendo a Manford, ayudándolo a arruinar la vida de las personas. Has tenido todo este tiempo, tiempo que no se le concede a nadie más, y ¿qué haces? Te escondes.

—El propósito de mi vida no estaba claro hasta que te conocí, cariño —dice Amina con tono burlón—. Ahora sé que se supone que debo seguirte, arruinando tu vida, tal vez para siempre. ¿Como suena eso?

La mano de Constance se mueve hacia su daga.

—Pruébalo —dice Amina—. Mira qué pasa.

—Sólo detente —le digo. Me muevo entre ellas—. Ustedes dos. Faltan días para el cotillón y no estamos más cerca de un plan. —Vuelvo a mirar la foto—. Soy yo quien ha provocado esas pequeñas rebeliones de las que hemos oído hablar. Yo soy el que ha estado cazando. Y voy a tener que dejar que se acerque a mí, para poder poner una daga en su cuello.

Amina se mueve en su asiento y Constance cruza los brazos con fuerza sobre el pecho.

—El cuello es un objetivo pequeño —dice Constance—. Primero debes apuntar a algo más grande, el pecho o el vientre.

Amina gira lentamente la cabeza para mirar a Constance.

—Eso es… útil —digo.

Amina se levanta y sale de la habitación.

Constance se vuelve hacia mí. —Yo digo que practicamos nuestras habilidades con el cuchillo en ella.

Ella solo está bromeando a medias.

Constance hace un objetivo con un atuendo que tiene en su bolsa de arpillera: un par de pantalones y una túnica, las mangas y piernas cosidas y rellenas de hierba y hojas muertas. La cabeza es una calabaza, la mitad del tamaño de una cabeza humana normal, y Constance ha pintado un par de ojos y una boca, con el ceño fruncido. Es espantoso.

Lo apoya contra uno de los árboles que bordean el camino y hace un gesto hacia eso.

—Apuñálalo.

Miro la hoja en mi mano. —En cualquier lugar o…

Constance se ríe. —Deja que te enseñe.

Da un paso detrás de mí y desliza su mano derecha por mi brazo. Sé que se supone que debo concentrarme en entrenar, pero ya puedo decir que va a ser difícil con ella tan cerca de mí.

—Hay tres cosas que tienes que hacer cuando estás usando una hoja —dice—. Tienes que poder agarrar la daga; tienes que ser capaz de golpear a lo que sea, o en este caso, el objetivo; y tienes que tener todos tus dedos cuando termines.

—Suena bastante sencillo.

Ella asiente. Ella había afilado y pulido su daga, y mientras la sostengo en la mano extendida, no puedo evitar sentirme un poco más segura.

Constance pone su mano sobre la mía. —Sostenlo de esta manera, señala hacia arriba, es bueno para empujar. Movimientos rápidos y

precisos. —Empuja mi mano hacia adelante—. No se necesita mucha fuerza para perforar la piel.

Trago saliva. Ella es muy buena en esto y me pregunto cuántas veces ha tenido que hacerlo. Ella pone su mano opuesta en la parte baja de mi espalda y se inclina cerca de mi oído. Creo que hablará sobre alguna otra información útil, pero en cambio deja que sus labios rocen el costado de mi cuello. Dejo caer la daga.

La risa de Constance es como campanas. Podría escucharlo todo el día. Coge la daga y la vuelve a poner en mi mano. —Eso fue mi culpa.

Constance me muestra cómo inclinar mi brazo para hacer el corte.

Copio sus movimientos. Apuñalo al objetivo de peluche.

—Bien —dice ella—. Ahora gira la hoja para que la punta apunte hacia abajo.

Hago lo que ella dice.

—Este es un golpe mortal —dice, hundiendo su daga en la corteza de la calabaza. Se divide por la mitad y cae de la parte superior de los hombros del objetivo.

—Eso probablemente no sucederá si intentas apuñalarlo en la cabeza, pero hay esperanza, ¿verdad?

—Bien —digo, un poco conmocionado. Presiona el mango de la daga en mi palma. Levanto la hoja y la bajo, justo en el pecho del objetivo.

—Bien —dice Constance, sonriendo—. No soy tan buena maestra como mi madre, pero nos las arreglaremos. —Ella mira al suelo.

—Creo que eres un gran maestra —le digo—. Mira. —Apuñalo al objetivo unas cuantas veces y Constance se ríe—. ¿Qué más te enseñó?

Ella duda un momento.

—No tenemos que hablar de eso —digo, apoyando mi mano en su brazo.

Ella me mira. —Mi madre fue la mujer más feroz que he conocido. Ella me enseñó todo lo que sé. Su madre antes que ella también era una luchadora. Una vez, cuando tenía once años, nos mudamos tan al norte como siempre. Un pequeño regimiento de hombres del rey nos siguió a través de las montañas y se nos acercó por la noche. Uno de ellos me puso un cuchillo en la garganta.

La idea de que alguien la lastime me enoja tanto que apenas puedo contenerme.

—Mi madre lo atravesó directamente y su cuchillo me desgarró el brazo mientras se alejaba de mí. —Pasa la mano por la cicatriz de su brazo—. Ella mató a dos más y se escapó conmigo en uno de sus caballos.

—Tu madre fue una heroína.

—No creo que a ella le hubiera gustado ese título en absoluto, pero realmente le gustaba. —Los ojos de Constance se empañan—. Puede que mi familia se haya visto obligada a abandonar Lille, pero nunca lo olvidaron. —Su voz se atora en su garganta—. Ojalá quedara alguien para presenciar este momento.

—Lo presenciarás —le digo. Tú y yo juntas. Los haremos sentir orgullosos o moriremos en el intento.

Hay una pausa. He dicho en voz alta lo que siempre está en el fondo de nuestras mentes. No importa cuánto nos reímos o bromeemos o tratemos de encontrar lo bueno en nuestra situación, existe una posibilidad muy real de que no salgamos de esta con vida.

Constance me mira. —¿Te he dicho lo increíble que eres?

—Hoy no —bromeo.

Practicamos con la daga, rellenamos y volvemos a vestir al objetivo cuando lo hemos hecho pedazos, y robamos momentos solos, que se sienten fugaces. La anhelo, incluso cuando estoy a su lado. Siento un tirón de tocarla, de hablar para ella, conocer cada uno de sus pensamientos, pero, aun así, no puedo salir de este pesado sentimiento.

Debo matar al rey.

Es la única forma de hacer que esto funcione, y me pregunto si estoy a la altura. ¿Puedo quitarle la vida? ¿Soy capaz de eso? Pienso en lo que está en juego y en todo lo que ya se ha perdido, y las respuestas son claras.

Tengo que ponerlo en el suelo. Esa es nuestra única esperanza.

31

Tres noches antes del cotillón, sueño con Liv y Erin, con Luke y Constance, y con la costurera. Veo el rostro de Constance brillando como el sol, y Liv y Luke parados a lo lejos bajo un enebro. Liv sonríe mientras Constance y yo bailamos felices en el campo de amapolas que pasa junto al huerto. Las flores en rojos vibrantes y amarillos pálidos nos rodean mientras siento la calidez de la piel de Constance y percibo el olor de su perfume de verbena de limón. Damos vueltas y vueltas, nuestras manos juntas.

Y luego aparece Erin. Su ropa está hecha jirones, su cara magullada. Llora lágrimas silenciosas mientras me mira con Constance. Me grita y corro hacia ella. Constance me llama por mi nombre mientras me paro entre ellas. Me están tirando en ambas direcciones, como si me estuvieran destrozando. Entonces aparece un hombre al lado de Erin. Édouard. La agarra por la muñeca y la arrastra mientras ella grita mi nombre. La costurera da un paso adelante, una herida abierta rodea su cuello. Ella se acerca a mí y yo retrocedo.

—¡Lo siento! —Grito—. ¡Lo siento mucho!

Una oscuridad sofocante cae a mi alrededor y todos se han ido. En la oscuridad, alguien se ríe. Un sonido profundo y gutural que comienza bajo y distante, luego se hincha hasta volverse ensordecedor. Me tapo los oídos, pero no puedo bloquearlo

Me despierto en las primeras horas de la mañana; la ropa de cama se me pega a la espalda empapada de sudor y el pelo se me pega a la frente húmeda. Lloro más fuerte que en semanas. La mano de Constance encuentra la mía debajo de las mantas.

—¿Qué es? —Pregunta, apartando mi cabello de mi cara.

No quiero lastimarla, pero hay algo que debo hacer. —Necesito ver a Erin para asegurarme de que está bien.

Constance me da una sonrisa de dolor. —No está bien, Sophia. Tú lo sabes.

—Sí, pero tengo que ir —susurro—. Si no podemos detener al rey, es posible que nunca la vuelva a ver. Necesito hacer esto. Por favor entiende.

Constance baja la cabeza. —Será peligroso, pero puedo ver que ya has tomado una decisión.

—Cuando la vi en el mercado antes de salir de Lille, ya estaba herida. No puedo imaginar cómo han sido para ella estas últimas semanas.

—El rey te está buscando. No puedes simplemente entrar a la ciudad y llamar a su puerta.

—Lo sé, pero tengo que ir. —Tomo su mano, pero ella se aparta de mí.

—¿Por qué? —Constance pregunta, su rostro se endurece—. ¿Por qué tienes que ir? ¿Qué ha hecho ella además de lastimarte?

—No es tan simple —digo—. No entiendes cómo son las cosas para nosotras. El rey nos empuja a desempeñar estos roles que no queremos.

—¿Crees que no entiendo cómo es? No necesito estar allí para saberlo. Nací en el exilio, viví toda mi vida de esa manera. Mi familia murió allá afuera mientras a todos los de aquí se les decía que eran monstruos. Todo lo que me queda de ellos son sus cartas, sus historias y mis recuerdos. Ese es el único lugar donde ya existen para mí. —Las lágrimas se derraman.

—¿Y sabes quién es el responsable de eso? —Pregunto, agarrando sus manos y presionándolas contra mis labios—. No eres tú o yo o Lille. Es Manford. Él es la razón por la que Erin está en la situación en la que se encuentra, y la dejé allí. —Mi voz se quiebra cuando las lágrimas caen en una cascada imparable.

Constance toma mi rostro entre sus manos. —Lo siento. No quería molestarte. Confío en ti, y aunque no quiero que te vayas, no puedo tenerte como rehén. —Parece que podría estar considerándolo.

Miro a Amina, que ronca ruidosamente sobre su pila de mantas. —¿Crees que ella entenderá?

—No. Ella no lo hará. Pero no es su decisión. Por favor, prométame que será cauteloso. Mantente fuera de la vista y, bajo ninguna circunstancia, regreses a casa para ver a tus padres. Estoy segura de que el rey tiene los ojos puestos en tu casa, por si acaso vuelves a aparecer.

—Por supuesto —digo—. Necesito verla, decirle que las cosas serán diferentes y, bueno, despedirme.

—¿Despedirte? —Constance pregunta, confundida.

—Se siente como si todo lo que hice fue causarle dolor. Yo nunca quise eso. Ella eligió hacer lo que se esperaba de ella, ¿y realmente puedo culparla? Tal vez fui egoísta por intentar que ella cambiara de opinión.

—No eras egoísta —dice Constance—. Viste un futuro para ti que ella no podía imaginar. Querías que ella creyera que ustedes dos podrían encontrar una manera de superar todo esto. Eso es lo que pasa cuando te preocupas por alguien. Y cuando eres lo suficientemente valiente como para imaginar una vida diferente. —Lleva mi mano a sus labios y la besa suavemente, dejando que su boca permanezca allí—. Ten cuidado.

Me tomo un momento para mirarla, para ver si hay algo que aún no haya memorizado sobre su rostro. Si me quedo un momento más, cambiaré de opinión, así que me marcho, sin atreverme a mirar atrás.

Entro a la ciudad en las primeras horas de la mañana; los faroleros están dando vueltas, apagando las lámparas con sus postes en forma de gancho. Un aire de melancolía se cierne sobre la ciudad como una reunión de nubes de tormenta, listas para abrirse y lavar la tierra en un torrente de dolor y tristeza.

Mientras me abro paso por la ciudad, decidido a encontrar a Erin y decirle que las cosas van a cambiar incluso si tengo que morir en el intento, me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde vive ahora. Probablemente con Édouard, y no con sus padres en la casita con el amplio porche de

Strattman Street. Decido ir primero a la casa de Liv para ver si sus padres saben dónde está Erin.

Ato mi caballo y voy a Havasaw Lane a pie. Me quedo atrás a lo largo de la hilera de casas frente a la de Liv. Sus hermanas menores, Mina y Cosette, están sentadas en la ventana delantera. Se parecen mucho a Liv. Un dolor me aprieta con tanta fuerza que pierdo el aliento. Nada, ni el tiempo ni la distancia o la distracción, ha adormecido el dolor de su pérdida.

Cruzo la calle y camino hacia la casa. Cuando me acerco al escalón del frente, puedo escuchar a las niñas leyendo los pasajes del cuento de Cenicienta. Me ven y desaparecen por la ventana.

—¡Papá! ¡Hay un hombre extraño afuera!

Al menos mi disfraz parece estar funcionando. Escucho pasos que se dirigen hacia la puerta principal, y cuando se abre, el padre de Liv está parado allí, su rostro sonrojado, sus ojos entrecerrados.

—¿Quién eres tú? —Pregunta, bloqueando la entrada—. ¿Qué deseas? —Me mira confundido antes de que sus ojos se agranden y su mandíbula se afloje. Mira arriba y abajo de la calle y me hace señas para que entre. Cerrando la puerta detrás de nosotros, se vuelve hacia mí mientras cierra las cortinas—. ¿Te siguieron?

—No. Tuve mucho cuidado —digo—. Lamento mucho aparecer así, pero… —La madre de Liv aparece en la sala de estar. Parece más pequeña que la última vez que la vi, más delicada. Me quito la gorra—. Oh, señora Preston, yo… lo siento mucho yo…

—¿Sophia? —Ella se apresura hacia adelante y me rodea con sus brazos—. ¡Estas viva! No sabíamos adónde habías ido. Pensamos que el rey te había llevado o… o algo peor. —Las lágrimas corren por su rostro, y me siento miserable de que esté llorando por mí cuando su propia hija yace fría en el suelo.

—Estoy bien, realmente lo estoy. —Limpio las lágrimas de mis propios ojos—. Sé lo de Liv. Lo siento mucho.

—A su habitación en este instante —les dice el padre de Liv a sus hermanas.

Las chicas suben corriendo las escaleras y yo sigo a la señora Preston hasta la cocina, donde se sienta a la mesa. Ella es una de esas mujeres que lleva cada gramo de dolor en su manga. Su pequeño cuerpo parece que podría colapsar bajo su peso en cualquier momento. El Sr. Preston le sirve una taza de té y la sienta frente a ella, tocando suavemente su hombro.

—Hicimos todo exactamente como se suponía que debíamos hacerlo —dice la Sra. Preston—. Recitamos los versos, los sabíamos todos de memoria. Servimos al rey, seguimos las reglas y dos años seguidos nos ha negado la visita de una madrina. Ojalá supiera lo que hicimos mal.

Aprieto la mandíbula. Ella cree, como Liv, que las historias son reales, y aunque ahora sé que hubo magia real involucrada, no era algo que te ganaras siendo fiel al palacio o leyendo la historia de Cenicienta un millón de veces.

—No hiciste nada malo —le digo—. Por favor entiende eso.

La Sra. Preston niega con la cabeza. —Ojalá hubieras venido al funeral. Fue encantador, y eras tan buen amigo para ella.

Las lágrimas caen de nuevo y me doy la vuelta. —Siento no haber estado allí.

—No, no. No te disculpes —dice el Sr. Preston, sacudiendo la cabeza—. Te las arreglaste para escapar. Estoy seguro de que tus padres te extrañan, pero no deberías volver.

—Marcus —interviene la Sra. Preston.

—No quiero dar la impresión de que estoy hablando mal de tus padres —dice—. Pero es mi más sincero deseo que nunca más vuelvas a formar parte de ese terrible baile. Y ahora que ordenó un cotillón, tendrá otra oportunidad de arruinar nuestras vidas. —Me vuelvo para mirarlo. Me da la esperanza de que todavía haya buena gente en Lille.

La Sra. Preston acaricia el aire con las manos, instándolo a calmar su voz, lo que hace de inmediato.

—Tengo dos más que tendrán que… —El señor Preston se detiene en seco. Su rostro se contrae en una máscara de dolor—. Solo tienen once y trece años, pero nunca se me escapa la idea de que muy pronto me veré obligado a enviarlos al palacio. —Lucha contra las lágrimas.

La Sra. Preston mira por la ventana de la cocina. —Todos quieren ser elegidas, pero no piensan en lo que eso significa realmente. ¿Has visto lo que le pasó a Erin?

Mi corazón casi se detiene. —La vi en el mercado. Vi los moretones. Su prometido, Édouard, había…

—Marido —dice la Sra. Preston, como si supiera lo que voy a decir— Ahora es su marido. Hubiera sido mejor si ella no hubiera sido elegida en absoluto.

—¿Dónde está ella? —Pregunto.

—Vivirán en el este de Lille, detrás de las puertas, pero los padres de Erin no pudieron dar la dote que habían prometido, por lo que Édouard y Erin se han quedado a una milla más allá del huerto hasta que se pague el dinero en su totalidad —dice la Sra. Preston—. Fui a verla dos veces y me rechazaron en la puerta cada vez. Ni siquiera la dejó ir al funeral de Liv. Creo que le molesta tener que estar tan cerca de nosotros los plebeyos y se desquita con ella.

—Quiero ponerle fin —digo—. El baile, las leyes, las tradiciones. Todo ello.

La Sra. Preston mira hacia las escaleras. —La gente no dejará de lado esas cosas tan fácilmente. A veces pienso que ni siquiera entienden que están haciendo algo mal.

—No me compadezco de su ignorancia —digo—. Ellos ven lo que está pasando. Todos lo hacemos. Tenemos que mostrarles un camino mejor.

La Sra. Preston cubre mi mano con la suya. —¿Cambiarás el mundo entonces, Sophia?

No hay indicio de sarcasmo, de duda. Ella me pregunta sinceramente qué pretendo hacer.

—No sé sobre el mundo, pero podemos empezar con Lille —digo. Eso es suficiente por ahora—. Debería estar en camino.

Me meto el cabello debajo de la gorra y la Sra. Preston me abraza con fuerza. —Erin no quiere estar casada con ese hombre, ni con ningún otro hombre. —Ella me mira. El amor y la dulzura que tiene por sus propias chicas siempre se ha extendido a mí ya Erin, pero no sabía exactamente cuánto hasta este momento—. Intentó con todas sus fuerzas fingir estar feliz por el partido. Quería enorgullecer a sus padres.

—Lo sé. —Cómo estar casado con un hombre como Édouard, que la golpea, podría enorgullecerlos, me supera. ¿Por qué fue ese un precio aceptable a pagar por ser elegida? Ella vale más y merece algo mejor.

—Quizás siempre has sido tú quien estaba destinada a salvarla —dice.

—Todavía hay esperanza —digo, aunque no estoy segura de haberme convencido del todo de eso. Me abraza durante mucho tiempo antes de subir las escaleras. El Sr. Preston me acompaña hasta la puerta.

—No te preguntaré qué planeas hacer ni adónde vas —dice—. Es mejor que no lo sepa, pero sabes dónde encontrarme si necesitas algo.

Asiento, tomo su mano en la mía y le doy un apretón. —Gracias.

Lo abrazo y me marcho sin mirarlo a los ojos por temor a no poder ver a través de las lágrimas. Me paro en el camino de piedra frente a la casa y respiro el aire frío. Me permite reenfocarme. Erin.

Justo al final de la calle del huerto, encuentro la residencia temporal de Erin y Édouard, una casa grande con techo de tejas y grandes vidrieras que se encuentra separada de las demás en la calle.

Dejo mi caballo atado a un árbol cercano y camino hacia la casa, mi corazón late con fuerza. ¿Ella siquiera querrá verme? ¿Y qué le puedo decir después de todo este tiempo?

Justo cuando estaba pensando en tirar una piedra a una de las ventanas superiores, la puerta principal se abre y Erin sale. Me detengo, congelada donde estoy. Espero a que ella se dé cuenta de mí, la anticipación me ató en nudos. Se pone el chal alrededor del cuello mientras mira hacia el cielo y exhala larga y lentamente, como lo hace cuando está exhausta. Ella nivela la cabeza y da un paso hacia adelante.

—Erin —digo, justo por encima de un susurro.

—¿Sophia? —Su voz suena fina y ronca como si hubiera estado llorando. Me pregunto por cuánto tiempo y si alguna de esas lágrimas son por mí.

—Tenía que verte —le digo.

Baja los escalones de la entrada y creo que me abrazará, pero cuando la alcanzo, se detiene.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Ella mira hacia la puerta principal.

—Vine a ver si estabas bien. Después de verte en el mercado…

Erin resopla con fuerza. —Deja el pasado en el pasado, Sophia. Ahí es donde pertenece. —Sus ojos y sus palabras son como hielo.

—Pensé que… no sé… pensé que quizás querrías verme. Quería verte.

—¿De Verdad? ¿Por qué querría verte? Te fuiste. ¿Crees que eres mejor que nosotros porque te escapaste?

Me quedo en silencio. Ella está hirviendo, el odio gotea de cada palabra.

—No creo que sea mejor que nadie —digo—. ¿Por qué dirías eso? Te pedí que vinieras con nosotras. Quería que vinieras.

—¿Ir contigo a dónde? —Vuelve a mirar hacia la puerta—. ¿A dónde fuiste? —Ella niega con la cabeza—. No respondas eso. No me importa

No me importa que sientas lástima por mí y hayas venido a ver lo lamentable que soy.

—No es por eso que estoy aquí. Erin, ¿qué te pasó? ¿Por qué estás actuando así?

Se acerca a mí y me mete un dedo en el pecho. —¡Te fuiste! Me dejaste aquí para lidiar con esto sola. Liv está muerta, tú te has ido y yo no tengo a nadie.

Todo el tiempo que pasé tratando de estar allí para ella parpadea en mi cabeza. ¿Cuántas veces había intentado consolarla, ayudarla de cualquier forma que ella me lo permitiera, y ahora esto es culpa mía?

—Traté de decirte cuánto me preocupo por ti. Me esforcé tanto y tú… me alejaste. —No es culpa mía.

—Intentaste hacerme creer que esto funcionaría cuando sabías muy bien que nunca lo haría —dice—. No aquí en Lille ni en ningún otro lugar. He aceptado mi destino. Algo que nunca podrías hacer porque estás demasiado ocupado soñando despierta. Si mi esposo te encuentra aquí, te entregará.

—No tiene que ser así —digo después de un momento. Estoy desesperada por darle una salida—. Encontré otra manera.

—No me arriesgaré a que mis padres me repudien porque tienes un plan nuevo que hará que te ejecuten como esa pobre mujer del mercado, como tu propia abuela.

Mi estómago se revuelve. —No me importa.

—Por supuesto que no —espeta—. Tus padres ya te han repudiado. Y no tienes marido, nada que perder. —Sus palabras me cortaron hasta los huesos, me arrancaron las entrañas y las pisotearon—. Ni siquiera tú, con todas tus ilusiones, puedes cambiar las cosas. No eres especial, Sophia. Eres una chica tonta como el resto de nosotros.

Manteniendo a raya mis lágrimas, temblando de frustración, niego con la cabeza. —Te equivocas. Me perdí cuidando de ti. Me preocupé tanto

por ti que olvidé que yo también merezco ser feliz. Lamento que no creas en mí. —Ella se eriza—. Lo siento, no pude salvarte.

—No necesito ser salvada —dice mientras llora lágrimas silenciosas— Necesito que me dejes en paz. Para siempre.

—Tienes miedo. Sé lo que es eso. Pero tendrás que decidir qué estás dispuesta a arriesgar para cambiar las cosas. —Esto es un adiós. Tiene que ser. Sé lo que las leyes del rey les hacen a las mujeres de Lille, pero lo que le han hecho a Erin es más de lo que puedo soportar.

Dándome una última mirada, se da vuelta y entra.

Después de mirar fijamente la puerta cerrada por un momento, monto en mi caballo y regreso directamente a Constance, que me espera en el escalón de entrada. Bajo mientras ella viene hacia mí, sus ojos preocupados.

—Solo quería decirle que había otra forma, pero ella todavía no puede entender eso.

Constance desliza su mano en la mía. —Lo siento, Sophia.

—No —digo—. Lo siento. Nunca debí arriesgarme a volver allí, y no quiero que sientas que estaba tratando de elegir entre tú y Erin. Tomé esa decisión antes de irme. Te escojo a ti.

Constance presiona sus labios contra los míos mientras enrolla sus brazos alrededor de mi cuello.

—Ejem. —Amina se aclara la garganta, de pie en el escalón del frente con los brazos cruzados—. ¿Saliste a dar un pequeño paseo esta mañana? Espero que lo hayas disfrutado. ¿Están los guardias del palacio detrás de ti? —Ella divide una mirada aguda entre el camino de entrada y yo.

—No me siguieron.

—Fuiste a la ciudad —le dice Constance a Amina—. No seas hipócrita.

—Puedo mezclarme a la perfección, muchas gracias, mientras que

Sophia solo parece un hombre muy hermoso —dice Amina.

—¿Y qué hay de malo en eso? —Constance pregunta en broma.

—¿Lograste lo que sea que estabas tratando de hacer? —Amina pregunta.

Asiento con la cabeza. La respuesta no es sencilla. Ya nada es simple.

32

En la mañana del cotillón de invierno del Rey Manford, la nieve cubre la tierra. El aire es gélido y el frío ha despojado a los árboles de sus hojas. Lille parece una página sacada del cuento de hadas de Cenicienta.

No puedo quedarme quieta, eligiendo en cambio caminar de un lado a otro frente a la chimenea. Amina se sienta en una silla cerca de la chimenea, flotando sobre un trozo de pergamino dorado.

—Es inquietante la facilidad con la que pude robarle esto al cartero —dice—. Realmente deberían estar más atentos para vigilar sus paquetes.

Constance tomó el caballo y el carro antes de que saliera el sol; Tan pronto como escucho el débil sonido de las ruedas en la carretera, salgo corriendo a su encuentro. Se baja, me mira y me abraza con urgencia. Está tan nerviosa como yo, pero lo demuestra de manera sutil: un beso ferviente, una mirada de tristeza en sus ojos cuando me abraza.

—La ciudad está bulliciosa, pero no vi una sola sonrisa. La gente está nerviosa. Algo así como tú. —Ella me guiña un ojo—. ¿Estás lista?

—No. Pero si espero hasta estar lista, es posible que nunca vaya.

Amina saluda con la cabeza a Constance mientras entramos. Han llegado a un entendimiento tácito de que no habrá disputas, al menos no en este día.

A primera hora de la tarde, las nubes se mueven sobre las colinas, volviendo el día gris y sombrío. Estoy sentada en silencio con Constance, sosteniendo su mano y estudiando cada ángulo de su rostro, cuando Amina se pone de pie. —Necesitarás tiempo para viajar al palacio, así que probablemente sea mejor si empezamos ahora.

Mi corazón se acelera. Ha llegado el momento.

Constance y yo seguimos a Amina hacia el pequeño claro detrás de la casa donde se encuentra el árbol gigante. Constance nos envuelve con una

capa y nos acurrucamos juntos en el aire frío del invierno. Amina mira al cielo y levanta las manos frente a ella. Mientras murmura algo ininteligible en voz baja, un escalofrío recorre el suelo.

De repente, una luz, como la luz de una estrella líquida, fluye desde las yemas de los dedos de Amina hasta el tronco del enorme árbol, serpenteando hacia sus ramas. Estiro el cuello para mirar hacia el dosel y veo cómo el árbol cobra vida, con amplias hojas verdes brotando de cada rama. En pleno invierno no debería ser posible. Amina da un paso atrás cuando la luz de sus manos se desvanece, pero el árbol permanece luminiscente.

—Pregúntale lo que quieras —dice Amina—. Te proporcionará todo lo que necesites, pero debes entender que la magia es solo temporal. Todo lo que el árbol proporciona, lo recuperará al filo de la medianoche.

Constance mira asombrada. —¿Es esto lo que le diste a Cenicienta?

Amina aparta la mirada. —Lo es. En este mismo lugar, en una noche muy parecida a esta.

Me escabullo del abrazo de Constance y me acerco al árbol, mirando el dosel brillante. —Un vestido. —¿Tengo que pedirlo por cierto tipo de vestido? ¿Un color específico? Miro de nuevo a Amina, pero un crujido atrae mi atención cuando una bolsa de aire caliente se envuelve a mi alrededor como una manta. La misma extraña luminiscencia que se adhiere al árbol ahora se adhiere a mí. Aguanto la respiración mientras un vestido de plata brillante se materializa a mi alrededor. Constance mira con los ojos muy abiertos y las manos entrelazadas con fuerza.

Amina susurra algo entre las ramas. Hay un tirón suave en la parte de atrás de mi cabeza y un hormigueo rodea mis pies. Apenas puedo ver nada a través de la bruma plateada. Mientras se atenúa, Amina sonríe. Constance mira de un lado a otro entre el árbol brillante y yo.

—¿Funcionó? —Pregunto.

—Como un encanto —dice Amina.

La luz se está desvaneciendo de las ramas de los árboles, así que rápidamente le susurro una última cosa. —Por favor, ayúdame a encontrar una manera de derrotar al rey.

La sonrisa de Amina se desvanece. —Me temo que no puede ayudarte de esa manera. Este hechizo es muy bueno para crear vestidos elegantes y adornos únicos, pero lo que realmente importa eres tú, Sophia. Debes usar tu cabeza y tu corazón.

—No puedes culparme por intentarlo.

Amina mete la mano en su capa y saca algo envuelto en un trozo de tela. Me lo da. Lo desenvuelvo y descubro que me ha dado una daga.

—Solo un pequeño detalle —dice Amina.

La hoja es larga y delgada y brilla a la luz del árbol encantado. El mango está intrincadamente tallado y en el centro hay una piedra rosa brillante.

—Es cuarzo —dice Amina, golpeando la piedra—. Lo cargué durante la última luna llena. Debería ofrecerte algo de protección.

—Gracias —digo—. Es bonito.

—Se lo di a Cenicienta la noche del primer baile. Ella no tuvo la oportunidad de usarlo por mi cobardía, mi voluntad de creer que había otra forma de detener al rey.

Vuelvo a mirar el arma, agarrando su mango, sintiendo su peso en mi mano y en mi corazón. Amina intenta darme una sonrisa tranquilizadora.

Es difícil para mí reconciliar mis sentimientos por ella. Me recuerda mucho a mi propia abuela de alguna manera: su ingenio rápido, su pequeña sonrisa cómplice. Pero Amina ayudó a Manford a ascender al trono, costándole la vida a la gente de Mersailles. ¿Y cuántos se han perdido desde la época de Cenicienta? ¿A cuántos se les ha arruinado la vida a causa de Manford? Ella lo ayudó. Pero ella me está ayudando ahora. Y como ella dijo, no podemos regresar.

—No te preocupes por mí —le digo—. Voy a estar bien.

Toma mis manos entre las suyas y suspira. La duda se cuela. ¿Estamos todos engañándonos pensando que podemos hacer que esto funcione? Amina no me mira a los ojos. Su visión en el estanque reveló su propia muerte; ¿Había visto también este momento? ¿Ella sabe cómo terminará esto?

Amina me ayuda a meter la funda de la daga entre los pliegues de mi vestido y entra en la casa, secándose los ojos con la manga de su capa, dejándonos a Constance y a mí solas. Sus ojos se mueven sobre mí, asimilando cada parte, y no tengo que preguntarle cómo cree que me veo. Está escrito en sus ojos, en su sonrisa.

—No sé qué decir —dice Constance.

—Esa es la primera vez —digo. Cierro la brecha entre nosotros.

—Nunca había visto un vestido como este. —Me agacho y le doy un pequeño tirón al vestido. Parece que está hecho de la propia luz de la luna.

—No es nada comparada contigo —dice.

Mi corazón se rompe ante la posibilidad muy real de no volver a verla nunca más.

—Prométeme algo —dice Constance.

—Cualquier cosa.

—Prométeme que volverás a mí. —Constance se enjuga las lágrimas de los ojos—. Si me dices que volverás, te creeré.

Presiono mi frente contra la de ella y cierro los ojos. —Prometo que haré todo lo posible para volver contigo. —Eso es todo lo que puedo decir sin mentirle.

Me inclino hacia adelante y la beso, rodeándola con mis brazos, inspirándola y esperando que esta no sea la última vez.

Amina está en la puerta. —Es el momento, Sophia.

Constance pasa su brazo por debajo del mío y caminamos hacia el frente de la casa. Pasamos por una hilera de ventanas, en su mayoría

fragmentos rotos que todavía cuelgan de sus marcos, y me veo a mí misma. Miro dentro del cristal y extiendo la mano para tocar mi cabello. Mis rizos naturales cuelgan alrededor de mis hombros, alejados de mi rostro por diminutas mariposas plateadas hechas de vidrio colocadas en alfileres plateados. Mi piel brilla, morena y hermosa, libre de colorete o polvos.

—Eres impresionante —dice Constance. Ella planta un beso en mi mejilla y deja que sus labios permanezcan allí. Su toque envía pequeñas chispas de fuego directamente a través de mí.

Mi vehículo me espera en el camino de entrada. Dos elegantes ciervos, negros como la noche y equipados con bridas rojas, están enganchados a un carruaje negro reluciente con techo abovedado, decorado con cintas rojas y cortinas a juego.

—¿Es esto real? —Pregunto.

—Es real en este momento —dice Amina. De repente, una bola de luz la envuelve y me paro frente a Constance, totalmente insegura de lo que está sucediendo. Cuando la luz se apaga, un hombrecillo rechoncho con faldones negros y una pajarita roja se para donde había estado Amina.

Constance agarra su daga y la levanta.

—¡Espera un maldito minuto! —La voz de Amina sale del hombrecito—. ¡Soy yo, tonta!

Los ojos de Constance se agrandan y enfunda su daga. —¿Quizás danos alguna advertencia la próxima vez?

—Quizás no intentes apuñalar a todos los hombres que ves —responde Amina.

Constance me mira y se encoge de hombros. —Es un hábito.

Amina sube para tomar las riendas. —Pongámonos en marcha.

—Esa mirada te queda bien —le dice Constance.

—¿Te gusta? Entonces tendré que asegurarme de no volver a mirar de esta manera —dice Amina, frunciendo el ceño—. Vamos, Sophia.

Constance pone sus manos sobre mis hombros y me besa suavemente.

—Iré a pie —dice— y me acercaré al palacio desde el mausoleo. Intentaré encontrar otra forma de entrar.

Decidimos que, mientras entro por la puerta principal, Constance intentará entrar en secreto y se dirigirá a la fila de celdas donde escuché una voz detrás de la puerta cerrada.

Subo al carruaje y Amina tira las riendas. Avanzamos dando bandazos y comenzamos nuestro viaje hacia el palacio. Mientras abrimos un camino a través de la nieve recién caída, miro hacia atrás solo una vez para vislumbrar a Constance retirándose hacia la casa.

33

El castillo aparece a la vista, como antes, excepto que esta vez, no me impresiona en absoluto el opulento espectáculo del exceso. Es una fachada puesta para tentar a las chicas de Lille, y una vez que están dentro, el rostro de Liv parpadea en mi mente y casi puedo escuchar el tono condescendiente del rey mientras la degrada frente a todos, no pueden escapar.

Nos unimos a la larga fila de vagones que se extiende por el camino hasta la carretera principal. Cuando estamos directamente frente al palacio, Amina se baja de un salto y me abre la puerta. Intercambiamos miradas cuando salgo, y ella se inclina para cerrar la puerta detrás de mí mientras me susurra al oído.

—Me quedaré lo más cerca que pueda y encontraré a Constance una vez que esté cerca.

Asiento con la cabeza y me presento con las otras chicas. Los murmullos me rodean. Algunos sonríen cálidamente. Una joven me dice que le gusta mi vestido y que mi cabello es hermoso, pero los cumplidos están teñidos de miedo. Escucho un comentario sarcástico sobre lo que debo haber hecho para ganarme ese vestido. Mientras la insinuación pica, la dejo ir. No vine aquí para preocuparme por lo que piensen los demás. Tengo un trabajo que hacer.

Entrego mi invitación al guardia, quien la estudia detenidamente antes de detenerse. Mi corazón galopa en mi pecho. ¿Sabe que el nombre no coincide con la cara? Me mira lentamente. Después de unos momentos más de escrutinio, archiva la invitación y tacha un nombre en su lista.

—Continúa —dice.

Al aceptar la invitación que estaba destinada a otra chica, quienquiera que fuera puede estar en casa ahora mismo, preguntándose por qué no la invitaron. Una punzada de pánico. No había pensado en la posición en la

que había puesto a esa chica. Se supone que debe estar aquí; el cotillón es obligatorio. Si la encuentran en casa le podría pasar algo terrible y sería mi culpa. Siento una necesidad aún mayor de encontrar al rey y detenerlo.

Camino hacia la entrada principal, manteniendo mis ojos enfocados al frente. Hay menos oohs y ahhs que en octubre. Estas chicas están siendo obligadas a regresar al palacio por mi culpa, y veo el miedo en sus caras dondequiera que miro.

Tengo un plan y trato de mantenerlo en mi cabeza mientras avanzamos hacia el salón de baile principal. Anoto dónde están ubicadas todas las puertas del salón principal y cuento el número de guardias. Esta vez hay más de ellos.

Los guardias nos conducen al salón de baile, donde las puertas se cierran con estrépito mientras suenan las trompetas. Mis palmas sudan

cuando formamos una línea. Paso las manos por la parte delantera de mi vestido y toco suavemente la empuñadura de mi daga.

La trompeta vuelve a sonar y miro hacia arriba para ver a los hombres entrar en el salón de baile. El vizconde de Chione ha vuelto, y también muchos de los barones de la tierra. Miro la procesión confundido. ¿Habrá otra ceremonia de elección? La mayoría de las niñas presentes probablemente ya hayan sido seleccionadas. El himno real suena cuando el rey entra y ocupa su lugar en la plataforma.

—Me siento honrado por su presencia —dice. Sus ojos están muy abiertos. Explora la habitación con una especie de prisa frenética. Parece desconcertado—. Estoy seguro de que muchos de ustedes se estarán preguntando por qué los he llamado a este evento, y la respuesta es bastante simple. Hay personas en este reino que piensan que las reglas no se les aplican. Te he traído aquí como recordatorio de que todos los hombres, mujeres y niños de Mersailles están en deuda conmigo. Por sus vidas, la comida que comen, la ropa que usan. Puedes tener esas cosas porque yo lo permito, y estoy muy decepcionado de que no estés más agradecido. —El niega con la cabeza—. De ahora en adelante, además de asistir al baile anual, también se le pedirá que asista al cotillón de invierno.

Cualquiera que no sea elegida será inmediatamente considerada como una pérdida.

La conmoción se apodera de la habitación y escucho un gemido. Alguien empieza a llorar. El vizconde se mueve incómodo de un pie a otro. Incluso él parece conmocionado por la proclamación del rey.

—Si fuiste elegida en el baile anual, forma una línea a tu derecha —ordena el rey con voz monótona. Como sospechaba, la mayoría de las chicas se apresuran y se paran contra la pared del fondo. Varias decenas de nosotros permanecemos en fila—. Todas las que fueron elegidas serán escoltadas de regreso a sus carruajes. Serviste bien a tu rey, y espero que sirvas a tus maridos sin cuestionar. El resto de ustedes tendrán la oportunidad de ser elegidas esta noche.

Las niñas son escoltadas por los guardias, mientras que las que quedan permanecen en fila en silencio. —Mientras nos reunimos esta noche, los animo a todos a recordar la razón por la que están aquí. Cenicienta quería que todas las chicas de su reino fueran la novia de un hombre digno, que tuvieran su propio final de cuento de hadas. —Reprimo el impulso de vomitar mientras continúa mintiéndonos—. Todas ustedes son dignas de ese honor. Espero que hayas estudiado la historia de Cenicienta. Espero que hayas dejado que te muestre el camino.

El rey sonríe ampliamente mientras la risa se eleva entre los pretendientes. Un hombre que parece una versión mayor del compañero de escuela de Luke, Morris, se encuentra en el nivel más cercano al rey. Debe ser su padre, y me pregunto si su última esposa ha tenido algún accidente o ha sido entregada como perdida. Me pregunto si mi rostro transmite toda la rabia que siento. Yo espero que sí.

El rey mira hacia la fila de chicas y se detiene cuando se acerca a mí. Algo animal pasa por su rostro. Rápidamente mira de un lado a otro para ver si alguien se ha dado cuenta. Aplaude dos veces para señalar a la banda. Las chicas restantes se dispersan mientras los hombres de la plataforma bajan y comienzan a mezclarse.

Lucho por mantener la calma. A nadie se le permitirá salir. Hará que estas jóvenes paguen por la decisión que tomé de abandonar el baile. En ese momento aparece un hombre frente a mí y me toma medio segundo registrar quién es.

Rey Manford.

Desde su olor, una mezcla de vino y humo, hasta la mirada depredadora en sus ojos, todo en él me repele. Tengo la sensación de que, si no estuviéramos en una habitación llena de gente, él mostraría su verdadera naturaleza de inmediato. Veo las comisuras de su boca contraerse mientras lucha con algo dentro de sí mismo. Lo miro y él sonríe. —Es costumbre inclinarse o hacer una reverencia cuando se está en presencia de la realeza.

No me muevo.

Entrecierra los ojos, que son de un tono marrón tan oscuro que casi son negros. Su mandíbula angular está rígida y su boca es una línea recta. —No eres lo que esperaba.

Puedo sentir los ojos de todos los demás en la habitación sobre nosotros mientras se cierne sobre mí.

—¡Un vals! —grita, sobresaltándome. La banda toca una melodía y él toma mi brazo, arrastrándome al centro del salón de baile. Desliza su mano detrás de mi espalda y me empuja hacia el baile—. Eres muy hermosa —dice. Gira en círculo, prácticamente levantándome del suelo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Usted ya sabe la respuesta.

—Chica inteligente —dice—. No pensé que regresarías. Pensé que tendría que cazarte hasta los confines de la tierra. O eres muy valiente o muy estúpida. Dime, ¿cuál es?

—Estoy aquí para que nadie más tenga que sufrir por lo que hice. Dejé el baile. Puedes llevar eso conmigo. Deja a todos los demás fuera de esto. —El peso de mi daga presiona contra mi pierna. Él tiene agarrada mi mano y no puedo alcanzarlo. Me abraza mientras giramos. Miro los retratos de

nuestros antiguos reyes y, aunque cada uno de ellos es diferente, ahora me doy cuenta de que los ojos son iguales.

Todos son Manford.

¿Puso las pinturas para burlarse de nosotros? La verdad ha estado a la vista todo este tiempo, pero nadie entiende lo que significa. Me inclino y acerco la boca a su oído. —Sé lo que eres.

Se detiene mientras la música continúa, y las parejas que nos rodean continúan su baile. Me aplasta contra él y hago una mueca. La gente nos mira, susurrando entre ellos. Su mandíbula se aprieta y luego se relaja varias veces seguidas. Se aleja de mí. Juzgo la distancia hasta su cuello. Se inclina levemente y gira sobre sus talones, dejándome sola en medio del piso.

Algo está mal.

La música se detiene y la voz de Manford vuelve a llamar. —Si lo desea, por favor muévase al patio trasero. —La habitación se despeja casi de inmediato, pero ni siquiera eso es lo suficientemente rápido para él—. ¡Rápido! —él ladra.

La gente tropieza con ella misma en su prisa. Cuando los últimos invitados salen en fila, un joven alto con cabello rubio arena y ojos amables se detiene para pararse a mi lado.

—¿Te unirás a nosotros afuera? —Él pide—. Tu vestido es precioso. ¿Puedo darte algo para beber?

Cuando me doy la vuelta, un guardia entra y lo golpea en la parte superior de la cabeza con la empuñadura de su espada. El hombre se derrumba en un montón. Antes de que pueda hablar, el rey aparece, frunciendo el ceño al hombre como si fuera su propia culpa que acabara de ser noqueado.

—Sáquenlo de aquí —ordena el rey. Los guardias se llevan al hombre a rastras y el rey se vuelve hacia mí como si nada hubiera pasado—. Te gustaría ver el resto del castillo, ¿no?

Me tiende la mano. Todo en mí grita para que corra, pero no puedo. Se extiende y toma mi brazo, metiéndolo con fuerza debajo del suyo. Desde el salón de baile, avanzamos por un largo pasillo bordeado de espejos y más pinturas del rey. Un escalofrío emana de él, su brazo está rígido y su agarre fuerte. Sin calidez. Me pregunto si su corazón todavía late en su pecho.

—Te gusta mucho tu propia imagen, ¿no? —No puedo contener mi resentimiento.

—Tengo todas las razones para estarlo, ¿no crees? —Pregunta, levantando la barbilla y burlándose.

Dejé que mi mirada lo recorriera. Pienso en halagarlo, jugar con su vanidad, pero no me atrevo a hacerlo. Me quedo callada.

Se detiene abruptamente y abre una de las muchas puertas que salpican el pasillo. Miro dentro y veo que las paredes están repletas de estantes llenos de libros. Una chimenea lo suficientemente grande para que una persona se pare en la parte trasera de la habitación.

—¿Te gusta leer? —Él pregunta.

—Sí —digo, lo que suena como un acto de desafío.

—¿Y has leído el cuento de Cenicienta, como deben hacer todas las chicas?

—Sí, aunque no soy fanática de obras de ficción tan extravagantes.

Cierra la puerta más fuerte de lo necesario y me mira. —Tienes una forma muy libre de hablar. Puede meterte en problemas. —Se inclina sobre mí y doy un paso hacia atrás, incluso mientras él se agarra con fuerza a mi brazo.

—No está en mi naturaleza mentir.

Lucha con algo dentro de sí mismo de nuevo, reajustando su chaqueta y respirando larga y lentamente. —¿Crees que soy falso?

—Sé que lo es. Afirmas ser un líder benevolente, pero tu traición brilla. No puedes ocultarlo.

—¿Es eso así?

—¿Crees que alguna de las chicas que vienen aquí por el baile está feliz por eso? ¿Crees que lo esperan con ansias? Me pregunto si quizás, después de todos estos años, haya comenzado a creer sus propias mentiras.

Parece pensativo por un momento y luego se vuelve hacia mí. —No me importa si lo hacen o no. Vienen porque yo les digo que lo hagan. Sostengo este baile anual porque puedo, porque quiero. No es tan complicado como parece que es.

—No pensé que pudieras ser más un…

Él aprieta su agarre en mi brazo. —¿Un qué? —Me mira. Hay un eco antinatural en el timbre de su voz.

Lo miro. Su rostro está completamente en blanco, desprovisto de cualquier emoción. Incluso los espasmos en las comisuras de su boca han cesado.

—Un… un monstruo.

—Ahí está de nuevo. Ese fuego. Será pisoteado completamente cuando termine contigo. —Se detiene para controlar sus emociones una vez más. Todavía me agarra del brazo mientras seguimos por el pasillo—. Solía conocer a alguien muy parecida a ti.

—Lo dudo —digo.

Clava las yemas de sus dedos en mi brazo. Duele, pero no le daré la satisfacción de saber cuánto. En cambio, muerdo el interior de mi mejilla.

—¿Sabes dónde está ahora, la mujer a la que me recuerdas? —Pone su rostro tan cerca del mío que puedo oler su aliento agrio—. Muerta. —Un escalofrío me recorre. Al darse cuenta de que me ha puesto nerviosa, se ríe suavemente—. Ella me amaba profundamente. Pero una vez se enteró que… —Se detiene en seco. No podría estar hablando de nadie más que de Cenicienta.

—¿Descubrió lo que eres realmente? —Pregunto. Me imagino lo que debió pasar por su cabeza cuando lo vio como yo lo estoy viendo, con el exterior de cuento de hadas destrozado, con la realidad de sus monstruosas hazañas al descubierto.

Se aclara la garganta y aparta la mirada de mí. —Las reglas que he establecido están destinadas a mantener a los alborotadores como tú fuera del camino. Una chica como tú es simplemente demasiado disruptiva para el orden natural de las cosas.

—¿Una chica como yo? Y, sin embargo, me has llevado a un lado, has planeado este gran evento para atraerme. Apenas puedes controlarte en mi presencia, así que realmente, ¿quién tiene poder sobre quién?

Su rostro se convierte en una máscara de pura diversión. Levanta una ceja. —¿No le tienes miedo a la muerte? ¿Eres tan estúpida?

—¿Me has traído aquí para intimidarme? Eres patético. —La ira brota como agua detrás de una presa. Es repelente y no puedo soportar estar tan cerca de él. Se inclina frente a mí, de espaldas a la pared.

—Dices que sabes lo que soy y sin embargo… —Se inclina hacia mí, mirándome a los ojos—. Creo que no tienes idea.

Alejo el miedo que se ha apoderado de mí y le devuelvo la mirada, lo que parece tomarlo desprevenido. Parpadea repetidamente como si lo hubiera asustado. Probablemente nunca había tenido a alguien que lo detestara tan abiertamente como yo.

—Cenicienta no te amaba de la manera que tú querías —le digo—. ¿Ella te rechazó, y has pasado todo este tiempo castigando a todas las mujeres que te recuerdan a ella? Qué patético.

Me mira lascivamente y se inclina hacia adelante, presionando su frente contra la mía con tanta fuerza que duele. Su mandíbula se aprieta mientras junta los puños. Sisea aire entre los dientes y luego se relaja, recostándose. —Voy a presentarte como un ejemplo brillante de cómo nadie debería pensar que puede desobedecerme sin consecuencias. Tu

nombre aparecerá garabateado en los libros de historia como la chica que trató de desafiarme y fue destruida.

Usaría mi lucha para acabar con él como forraje para otro libro de mentiras. Pienso en la gente susurrando mi nombre como una maldición, temiendo seguir mis pasos. No puedo dejar que eso suceda.

Mi corazón golpea en mi pecho. Respiro hondo. Me enderezo y planto mis pies. Busco entre los pliegues de mi vestido y agarro mi daga. En un movimiento rápido, lo sumerjo en su cuello. Giro la hoja de la forma en que Constance me mostró. Parpadea. De pie, se tambalea y se agarra la garganta. Salto hacia atrás, sacando la hoja. Le sonrío. Lo he hecho. Le he terminado.

Constance dijo que, si lo mataba, probablemente colapsaría en un montón.

El Rey Manford no se mueve.

Me dijo que la sangre saldría corriendo de la herida.

Manford no sangra.

Constance dijo que cuando la gente muere, a veces gime y farfulla.

Manford no hace ninguna de las dos cosas.

El sonido que resuena en las paredes es algo que no esperaba escuchar, algo que me heló la sangre, algo que me hace darme cuenta de que cometí un error terrible.

Una risa.

34

Me tambaleo hacia atrás cuando Manford se ríe a sí mismo en un ataque. Me arrebata el cuchillo.

—¿Ese era tu plan?

El agujero en su cuello se abre. No fallé y, sin embargo, todavía está vivo, burlándose de mí.

—Llévatela —dice.

Una ráfaga de actividad estalla a mi derecha. Los guardias del palacio aparecen de la nada y me cubren la cabeza con una capucha. Alguien tira de mi brazo con tanta fuerza que se siente como si mi hombro se saliera de su lugar. El dolor se dispara en la punta de mis dedos. Tengo las manos atadas frente a mí y me empujan por el pasillo. Alguien me agarra del codo.

—¡Suéltame! —Grito. Balanceo mi brazo hacia arriba lo más que puedo antes de empujarlo hacia atrás, golpeando la carne suave de lo que imagino que está en algún lugar de la sección media de la persona. Un grito recompensa mi esfuerzo. La risa y un comentario sarcástico de los demás me hacen saber que he golpeado al guardia en un lugar mucho más sensible.

La tela que cubre mi cara se mueve para que pueda ver el suelo. Los guardias me levantan mientras descendemos por unas escaleras, y el suelo debajo se transforma de madera pulida a grava y tierra. Lucho contra las manos que me sostienen, pero no puedo volver a hacer contacto. Se abre una puerta y un guardia me deja caer sobre un suelo frío y húmedo. Con las manos todavía unidas, me quito la capucha de la cabeza mientras la puerta se cierra con estrépito. Lanzo todo mi peso contra él, solo para perder el equilibrio y caer al suelo de nuevo.

—¡Déjame salir! —Grito. Escucho el murmullo de voces.

—Ten paciencia —sisea la voz del rey a través de la puerta—. Me tendrás todo para ti pronto.

Las campanas suenan en la distancia. Son las once en punto.

—Nos vemos al filo de la medianoche —susurra el rey.

Una oleada de ira me recorre mientras empujo mi pie hacia la puerta lo más fuerte que puedo. Se ríe antes de que sus pasos se alejen por el pasillo.

La habitación en la que estoy no es más grande que una despensa. Paredes de piedra, sin ventanas y el techo se inclina lo suficientemente bajo como para poder tocarlo con los brazos extendidos. Un goteo constante de agua se escapa de uno de los pliegues donde la pared se encuentra con el techo. El cabo de una vela descansa sobre una roca en la esquina, junto con el pedernal y un trozo de lino delgado y retorcido. Utilizo la piedra para encender el pedernal, y una lluvia de chispas ilumina brevemente la habitación. Necesito varios golpes con las manos atadas para finalmente prender fuego al lino para encender la vela con el. Proyecta sombras a mi alrededor, haciendo que el espacio se sienta aún más pequeño.

No puedo creer lo que he presenciado. Mi daga entró directamente en su cuello y aún vive. Amina me dijo que no era un hombre normal. Supusimos que no podía morir, pero no habíamos considerado que no podía ser asesinado. Ahora no estoy segura de que pueda detenerlo, pero sé con certeza que regresará pronto y necesito encontrar una manera de escapar.

Reuniendo mi determinación, me puse a trabajar para soltar mis manos de las ataduras. La cuerda se clava en mis muñecas, provocando un profundo corte. El dolor me sube por el brazo con cada tirón. El dolor se vuelve insoportable y busco algo con qué cortar la cuerda. Los ladrillos y piedras que forman la pared son desiguales y dentados, y algunos de ellos se han agrietado por la mitad. Encuentro un trozo de uno que parece lo suficientemente afilado y giro mis manos, serrando la cuerda hasta que,

después de varios minutos y varios cortes más en mis manos, la cuerda se deshilacha y me escurro.

Me froto las muñecas mientras miro alrededor de la habitación. En la esquina, los restos andrajosos de un libro yacen en el suelo. Lo recojo y hojeo las páginas. Es el cuento de Cenicienta.

Por supuesto que esto estaría aquí.

Lo arrojo a la esquina y me inclino para mirar por el ojo de la cerradura. Veo la pared opuesta a mi celda, el pasillo oscuro. El olor a tierra húmeda me llena la nariz. Sé exactamente dónde estoy. Estoy en una de las pequeñas habitaciones donde escuché la voz de una mujer la noche que escapé del baile. Me acerco a una pared y golpeo las piedras.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —Yo espero. El goteo constante del agua es todo lo que escucho. Llamo de nuevo, más fuerte esta vez—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—Cállate —dice una voz baja.

Agarrando la vela, trato de mirar por el pequeño agujero por donde sale el agua, pero es demasiado alto.

—¿Hola? —Llamo de nuevo.

—Hay un ladrillo suelto al pie de la pared —dice la voz—. Sácalo y párate sobre él.

Encuentro el único ladrillo intacto y, siguiendo las instrucciones de la voz, lo saco y me paro encima. El parpadeo de una vela del otro lado describe a otra persona, el orbe marrón oscuro de su ojo brillando en la tenue luz.

—¿Quién eres tú? —Pregunto.

—Deberías estar callada.

—Él volverá por mí, sin importar —digo—. Es solo cuestión de tiempo.

—Parece que has aceptado tu destino más rápido que los demás. Probablemente sea algo bueno. No sirve de nada llorar por eso, ¿verdad? De todos modos, nos va a matar. —Su actitud franca sobre su terrible destino me hace detenerme. Está esperando la muerte, y parece que desearía que se diera prisa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Pregunto.

—Unas pocas semanas, tal vez más. Es difícil de decir.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Ella se ríe ligeramente. —Volar el Coloso fue un delito punible. ¿Quién lo hubiera pensado? —El sarcasmo tiñe cada palabra, pero todo está templado por la desesperanza.

Casi se me resbala el pie y me esfuerzo por mantener el equilibrio. —¿Tu hiciste eso? ¿Eres Émile?

Se oye un susurro al otro lado de la pared. —¿Como sabes mi nombre?

—¡Estoy con Constance! Soy Sophia. Estamos aquí, o estoy aquí. —Mi voz se atora en mi garganta y las lágrimas brotan. Ni siquiera sé si Constance ha llegado al castillo. No sé si alguna vez tendré la oportunidad de volver a verla, pero tengo que dejar eso de lado por ahora.

—¿Ella vive? —Émile pregunta—. ¿Y hay un plan?

—Si. Pero yo… yo solo puse mi daga en el cuello del rey y él se rió en mi cara.

Ella resopla fuertemente. —Eso suena muy parecido a Constance, siempre apuñalar a alguien. —Creo que la escucho reír—. Pero como viste, no funciona con él. Ha sido envenenado, apuñalado y algunas de las chicas de esta fila trató de acercarse lo suficiente a él para deslizar una cuerda alrededor de su cuello. Le divirtió bastante ese intento. Falló, obviamente. Y les hizo pagar por ello. Dime, ¿tú o Constance han podido averiguar algo más sobre él?

—Si. —Dudo porque sé cómo sonará, pero sigo de todos modos—. ¿Sabes que el Rey Manford y el Príncipe Encantador de Cenicienta son la misma persona?

—He aprendido la verdad imposible de las otras chicas en esta fila. Antes de que me capturaran, habría dicho que no puede ser, pero ahora he visto demasiado para descartarlo. —Ella suspira profundamente—. Pero no importa. Ha matado o capturado a tantos de nosotros que apenas quedamos suficientes para organizar algún tipo de resistencia real.

—¿Cuántas de ellas hay?

—Hay otras siete chicas en las celdas contiguas a nosotros, y escuché que hay más celdas en las entrañas del castillo, pero ninguna de nosotras está en forma para luchar. Algunas de ellas llevan meses aquí, quizás más. No tenemos suficiente para comer o beber, y la extracción, le extracción es demasiado.

—¿La extracción? —Pregunto.

—Oh, Sophia. —Émile suspira—. No se puede saber cómo es. Es como morir. Él te envuelve y luego te estás cayendo, y si regresas, estás… cambiada.

Presiono mi cara contra los ladrillos mientras lucho por escuchar.

Mi corazón late con furia. —¿Cómo? Dime cómo lo hace.

—Es una especie de magia de la que nunca he oído ni un susurro. Él absorbe la vida de tu alma. Hay una luz, un tirón, y todo lo que te quita, lo usa para hacerse joven, para vivir todo el tiempo que quiera. —Mi mente corre en círculos, y un recuerdo del baile permanece en mi mente. La puerta por la que se llevaron a Liv permaneció abierta por un momento mientras el rey salía. La anciana de pelo blanco como la nieve, con el vestido de Liv. Fue ella. El rey le había hecho eso. Y cuando lo vi a través de la multitud, se veía diferente, más feliz, sus ojos más brillantes.

Empiezo a caminar por el suelo. La luz de mi visión y el tirón en mi pecho, las ilustraciones en el libro de cuentos de Constance y las propias palabras de Cenicienta encajan como un rompecabezas.

Así es como lo hace.

Así es como se mantiene joven. Y justo cuando el pensamiento se instala en mi mente, otra terrible realidad se aclara. Corro hacia atrás y me paro sobre el ladrillo.

—El baile. ¿Es ese su propósito? ¿Traer a las jóvenes de Lille para que él hiciera esto?

—Es una cosecha —dice Émile—. Una forma de darse un festín con ellas como el monstruo que es. Y sabiendo ahora que ha estado haciendo esto desde la época de Cenicienta, me temo que puede seguir así para siempre. —Su voz se convierte en un susurro—. He soñado con encontrar una salida, pero creo que eso es todo lo que será. Un sueño. Realmente una pesadilla. Me ha quitado tanto. Estoy cambiada en lo más profundo de mí.

—Cuando salgas de aquí, te tendrás a ti misma y a tu libertad, y eso será suficiente. Te prometo.

Creo que la escucho reír, pero podría haber sido un sollozo. —Quiero creerte. De verdad lo hago.

Bajo y respiro profundamente. Ella ha perdido toda esperanza. Suena mucho a Erin, a mis padres. Pero me niego a aceptar ese destino. Necesito salir y necesito encontrar el diario de Cenicienta.

Me acerco a la puerta de nuevo y miro por el ojo de la cerradura, escuchando por un momento. No hay más sonidos que el goteo constante del agua y los latidos de mi propio corazón. Sostengo la vela contra el mecanismo de bloqueo dentro del ojo de la cerradura. Está oxidado y un trozo del marco del ojo de la cerradura está roto. Miro alrededor de la habitación en busca de algo que pueda usar para abrir la cerradura. Nada útil.

Paso mi mano por mi cabello, frustrada. Mis dedos pasan sobre las mariposas de cristal que todavía cuelgan allí. Tiro uno hacia abajo y rompo la figura de vidrio, dejando solo el pasador de metal, que parece encajar perfectamente en la cerradura. Me pregunto si mi propia hada madrina personal tuvo algo que ver con la elaboración de estos pequeños alfileres.

Introduzco la varilla de metal en el ojo de la cerradura e intento imitar el movimiento de una llave giratoria. Manchas de metal rojo anaranjado llueven mientras examino la cerradura. Giro el alfiler lo más fuerte que puedo, y luego ¡pop! La cerradura hace clic.

La puerta gime cuando se abre solo una rendija. Espero ser apresurada por los guardias en cualquier momento, pero no pasa nada. Saco la cabeza y miro hacia el pasillo oscuro. Un mosaico de tablones de madera de aspecto más nuevo atraviesa el agujero en el techo, pero el aire frío de la tarde todavía entra a raudales. Desde algún lugar más lejano, entra una melodía y un olor dulce, como pan recién horneado, pasa flotando a mi lado. Probé la manija de la celda contigua a la mía.

—Si vienes aquí, asegúrate de matarme. ¡Porque si no lo haces, te estrangularé con mis propias manos!

—¿Podrías guardar silencio? —Yo susurro—. Sólo soy yo. Desde la celda a tu lado.

La escucho revolverse y la luz debajo de la puerta parpadea.

Pongo mi llave improvisada en la cerradura y trato de que gire. Hace clic suavemente mientras trato de encontrar el ángulo correcto y luego ¡*snap*! El pasador se rompe dentro de la cerradura.

—¿Dónde están las llaves? —Pregunto.

—Están con el guardia. Nunca los conseguirás. Solo vamos. Aléjate de aquí y no vuelvas nunca.

Veo luces tenues debajo de cada una de las que deben ser media docena de puertas al final del pasillo.

—Volveré por ti. Lo prometo —digo—. Encontraré las llaves o algo para romper la cerradura.

Débiles sollozos se desvanecen mientras me dirijo hacia el final del pasillo donde había encontrado la salida antes. Giro el mango. Cerrado, cerrado desde el exterior. El rey debió haber enmendado su falta de seguridad.

Un monstruo. *No es tonto*, me recuerdo.

Me vuelvo hacia el extremo opuesto del pasillo. Una estrecha escalera de caracol está escondida en la esquina más alejada. Me apresuro al pie de las escaleras y miro hacia arriba.

La escalera de madera gira en espiral al menos dos pisos hacia la oscuridad. Los primeros metros son transitables, y estoy segura de que así es como vinieron los guardias cuando me arrastraron hasta aquí, pero más allá de eso, la escalera está en mal estado. Faltan algunos escalones y entre los listones de la barandilla cuelgan telarañas. Paso corriendo las sólidas escaleras y luego me meto en el primer escalón andrajoso que conduce a la oscuridad. Gime bajo mi peso. Respiro hondo antes de subir con cautela, cada paso gime en protesta.

Suenan las campanas, marcando la media hora.

A medida que me acerco a la parte superior, evito por poco un gran agujero en la estructura. Cuando pongo el pie en el otro lado, un crujido repugnante resuena en la oscuridad. Mi pie choca contra la escalera de madera y me agarro a la barandilla para no caer en picado al suelo.

Una lluvia de escombros llueve y cae al suelo. Me apresuro a levantarme, y cuando me estabilizo, me quedo quieta, escuchando. Alguien debe haber escuchado la conmoción. Intento calmar mi corazón acelerado. Justo encima de mí, en lo alto de la escalera, hay una puerta.

Subo los últimos escalones y me apoyo en él para ver si puedo oír a alguien del otro lado.

Silencio.

Giro la manija, empujo la puerta lentamente y me encuentro en un pasillo muy parecido al que me había mostrado el rey. Las paredes aquí están pintadas de un azul pálido con lirios blancos a lo largo del techo. Las lámparas de aceite iluminan el espacio cada pocos metros, colocadas en adornos dorados en las paredes. La puerta está empotrada directamente en la pared, sin tirador en el exterior. La cierro con cuidado y camino de

puntillas por el pasillo. El suelo bajo mis pies es de un color roble oscuro y pulido hasta tal punto que puedo verme reflejado en su superficie.

Paso varias habitaciones antes de llegar a un conjunto de puertas dobles doradas al final del pasillo. Una voz apagada suena desde algún lugar detrás de mí. Probé la manija de las puertas dobles y se abrieron con un crujido, enviando una pizca de polvo a mi cabeza. Claramente, nadie ha estado en esta sala en mucho tiempo. Saco una lámpara de su portalámparas justo afuera de la puerta y entro.

Es un dormitorio grande, pintado del mismo azul pálido que el pasillo. El aire está viciado y puedo saborear el polvo en él. Las ventanas corren a lo largo del lado sur, aunque están cerradas, y en el techo empotrado hay un medallón de yeso con brazos arremolinados que se extienden como los rayos del sol. Un enorme candelabro de oro cuelga de su centro, telarañas colgando entre las copas de las velas como delicados encajes. Una cama con dosel cubierta con sábanas de color azul marino se sienta debajo. También está cubierto por una capa de polvo.

En la pared adyacente hay un tocador con un espejo cubierto con una tela negra. Un retrato de Cenicienta cuelga encima, pero es muy diferente al de la entrada principal. Aquí, ella mira al frente, sin rastro de sonrisa, su boca presionada en una línea apretada.

Sostengo la lámpara en alto. La luz atraviesa la habitación oscura, iluminando un armario abierto lleno de hermosos vestidos. Me acerco y paso la mano por los pliegues de las lujosas telas. En la parte trasera del armario cuelga un vestido separado de los demás: un vestido sencillo deshilachado alrededor del dobladillo, con las mangas largas destrozadas en las muñecas.

A diferencia de los otros vestidos, parece que se ha usado un millón de veces. Una imagen comienza a formarse en mi mente. El polvo en todas las superficies, los vestidos colgando en el armario, el inquietante silencio.

Esta habitación perteneció a Cenicienta.

35

Me alejo del armario mientras una opresiva sensación de tristeza se apodera de mí. Esta es su jaula dorada, su bonita prisión.

En la pared junto a su cama cuelga un pequeño cuadro no más grande que la tapa de un libro, que muestra a un hombre y una mujer de pie detrás de tres niñas. Todos sonríen y las chicas se dan la mano. La más alta de las tres tiene el pelo rojo. Esa debe ser Gabrielle. Me duele lo que les robaron, pero ahora no es el momento de llorar el pasado. Llegar al diario de Cenicienta es lo único que se me ocurre. Ella sabía algo que nosotros no.

Abro los cajones. Miro debajo de su cama y en su armario, pero no encuentro nada. ¿Seguiría estando aquí después de todo este tiempo? Quizás Manford lo encontró y lo destruyó hace mucho tiempo.

Me acerco a las puertas del baño, pero siento un tirón en la parte de atrás de mi vestido. Me doy la vuelta para ver que mi dobladillo está atrapado en la esquina de la mesita junto a la cama. Mi vestido ha sido jalado por la pared, y cuando me inclino para liberarme, algo me llama la atención.

En la parte posterior de la mesa, un pequeño objeto rectangular se encuentra en una pequeña ranura detrás del único cajón. Me agacho para recogerlo y me doy cuenta de que es un libro pequeño. Al abrir la portada, veo que las palabras están escritas a mano con tinta negra. Un diario. Mi corazón se acelera mientras leo la primera página.

El hechizo se ha roto. Todos los días sus efectos disminuyen, y siento algo parecido a mi antiguo yo. La bruja me mintió. Ella dijo que podríamos acabar con él, pero después de que bebí de su taza, no pude pensar mas que en el

Príncipe Encantador. No podía hacerle daño, no podía decir una mala palabra en su contra, y esto le agradó tanto que lo confundió con un cariño genuino. Pero cuando vuelvo a mi sentido común, no puedo ocultar cuánto lo detesto. Estoy tratando con todas mis fuerzas de mantener el engaño lo suficiente como para clavarle una daga en el pecho. Le devolveré lo que me ha robado.

Salto varias páginas adelante.

Me enteré de algo tan profano que por ahora solo puedo escribirlo en papel. Decirlo en voz alta se siente como decir una maldición.

Con cada día que pasa, se vuelve más rudo, más indecente, cada vez que lo rechazo actúa como si lo hubiera golpeado; se siente herido de nuevo con cada rechazo. No puede soportarlo.

Me está matando. Lentamente, me quita la vida del alma, y cuando estoy al borde de la muerte se retira, dejándome recuperar fuerza solo para volver a hacerlo. Me está castigando y lo está disfrutando.

Mi piel se eriza cuando releo el pasaje. La drenó, lentamente, con el tiempo para castigarla. Me tiemblan las manos mientras sigo leyendo.

Esto es mi culpa. Con cada extracción soy más débil.

La tristeza en ese lugar, ese abismo, se me filtra en cada extracción. No reconozco mi propio reflejo.

Paso las páginas como si fueran de cristal. Me he topado con algo sagrado. Las palabras de la propia Cenicienta, en su propia mano. En las últimas páginas, la letra se convierte en nada más que garabatos. Entrecierro los ojos contra la oscuridad para leer el pasaje.

Un canal se abrió entre nosotros, una conexión. Podía ver directamente en su corazón aflojado. Algo invisible, algo antinatural, rodea la fuente de luz.

Y ahora sé que no hay esperanza para mí. O para cualquiera.

El ruido de una puerta que se abre en el pasillo me detiene. Guardo el diario entre la funda de mi vestido y mi corsé. Alguien camina hacia la habitación de Cenicienta. Un candelabro de oro, cubierto de telarañas, se encuentra en una mesa junto a la puerta. Lo levanto. Pesa como un ladrillo. Levantándolo por encima de mi cabeza, escucho los pasos que se acercan. Quienquiera que sea, se detiene justo afuera de la puerta. Aguanto la respiración.

Justo sobre su cabeza.

La puerta cruje al abrirse y, en la penumbra, veo los ojos del guardia. Parpadea, confundido, mientras bajo el candelabro con todas las fuerzas que puedo reunir. Golpea su cabeza con un ruido sordo y enfermizo, y cae en una pila, sus rodillas y codos sobresalen de una manera antinatural. Rápidamente engancho mis brazos debajo de los suyos, lo arrastro a la habitación y cierro la puerta. Las respiraciones salen de él como si su garganta estuviera llena de líquido. Después de ponerlo de lado, reviso sus bolsillos en busca de las llaves de las celdas, pero no encuentro nada. Cuando se despierte, hará sonar la alarma.

Lo arrastro al armario lleno de hermosos vestidos y cierro la puerta. Empujo el tocador y la mesita frente a él y salgo de la habitación. Candelero en mano, corro por el pasillo hasta que llego a otra escalera.

Éste gira en espiral por debajo del nivel principal del palacio, y cuando la luz de arriba se atenúa, una ráfaga de aire frío y fétido me recibe. Los

sonidos de voces silenciosas se elevan, pero no puedo distinguir las palabras. Bajo las escaleras para encontrar la boca de un túnel largo y oscuro.

La mazmorra es un pasillo estrecho con celdas enrejadas a ambos lados. Solo una lámpara ilumina el otro extremo del húmedo espacio. Un guardia está sentado en una silla con un hombre mayor de pie junto a él.

—No tengo el dinero —dice el hombre de pie.

—Entonces no tenemos un trato —dice el hombre sentado—. Cuatro piezas de oro cada una. Sin gangas. Órdenes del rey.

El anciano se marcha furioso, sube un tramo corto de escaleras en el otro extremo del pasillo y cierra la puerta de golpe.

Un leve susurro de la celda detrás de mí llama mi atención. Seis o siete personas de distintas edades se apiñan hacia atrás. Un hombre da un paso adelante, alto y demacrado. Puedo ver sus costillas inferiores sobresaliendo de debajo de su ropa andrajosa. Su rostro está cubierto por una masa de barba descuidada. Se tambalea hacia adelante y se apoya en los barrotes de la celda.

—¿Sophia? —Pregunta, su voz fina y débil.

No puedo creerlo. —¿Luke?

Extiende la mano y miro hacia el pasillo. La oscuridad me da algo de protección mientras tomo su mano esquelética en la mía.

—Oh, Sophia —dice, colapsando contra los barrotes.

Beso el dorso de su mano mientras las lágrimas me arden en los ojos. —Luke, ¿qué te hizo? Pensé que estabas muerto. —Estaba segura de que lo habían ejecutado. Pero parece que el rey le ha permitido languidecer en la mazmorra, esperando que su cuerpo se derrumbe sobre sí mismo. Solo niega con la cabeza.

—Ese es el destino de los perdidos —susurra.

—Sólo espera —le susurro—. Voy a sacarte de aquí.

Miro por el pasillo, debatiendo cómo acercarme sigilosamente al guardia. Tomo el enfoque más directo y paso rápidamente por varias celdas donde los presos se han fijado en mí. Cuando me acerco al guardia, se pone de pie, con una expresión de incredulidad plasmada en su rostro.

—Oye, se supone que no debes estar aquí.

Una de las chicas en la celda detrás de él grita a todo pulmón. Cuando el guardia se da la vuelta, pongo el candelabro sobre su cabeza y él cae de rodillas, farfullando y gimiendo.

—¡Golpéalo de nuevo! —Alguien grita.

Lo hago, y cae de bruces al suelo de tierra.

—¡Tiene las llaves en su cinturón! —Una niña, quizás solo un año mayor que yo, aparece en el frente de una celda, agitando frenéticamente la mano a través de los barrotes.

Después de tirar el candelabro a un lado, desengancho las llaves que cuelgan de un lazo en su cinturón y voy a la celda directamente detrás de donde había estado sentado el guardia.

—¿Estás bien? —Pregunto—. Gritaste y pensé…

—Solo estaba tratando de distraer al guardia —dice la niña.

—¿Cuál es? —Pregunto. Hay una docena de llaves y todas me parecen iguales.

—Es plateado con un agujero cuadrado en la parte superior —dice la niña. Ella comienza a temblar incontrolablemente. Ella se agarra con fuerza a los barrotes y observa mientras busco las llaves. Su vestido lencero se ha roto en el dobladillo inferior. Sus mejillas están manchadas de tierra. Lleva una inconfundible máscara de dolor en su rostro.

Encuentro la llave con el agujero cuadrado y abro la celda. Las chicas salen arrastrando los pies, sin saber qué hacer a continuación.

—Escúchame —digo—. Hay un cotillón mientras hablamos, y el rey me está buscando. Toma estas llaves y deja salir las demás. Hay un hombre

en la última celda que quizás no pueda caminar solo. Necesitará ayuda. ¿Sabes a dónde lleva esta puerta? —Hago un gesto hacia la puerta donde había desaparecido el anciano.

—Al patio trasero —dice una de las chicas.

Le entregó las llaves y ella corre a abrir las otras celdas. Mi cabeza da vueltas. No puedo pensar en una manera de sacar a todos y aun así regresar por las chicas encerradas en el piso superior. Mientras los demás salen de sus celdas, miro con repulsión cuando al menos cuarenta chicas y media docena de chicos están frente a mí. ¿Hubo tantos decomisos en Lille? La joven de la primera celda rodeó a Luke con el brazo y él se inclinó sobre ella. La mayoría tienen mi edad o más, pero algunas chicas no pueden tener más de once o doce. ¿Es este el destino de las chicas desaparecidas de Lille?

De repente, un estruendo atronador proviene de detrás de la puerta que conduce al patio. Subo las escaleras y escucho atentamente antes de abrirla.

La confusión y los gritos estallan afuera cuando todos los que se han vaciado en el patio trasero se apresuran.

—¡Sal! ¡Todos afuera! —Oigo gritar a un hombre.

—Creo que el rey ha ordenado a todos que se vayan —digo. Empujo la puerta para abrirla más.

Nadie se mueve.

—Ve —digo—. Muévete con la multitud. No mires atrás.

—¿A dónde vamos a ir? —Pregunta una joven—. No podemos ir a casa. Algunos de nosotros no tenemos un hogar.

Solo sé que necesitan salir de aquí. Ahora. —Sube por el camino hacia la carretera principal. Solo sigue y no te detengas.

Se apresuran a salir, aferrándose unos a otros, manteniendo la cabeza gacha. Veo a los invitados del cotillón mirándolos y luego mirando hacia otro lado mientras corren desde el calabozo. Esta es la única ocasión en la

que la indiferencia de la gente de Lille por ver a sus ciudadanos en un estado tan triste funcionará en nuestro beneficio. Luke y la joven que lo está ayudando se detienen.

—¿Vienes con nosotros? —Él pregunta. Apenas puede hablar, y ahueco su rostro entre mis manos. Beso su frente antes de empujarlo a él y a la chica hacia la puerta.

—No —digo—. No puedo. Hay algo que tengo que hacer.

Luke se endereza, haciendo todo lo posible por soportar su propio peso. Me rodea con sus brazos y puedo sentir lo devastadoramente delgado que está. Si me agarro demasiado fuerte, temo romperlo. Una de las niñas presiona las llaves del guardia en mi mano y las guardo en mi vestido, junto al diario de Cenicienta.

Empujo a Luke hacia la salida, y cuando se ha ido, me doy la vuelta y corro por el túnel y subo las escaleras. Un grupo de guardias se aleja de mí por un pasillo contiguo, con las espadas desenvainadas y gritando. Cuando están fuera de la vista, cruzo el rellano y bajo un corto tramo de escalones que conducen a las puertas del salón de baile principal. Atravesé la extensión ahora vacía de mármol reluciente, los retratos del rey en todas sus formas mirándome.

Llego a la mitad antes de que las puertas detrás de mí se cierren de golpe. Los candelabros cobraron vida uno por uno, proyectando sombras a mi alrededor.

Me vuelvo para ver al rey sentado en su trono en lo alto de la plataforma, con una sonrisa enfermiza en su rostro. Corro hacia la puerta exterior e intento abrirla a la fuerza, pero no se mueve.

—No sirve de nada, Sophia —me llama—. Incluso si lo abriste, hay cincuenta guardias en el otro lado.

Rebosante de ira, lo miro a los ojos. Desciende la plataforma. Su traje negro medianoche se funde con las sombras. Sus ojos brillan a la luz de las velas.

—Mataste a mi amiga —le digo.

Él mira hacia un lado. —¿Cuál era esa ahora? Ha habido tantos.

No esperaba que estuviera triste o arrepentido por lo que hizo, pero parece completamente sin vida, como un caparazón ambulante que solo sirve como recipiente para su odio.

—Su nombre era Liv y tenía una familia que la amaba. La amó. —Lo miró fijamente a la cara y doy unos pasos hacia él—. Tu terrible pesadilla terminará esta noche.

—¿Y exactamente cómo vas a detenerme? —No es una pregunta para la que tenga una respuesta sólida. Miro su cuello. El lugar donde mi daga lo había herido es de un color púrpura, pero la piel de alguna manera se ha recuperado. Él ríe—. He pasado más años en esta tierra que cualquier otra criatura viviente. Lo moldeé, le di forma a todo lo que ves ante ti. Todos los hombres de aquí a Chione se inclinan ante mí porque quiero que así sea.

—¿Cenicienta se inclinó ante ti cuando descubrió lo que realmente eres?

Una rabia silenciosa se apodera de él. Es el tipo de ira que solo proviene de escuchar una verdad que no puede aceptar.

—Incluso ella se inclinó ante mí al final.

Mentiras.

—Puedes gobernar esta tierra —digo, empujando hacia abajo la oleada de terror que amenaza con consumirme—. Pero tú no me gobiernas.

—¡Viniste aquí por mis órdenes! —truena su voz—. Tú y todas las demás miserables de este reino, *mi* reino, harán exactamente lo que yo diga. —Da un paso más cerca, sus dientes apretados, sus ojos negros muy abiertos y sin pestañear—. Tu padre, y su padre antes que él, y todas las generaciones anteriores que me han enviado a sus hijas en manadas para que pueda saciarme y arrojar las sobras a los hombres que vienen aquí como buitres para recoger los pedazos rotos y podridos de carne.

—Tú los traes aquí para llenar el vacío que Cenicienta dejó en tu corazón ennegrecido —digo desafiante—. Tu amargura, esta ira, solo proviene de tener tu corazón roto. ¿Fue ese su crimen? ¿Que ella no te amaba?

—¡Me merecía su amor! —él grita. Está desquiciado, sus ojos salvajes—. La saqué de su existencia mundana y la convertí en reina. Ella debería haberme amado toda su vida por eso.

—No podías controlarla. No podías obligarla a amarte como tú la amabas. —De repente comprendo lo que lo impulsa. Se ha convencido a sí mismo de que tenía derecho al amor de Cenicienta. No puede ver cómo sus propias acciones la volvieron contra él.

Manford solo tiene derecho a una cosa. La verdad. —¿Sabías que vino aquí esa noche hace tantos años para matarte?

Su boca se abre como si fuera a hablar, pero no lo hace. Aprieta la mandíbula con fuerza y cierra los ojos, respirando profundamente. Él se acerca, poniendo su mano detrás de mi espalda y haciéndome girar. Lucho por mantener el equilibrio mientras me guía en un vals silencioso.

—¿Crees que puedes herirme con tus palabras? Tenía la esperanza de que fueras más inteligente que eso. Al menos haz de este pequeño juego un desafío. —Toma mi mano—. Tomaré lo que quiero de ti y dejaré que tu cadáver se pudra en una zanja como tu patética amiga, como tantas de las miserables muchachas de Lille. —Las palabras de Émile inundan mi mente. Se alimenta de las chicas de Lille como un monstruo. Lo imagino merodeando por el campo, dejando un rastro de cadáveres a su paso.

Mientras se inclina, libero mi brazo, me levanto hacia atrás y lo golpeo con la palma abierta. Se detiene, pero no lo suelta. Lo miro a los ojos. Sé que mi voz vacilará si no mido mis palabras, pero quiero ser clara en lo que, sin duda, serán los últimos momentos de mi corta vida.

—Si vas a matarme, hazlo, y ahórrame tus insufribles desvaríos.

—Puedes fingir ser valiente, pero veo a través de ti. Estás atormentada por el miedo. —Se acerca y me inhala—. Puedo olerlo en ti.

Muevo mi cuerpo hacia un lado y me las arreglo para soltar su agarre. Me tambaleo hacia atrás y me agarra el vestido. Se parte por un lado y observo con asombro cómo se repara ante mis ojos. El rey me suelta. Sonríe, me agarra del brazo y me acerca, apretándome contra él. Araño su cara mientras presiona su frente contra la mía.

Abre mucho la boca y presiona sus labios sobre los míos. Grito, pero el sonido es amortiguado. Saboreo su aliento rancio y siento su piel húmeda, sus dedos como cuchillos en mi espalda. Entonces, todo se queda quieto. Una luz se cierne entre nosotros, una nube de niebla traslúcida que parece salir de mí.

No puedo moverme, no puedo hablar.

Lucho por mantener los ojos abiertos. Una ráfaga de ondas frías recorre cada centímetro de mi piel. Echo un vistazo a mi daga metida en su cinturón. Lo alcanzo, pero él aparta mi mano.

Estoy muriendo. Siento que me arrancan la vida en trazos largos y ásperos. Un fuego se enciende en mi pecho, quemando cualquier sentimiento de esperanza, amor o felicidad. Algo tira con fuerza de mi cintura y de repente me deslizo hacia atrás por el suelo del salón de baile. Me quedo quieta por un momento mientras mis sentidos se encienden y apagan. Mi visión se vuelve borrosa y un zumbido agudo llena mis oídos. Estoy exhausta, como si no hubiera dormido en días, y una tristeza aplastante se cierne sobre mí. Me duele el costado. Me doy la vuelta y parpadeo.

Una figura familiar se encuentra en medio de la habitación.

36

—¡Entrometida moza! —grita el rey.

Mi visión se aclara lo suficiente como para ver a Constance de pie con la daga desenvainada y los ojos entrecerrados, con un gran libro bajo el brazo.

—Mantente alejado de ella —dice Constance.

El rostro de Manford parece cambiar mientras mira a Constance, como si su piel estuviera demasiado suelta sobre sus huesos. —Guarda esa daga, chica estúpida. No te servirá de nada aquí.

Constance me mira. —Sophia, yo…

Las puertas dobles que conducen al salón de baile gruñen cuando se abren. Mi visión todavía es confusa, pero reconozco el cuerpo en cuclillas de Amina cuando entra en la habitación. Ella se despoja de su apariencia exterior y marcha hacia el rey. Una oleada de alivio me invade.

—Por favor —le dice Amina—. Por favor, recuerde lo que discutimos antes.

Todavía estoy aturdida, pero incluso en mi neblina sus palabras no tienen sentido. —¿Antes?

El rey me mira y luego vuelve a mirarla a ella. Él estalla en un ataque de risa malvada. —¿No le dijiste? ¿Ella no pudo entenderlo?

—¿Entender qué? —Exijo, poniéndome de pie. Mis costillas palpitan con cada latido.

Amina me lanza una sonrisa tensa, pero sus ojos no me muestran más que tristeza. —Te mentí, Sophia. Tuve que hacerlo.

El rey se acerca y planta un beso en la parte superior de la cabeza de Amina. —Oh, madre, nunca fuiste muy buena mentirosa.

Madre.

No.

No puede ser verdad.

—Tú… dijiste que te salvó de la pira —tartamudeo—. Que vino a buscar tu ayuda.

Una sonrisa maníaca se extiende por el rostro de Manford. —¿Es esa la historia que has estado contando? —Se vuelve hacia Amina—. Me gusta mucho esa. Es casi la verdad.

Mi mirada vuelve a los retratos. Sí, todos son Manford, pero también son el niño del cuadro que cuelga junto al hogar en la casa de Amina en el Bosque Blanco.

—Bruja mentirosa —dice Constance con los dientes apretados. Abre el libro que está agarrando y lo tira al suelo. Es el grimorio. Amina la mira.

—Oh, pero tú, Constance, tenías algún indicio, ¿no? —Amina sonríe y las sutiles similitudes entre ella y Manford me miran, burlándose de mí— ¿Cuándo?

Constance agarra su daga. —Sabía que el niño del cuadro me resultaba familiar, pero no pude ubicarlo. Me roía. —Constance tiembla mientras habla—. Cuando te fuiste para el cotillón, volví a mirar el hechizo de nigromancia. —Señala el libro. Las páginas que contienen el hechizo de nigromancia están abiertas.

El conjugador está atado al cadáver levantado hasta la muerte.

—No tienes una buena razón para seguir con vida después de todo este tiempo —dice Constance—. Manford debería haberte matado si supieras su secreto. Pero ahora tiene sentido. Estás unido a él por sangre, por amor, por magia. No puede existir sin ti. No quería creerlo. Estaba cegada por mi odio hacia él. —Lanza una mirada mordaz a Manford.

Ladea la cabeza hacia un lado. —Pobre niña. ¿Qué he hecho para que me odies tanto? —Su tono es burlón, cruel.

—Tengo muchas razones —dice Constance enfadada—. Has estado cazando a mi familia durante generaciones.

Manford está desconcertado. Mira fijamente a Constance. —Madre, deberías haberme dicho que estábamos entre esos invitados de honor. Te pareces mucho a Gabrielle. Lástima.

Me doy cuenta de la horrible realización. Me vuelvo hacia Amina. —¿Lo trajiste tú mismo? —Recuerdo el sello roto en su grimorio, la piel fría de Manford, su cuerpo rígido. Es un cadáver ambulante. Amina está ligada a él y él a ella, como dice el hechizo. Solo ella tiene el poder de destruirlo porque ella es quien lanzó el hechizo que lo trajo de vuelta de entre los muertos.

Amina aplaude. —Bien hecho, querida. Bien hecho. Es cierto que me salvó de la pira, pero solo estuve en ella porque la gente de mi aldea se enteró de lo que había hecho. La nigromancia tiende a asustar a los débiles de corazón.

—Has estado trabajando con él todo el tiempo —dice Constance.

—No tuve que hacer mucho —dice Amina—. Ya tenías planeado volver a Lille. Solo te di un pequeño empujón. —Se vuelve hacia Manford—. Debo admitir que las cosas que me dijiste cuando viniste de visita me dolieron un poco.

Pone su mano sobre su corazón. —Mi temperamento se apoderó de mí. Lo siento, madre, de verdad.

No suena arrepentido en absoluto, pero le sonríe como si la adorara, y mi estómago se revuelve. Todo este tiempo, pensé que su vacilación se debía a que estaba avergonzada, temerosa. Pero era una mentira. Como la historia de Cenicienta. Como el baile. Como todo.

Amina se vuelve hacia su hijo. —Tu impaciencia casi lo arruina todo. Apareciendo así. Te dije que te la entregaría, pero no querías esperar.

Esa noche nos habíamos escondido en las repeticiones del sótano de raíz en mi cabeza. Sabía que estaba cerca. La traición es como un cuchillo retorciéndose en mi costado.

—Había algo de verdad en lo que dije —dice el Rey Manford. Amina lo mira, y algo parecido al miedo se apodera de su rostro.

—Tu magia me ha fallado en el pasado, madre. —El rey se vuelve hacia ella—. Tus tinturas y tónicos no sirvieron. Ella me habría amado si hubieras hecho un mejor trabajo preparando tus pociones.

—Estaba segura de que tu ingenio y encanto la conquistarían sin mi ayuda —dice Amina—. Solo estaba destinado a ser un pequeño empujón.

Un fuerte chirrido atraviesa el aire, y el cuervo de Amina entra en el salón de baile por la puerta lateral abierta. Aterriza en su hombro.

—Odio a esa criatura —dice Manford.

Amina se inclina hacia Manford y saca mi daga de su cinturón. —Oh para. Nunca te ha hecho una sola cosa.

Continúan esta conversación como Constance y yo no estamos aquí.

—Te quedaste en el bosque porque querías —dice Constance—. No porque te sintieras mal por lo que hiciste.

—Eso es sólo parcialmente cierto —dice Amina, volviendo su atención a Constance—. Siento una punzada de culpa por Cenicienta, pero no es nada que no pueda ser sofocado con una pipa llena y un trago fuerte. —Ella retuerce la daga entre sus dedos—. Te dije que no era un hada madrina, que había hecho cosas que no podías imaginar. Me pediste que dejara esa carga. Pero no tenías idea de lo que eso significaría.

No puedo entender —¿Sabías que estaba matando gente y que así era como extendía su propia vida?

—Ahora, Sophia —dice Manford, hablándome como si fuera un niño—. Me las he arreglado para guardar algunas cosas para mí.

Amina mira al suelo. —En realidad, nunca lo he visto hacerlo. No quería saber los detalles. Así era mejor. La primera vez fue… ¿cuándo fue?

—Cuando esa mendiga llegó a nuestra puerta en los primeros meses después de que me levantaras del suelo —dice Manford—. Cuando me di cuenta de lo que podía hacer, que podía mantenerme indefinidamente, bueno, ese era un secreto que valía la pena mantener incluso para ti, madre.

—No has logrado mantenerlo en secreto para todo el mundo —dice Amina—. Constance está en posesión de un libro que tiene una ilustración muy interesante.

—¿Está bien? —Pregunta Manford—. Tendremos que investigar eso. —Se vuelve hacia Constance—. ¿Me darás el libro de buena gana o debo usar más… medidas persuasivas?

—Si das un solo paso hacia mí, haré que te arrepientas —dice Constance, con voz firme—. Por favor pruébalo. Me gustaría mucho matarte.

La boca del rey se vuelve hacia abajo y niega con la cabeza. —Una celda acogedora podría humillarte. Te hace cambiar de opinión.

Pienso en la chica de la celda contigua a la mía. ¿Amina sabía sobre ella y los demás? —¿Has pensado en alguien más? —Pregunto, mirando a Amina. No puedo creer que haya traicionado mi confianza de esta manera—. No solo la gente aquí en Lille sino en todo Mersailles, ¿todas las vidas que se han arruinado por su culpa? —No puedo evitar que las lágrimas corran por mi rostro—. Pensé que te preocupabas por mí. ¿Como pudiste hacer esto?

El rey se ríe. —Madre, quizás tu talento para mentir sea mejor de lo que pensaba. Esta tonta realmente cree que te preocupas por ella.

Amina dibuja su boca en una línea recta mientras se acerca a mí, sus ojos acerados. Ella levanta la daga de Cenicienta y golpea suavemente el mango donde está anclada la piedra rosa.

—Tal como lo vi yo —dice Amina—. Perdóname. —Respira hondo y se lanza hacia mí.

Levanto los brazos en defensa y hay una ráfaga de pasos. Amina se mueve hacia adelante como si la hubieran golpeado en la espalda. La expresión de su rostro me desconcierta. Su dolor.

Empuja el mango del cuchillo de Cenicienta en mi mano y se tambalea hacia adelante. El cuervo chilla, batiendo sus alas mientras vuela y da vueltas sobre nuestras cabezas. Un sonido, como el rugido de un río, rompe el silencio. El terrible ruido proviene del rey.

La punta de la daga de Constance sobresale del pecho de Amina mientras Constance agarra la empuñadura detrás del hombro derecho de Amina, jadeando, con los ojos encendidos. Ha atravesado a Amina directamente.

Amina lanza un suspiro largo y lento mientras se derrumba en el suelo.

—¡No! —Manford chilla.

Amina cierra los ojos cuando una nube luminosa envuelve a Manford. Una luz cetrina surge de él. El pulso nos empuja a Constance ya mí hacia atrás con tal fuerza que nos envía volando en direcciones opuestas. Constance atraviesa un juego de puertas dobles al otro lado de la habitación.

Manford, todavía rodeado por la luz cegadora, se tambalea hacia mí. Cruzo la puerta más cercana a mí. Los cuerpos de varios guardias de palacio inconscientes ensucian el salón como árboles caídos. Agarrando la daga de Cenicienta, jadeando por aire, mis entrañas se retuercen, me pongo de pie y corro. Mirando detrás de mí, veo que Manford acelera el paso.

Corriendo por los pasillos, el ruido de espadas y guardias resuena desde algún lugar detrás de mí. Encuentro la escalera que conduce al calabozo y corro hacia abajo. Puedo escapar al patio y dar la vuelta para buscar a Constance.

Las celdas están vacías ahora, y mi corazón se acelera mientras me dirijo al final del pasillo y abro la puerta.

Un grito monstruoso surge detrás de mí. —¡Detente!

Puedo correr. Puedo ir a buscar a Constance y largarme de aquí, pero eso no es lo que vine a hacer. Si corro ahora, estaré corriendo para siempre. Amina está muerta y espero que eso signifique que el hechizo que lanzó sobre Manford se haya roto. Si hay alguna posibilidad de que sea vulnerable ahora, tengo que acabar con él.

Cierro la puerta y me vuelvo hacia Manford. Está de pie en la oscuridad al final del túnel. Doy un paso hacia un lado. Refleja mis movimientos como una sombra.

—Eres ingeniosa, por lo menos —dice. Su voz suena diferente. Es duro y gorjea entre respiraciones—. Por el aspecto de las cosas aquí abajo, parece que me has costado bastante dinero.

—Solo los tiranos se dedican a la venta de seres humanos. —Mi miedo ha disminuido. La ira regresa rápidamente.

Da dos pasos hacia la luz danzante de las velas. Retrocedo cuando se acerca. Agarro la daga de Cenicienta con tanta fuerza que me duele la mano. Grandes franjas de piel se han desprendido de un lado de su cuello; el hueso blanco brilla a través de un agujero en su mejilla. Me tambaleo hacia atrás. Su piel, enmohecida y podrida, se cae en pedazos mientras avanza pesadamente.

—Son más una mercancía —dice, sus ojos brillan como las criaturas que acechan en el bosque por la noche—. Obtuvieron el mejor precio. No espero que lo entiendas.

Es un cadáver ambulante sin vida robada que mantiene el caparazón de su piel y huesos juntos. Se tambalea como si sus piernas no pudieran soportar su peso, se detiene y sonríe mientras ve el horror esparcirse por mi rostro, la piel de sus labios se despega.

—¿Ahora te acobardas al verme? ¿Dónde está ese fuego que vi en ti antes? —Se está burlando de mí.

—Eres un monstruo. Cenicienta lo sabía. Ella vio a través de ti.

—¿Cómo sabrías lo que Cenicienta pensaba de mí?

—¿Crees que eres el único que puede volver de entre los muertos?

Su rostro cambia. Detrás de la carne en descomposición, hay confusión. —Madre. —Sacude la cabeza y otro trozo de su cuello se cae— Así que parece que ella estaba jugando en ambos lados. Me pregunto de qué lado estaba ella al final.

Él cierra la brecha entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos, y grito mientras me envuelve en un agarre que es más fuerte de lo que debería ser. Levanto mi mano para apuñalarlo con la daga, pero él agarra mi muñeca, doblando mi brazo y la daga entre nosotros. El olor que emana de él golpea la parte posterior de mi garganta. Carne podrida y excrementos humanos. Lucho para no sentir náuseas cuando él me mira con el ceño fruncido.

Me suelta por un momento para pasar su mano por un lado de mi cara. Lo aparto tan fuerte como puedo. Un trozo de su dedo índice se astilla como una ramita y cae al suelo.

—No dije que pudieras tocarme —le digo.

—El hechizo está roto —dice—. Pero no se equivoque. Te llevo conmigo.

Agarra mi rostro entre sus manos en descomposición, presionando su boca pútrida sobre la mía una vez más. El dolor irrumpe en mi pecho y la luz arde entre nosotros. Se vuelve más brillante cuando cierro los ojos. Esto es exactamente lo que había visto en mi visión. Está llegando a suceder y no puedo detenerlo. ¿Eso es lo que era? No es una advertencia, sino una revelación, ¿un vistazo de lo que sucedería sin importar lo que hiciera? Caigo de nuevo en un lugar oscuro y desolado.

Estoy muriendo. Mis pensamientos resuenan como si hubiera hablado en voz alta. El rostro de Constance aparece frente a mí y quiero decirle lo mucho que significa para mí. Veo a Erin, con la cara magullada y rota, el cuerpo sin vida de Amina en el suelo del salón de baile y el cuerpo esquelético de Luke. Escucho la voz de Constance en mi cabeza suplicándome que vuelva con ella. No quiero caer al vacío.

De repente, las campanas comienzan a tocar en algún lugar a lo lejos. Es media noche. Y luego, mi propia voz resuena en mi cabeza nuevamente, *no estoy lista para morir*.

Mis ojos se abren de golpe, y veo al rey, sus ojos cerrados en rendijas, solo se ven los blancos inyectados en sangre. Las campanas suenan, alto y claro. Me concentro en el túnel de luz translúcido entre nosotros. Este tiene que ser el canal del que Cenicienta habló en su diario. Se desliza por su garganta abierta hasta su pecho, donde una bola de luz al rojo vivo se sienta pulsando, parpadeando como si estuviera luchando por mantenerse encendida. Esto es lo que ha estado protegiendo el hechizo de Amina, la fuente de su poder.

Me aprieta con más fuerza, tratando desesperadamente de alimentar la luz en su pecho, pero es inútil. Él morirá, pero yo también lo haré si no encuentro la manera de detenerlo. Agarro la daga de Cenicienta, sintiendo el contorno de la piedra en el mango. El cristal de repente se vuelve brillante, y estoy inundado en una neblina rosa pálida que solo me rodea a mí, cortando el túnel de luz entre nosotros. Doy un paso atrás, todavía agarrando la daga, mientras el rey cae de rodillas.

El reloj comienza su última hora, y el vestido encantado que Amina le había proporcionado se derrite en un baño de plata y luz de las estrellas. Las suaves zapatillas desaparecen de mis pies, mi cabello me cuelga alrededor de la cara y me quedo con la túnica y los pantalones que Constance me había dado. Me quedo tal como estoy, y después de todo este tiempo, sé que es suficiente.

Me recompongo mientras Manford balbucea, me golpea, y levanto mi brazo para llevar la daga de Cenicienta, mi daga, directamente hacia su pecho, justo donde imagino que está la luz. Me apoyo en él con todo mi peso y miro directamente a sus ojos salvajes y escrutadores.

—Por Liv —digo—. Por Lille. Por Cenicienta.

Brillante, caliente y carmesí como una llama sin calor, la luz en su pecho brota de su boca y envuelve toda la cabeza del rey mientras se echa hacia atrás, sus manos agarrando salvajemente el aire. Un sonido se escapa

de su garganta, los gritos de un animal moribundo. Lo que queda de su piel comienza a marchitarse y agrietarse como papel quemado. La nube carmesí se atenúa y el cuerpo del rey se encoge hasta que se asemeja a un capullo de ceniza blanca con forma humana.

Siento como si estuviera flotando, como si mi cabeza ya no estuviera bien apoyada sobre mis hombros. Me estabilizo y tomo la antorcha de su soporte en la pared. Lo sumerjo en el montón de polvo que alguna vez fue el rey de Mersailles.

Las llamas dejan la ceniza ingrávida y flota en el aire mientras el fuego se extiende a la silla de madera en la que había estado sentado el guardia. Las llamas ascienden hasta engullir las vigas de madera que atraviesan el techo. Las brasas de la estructura en llamas encuentran las pilas de paja en las celdas y las encienden. Subo corriendo el corto tramo de escaleras y salgo al patio trasero, jadeando, mi visión todavía borrosa, mi corazón todavía acelerado.

Las chicas de las otras celdas, las del piso superior.

Una oleada de pánico se apodera de mí. Arrastro mis pesados miembros a través del patio ahora abandonado hasta el lado del castillo donde están escondidas las celdas. Las llamas del fuego pintan de naranja el cielo oscurecido. Se quema rápidamente y se propaga rápidamente.

Se quemarán hasta morir si no los saco.

Corro hacia la pequeña puerta de la que había escapado durante el baile. Mi cabeza comienza a aclararse y recuerdo que tenía las llaves en los pliegues de mi vestido antes de que el encantamiento desapareciera. Busco frenéticamente mis bolsillos y los encuentro bien guardados. Los saco y busco a tientas la cerradura. Ninguna de las docenas de llaves parece encajar.

Constance, ¿dónde estás?

Mis manos están inestables y el cielo se vuelve más brillante con cada segundo desperdiciado. Hago una pausa por un momento y luego

retrocedo lo suficiente para empezar a correr. Tengo que derribar la maldita cosa.

Me apresuro hacia adelante, empujando mi hombro contra la puerta de madera. Se rompe del marco y lo pateo el resto del camino. Dentro del pasillo, puedo oler humo, aunque las llamas aún no han llegado al pasillo. Golpeo cada una de las puertas de las celdas.

—¡Hola! ¡Solo espera! ¡Te voy a sacar!

Las toses y las súplicas de ayuda resuenan cuando una espesa bruma negra penetra los confines del pasillo. Se me acaba el tiempo. Se están quedando sin tiempo. Voy a la celda contigua a la que me han retenido y pruebo cada llave hasta que finalmente encaja una y la cerradura se abre. Empujo la puerta y encuentro a una mujer parada en el rincón más alejado. Su largo cabello castaño le cuelga alrededor de la cara, con dos mechas blancas en las sienes. Ella se adelanta, farfullando mientras el humo llena la celda. Le rodeé la cintura con el brazo y salimos cojeando al pasillo.

—¿Dónde está el rey? —Pregunta, buscando frenéticamente por el pasillo.

—Está muerto —digo. Incluso en la neblina de humo, puedo ver el asombro en sus ojos.

—¿Lo has hecho? —Pregunta, las lágrimas llenan sus ojos—. ¡Lo has hecho!

—Tienes que salir de aquí. —Todavía necesito abrir las otras puertas y el humo comienza a fluir hacia el pasillo. La guío hasta la puerta y cae al suelo cubierto de nieve. Tomo una bocanada de aire fresco y me agacho dentro para abrir las otras puertas.

Empieza a aumentar la emoción. El rey ha muerto, puedo liberar a sus prisioneros y tal vez las cosas puedan ser diferentes en Lille. Una a una, las chicas emergen y las apresuro a salir. Mi cabeza da vueltas cuando me acerco a la última puerta. Ya no puedo ver el mechón en mis manos, tan denso es el humo. Encajo la llave sintiendo dónde está la apertura, y cuando la última chica sale a trompicones, el humo me alcanza.

Caigo al suelo del pasillo de los sirvientes; una espesa nube de humo negro me cubre como una manta. Mis pulmones arden y mis ojos se vuelven llorosos. No puedo moverme, así que cierro los ojos. Todo lo que puedo pensar es en Constance. Veo su rostro en la oscuridad mientras cedo ante la sensación de caída y hundimiento. Manford está muerto. La gente será libre, pero no habrá escapatoria para mí.

37

—Levántate.

Estoy flotando. A la deriva. No hay ningún dolor. Estoy dejando ir.

—¡Sophia!

Conozco esa voz, pero está tan lejos y no puedo contestar.

—¡Sophia! ¡Abre los ojos ahora mismo!

Lo intento, pero no puedo. Entonces me doy cuenta de que ya están abiertos, y estoy mirando el cielo anaranjado resplandeciente.

—Respira —dice la voz—. Por favor, Sophia… por favor.

El aire limpio y fresco llena mi pecho, pero solo empeora el dolor. Jadeo, tomando respiración tras respiración. Alguien está aquí. Su cabello se funde con el cielo y sus manos se aferran a mi cara.

Constance.

—Eso es, Sophia.

Ruedo sobre mi costado y aspiro el aire frío, con la garganta en carne viva por el humo. Constance se inclina a mi lado mientras toso hasta que me duelen las costillas. Me acerco y pongo mi brazo sobre su hombro. Estamos lejos del castillo, que está en llamas en casi todos los pisos.

—¿Cómo salí de aquí? —Pregunto, todavía desorientada.

—Vi a las chicas salir del castillo y entré para ayudar. Estabas en el suelo, justo como en la visión que tuve, y pensé… —Su voz se detiene y me acerca a ella.

—Me salvaste —le digo. Ella lo hizo. Y en más formas de las que puedo contar.

Un espeso humo negro sale por las ventanas. Se reúne una multitud. Las niñas del cotillón se quedan en shock a medida que llegan más y más

personas en carruajes y a caballo. Todo el mundo corre, sin saber qué hacer.

—¿Dónde está el rey? —Alguien grita.

Constance me ayuda a ponerme de pie y examino a la multitud. Incluso ahora, mientras el palacio arde, algunos de los pretendientes se aferran a sus premios recién ganados. Una joven lucha contra el agarre de su compañero mientras él mira a su alrededor con ojos desorbitados. El rey puede ser un montón de cenizas, pero sus ideas siguen vivas y coleando. Me estabilizo antes de marchar entre la multitud dividida. Me paro frente al hombre y me vuelvo hacia la chica.

—¿Es esto lo que quieres? —Le pregunto. Ella me mira con miedo.

—¿Qué crees que estás haciendo, desgraciada? —Grita el hombre.

—¡El rey está muerto! —Grito en respuesta, poniendo mi cara muy cerca de la suya. Un silencio cae sobre la multitud, y el hombre me mira boquiabierto como si lo hubiera golpeado. Constance lo toma dos veces. Esto también es nuevo para ella—. Está muerto, y sus repugnantes leyes y reglas morirán con él. Esto termina ahora.

Todos me miran confundidos. Los padres de muchas de las niñas descienden al lugar y encuentran a sus hijas entre la multitud. Las llamas crepitan y se rompen detrás de mí.

Mucho más que vigas y madera se están quemando hasta el suelo.

La determinación se hincha dentro de mí. Observo como la joven frente a mí saca su brazo del agarre del hombre, frunciendo el ceño. Se inclina sobre ella y varias de las otras chicas se apresuran a pararse frente a ella. Un murmullo de voces recorre la multitud.

—La historia de Cenicienta es una mentira —digo—. Fue usado para manipularte. Para hacerte sentir como si tu voz no debiera ser escuchada. El rey nos mintió. —Saco el diario y lo sostengo—. Las palabras escritas aquí están en la propia mano de Cenicienta. Todo está bien aquí.

Constance mira el librito. Un hombre camina hacia mí, apretando los dientes y escupiendo obscenidades. Antes de que pueda enfrentarlo, Constance se interpone entre nosotros. Ella saca su daga y la empuja contra su pecho.

—Si te atreves a tocarla, acabaré contigo. ¿No está claro de alguna manera? —El tono de Constance no deja lugar a discusión. Una mujer joven se abre paso entre la multitud, espada en mano, y se para al lado de Constance. Constance parece sorprendida.

—¿Émile? —Ella pregunta.

Es la joven de la celda. Comparten amplias sonrisas y Émile me devuelve la mirada. —Deja que Constance encuentre a la chica que podría poner fin a todo esto.

El hombre retrocede y desaparece entre la masa de cuerpos reunidos frente al castillo. Hay un cambio en la multitud. Muchos de ellos nunca han visto a una mujer defenderse. Así será a partir de ahora.

—Todo lo que dijo Sophia es verdad —dice Constance—. Mi familia desciende de Gabrielle, la hermana de Cenicienta, y ella no era el monstruo que el rey hizo que fuera. Ninguna de ellas lo fue. Le han mentido. Pero tienes la oportunidad de cambiar las cosas. Aquí mismo. Ahora mismo.

Veo padres con lágrimas en los ojos. —Puedes evitar que tus chicas sufran daños —digo—. Y lo que es más importante, se les puede permitir que no sufran ningún daño. Estas chicas no quieren estar aquí esta noche. Mire a sus hijos, sus amigos, sus esposas y sus hijas. No hagas lo correcto porque tienen esos títulos. Hagan lo correcto porque son personas. Tome la decisión de cambiar las cosas.

La totalidad de Lille se ha reunido en la entrada delantera del palacio. Algunas personas asienten y se abrazan, pero aún más tienen miradas de incredulidad, de confusión. Necesitan más convencimiento.

—Sé que esto es difícil de entender —digo—. Muchos de nosotros nunca hemos conocido otra cosa que no sea el camino de Manford.

—¿Cómo sabemos que está muerto? —Grita una mujer, el miedo distorsiona cada sílaba.

—Lo puse en el suelo yo misma —digo—. Ya no tienes que temerle.

Constance me mira con lágrimas en los ojos. Un murmullo recorre la multitud. Un grupo de personas se ha separado y está hablando entre ellos. Con cuarenta de profundidad, al menos media docena de guardias de palacio y muchos pretendientes del baile entre sus filas, se abren paso hacia mí.

—Vamos a tener un problema aquí —le digo a Constance, que sigue mi mirada.

—¿Lo tendremos? —Pregunta mientras sostiene su daga.

Émile adopta una postura amplia. Aunque su cuerpo es esquelético y su rostro tiene el aspecto de alguien que ha visto horrores indescriptibles, está lista para luchar.

Los gritos estallan cuando esta facción de hombres enojados se abren paso entre la multitud. El hombre al frente es el mismo que había visto regatear con el guardia en el calabozo. Ha encontrado una espada y aparentemente se ha convertido en el líder de esta mafia.

—¿Quién es el legítimo sucesor del rey? —Pregunta el hombre.

—No tiene herederos —digo. Miro al hombre sin pestañear—. Y si crees que vamos a permitir que otro monstruo se siente en ese trono, estás equivocado.

—¿Por qué deberíamos escucharte? —El hombre junta las manos alrededor de la empuñadura de la espada—. Eres solo una niña.

Constance interviene y desarma al hombre tan rápido que no sé exactamente cómo lo ha hecho. Todo lo que veo es su pelo rojo llameante y luego al hombre tendido de espaldas en el suelo, agarrándose el pecho, un hilo de sangre goteando por su labio. Cojo su espada y la clavo en el suelo.

La multitud empuja, rodeando a la multitud que, a la primera oportunidad, intenta llevarnos de vuelta a donde habíamos estado antes. No maté al rey y casi pierdo la vida en el proceso para que ellos hicieran esto. La gente de Lille —mujeres, hombres, los niños del calabozo, las chicas del baile, las familias que han venido a buscarlos— están listos, mirando al hombre.

—Queremos opinar sobre lo que sucederá a continuación —dice el hombre en el suelo mientras se pone de pie.

—¿Te has sentado de brazos cruzados mientras la gente de Mersailles sufría y moría, y ahora quieres opinar sobre lo que nos pasa? —Estoy sorprendida por su arrogancia—. No estás en condiciones de hacer demandas. Te vi intentar comprar una niña en el calabozo.

Suenan susurros y gemidos. Algunas personas de esta multitud no tienen idea de lo que hizo el rey detrás de los muros del castillo. Todo lo que tienen son rumores y rumores. El hombre me mira con desprecio.

—Vete —le digo—. Salte. O quédate. Ahora tiene opciones, pero le sugiero que tome las correctas. Tus acciones tendrán consecuencias a partir de ahora.

El hombre retrocede, tropezando consigo mismo mientras huye. Algunos de los otros lo siguen. Algunos se quedan. Una inquietante calma se apodera de la multitud. Me vuelvo hacia Constance y suspiro.

—Regresarán —digo.

—Lo sé —dice Constance—. Pero estaremos preparadas. —Ella asiente con la cabeza hacia Émile, quien inclina la cabeza y mira al cielo. Me pregunto cuánto tiempo ha pasado desde que estos prisioneros vieron las estrellas.

Mientras miro hacia la reunión, emergen dos rostros familiares. Mis padres. Las rodillas de mi madre se doblan cuando me ve, pero mi padre la agarra y se abren paso entre la multitud hacia mí. Mi padre parece haber envejecido diez años, y mi madre parece que no ha dormido en días. Busco

en el rostro de mi padre la ira que había visto por última vez cuando me fui de casa, pero solo encuentro tristeza.

—Pensé que estabas muerta. —Su voz se quiebra mientras las lágrimas ruedan por su cara.

Nunca lo había visto tan roto. No sé qué decir ni cómo sentirme.

Miro a mi madre, que no puede hablar. —Tuve que poner fin a esto —digo.

Mi padre mira hacia el palacio. —¿Tu hiciste esto?

Asiento con la cabeza. Espero a ver si me regaña, pero en cambio extiende las manos. Dudo, luego deslizo mis manos en las suyas.

Todo lo que siempre he querido es ser vista por ellos, ser preciosa para ellos. No sé si lo que se ha roto entre nosotros se puede arreglar, pero parece un buen comienzo. Abrazo a mi padre y, por encima de su hombro, veo a Luke en el abrazo de sus padres y su hermana. Constance se para a mi lado y suavemente me aparto de mis padres para tomar su mano. Se miran el uno al otro y luego a mí. Mi madre sonríe. Algo que no la he visto hacer en mucho tiempo.

—Tu familia estaría orgullosa —le digo a Constance. Le entrego el diario de Cenicienta.

—Tu abuela estaría orgullosa —dice Constance.

Las lágrimas vienen de nuevo, pero ella se las limpia con la punta de los dedos, besa mi mano y me acerca.

—No podría haber hecho esto sin ti —digo—. No sé cómo podré pagarte.

Se inclina y me besa, pero ya no es un adiós triste. Está lleno de esperanza y ternura. A esto es a lo que ha llegado toda nuestra planificación. Ella y yo al borde de un futuro incierto, pero brillante por primera vez.

38

LA VERDADERA HISTORIA DE CINDERELLA

Texto aprobado por la gente

…

Grabado este Primer Día de la Temporada de Cultivo

por Sophia Grimmins

Érase una vez tres mujeres jóvenes: Gabrielle, Isla y Cenicienta. Las hermanas se amaban mucho, pero en una tierra gobernada por un rey despiadado que fue maldecido por la magia oscura, el amor no fue suficiente para salvarlas. Las hermanas eran valientes y cada una de ellas hizo lo que pudo para enfrentarse al rey, pero fuerzas fuera de su control hicieron que eso fuera una hazaña imposible.

El padre de Cenicienta había sido el favorito para gobernar Mersailles antes de que el Príncipe Encantador llegara al poder. Debería haber ocupado su lugar en el trono, pero el destino tenía otros planes.

El Rey Manford, en sus muchas formas, gobernó Mersailles durante doscientos años horribles, hasta que llegó un momento en que la gente de Mersailles se defendió y rompió la maldición. Fue entonces cuando surgió un nuevo gobernante.

Constance.

Como única pariente de Cenicienta, la legítima heredera del trono, Constance presidió Mersailles como jefe de un consejo formado por seis personas, elegidas personalmente por ella. Solo se preocupan por la seguridad y el bienestar de la gente de Mersailles.

Constance y el consejo abolieron de inmediato todas las leyes que Manford había establecido y establecieron nuevas reglas que permiten a

toda la gente de Mersailles acceder a los mismos privilegios que una vez solo se concedían a los hombres.

La transición fue rápida y, por supuesto, algunos se rebelaron. El consejo consideró hacer cambios lentamente con el tiempo, pero finalmente decidió que la igualdad de trato de los ciudadanos de Mersailles era mucho más importante que la incapacidad de algunas personas para manejar esos cambios.

La facción de habitantes enojados que se habían enfrentado a nosotros la noche del cotillón regresó y quemó varias casas en un intento por tomar el poder. Émile, un miembro de la resistencia antes de ser capturada por Manford, encabezó el esfuerzo para hacerlos retroceder. Con un batallón bien armado a su lado, expulsó a la mayoría de ellos más allá de nuestras fronteras hacia las Tierras Prohibidas. Los demás, incluido el destacado barón Marcellus Moreau y sus hijos, Édouard y Morris, fueron detenidos y enviados a un tribunal por sus abusos. Ninguna cantidad de dinero o de poder permitiría que el maltrato al pueblo de Mersailles no fuera cuestionado nunca más. Constance se aseguró de eso.

Registramos aquí la verdadera historia de Cenicienta y su familia, quienes lucharon arduamente para asegurar que la gente de Mersailles pudiera vivir sus vidas de la manera que les traía la mayor felicidad.

Comenzaron un movimiento, una resistencia que persiste hasta el día de hoy en el corazón y la mente de todos los que buscan justicia e igualdad. El Rey Manford se esforzó mucho en negarle a la gente estas cosas. Pero no seremos negados. No seremos silenciados.

Deje que la verdad de Cenicienta sea un testimonio de su persistencia y valentía incluso frente a la opresión. Entiende que lo que más temía el Rey Manford, en todas sus encarnaciones, era la voluntad de las personas que tanto deseaba controlar.

No te quedes callado.

Alza tu voz.

Sea una luz en la oscuridad.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me senté a redactar el borrador de *Cenicienta*, comencé con algunas preguntas: ¿Qué efecto tienen en nosotros los cuentos de hadas que nos cuentan cuando éramos niños? ¿Qué le sucede a nuestra visión del mundo cuando los personajes de estas historias no se parecen a nosotros o no aman como nosotros? ¿Cuándo llegamos a ser los héroes de nuestras propias historias? A partir de ahí, entre innumerables tazas de café, durante innumerables noches y madrugadas, entre lágrimas y dudas, *Cenicienta Ha Muerto* tomó forma. Realmente se ha convertido, con la ayuda de tantos otros, en el libro de mi corazón.

A mi increíble agente, Jamie Vankirk, todo lo que puedo decir es gracias, mil veces gracias. Cuando comenzamos este viaje, no estaba segura de que hubiera un lugar para esta historia. Me dijiste, de manera inequívoca, que no solo había un lugar para eso, sino que mi historia era importante y valía la pena compartirla. No podría haber hecho esto sin su apoyo, su arduo trabajo, su espíritu tenaz, su buen corazón. Gracias por ser la campeona de Cenicienta y por ayudarme a levantarme cuando estoy deprimida.

A mi maravilloso equipo en Bloomsbury —Mary Kate Castellani, Erica Barmash, Anna Bernard, Lily Yengle— gracias por todo su arduo trabajo. No doy nada de esto por sentado, estoy increíblemente agradecido con todos en Bloomsbury por esta oportunidad. Mary Kate, has hecho realidad toda esta experiencia. Gracias por tu perspicacia, tu incansable aliento y por arriesgarte conmigo y con *Cenicienta*. Has hecho de esta historia lo que es y estaré eternamente agradecida.

A mi familia, mi increíble socio, Mike, gracias por apoyarme. Nunca dudaste de mí, incluso cuando yo dudaba de mí misma. Te amo con todo mi corazón. Para mis bebés, Amya, Nylah, Elijah y Lyla, los veo en los mundos y personajes que creo, es por eso que los amo tanto. Eres y siempre serás mi mayor inspiración. A mi hermano Spencer, gracias por estar

siempre ahí para mí, por animarme y por escucharme hablar y hablar sobre este libro. ¡Te quiero! Para mi papá, Errol Brown: te extraño cada segundo de cada día. Me enseñaste a estar orgullosa de quién soy y de dónde vengo, y que, si tengo un sueño, debería hacerlo sin importar lo imposible que pueda parecer. Fui a por ello, papá. Espero que estés orgulloso de mí.

Para mi mejor amiga Sherrida, su amistad a lo largo de los años nunca ha vacilado. No importa la distancia, siempre estás en mi corazón. ¡Te amo boo! Gracias por estar siempre ahí.

A los libreros que leyeron los primeros ejemplares de *Cenicienta*: quiero que sepan que imprimí las cosas maravillosas que dijeron y las puse en mi pared. En los días en que escribir es difícil, cuando siento que debería tirar la toalla y mudarme a una cabaña en el bosque, tus amables palabras me animan y me dan ganas de seguir presionando. Tu apoyo es invaluable. Gracias.

Y, por último, para todos y cada uno de los que recojan *Cenicienta Ha Muerto*, quiero que sepan lo mucho que significa para mí que dediquen su tiempo a esta historia. Lo escribí para ti, para nosotros. Sean una luz en la oscuridad.

Este libro fue traducido por

Letras Nocturnas